





DENIS BAYON • FABRICE FLIPO
FRANÇOIS SCHNEIDER

Decrecimiento





DENIS BAYON • FABRICE FLIPO
FRANÇOIS SCHNEIDER

DECRECIMIENTO

Diez preguntas para
comprenderlo y debatirlo

Traducción de Julia Calzadilla

EL VIEJO TOPO



Título original: *La décroissance, 10 questions pour comprendre et en débattre*

© Éditions La Découverte, Paris, 2010

Edición propiedad de Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo

Diseño: Miguel R. Cabot

ISBN: 978-84-15216-11-7

Déposito Legal: B-19259-2011

Imprime: Novagràfik

Impreso en España



«Lo que sobre todo horrorizaba a Samantar era lo que los tecnócratas occidentales llamaban en su lenguaje barroco: la expansión económica. Con esta fórmula de hechicería, los antiguos colonialistas trataban de perpetuar sus rapiñas introduciendo su psicosis de consumo en los pueblos sanos que no tenían ninguna necesidad de poseer un automóvil para testimoniar su presencia en esta tierra.»

ALBERT COSSERY,
Une ambition dans le désert
Gallimard, París, p. 15-16.



Introducción

❖ *Donde uno se pregunta sobre el origen de esa palabra nueva que tanto molesta*

A menudo se hace remontar la idea de decrecimiento al primer informe del Club de Roma, en 1971. Esta organización, fundada en 1968 en la ciudad del mismo nombre, agrupa a profesionales pertenecientes a las esferas de la diplomacia, de la universidad, de la industria y de la sociedad civil, preocupados todos por pensar el futuro del mundo a largo plazo en una sociedad dominada por el corto plazo. Su primer informe, encargado al Massachusetts Institute of Technology (MIT) fue el que le dio más notoriedad. Explorando diversos escenarios sobre la evolución de los recursos disponibles en materia de energía, de materias primas con respecto a la evolución de la población y de la polución, *Limits to Growth*¹ («Los límites del crecimiento») concluye que el crecimiento económico se detendrá, probablemente, hacia el año 2020 –un cálculo que el club confirmará treinta años más tarde. La repercusión fue considerable: traducido a treinta idiomas, la venta del informe alcanzó los 12 millones de ejemplares². En Francia se publicó con un título comercialmente más llamativo –*Halte à la croissance? (¿Alto al crecimiento?)*– pero poco fiel al espíritu del informe.³

1. D. H. MEADOWS, J. RANDERS y D. L. MEADOWS (dir.), *Limits to Growth. The 30-Year Update*, Chelsea Green, 2004. Edición española *Los límites del crecimiento. 30 años después*, Galaxia Gutenberg, 2004.

2. Fuente: Club de Roma <www.clubofrome.org>

3. D. H. MEADOWS et al., *Halte à la croissance ? Enquête sur le Club de Rome et Rapport sur les limites de la croissance*, Fayard, París, 1972.

La aparición del término «decrecimiento» data en realidad de fines de los años 1970. Aparece en el título de una selección de trabajos de Nicholas Georgescu-Roegen (1906-1994) traducida por Jacques Grinevald e Ivo Rens⁴.

Publicado en 1979, *Demain la décroissance (Mañana el decrecimiento)* desarrolla un cierto número de ideas que el autor defiende desde 1971⁵: la de un «decrecimiento» ineluctable de nuestras sociedades industriales consecutivo al agotamiento de los recursos fósiles, y la mención de un «programa bioeconómico mínimo». En esta obra, que pasó inadvertida en su época, Georgescu-Roegen habla de «*declining state*» y no de «*degrowth*». Y a pesar de que él apoyaría ulteriormente ese concepto, el término «decrecimiento» fue una idea de los traductores.

La galaxia «decrecimiento»

Fue a comienzos del nuevo milenio que el decrecimiento se convirtió en Francia en un tema militante con la publicación en 2002, bajo la dirección de Vincent Cheynet y de Bruno Clémentin, de un número de una revista ecologista dedicado al decrecimiento⁶.

Silence, cuyo subtítulo («Écologie, Alternatives, Non-Violence») demuestra claramente su identidad, era entonces una revista de referencia en el medio. Creada en 1982, difundida mediante suscripción y funcionando sobre la base de los principios que defiende (en especial el voluntariado), hasta ese momento la revista sólo había tocado dicho tema de modo marginal.

El número publicado por V. Cheynet y B. Clémentin tuvo un enorme

4. N. GEORGESCU-ROEGEN, *Demain la décroissance: Entropie-écologie-économie*, Pierre-Marcel Favre, Lausanne, 1979, nouv. éd. *La Décroissance*, Sang de la terre, París, 2006.

5. N. GEORGESCU-ROEGEN, *The Entropy Law and the Economic Process*, Harvard University Press, Cambridge, 1971.

6. *Silence*, nº 280 y 281, febrero y marzo 2002.

éxito, confirmando que se había producido algo nuevo. Seguidamente, *Silence* publicó una gran cantidad de números dedicados al decrecimiento. El tema fue también tratado por la revista *Casseurs de Pub*, creada en 1999 y dirigida por los propios V. Cheynet y B. Clémentin y ocupó el centro de los debates de una conferencia titulada «Défaire le développement, refaire le monde»*, organizada en 2002 en la Unesco, que alcanzó un éxito inesperado. El decrecimiento fue enseguida inscrito en la agenda de otros muchos encuentros por los amigos de Pierre Rabhi (cf. *infra*), y difundido por la red para una «insurrección de las conciencias», así como por otras publicaciones.⁷

Es en 2004, con el lanzamiento del nuevo periódico *La Décroissance, le journal de la joie de vivre* y una serie de conferencias públicas, que el decrecimiento sale de las filas ecologistas para dirigirse a un público más amplio. Al carecer de acceso a los grandes medios de difusión masiva, François Schneider, uno de los autores de ese libro, populariza la temática de un modo original, reinventando la «divulgación ambulante». Durante un año recorre Francia con un burro y participa en numerosos debates públicos. Y, de hecho, las sirenas del crecimiento son mucho menos escuchadas de lo que haría pensar el discurso mediático ambiental: actualmente *La Décroissance* imprime 47.000 ejemplares, con una difusión mediante pago que puede llegar a los 23.000 ejemplares.

Varios sitios de Internet se han especializado en este tema: <decroissance.info>, un sitio participativo con vínculos a diferentes grupos locales; <decroissance.org>, el sitio oficial del Instituto de Estudios Económicos y Sociales por el Decrecimiento Sostenible, allegado a *La Décroissance*, que tiene su propio sitio <ladedcroissance.net>. Numerosas «marchas por el decrecimiento», grandes creadoras de redes, se han organizado en diversos lugares, desde Lyon

* «Deshacer el desarrollo, rehacer el mundo». (N. del T.).

7. M. BERNARD, V. CHEYNET et B. CLÉMENTIN, *Objectif décroissance: vers une société harmonieuse*, Parangon, Lyon, 2003. Edición en español/catalán en Editorial Icaria.

a Magny-Cours en junio de 2005 con 500 personas a la llegada, en Loire-Atlantique, en el Nord-Pas-de-Calais, en Bélgica y en la Cataluña española, por citar solo algunos ejemplos.

La consigna de decrecimiento impregna también el movimiento altermundialista⁸ y los movimientos libertarios.⁹ El decrecimiento tiene también, desde hace poco, su propio partido político: el Parti pour la décroissance (PPLD), fundado en abril 2007 en Dijon, y un movimiento político: le Mouvement des objecteurs de croissance** (MOC), ambos reunidos en el seno de la l'Association d'objecteurs de croissance*** (ADOC). La ola es amplia y profunda, tal como demuestra la proliferación de libros sobre el tema y el desarrollo paralelo de movimientos similares en otros lugares del mundo, sobre todo latinos¹⁰.

El decrecimiento es un tema que atrae al medio intelectual. La revista *Entropia*, lanzada en noviembre 2006 en el recinto de la Asamblea nacional, se fijó como objetivo dar más coherencia teórica a la idea del decrecimiento. Esta publicación se presenta como la «revista teórica y política de estudio del decrecimiento» y se compromete a contribuir al «enriquecimiento del imaginario teórico, poético y político del post desarrollo»¹¹. El nombre de la publicación no se refiere a la entropía en el sentido físico del término, ese concepto puesto de moda en economía por N. Georgescu-Roegen, sino a la raíz etimológica del término «*entropè*», acción de darse la vuelta, de mirar ante sí para contemplar el camino recorrido y tener tiempo para preguntarse si no sería preferible cambiarlo.

8. Por ejemplo <<http://www.les-oc.info>>, <<http://www.esf2008.org>>.

9. Por ejemplo <<http://www.avoixautre.be>>.

** Movimiento de los objetores del crecimiento. (N. del T.).

*** Asociación de objetores del crecimiento. (N. del T.).

10. <<http://www.decroissance.ch>>; <<http://www.decrecimiento.info>>; <<http://www.decreixement.net>>; <<http://www.objecteursdecroissance.be>>.

11. *Entropia*, nº 1, noviembre 2006.

Una señal de que los tiempos cambian es el coloquio internacional organizado en abril 2008 por la asociación Recherche & Décroissance, sobre el tema «Décroissance économique pour la soutenabilité écologique et l'équité sociale^{12*}», donde se pedía que las intervenciones que se hiciesen tomaran en serio la hipótesis de un decrecimiento voluntario o soportado. El coloquio fue apoyado por la Sociedad Internacional de Economía Ecológica (ISEE), el Sustainable Europe Research Institute (SERI), y por algunos miembros del Club de Roma en relación con el coautor del famoso informe de 1972, Dennis Meadows; más de 140 científicos de todas las disciplinas, provenientes de treinta países, participaron en dicho encuentro. El coloquio marcó una etapa: la entrada de la palabra inglesa «*degrowth*» en diferentes publicaciones de carácter científico y en conferencias (presentación del decrecimiento en la Unión Europea en 2009, por ejemplo¹³). Una segunda conferencia, de mayor envergadura aún, se celebró en marzo de 2010 en Barcelona, esta vez con la participación de 500 investigadores y miembros de la sociedad civil para estudiar propuestas políticas y de investigación¹⁴.

Una idea que gana adeptos

Si la idea de decrecimiento alcanzó una rápida notoriedad, ello también se debe al hecho de haber provocado una oposición muy agresiva, con frecuencia proveniente de la izquierda. Así, Guillaume Duval, el redactor en jefe de *Alternatives économiques*, en un número especial de su revista dedicada al desarrollo sostenible (5 de diciembre de 2004), consideraba que el movi-

12. Las actas están disponibles en <events.it-sudparis.eu>, F. FLIPO, F. SCHNEIDER (dir.), *Proceedings of Degrowth Conference*, Telecom & Management SudParis/Research & Degrowth, Paris, 2008.

* «Decrecimiento económico por la sustentabilidad ecológica y la equidad social». (N. del T.).

13. Disponible en <<http://www.degrowth.net>>

14. <<http://www.degrowth.eu>>

miento del decrecimiento ponía en grave riesgo a la democracia.

Según Jean-Marie Harribey, copresidente de la asociación Attac, «para los teóricos del decrecimiento y del rechazo al desarrollo, la culpable es, a fin de cuentas, la Razón, confundida con la racionalidad capitalista, que ha desacralizado, “desencantado” al mundo¹⁵».

Como se ve, la oposición es severa y no excluye la acusación proferida por el Llamamiento de Heidelberg en contra de la ecología, cuando se aproximaba la fecha de la Cumbre mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo organizada en Rio de Janeiro en 1992. En ese texto, tres mil científicos y universitarios, entre ellos setenta y dos Premios Nobel, declaraban: «Estamos, sin embargo, preocupados, en este amanecer del siglo veintiuno, por el surgimiento de una ideología irracional que se opone al progreso científico e industrial e impide el desarrollo económico y social».

Más recientemente, en 2008, un economista tan reconocido como Jean-Paul Fitoussi sintió que debía expresar así el objetivo de su primera obra sobre la cuestión ecológica: «Después de 200.000 años de lucha contra las fuerzas de la naturaleza, el hombre habría adquirido sobre ella un ascendiente trágico, y debería renunciar al desarrollo económico: ante esta maldición de la prosperidad, numerosas voces llaman a interrumpir el crecimiento y a suspender el progreso. Nosotros, por el contrario, creemos que es posible continuar por el camino del desarrollo humano¹⁶».

A pesar de esas reacciones hostiles cuya pertinencia analizaremos más adelante, el decrecimiento se difundió rápidamente, incluso en la gran prensa. *Le Monde* 2 en su edición del 25 marzo de 2006 le dedica su cubierta y su dossier principal. Asimismo, el tema es abordado en publicaciones tan poco politizadas como *TGV Magazine*, el soporte publicitario difundido gratuita-

15. Cf. <<http://harribey.u-bordeaux4.fr>>.

16. J.-P. FITOUSSI et É. LAURENT, *La Nouvelle Écologie politique*, Seuil, coll. «La République des Idées», París, 2008.

mente por la SNCF a sus clientes. El diario *Les Échos*, en diciembre de 2004 dedicó un número extraordinario al tema del «prêt-à-penser económico» e identificó tres paradigmas dominantes en economía: el liberalismo, la socialdemocracia y... el decrecimiento. El decrecimiento tampoco ha sido ignorado por algunos escritores para los cuales «desde un punto de vista poético, no existe ni desempleo, ni pleno empleo, ni asistencialismo, sino autoregeneración y autoreorganización, pero que van desde lo posible hasta el infinito para todo talento, para todas las aspiraciones. Desde un punto de vista poético, el PIB de las sociedades económicas revela su brutalidad¹⁷» –un texto escrito en plena revuelta de las Antillas en 2009 y que se refiere explícitamente al decrecimiento.

El movimiento comenzó a introducirse en los grandes partidos políticos. La moción «Utopía», dirigida por Frank Pupunat, es la primera en haber cuestionado la religión del crecimiento en el seno del Partido socialista. Obtuvo el 1,05 % de los votos en el Congreso de Mans en noviembre de 2005. Yves Cochet, candidato en las elecciones primarias para las presidenciales de 2007, lleva esa idea al seno de los Verdes. Nicolas Hulot, aconsejado por Jean-Paul Besset, entre otros, fue presentado por el semanario *Politis* como el cruzado del decrecimiento. Si bien Corinne Lepage rechazó esa idea, que ella considera demasiado negativa sin negarle interés en el fondo, Dominique Voynet prefiere hablar de «decrecimiento de la huella ecológica».

Actualmente, numerosos intelectuales y militantes coinciden en decir que el tema del decrecimiento abre nuevas perspectivas a un planeta muy maltratado y constituye una «reflexión seria» –lo cual no significa que la apoyen. Algunos partidarios del liberalismo ortodoxo reconocen que la cuestión ecológica, si es que debe traducirse por un cese del crecimiento, nos sumiría en una situación sin precedentes. De ese modo, Martin Wolf, cronista en el *Fi-*

17. E. BRELEUR, P. CHAMOISEAU, S. DOMI et al., *Manifeste pour les produits de haute nécessité*, Galaade, París, 2009. Disponible también en <<http://www.livreshebd0.fr>>

nancial Times, reconoció en una entrevista con la co-fundadora de Attac, Susan George, que «el asunto sobre el cual debemos reflexionar ofrece una radicalidad absoluta: un proceso que pondría término al crecimiento en los países desarrollados. De otro modo, ¿qué hacer? ¿Acaso les podemos decir a los chinos o a los indios: “De acuerdo, tenemos ingresos que son tres veces los vuestros, pero vosotros debéis detener vuestro crecimiento porque ya no hay recursos, y ni hablar de elevar vuestro nivel de vida?” Esto es algo evidentemente imposible. Estaríamos en presencia de una transformación radical de la política del planeta. Sería la receta de una guerra civil a escala mundial cuyo resultado sería catastrófico. Si ese es el mundo en el cual vivimos, las transformaciones que deben hacerse son monumentales. No están vinculadas al proceso de mundialización, sino al crecimiento, principal agente dinámico del mundo desde hace dos siglos¹⁸».

Esta cuestión ya se ha comprendido, e incluso en los círculos más hostiles a toda reforma del capitalismo, el debate sobre el decrecimiento se ha convertido en algo insoslayable.

Tras el slogan, las ideas

El término «decrecimiento» no es un concepto erudito, sino un término del lenguaje corriente que reúne a aquellas y aquellos que quieren reducir la dimensión física del sistema económico (menos capacidad de extracción de recursos naturales, menos desechos contaminantes) por razones ecológicas, sociales y democráticas, y que saben que ello implica una desestabilización radical del Producto Interior Bruto (PIB), indicador de la acumulación del valor monetario creado y de cantidades de bienes y servicios producidos cada

18. S. GEORGE et M. WOLF, *La Mondialisation libérale*, Grasset, París, 2002.

año en el seno de una determinada economía. La envergadura de los cambios necesarios prohíbe reducir la cuestión a un simple objetivo de gestión, como ocurre con frecuencia en las políticas actuales. Los «objetores del crecimiento» rechazan categóricamente la idea de un «crecimiento verde», que en su criterio representa un oxímoron y una política de negación de la realidad.

El decrecimiento posee además un fuerte poder de interpelación y de cuestionamiento. De hecho, mientras los discursos de todos los grandes (y menos grandes) dirigentes políticos y responsables económicos y financieros se estructuran completamente en torno al imperativo del crecimiento económico, y cuando se ha comprobado que todas las grandes economías desarrolladas conocieron en 2009 una de las peores recesiones de su historia reciente, la palabra «decrecimiento» no puede dejar indiferente a nadie. ¿Quiénes son esos excéntricos que parecen desear que la recesión se agrave? ¿Qué quieren decir exactamente? ¿Por qué en los debates sobre ese tema se aglomera un público tan numeroso? ¿Son un partido, agitadores, demócratas? ¿Están unidos o divididos? ¿Tienen un «plan B»? Hay muchísimas preguntas y se hacía urgente tratar de entenderlo todo de una manera un poco más clara. Este libro aspira a tratar de estructurar un debate rico y vivo –y no a truncarlo. Hemos identificado las diez preguntas suscitadas con más frecuencia por la palabra «decrecimiento» y nos disponemos a responderlas del modo más nítido y más preciso posible.

Como el lector comprenderá enseguida, los tres autores no pretenden en absoluto demostrar ningún tipo de «neutralidad»: están comprometidos, en diverso grado según su propia sensibilidad –lo que conlleva a veces importantes desacuerdos– a favor de la objeción del crecimiento, o sea, a favor del decrecimiento. Sin ocultar este compromiso, ellos se esfuerzan por mantener el mayor rigor intelectual posible y han optado por excluir acusaciones infundadas y otras lecturas tergiversadas cuyo costo ha sido sufragado por ese vasto y variado movimiento social e intelectual desde su surgimiento. Asimismo, han optado por concentrarse en las ideas, otorgando preminencia a

los autores y teóricos y dejando en gran medida a un lado los acontecimientos que regulan el calendario militante de los objetores del crecimiento.

El *capítulo 1* trata de ubicar la temática del decrecimiento en el seno de las corrientes de ideas existentes. Fenómeno emergente, turbulento, la objeción al crecimiento no brota de la nada. Las personas que la invocan proceden de horizontes identificables, es posible conocer su genealogía. El decrecimiento reactiva a la vez antiguas tradiciones, en especial la costumbre popular de la autosuficiencia, criticada por Marx en su época. Desde muchos puntos de vista, constituye también una idea nueva –tal como se mostrará en el *capítulo 2*. Las razones por las cuales el decrecimiento debe diferenciarse del «desarrollo sostenible» serán tratadas en el *capítulo 3*. Dado que el recurso a las ciencias y a las técnicas por lo general se presenta como la solución que nos permitirá extender indefinidamente los límites del crecimiento, examinaremos en el *capítulo 4* si el decrecimiento se opone al progreso científico.

Llegado a este punto, la lectora o el lector quizás se pregunte si el decrecimiento no es «malthusiano»: ¿se trata de un nuevo alegato para racionalizar los recursos? ¿Tendremos que apretarnos el cinturón?

Nosotros trataremos de mostrar que el decrecimiento defiende una idea de la riqueza menos corrompida que la propuesta por la publicidad, y que preconiza soluciones que se oponen a las tesis del pastor Malthus, quien sólo se preocupaba por defender el orden establecido y sus desigualdades (*capítulo 5*).

La objeción al crecimiento se moviliza a favor de una sociedad más igualitaria, en particular en el plano ecológico, y muestra que ese objetivo no puede marchar a la par con la beata actitud de admiración ante las promesas del progreso científico y tecnológico preconizadas por la mayoría de los movimientos sociales anteriores. Consumir menos es una consigna que emana de una preocupación de igualdad extendida a escala planetaria y a las generaciones futuras. No significa reprimirse –aunque una visión tergiversada de nuestras condiciones de vida, en provecho del «reino de la mercancía», ávida de la «riqueza burguesa», tiende a hacernos pensar lo contrario y avalar así la

dominación planetaria por parte de una minoría (*capítulo 6*).

En el *capítulo 7* examinamos si una reducción semejante de las dimensiones de la economía puede ser asimilada a una recesión, y si ello se traduciría automáticamente en un aumento del desempleo. La obra de Marx puede ser orientada aquí en una dirección nueva. ¿Es la objeción al desarrollo pertinente en los países del Sur (Sur en sentido geopolítico)¹⁹? Siendo un discurso salido del Norte con destino al Norte, el decrecimiento encuentra, no obstante, amplios ecos en el Sur (*capítulo 8*).

El decrecimiento es a menudo visto sospechosamente como autoritarismo («¿quién puede decidir lo que yo puedo o debo consumir?»).

El *capítulo 9* buscará conocer lo que hay verdaderamente en las bases de esta acusación. Nosotros mostraremos que la democracia, en sus diversas acepciones, constituye una preocupación importante, más bien fundamental, de los objetores del crecimiento que buscan, más allá de sus preocupaciones ecológicas, una transformación social radical que tome en cuenta errores de los «socialismos que realmente han existido». Y terminamos esta obra esbozando lo que podría ser, según las diversas y divergentes corrientes de la objeción al crecimiento, las grandes líneas de un programa de decrecimiento (*capítulo 10*).

Muchos lamentan la ambigüedad del término «decrecimiento» y por ese motivo, lo rechazan. Esa ambigüedad, por el contrario, nos parece fecunda y prueba la enorme influencia del «crecimiento» en nuestras vidas y en nuestras sociedades, que viven su presencia como una evidencia. Que el lector o la lectora, de entrada, esté preparado: él o ella no encontrará ahí, de manera alguna, un «sistema mundo», una teoría completa que solo tendría que hacer suya para «comprenderlo todo» –ningún teórico ni ningún objetor del crecimiento pretende actualmente, además, haber elaborado tales «verdades». Es

19. A veces se habla de «Sur global» para aludir a las personas excluidas de la integración mercantil y que viven en condiciones indignas, con la finalidad de no confundirlo con el Sur geográfico.

peramos que esta obra le permita encontrar pistas para pensar el mundo contemporáneo y actuar para transformarlo. Le quedará, pues, mucho que hacer por sí mismo— y tanto mejor que sea así. Desde ese punto de vista, el decrecimiento es un camino modesto, alejado de las vanguardias triunfantes. No es la solución de todo, es un cuestionamiento dirigido a toda búsqueda de alternativas a la delincuencia contemporánea.

El decrecimiento no es el final de la historia, el estado actual del debate está llamado a evolucionar —la palabra «decrecimiento» tal vez desaparezca cuando haya cumplido su papel de rearmar la actividad crítica. Se verá que la objeción al crecimiento puede también recuperarse con otros fines además de la emancipación social. Sin embargo, esas ramificaciones no se han revelado hasta hoy y, frente a las violentas acusaciones anteriormente mencionadas, debemos recordar las palabras de A. O. Hirschman, para quien el rechazo a las ideas nuevas es la única característica constante de la reacción²⁰.

El decrecimiento es, de hecho, un slogan que impugna muchas de las ideas comúnmente aceptadas. *A contrario*, su argumento principal es sin duda el de la innovación: el decrecimiento quizás no sea la solución a todo, pero se atreve a alterar las categorías heredadas para cuestionarlas. Eso nos parece mucho más necesario cuando sabemos muy bien que la *conservación* del orden existente no nos llevará a un futuro mejor.

Decrecimiento en España

El movimiento comenzó en Barcelona y su región, Cataluña. Desde 2005 los activistas debatieron sobre la crisis energética y las alternativas posibles en el foro de una página web (www.crisisenergetica.org). En 2006, el libro fran-

20. A. O. HIRSCHMAN, *Deux Siècles de rhétorique réactionnaire*, Fayard, París, 1991.

cés *Objectif décroissance* se traduce en castellano y catalán y la organización medioambiental “Una Sola Terra” organiza una conferencia llamada “El decrecimiento para salvar el planeta”. En el año 2007 se funda en Barcelona el grupo “Entesa pel decreixement” (www.decreixement.net). Muchos de los activistas habían participado activamente no solo en el movimiento antiglobalización, sino también en el movimiento ecologista, pacifista y colectivos libertarios. En 2008 una marcha con bicicletas llega a crear la “Xarxa pel Decreixement” (Red para el decrecimiento) con el objetivo de promover el discurso y las prácticas decrecentistas en toda Cataluña. Cerca de trescientas personas se reunieron al final de la marcha para construir la red. El movimiento también ha llegado a la academia, por ejemplo con un grupo de investigadores del Instituto de Ciencia y Tecnología Ambiental de la Universidad Autónoma de Barcelona (incluidos los de Joan Martínez Alier y Giorgios Kallis), o profesores como Carlos Taibo o Joaquim Sempere. Muchos otros grupos están activos en toda España (www.decrecimiento.info). Algunas organizaciones históricas de la sociedad civil han subido a bordo, como Ecologistas en Acción (www.ecologistasenaccion.org).

París, Rennes y Barcelona, 24 de enero de 2010



¿Qué significa «decrecimiento»?

❖ DONDE SE TRATA DE DESENTERRAR ALGUNAS
RAÍCES CONCEPTUALES DE UNA VASTA
ESFERA DE INFLUENCIA HETERÓCLITA

Comprender un término en toda su complejidad supone ubicarlo en las diversas corrientes de ideas que lo reivindican. Y como se verá a todo lo largo de esta obra, el término «decrecimiento» es particularmente rico en significados. Esta característica puede presentarse como un *handicap* en el terreno político, en la medida en que la palabra no alude a ninguna corriente doctrinal claramente identificada, sino que, en el terreno del debate público, permite el diálogo entre diferentes corrientes de pensamiento.

La idea de decrecimiento se introdujo desde diversas «puertas de entrada» o enfoques interpretativos de la situación contemporánea, que se cruzan sin ser siempre concurrentes ni divergentes.

De la crítica ecológica a la crítica del sistema de necesidades

La primera fuente intelectual del decrecimiento es ecologista, y aporta en particular un compromiso con el respeto a los ecosistemas y a la vida en todos sus componentes, así como una crítica a la sociedad industrial¹.

1. D. SIMONNET, *L'Écologisme*, PUF, París, 1979.

Al igual que los ecologistas, los objetores del crecimiento afirman claramente que el nivel material de consumo de los países «desarrollados» es sumamente desigual, ya sea con respecto al Sur o a las generaciones futuras; también, con suma urgencia, debemos reducir nuestro consumo. La tabla 1, tomada del informe *Vers une Europe soutenable* redactado por el Wuppertal Institute a solicitud de los Amis de la Terre, da una idea de la magnitud de la

Tabla 1. Reducciones necesarias para un uso igualitario de los recursos (países desarrollados)

| Fuentes | Utilización de recursos en 1990 (UE 12, por persona) | | Cambio necesario |
|-----------------------------------|---|-----------|------------------|
| CO ₂ | 7,3 | toneladas | - 77 % |
| Energía primaria | 123 | GJ/año | - 50 % |
| Combustibles fósiles | 100 | GJ/año | - 75 % |
| Nuclear | 16 | GJ/año | - 100 % |
| Renovable | 7 | GJ/año | + 400 % |
| Materias no renovables | | | |
| Cemento | 536 | | - 85 % |
| Fundición | 273 | | - 87 % |
| Aluminio | 12 | | - 90 % |
| Cloro | 23 | | - 100 % |
| Cobre | 6,4 | | - 88 % |
| Plomo | 2,3 | | - 83 % |
| Abonos diversos | 13 a 29 | | - 80 a - 90 % |
| Utilización del territorio | | | |
| Zonas edificadas | 0,053 ha | | - 3,2 % |
| Zonas protegidas | 0,003 ha | | + 1.933 % |
| Zonas boscosas no protegidas | 0,164 ha | | - 16 % |
| Tierras arables | 0,237 ha | | -58 % |
| Pastos | 0,167 ha | | -47 % |
| Bosques | 0,66 m ³ | | -15 % |

Fuente: Les Amis de la Terre, *Vers une Europe soutenable*, 1995.

reducción que sería necesario alcanzar en los países industrializados si se admite a cada terrícola un derecho equitativo a los recursos naturales².

A diferencia de ese informe, que saca como conclusión la necesidad de establecer una separación entre crecimiento económico y consumos físicos, los objetores del crecimiento opinan que esos objetivos son profundamente incompatibles con el marco del crecimiento económico, sea cual sea su «calidad».

Todo lo que compone el crecimiento económico (capitalismo, consumismo, búsqueda del beneficio, etc.) es en sí mismo productor de desigualdades ecológicas, y el hecho de contentarse con «proteger la naturaleza» sin cuestionar esos elementos les parece, como mínimo, incoherente. Creen que debe abordarse desde ahora la cuestión de las políticas capaces, no de frenar el crecimiento de las desigualdades como sugieren las políticas del «crecimiento verde», sino de emprender lo más rápidamente posible el camino de un *crecimiento de la igualdad*.

Esta opción implica, por supuesto, un recuestionamiento radical del sistema de necesidades instaurado por los países desarrollados, ya sean capitalistas o socialistas. Este tema ha sido objeto de los trabajos propuestos en los años 1970 por Ivan Illich, para quien el problema no reside solamente en la «mercantilización del mundo», sino en el hecho de que las instituciones que se suponía eran producto de los ciudadanos, con o sin mediación representativa –esa es la definición mínima de la democracia– se han convertido en fines en sí mismas, y solo persiguen su propia expansión destructiva. El ciudadano, pensado como fuente de normatividad, se ha convertido en un obstáculo que las instituciones quieren plegar a sus propios deseos. Illich muestra así que, más allá de determinados umbrales, el crecimiento del poder colectivo de las instituciones y de los instrumentos se vuelve contra la sociedad.

2. LES AMIS DE LA TERRE EUROPE, *Vers une Europe soutenable*, 1995. Disponible en <www.amisdelaterre.org>.

Este tipo de análisis puede parecer «pasado de moda» a los ojos de la crítica social. Es cierto, como sugiere el filósofo Stéphane Haber, que la crítica de la sociedad de consumo se ha desacreditado desde hace treinta años en aras de un consenso blando sobre el derecho del consumidor a beneficiarse de un progreso cuya soberanía absoluta se postula *via* mercado³. Como sugieren Luc Boltanski y Ève Chiapello en una obra ya clásica⁴, la crítica que se produjo en los años '68 ha sido ampliamente recuperada por el «nuevo espíritu del capitalismo», con la intención de aumentar la competitividad.

Toda crítica del consumo y de las necesidades se considera como una forma de «paternalismo moral» que es de buen tono denunciar en nombre de la intangibilidad de la esfera privada —«mi modo de vida no es negociable».

Esa no es la perspectiva que abre la objeción al crecimiento. No es la necesidad de preservar la esfera privada lo que está en tela de juicio, sino la tesis de la «soberanía del consumidor», acusada de enmascarar la alienación que sufre el «consumidor», tanto en el plano material como en el ideológico, y sus consecuencias políticas. La crítica sólo ha desaparecido del escenario mediático. Con la objeción al crecimiento, regresa para entrar por la puerta grande.

En los inicios del siglo XXI, las reflexiones de Ivan Illich recuperan un verdadero interés⁵, lo que lleva a recordar su alcance y su contenido. En *Une société sans école*, Illich explica que la formación de excelencia recibida por algunos provoca en realidad situar a todos los demás en una categoría de clase inferior, y que ese problema no puede resolverse solamente inyectando más medios humanos o financieros. En ese sentido, cita el caso del programa escolar «Title One», instaurado en los Estados Unidos entre 1965 y 1968⁶, que tenía como objetivo compensar el retraso en conocimientos de seis millones

3. S. HABER, «L'aliénation comme dépossession des besoins vitaux», *Mouvements*, n° 54, 2008/2, p. 41-53.

4. L. BOLTANSKI et E. CHIAPELLO, *Le Nouvel Esprit du capitalisme*, Gallimard, París, 1999.

5. Como lo prueba la reedición de las *OEuvres complètes*, Fayard, París, 2004, 2006.

6. I. ILLICH, *Une société sans école*, in *OEuvres complètes*, Fayard, París, 2004, p. 214.

de niños. Ese programa de tres mil millones de dólares no dio ningún resultado. Según la mayor parte de las críticas, el problema se debía a una «falta de medios» –que una recuperación del crecimiento podría oportunamente obtener.

Para Illich, la explicación es completamente distinta: el fracaso se debe a que los niños ricos se han beneficiado también de las ayudas, pero sobre todo, a que el sistema escolar centralizado es en sí mismo estructuralmente desigual: cualquiera que sea la cantidad de dinero que se dedique a ello, el resultado es una discriminación acrecentada por unos costos de producción más elevados. Esto es, en determinados aspectos, lo que ocurrió en Francia con el ambicioso programa de llevar el 80% de los incluidos en un grupo etario a obtener el bachillerato: el costo del bachillerato en la sociedad aumentó, el propio bachillerato se devaluó y la desigualdad ante el saber finalmente aumentó, trasladándose a los diplomas después del bachillerato. Illich ya lo había advertido: si la igualdad en materia de educación debiera definirse por el acceso de todo un grupo etario a un diploma de Enseñanza Superior, entonces el costo de esa política excedería el presupuesto de los Estados Unidos⁷.

El error reside en confundir posibilidades educativas iguales con la escolaridad obligatoria. La igualdad se busca por medios que intensifican la desigualdad. Se confunde instrucción con la jerarquía de los diplomas. Mientras más esté la escuela en situación de monopolio, más importancia social tiene y más quieren todos beneficiarse con sus certificados –y más desigualdades crea ya que, para «certificar» a todo el mundo, la escuela debería disfrutar de un presupuesto ilimitado.

Como modo de solución, Illich exhorta a una separación del Estado y de la escuela, según el modelo de separación de la Iglesia y el Estado⁸. En este punto debe citarse el ejemplo del célebre pedagogo brasileño Paulo Freire,

7. *Ibid.*, p. 219.

8. *Ibid.*, p. 222.

que pudo demostrar que adultos analfabetos podían comenzar a leer y escribir en 40 horas. La solución, pues, es «desescolarizar» la sociedad, construir «un mundo donde la vida cotidiana tuviese virtud educativa⁹», lo cual impediría la formación de jerarquías por el diploma.

Illich no preconizaba una «sociedad sin escuela», como lo hace creer la traducción francesa de su libro (*Deschooling Society*), sino una sociedad «desescolarizada», o sea, una relativización gradual del poder de la escuela en beneficio de otros segmentos de la sociedad, comenzando por las asociaciones. Illich, como Gandhi, propone también relativizar la importancia del trabajo intelectual para así rehabilitar el trabajo manual, lo cual debería traducirse especialmente en los salarios.

Finalmente, debemos añadir que Illich, al escribir desde México, se refería a los sistemas escolares más desiguales –los del Tercer Mundo, pero también los de Estados Unidos. Asimismo, en *Énergie et Équité*, Illich muestra que el crecimiento de la velocidad, como el de los diplomas, engendra *necesariamente* fuertes desigualdades. En su época, Illich calculaba que un habitante de los Estados Unidos dedicaba un promedio de 1.600 horas por año a su automóvil. En trayectos acumulados de 10.000 kilómetros por año, su velocidad *real* de desplazamiento es de... 6 km/h. ¿A qué se debe ese hecho sorprendente? A que Illich cuenta, en el tiempo dedicado al automóvil, el tiempo transcurrido en conducirlo y también el tiempo transcurrido en pagarlo, en repararlo, en su mantenimiento, en pagar los gastos de garaje, aparcamiento, etc., todos ellos gastos ocultos del aumento de la velocidad. Este análisis le permite calcular la «velocidad generalizada» que permite la posesión de un vehículo relativamente al estatus de su propietario. La tabla 2 muestra los principales resultados del cálculo hecho en aquellos tiempos, en km/h.

9. *Ibid.*, p. 313.

Tabla 2. Velocidad generalizada de varios medios de transporte

| Categoría socioprofesional | Bicicleta | 2CV | Simca 1301 | DS21 |
|--|-----------|-----|------------|------|
| Cuadro superior (París) | 14 | 14 | 14 | 12 |
| Empleado (ciudad promedio) | 13 | 12 | 10 | 8 |
| Obrero especializado (ciudad promedio) | 13 | 10 | 8 | 6 |
| Asalariado agrícola (población rural) | 12 | 8 | 6 | 4 |

Fuente: J. P. Dupuy et J. Robert, *La Trahison de l'opulence*, Seuil, Paris, 1976.

Salvo suponer que todo el mundo llega a ser un cuadro superior y disfruta de un enriquecimiento sin precedentes, la bicicleta permite desplazarse con más velocidad que los tres vehículos de motor examinados. Jean-Pierre Dupuy, que se interesó en esos trabajos en los años 1970¹⁰, repitió el cálculo en 2002 y encontró resultados comparables¹¹.

Si para Illich el crecimiento económico ya no aporta progreso, incluso admitiendo una distribución igualitaria de los ingresos, ello se debe a razones de embotellamiento, de saturación. Si se sigue creyendo que el crecimiento reduce las desigualdades y aporta progreso enriqueciendo a todo el mundo, es porque la contabilidad es falsa y las representaciones, engañosas. De hecho, «una vez pasado un determinado umbral de consumo de energía, la industria del transporte dicta la configuración del espacio social¹²», «más allá de una velocidad crítica, los vehículos de motor engendran distancias alienantes que sólo ellos pueden superar¹³» y «se establecen privilegios extremos al precio de un sometimiento general. En una vida de viajes lujosos, una élite alcanza distancias ilimitadas, mientras que la mayoría pierde su tiempo en trayectos impuestos para dar vueltas por los parkings y aeródromos¹⁴» que fueron

10. J.-P. DUPUY et J. ROBERT, *La Trahison de l'opulence*, Seuil, Paris, 1976.

11. J.-P. DUPUY, *Pour un catastrophisme éclairé*, Seuil, Paris, 2002.

12. *Ibid.*, p. 397.

13. *Ibid.*, p. 402.

14. I. ILLICH, *Énergie et Équité*, in *OEuvres complètes*, Fayard, Paris, 2004, p. 394.

construidos para la élite. «Un país está sobreindustrializado cuando su vida social está determinada por la industria del transporte, que determina los privilegios de clase, acentúa la penuria de tiempo, encadena a la gente a redes y horarios» que se han vuelto necesarios para evitar el embotellamiento provocado por el aumento de la velocidad¹⁵.

El análisis del espacio en que se despliegan las infraestructuras necesarias para el buen funcionamiento de los «progresos» técnicos, como son el automóvil o el tren de alta velocidad, muestra una perspectiva completamente diferente a la de los discursos oficiales: el progreso de unos pocos, en tiempo y en espacio, se paga con la regresión de todos los demás. El avión para unos, el cambio climático para otros. Si el avión parece ser un progreso, es porque su costo social real está oculto, «externalizado», transferido al futuro o a los sectores más débiles de la población.

En *Némesis médica*, Illich muestra que las principales enfermedades (tuberculosis, cólera, disentería, fiebre tifoidea, difteria, tosferina, sarampión) habían casi desaparecido mucho antes de la invención de las vacunas y de los antibióticos. El entorno fue el primer determinante, y no los progresos «médicos». Con la industrialización surgen nuevas enfermedades y son éstas las que quiere tratar la medicina de punta. En su criterio, hay tres técnicas que probablemente han tenido un impacto superior a todas las intervenciones médicas especializadas: el procesamiento de las aguas, la fosa séptica, y el uso del jabón y de las tijeras por parte de las comadronas¹⁶. No obstante, la mayoría de los países invierten en alta tecnología y en las hazañas médicas. La medicina se vuelve entonces cada vez más elitista, cada vez más desigual.

Podemos imaginar que un día la medicina será capaz de cambiar todas las partes del cuerpo humano, pero sólo algunos pocos tendrán acceso a ello. Mientras tanto, una parte importante de la población mundial no cuenta con

15. *Ibid.*, p. 429.

16. *Ibid.*, p. 602.

las tres innovaciones mencionadas por Illich. Y el carácter privado o estatal de esa medicina no cambia nada en el fondo: si no es el dinero, será el embotellamiento lo que vendrá a limitar el número de felices beneficiarios. (En una economía estatalizada, cuando aumentan los gastos de salud, es ante todo el aparato administrativo –la burocracia– quien se beneficia de ello.) El costo de la atención médica aumenta, todo el mundo paga por esas proezas, y ya no hay dinero para comprar tijeras ni para construir fosas sépticas. Los más pobres llegan a carecer de lo esencial: gafas, arreglos dentales o incluso un medio ambiente de calidad. Y ello mientras se trasplanta heroicamente un corazón a un feliz elegido. Illich señala que el hecho es aún más flagrante en los países del Tercer Mundo: «Mientras más pobre es el país, más se concentran los gastos médicos en un pequeño número de equipos y de especialistas¹⁷». En consecuencia, «es la industrialización, más que el hombre, la que se ha beneficiado con los progresos de la medicina: las personas han sido capaces de trabajar más regularmente en las condiciones más deshumanizadoras¹⁸».

Aquí el progreso consistiría en que las inversiones maximizan el resultado para los más pobres, cuidando de no despojar al ciudadano de su propia capacidad de expertos sobre el tema. En un país de bajo capital económico, los programas de «médicos descalzos*», las fosas sépticas o la producción de medicamentos genéricos resultan más adecuados que los grandes hospitales. Las técnicas locales suelen condenarse sin un examen crítico –los expertos internacionales oponen la medicina «tradicional» a la medicina «moderna»: condenan con frecuencia a la primera sin que exista ningún estudio experimental que pruebe su inferioridad. Sin embargo, esta medicina tradicional puede demostrar su eficacia y su grado de adaptación (como el carácter antibacte-

17. *Ibid.*, p. 629.

18. I. ILLICH, *La Convivialité, in Oeuvres complètes*, Fayard, París, 2004, p. 460.

* Los médicos descalzos son campesinos con conocimientos médicos y paramédicos básicos y que trabajan en pueblos rurales en la República Popular China. Su propósito es llevar cuidados médicos a las áreas rurales en donde los doctores titulados no se establecerían. Promueven la higiene básica, atención preventiva de la salud, planificación familiar, y tratamiento de enfermedades comunes. (N. de T.)

riológico del árbol Neem, utilizado desde hace mucho tiempo en la medicina ayurvédica india y que se encuentra en todas partes del territorio indio). Así, Illich pedía que ambas medicinas –la medicina «moderna» y la medicina que él prefiere llamar «vernácula»– se sometieran a la prueba pública de su eficacia. Esta exigencia mínima de rigor científico del cual, sin embargo, se enorgullecen las políticas de «modernización», es ignorada en la práctica: las prácticas modernas se instalan por mimetismo y no como resultado de un examen crítico. En los países de fuerte capital económico, una de las soluciones incluiría sin duda la integración de la salud en la educación general –sin pasar obligatoriamente por la escuela– de manera que aumentara la capacidad de auto-diagnóstico y de prevención. El denominado modelo «chino», donde el paciente solo le paga al médico si éste logra curarlo, puede resultar muy estimulante en el terreno económico, sin caer por ello en la apología de la automedicación¹⁹.

Más allá de esos análisis sectoriales en los campos de la energía, de la educación o también de la medicina, Illich proponía una crítica más extensa de la industrialización. En todos los «progresos» aportados por la industria en la esfera de la productividad, él identificaba dos umbrales. El primero se cruza cuando una actividad social es confiada a un cuerpo de especialistas (la salud confiada a los médicos, por ejemplo). El segundo se alcanza cuando la población es totalmente dependiente y cuando, «por falta de medios» (que de todas maneras deberían ser infinitos), se crea una jerarquía en el acceso a los servicios. La utilidad marginal del excedente de especialización comienza a decrecer, pues es la institución la que crea la escasez a la cual pretende poder responder enseguida: «En los Estados Unidos, hay que ser muy rico para pagarse el lujo que todo el mundo se da en los países pobres: ser asistido en su lecho de muerte²⁰». Para llevar una «existencia digna²¹», en los países desarro-

19. J. GERNET, *La Chine à la veille de l'invasion mongole*, Philippe Picquier, 2008.

20. *Ibid.*, p. 462.

21. La dignidad es una referencia utilizada a menudo para definir la pobreza y el nivel del mínimo en

llados las personas deben consumir enormemente, so pena de ser excluidos. Y ese consumo no puede ser reducido fácilmente, ya que está determinado por la configuración de las infraestructuras. ¿Cómo vivir sin automóvil en una zona residencial? ¿Cómo evitar recurrir a la computadora cuando la desmaterialización de los procedimientos ha llevado a una reducción drástica de las ventanillas públicas? En consecuencia, el poder del utillaje se vuelve contra el hombre: «El poder del hombre sobre la herramienta se ha transformado en poder de la herramienta sobre el hombre²²».

¿Cuál es la solución? No reside, sobre todo, en un incremento de los medios, lo cual se traduciría especialmente en más crecimiento económico. Tampoco reside en una «apropiación de los medios de producción», como sugiere la vía del marxismo tradicional: «Mientras se ataque al trust Ford por la única razón de que enriquece al Sr. Ford, se alimentará la ilusión de que las fábricas Ford podrían enriquecer a la colectividad. [...] El concepto de apropiación no podría aplicarse a un utillaje incontrolable²³.» Para Illich, la solución es cambiar de utillaje y para lograrlo, reformar las instituciones. «Sólo si se invierte la lógica de la institución se hace posible invertir el movimiento. Con esta inversión radical no se aniquilarán la ciencia y la tecnología modernas, sino que darán a la actividad humana una eficacia sin precedentes²⁴». A la «industrialización de la carencia²⁵», Illich opondrá la «estructura convivencial²⁶». En su opinión, la salida del sistema de las necesidades preconcebidas por el sistema industrial, lejos de ser vivida como el doloroso precio que debe pagarse por una «mejora del medio ambiente», constituiría un movimiento de emancipación verdadera.

social –véase V. CHÂTEL et M.-H. SOULET, *Agir en situation de vulnérabilité*, Presses de l'université de Laval, Montréal, 2003, p. 73.

22. *Ibid.*, p. 469.

23. *Ibid.*, p. 489.

24. *Ibid.*, p. 471.

25. *Ibid.*, p. 479.

26. *Ibid.*, p. 483.

De ese modo, el decrecimiento retoma la crítica de la mercancía como forma central y alienante de las sociedades desarrolladas, pero bajo una óptica nueva.

Según algunos escritos de Marx (tales como los *Grundrisse* o determinados fragmentos de *El Capital*), la particularidad del funcionamiento del capitalismo se refleja en una fundamental acción inversa: las relaciones humanas concretas y las relaciones de los seres humanos con la naturaleza toman cada vez más la apariencia de relaciones objetivas entre cosas. La transformación en dinero de toda materia y de toda práctica social busca proporcionar una guía objetiva para las acciones humanas, quitándoles cualquier posibilidad de crear de modo consciente sus propias instituciones.

El decrecimiento, empero, no retoma la antorcha de los marxismos heterodoxos productivistas. Retoma más bien trabajos teóricos importantes como los emanados de la primera «escuela de Frankfurt» (Adorno, Marcuse), para los cuales la especificidad histórica de las «sociedades de crecimiento» es la consecuencia de un proceso de valorización de la riqueza privada impulsada en el capitalismo. Esa concepción particular de la riqueza, llamada «burguesa», ha sido adoptada sin crítica alguna por los marxismos: de ahí su apoyo a las políticas del crecimiento. El decrecimiento, por el contrario, exhorta a una emancipación de las necesidades mercantiles y de las técnicas industriales que permitiría abrir nuevos caminos para la evolución de nuestras sociedades. Ello, naturalmente, encuentra eco en numerosas obras literarias y artísticas renuentes a la industrialización del mundo y para las cuales «la fealdad es una promesa de infelicidad» (Stendhal).

El sobreconsumo, en pocas palabras, una cierta forma de abundancia, de riqueza burguesa, es ante todo un atentado a la emancipación colectiva: he ahí algo que nunca fue puesto en evidencia ni en el marxismo ni en el liberalismo clásicos.

De la entropía a la crítica de la economía política

Después de todo, ¿acaso los ecologistas no son pesimistas? ¿Acaso no olvidan la existencia de esa fuente ilimitada de energía que es el sol? ¿Y la energía nuclear? ¿Acaso esa fuente de inmenso poder acoplada a la ecología no abre también una posibilidad: el reciclaje ilimitado? Ese tipo de pregunta organiza la discusión en torno a la «entropía» y al segundo principio de la termodinámica.

Lo que exactamente significa la «entropía» en la economía constituye un tema de debate y se asiste con frecuencia a largos intercambios esotéricos entre economistas y físicos. Esa disputa no debe confundir al lector, ya que los objetivos pueden ser explicados de manera sencilla.

La constatación según la cual el mundo está sometido a transformaciones irreversibles puede hacerla cualquiera. La irreversibilidad puede asumir diversas formas. Puede ser química: una vez quemado, el petróleo se disipa y simple y llanamente ya no puede volver a crearse a la escala de la especie humana. No hay duda de que es posible producir hidrocarburos a partir de energías renovables como la biomasa (aceite de colza, etc.), pero como veremos más adelante, esas técnicas implican otros límites, especialmente en términos de las superficies utilizadas. La irreversibilidad puede ser mecánica: un metal se extrae de las minas donde existe en estado concentrado, pero su utilización lo dispersa de nuevo sin que sea fácil «reconcentrarlo», ya que todos los sistemas de reciclaje consumen ellos mismos energía y materia, y nunca son eficaces en un 100%.

De ese modo, toda actividad humana transforma recursos de «baja entropía» –materias y energías utilizables por su adecuada calidad– en recursos y materiales de «alta entropía» que tienen la propiedad de ser inutilizables por los seres humanos, incluso por los seres vivos en general: las zonas estériles, los desechos y la polución. Esa constatación aparentemente banal conduce a un mundo muy diferente al de los economistas tradicionales (y de la mayoría de los «heterodoxos») donde ningún proceso de irreversibilidad se ha

puesto nunca de relieve, haciendo pensar que lo que se ha construido, acumulado, puede durar eternamente.

Nicholas Georgescu-Roegen es conocido por haber importado el tema de la entropía a la economía. Matemático de formación, se interesó ya muy tarde en la economía. Aunque en 1930 obtiene su Doctorado en Estadísticas, su texto más importante, *The Entropy Law and the Economic Process* (La ley de la entropía y el proceso económico), solo aparece en 1971. Él funda lo que se ha convenido en llamar el paradigma «bioeconómico», según el cual la actividad económica moderna, con todas sus maquinarias térmicas, puede describirse como un acelerador de crecimiento de la entropía –y, por tanto, como una vasta empresa de rarefacción material de los recursos utilizables en pro de un crecimiento de las zonas estériles, de los desechos y de la polución. En 1971 escribía que el fin de la fase industrial se alcanzaría con más rapidez mientras más elevado fuese el crecimiento económico²⁷. Para él, cada vehículo que se produce lo hace en detrimento de otro vehículo futuro, cada arma fabricada es una reja de arado de menos. La bioeconomía integra perfectamente el hecho de que la técnica es un fenómeno cultural. No obstante, subraya que la materia trabajada posee propiedades que no pueden modificarse al antojo de nadie; de ahí las consecuencias políticas y de civilización que deben estimarse.

Nicholas Georgescu-Roegen publica su gran obra el mismo año que ve la luz otro texto que obtiene un gran éxito: *Environment, Power and Society* («L'environnement, l'énergie et la société») de Howard T. Odum²⁸. Este último –hermano de Eugène Odum, autor de obras muy importantes sobre ecología fundamental y aplicada– puede ser considerado como el padre de la ingeniería ecológica, o ecotecnología²⁹. Entre Nicholas Georgescu-Roegen y

27. «El crecimiento puro no puede exceder un determinado límite, difícil de establecer, sin un incremento [de la tasa global de agotamiento y de la tasa de polución derivada de ello]», N. GEORGESCU-ROEGEN, *Demain la décroissance*, *op. cit.*, p. 106.

28. H. T. ODUM, *Environment, Power, and Society*, Wiley-Interciencia, New York, 1971.

29. J. GRINEVALD, «Georgescu-Roegen: bioéconomie et biosphère», *loc. cit.*, 1993.

Howard T. Odum, hay una gran diferencia. Este último afirma, en efecto, que «Georgescu-Roegen parece equivocarse en lo referente a la materia (la cual, para él, se disipa) y que, en realidad, solo se pierde localmente porque es reciclable por los grandes sistemas naturales³⁰». El sol es quien asegura dicho reciclaje y para H. T. Odum lo seguirá haciendo durante varios miles de millones de años más. Bastaría, pues, que el ser humano utilizara lo mejor posible los ecosistemas para continuar creciendo todavía durante un determinado tiempo. La sociedad, por tanto, debe dar un vuelco completo en cuanto a la utilización de los recursos renovables.

La lectura de H. T. Odum permite abrir la vía a la tesis de un reciclaje ilimitado, una vía abierta a lo grande por Kenneth E. Boulding y que seguirían en Francia René Passet³¹ y los paladines de la «ecología industrial³²». No obstante, en 2001, H. T. Odum coincide con Georgescu-Roegen sobre la inevitabilidad del decrecimiento³³ a causa de la falta de recursos fósiles, lo que desemboca en un nivel muy bajo de utilización de la energía y de la materia. Dicha situación no sería obligatoriamente entristecedora si la sociedad decidiera acompañar esa transformación. Por consiguiente, la sociedad debe dar un vuelco completo hacia la utilización de recursos renovables, pero en un nivel de consumo muy bajo para permitir así la reconstitución de los stocks.

Nacido en Liverpool, Kenneth E. Boulding (1910-1993), metodista convertido en cuáquero, se hizo ciudadano norteamericano en 1948. Economista y pacifista comprometido, autor de un artículo célebre, «The economics of the coming spaceship Earth³⁴», fue nominado en diversas ocasiones para el

30. G. PILLET et H. T. ODUM, *Énergie, écologie, économie*, Georg, Ginebra, 1987.

31. R. PASSET, *L'Économique et le vivant*, Economica, París, 1979.

32. S. ERKMAN, *L'Écologie industrielle*, Charles Leopold Mayer, París, 2004.

33. Howard T. ODUM et Elisabeth C. ODUM, *A Prosperous Way Down : Principles and Policies*, University Press of Colorado (2001 para la 1ra edición), 2008, 348 pp.

34. K. E. BOULDING, «The economics of The coming spaceship Earth», in H. JARRET (dir.), *Environmental Quality in a Growing Economy*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1966.

Premio Nobel en los campos de la economía y de la paz. El artículo fue presentado por primera vez en el VI Foro de Resources for the Future, un *think tank* norteamericano, celebrado en Washington el 8 de marzo de 1966. Es a K. E. Boulding a quien se atribuyó la famosa cita, que no aparece en el artículo y cuyo origen sigue siendo difícil de ubicar: «El que crea que un crecimiento exponencial puede continuar indefinidamente en un mundo acabado es un loco o es un economista.»

Contrariamente a lo que hace pensar esta cita, K. E. Boulding posterga el fin del crecimiento a un futuro lejano, pero pone una condición: que dejemos de comportarnos como si los recursos fuesen ilimitados y que tomemos en cuenta las enseñanzas de la ecología. Él representa la actividad económica como una «econosfera» que se mantiene y crece absorbiendo la materia, la energía y la información (*input*), y rechaza los desechos. Boulding afirma que la entropía se aplica a las tres: en el mundo pueden verse procesos que dispersan la información, la materia y la energía, y otros procesos que las concentran.

A diferencia de Georgescu-Roegen, K. E. Boulding considera que la entropía de la materia puede retardarse mediante más energía y más saber. Debido a que comenzamos a explotar las fuentes de más fácil acceso, hay fuentes de energía que están sub-utilizadas: la energía nuclear, en forma solar o en forma de centrales nucleares; la energía del subsuelo, la de las olas, etc. Por su parte, el saber permitirá progresar en la producción y en la recolección de esas formas de energía. La energía solar es abundante y disponible en cantidades que son varios miles de veces superiores a lo que la economía mundial consume actualmente como energía de todas las procedencias. El objetivo es lograr captar esa energía solar en cantidades significativas. Ello será lo que permitirá el avance del saber, con la creación de diversas técnicas de recolección, de almacenaje y de distribución –entre ellas, del hidrógeno.

La energía nuclear es también potencialmente ilimitada, idea retomada por los lobbies nucleares desde que los Estados se comprometieron a reducir las emisiones de gas de efecto invernadero. El agotamiento de los recursos fósiles,

por tanto, no nos forzará al decrecimiento, pero nos obligará a cambiar la «*cowboy economy*», donde el recurso es abundante y de fácil acceso, por una «*spaceship economy*», en la cual todo está limitado. Se tratará de administrar los flujos y ya no de agotar las reservas. Como se ve, la discusión es reñida. Todos están de acuerdo en el hecho de que las minas y los yacimientos fósiles (carbón, gas, petróleo, uranio) están sometidos a la «curva de Hubbert»: tras un período de rendimientos crecientes durante el cual mientras más se busca, más se encuentra y se explota el mineral de mejor calidad, llega un período de rendimientos decrecientes durante el cual la calidad se degrada y la energía gastada para obtener una masa dada de materia pura aumenta de manera exponencial. El punto de desacuerdo se refiere a los medios de captar la energía solar, el reciclaje y la sustitución –así como las implicaciones políticas de las opciones que se tomarán.

Los objetores del crecimiento que siguen estos debates se alinean del lado de Georgescu-Roegen. Ellos no desconocen la abundancia de la energía solar, pero opinan que la parte recuperable es poca cuando se le compara con la enorme masa de energía fósil en que se basa la sociedad industrial. La energía solar es difusa, su obtención en grandes cantidades exige grandes superficies, lo cual le hace entrar en competencia con otros usos de los suelos: alimentación, habitat, etc. Los fósiles tenían la inmensa ventaja de ser la energía almacenada en una forma extremadamente concentrada, lo cual permitía un uso deslocalizado. Difícil de almacenar, poco concentrada, la energía solar se transporta mal. Y, en las investigaciones en curso, nada indica que esos diversos obstáculos puedan eliminarse fácilmente, a gran escala y en un futuro cercano.

K. E. Boulding cifraba sus esperanzas en la fusión nuclear. Pero ésta no está lista, seguramente demorará largo tiempo y nada demuestra que un día llegue a estar disponible (y de ser así, tal vez en una cantidad mucho menor de lo que se desea...). La energía nuclear clásica, además de los riesgos que implica, está sometida al agotamiento de los recursos de material fisible. El uranio, en

efecto, está presente en grandes cantidades en toda la superficie del planeta, pero casi siempre en cantidades ínfimas, lo que crea un círculo vicioso: para recuperarlo se requerirían grandes fuentes de energía que, a su vez, requieren mucho uranio, etc.

Para los objetores del crecimiento, es sobre todo en el terreno político que las vías sugeridas por K. E. Boulding son inaceptables. Tienden a trasladar el objetivo ecológico a una cuestión tecnológica, a un objetivo de gestión –con el pretexto de no afectar a la «soberanía del consumidor», al estilo de vida moderno y el «progreso». K. E. Boulding preconiza soluciones centralizadas, arriesgadas, que exigen una vigilancia constante –a semejanza de la energía nuclear o del uso del hidrógeno para transportar y distribuir la energía. El transporte del combustible nuclear, a diferencia del carbón, está ya sometido a una lógica militar. El rechazo a cuestionar nuevamente los estilos de vida existentes nos conduce a una sociedad policial, autoritaria, que sacrifica poco a poco las libertades fundamentales en aras de la seguridad. Esas soluciones tienen, además, un carácter tremendamente desigual, ya que están fuera del alcance de la mayoría de la población mundial, que dispone de poco capital técnico.

En lugar de apostar por los milagros tecnológicos cuyo carácter liberticida y generador de desigualdades puede predecirse desde ahora, muchos objetores del crecimiento opinan que debemos apoyarnos en lo que existe y buscar una vía más democrática y más equitativa a escala global. Y, con las técnicas existentes, el consenso actual es que lo renovable podría suministrar aproximadamente la mitad de la energía comercial utilizada hoy en día³⁵. Es sobre la base de estos cálculos, que los objetores del crecimiento tratan de proponer nuevos modos de vida.

Este resultado surge de la cuestión de la materia. Georgescu-Roegen, evi-

35. J.-M. JANCOVICI et A. GRANDJEAN, *Le Plein s'il vous plaît*, Seuil, París, 2006.

dentemente, no negaba la posibilidad del reciclaje, pero creía imposible reciclarlo todo en niveles elevados. Si bien es cierto que la naturaleza recicla la casi totalidad de lo que consume, también es cierto que la industria utiliza sobre todo materiales salidos de las minas y no de los ecosistemas. Esos materiales no se insertan fácilmente en los ciclos ecológicos globales, sino que, por el contrario, tienden a perturbarlos y a degradarlos, como ocurre, por ejemplo, con los metales pesados contenidos en las baterías que envenenan la cadena alimentaria. ¿Con qué sustituir el litio? En la actualidad no se conoce ningún sustituto renovable. El litio extraído de una mina, cuando se disipa, ¡no crea de nuevo espontáneamente una mina de litio! Sólo queda el reciclaje humano, que nunca es del 100%. La dispersión de los metales pesados es más lenta y más insidiosa, pero continua. Recolectar metales tales como el litio dispersado en partículas muy finas con el objetivo de reciclarlo, es imposible –la energía que habría que gastar es demasiado importante.

Incluso el oro, que se conserva con gran esmero en todo el mundo, sufre regularmente pérdidas debido a su dispersión. Querer recuperar todos los metales en las mismas proporciones que el oro impondría un sistema sumamente limitante en cuanto a reglamentación. Las consecuencias políticas serían temibles: habría que castigar con severidad todo tipo de pérdida, incluidas las accidentales. A esto los economistas responden que siempre se puede sustituir un recurso por otro. Ello significa olvidar que los elementos naturales poseen cualidades particulares, lo que permite identificarlos como tales. La tierra nunca será un buen conductor de electricidad, la arena nunca permitirá hacer bases sólidas, la piedra no podrá recalentar las chozas de paja. Para los objetores del crecimiento, la esperanza de sustitución es un señuelo que permite no abrir el debate sobre los propósitos del estilo de vida moderno.

El campo abierto por esa discusión es, empero, bastante amplio, pues no es sencillo determinar los arbitrajes entre necesidades, reciclaje, recolección y sustitución. Fue así que nació un terreno de investigación en las fronteras

de la economía y de numerosas disciplinas: la «economía ecológica». K. E. Boulding, N. Georgescu-Roegen y H. T. Odum son considerados como los tres fundadores de esa amplia rama de la economía que se niega a reducir la cuestión de la naturaleza a su valor monetario y que retoma la cuestión del «valor intrínseco», es decir, «no mercantil» de la naturaleza. A la inversa, la economía del medio ambiente y de los recursos naturales considera que el mercado asigna los recursos de manera eficaz, con la condición de que se corrijan sus «imperfecciones» marginales. Aquí el agente económico es considerado racional: si consume petróleo, es porque así lo desea. Si para la economía ecológica la economía no es más que un subsistema de los ecosistemas, y si el capital técnico y el capital natural no son enteramente sustituibles, para la economía estándar, por el contrario, la naturaleza es un capital entre otros y el crecimiento puede continuar indefinidamente porque una solución técnica es siempre posible.

La economía ecológica dio nacimiento a una sociedad erudita, la International Society for Ecological Economics (ISEE), presidida largos años por el economista norteamericano Herman Daly (nacido en 1938), ex alumno de Georgescu-Roegen. Daly fue criticado por su maestro a inicios de los años 1970 por su alegato a favor del «estado estacionario» como alternativa al crecimiento. A mitad de camino entre ecoenergética y bioeconomía, H. Daly ha mostrado que el objetivo de una economía sostenible no concierne sólo a la composición, sino también a la dimensión de una economía³⁶. Durante mucho tiempo, Daly abogó por un estado estacionario con el objetivo de aliviar los ecosistemas naturales maltratados³⁷. En esa perspectiva, el estado estacionario se concibe como la culminación «apaciguada» de una sociedad en la cual las necesidades materiales ya están satisfechas y son globalmente estables.

36. H. DALY et J. B. COBB, *For the Common Good. Redirecting the Economy Towards Community, the Environment and a Sustainable Future*, Beacon Press, Boston, 1989.

37. H. DALY et K. N. TOWNSEND, *Valuing the Earth: Economics, Ecology, Ethics*, MIT Press, 1992.

Poco antes del coloquio organizado en 2008 en París sobre el decrecimiento, H. Daly apoyó la idea de decrecimiento, convencido ya de que las dimensiones de la economía industrial habían definitivamente superado todo lo que sería posible hacer con la eco-ingeniería y las ecotecnologías. Esas preocupaciones no son nuevas. La mayoría de los economistas del siglo XIX (Ricardo, Mill, et al.) los más favorables a la economía mercantil proyectaban, y algunos deseaban, una especie de economía del crecimiento para arribar a un «estado estacionario», o sea, un crecimiento nulo. Para Ricardo, ese estado estacionario sería la consecuencia del crecimiento demográfico conjugado con los rendimientos decrecientes de la tierra.

Para J. S. Mill, dicho estado ocurriría debido a la satisfacción de las necesidades, que no podían ser ilimitadas: «El mejor estado para la naturaleza humana es ése donde, al no haber nadie pobre, nadie desearía ser más rico ni tendría motivos para temer ser desplazado por los esfuerzos de aquellos que estuviesen avanzando³⁸». «Si la tierra debe perder la mayor parte de su belleza como resultado de los daños provocados por un crecimiento ilimitado de la riqueza y de la población [...], entonces yo deseo sinceramente, por el bien de la posteridad, que nos contentemos con permanecer donde estamos en las condiciones actuales, antes de que nos veamos obligados a hacerlo por necesidad³⁹».

En general, esos economistas, llamados «clásicos», se preocupaban por las limitaciones que la capacidad de carga del planeta, el carácter limitado de las tierras arables y el agotamiento de los recursos no renovables impondrían a la expansión de la economía⁴⁰. De esa manera, la ecología retoma eso que la disciplina económica conoce con el nombre de «cláusula de Locke». John

38. J. S. MILL, *Principles of Political Economy*, University of Toronto Press, Routledge and Kegan Paul, 1965, p. 754, cité in R. DEHEM, *Histoire de la pensée économique*, Dunod-Presses de l'université de Laval, Québec, 1984, p. 218.

39. J. S. MILL, *Principi di economia politica*, Utet, Torino, 1979, p. 748-751. Traducción de S. Latouche.

40. C. KERSCHNER, «Economic degrowth vs the steady state economy: Complements or contradiction» in F. FLIPO, F. SCHNEIDER (dir.), *Proceedings of degrowth conference*, op. cit.

Locke, filósofo del siglo XVII, afirmaba: «Dios nos ha dado todas las cosas en abundancia. [...] Todo lo que uno pueda usar para ventaja de su vida antes de que se eche a perder, será lo que le está permitido apropiarse mediante su trabajo. Mas todo aquello que excede lo utilizable será de otros⁴¹».

Y más adelante, agrega: «Nadie que tuviera un río para calmar su sed podría sentirse perjudicado porque un hombre bebiese de esa misma agua, aunque tomase de ella un buen trago. Tanto si se trata de tierras como de agua allí donde hay cantidad suficiente, el caso es el mismo.» Locke no hacía más que retomar una idea bastante corriente en esa época, la idea de que la tierra fue dada en común y que, por tanto, cada uno tiene derecho a su parte, idea esta que reencontramos en San Agustín, Kant o Grocio.

El mayor economista del siglo XX –John M. Keynes– proyectaba también el surgimiento de una economía en estado estacionario. Keynes lo deseaba ardientemente, anticipando que entonces las poblaciones en gran medida liberadas de las labores más agotadoras podrían finalmente disfrutar de los verdaderos placeres de la vida: «Mi conclusión es la siguiente: bajo el supuesto de que no se producirán guerras importantes ni grandes aumentos en la población, el problema económico puede ser solucionado o, al menos, su solución podrá estar próxima dentro de unos cien años. Equivale ello a decir que el problema económico no es –si contemplamos el futuro– el problema permanente de la raza humana⁴²».

De la crítica democrática a la crítica culturalista

Es la amenaza que la sociedad de consumo hace pesar sobre las libertades

41. J. LOCKE, *Deuxième Traité du gouvernement civil* [1690], Vrin, Paris, 1985, chapitre V. (Traducción al español://www.cinehistoria.com/locke_segundo_tratado_sobre_el_gobierno_civil.pdf . N. del T.).

42. J. M. KEYNES, «Perspectives économiques pour petits-enfants», *Essais de persuasion*, Gallimard, París, 1931, p. 6. (N. del T. Traducción al español:
<http://www.ucm.es/info/ec/jec9/pdf/A04%20-%20Ramos%20Gorostiza,%20Jos%E9%20Luis.pdf>)

individuales y colectivas, lo que llevó a B. Clémentin y a V. Cheynet a proponer el «decrecimiento», esa «palabra-obús»⁴³. Era preciso regenerar el espacio público, agitarlo, romper el pesado consenso existente, incluir temas nuevos en la agenda. Creada en 1999, *Casseurs de Pub*, «la revue de l'environnement mental*» como indica su subtítulo, apuntaba ya en esa dirección y había producido una imaginería contundente orientada hacia la denuncia de la alienación consumista: servidores de McDonald's representados con los rasgos de obreros soviéticos en posición militar de firmes, etc.

Lo que B. Clémentin y V. Cheynet reprochan al medioambientalismo y al ecologismo de gobierno, ambos criticando la sociedad de consumo, es el no atreverse a atacar abiertamente la fuente principal de la opresión: los modos de vida impuestos por la maquinaria social, la «felicidad conforme» y sus vectores privilegiados como son la publicidad y el falso discurso de libertad que ella transmite. La publicidad esconde lo que desalentaría las ventas, pone ante los ojos del ciudadano un mundo encantado donde los transgénicos salvan a los hambrientos, donde las centrales nucleares son apropiadas y los obreros son «socios» de sus patrones.

Especializándose en las normas de seguridad industrial, la reglamentación sobre los transgénicos y las bolsas de plástico, la ecología no solo está condenada al fracaso, sino también obligada a hacerle el juego a los tecnócratas liberticidas –a pesar suyo. La inestabilidad del mundo, las desigualdades sociales, la ilusión que vive el elector de pesar realmente en la vida ciudadana cuando es ante todo un consumidor, no constituyen en lo absoluto un efecto secundario imprevisto de la vida de las sociedades modernas, sino más bien el resultado ineluctable de su división llevada al extremo. V. Cheynet lo sabe mucho mejor porque él proviene del mundo de la publicidad, y porque debido a ello posee un sólido conocimiento como

43. P. ARIÈS, *Décroissance ou barbarie*, Golias, Villeurbanne, 2005.

* «La revista del medio ambiente mental». (N. del T.).

experto sobre el papel de la propaganda y la desestabilización psíquica.

Paul Ariès, autor de diversas obras críticas sobre la influencia de la industria publicitaria, en especial sobre los más jóvenes, insiste en el hecho de que la publicidad ya no tiene nada que ver con el tipo de anuncio de los años '70⁴⁴: ahora transmite valores y estructura los modos de vida, las identidades. No es casual que tantos jóvenes «pobres» traten por todos los medios de vestirse con ropas de marca –y que a menudo esquiven la papeleta de voto o el compromiso militante. Ahora su identidad se estructura en torno a las multinacionales y a su cultura ultracompetitiva, según el modelo del deporte de alto nivel. También aquí el decrecimiento sirve para romper la ideología de la sociedad de crecimiento que restringe considerablemente la libertad de los seres humanos.

El decrecimiento como «palabra-obús» impone en la agenda pública objetivos que, sin ella, seguirían siendo propiedad privada de expertos de todo tipo. La «Grenelle de l'environnement*», lanzada en 2007 es el ejemplo vivo de esa farsa que no aporta ninguna solución: meses y meses de discusión entre «representantes» de diversas empresas y asociaciones solo tuvieron como resultado un montón de textos que no condujeron a nada por falta de apoyo popular⁴⁵. El decrecimiento tiene como misión revitalizar las pasiones necesarias para la existencia de un espacio público dinámico y apto para criticar las normas establecidas, todo ello en terrenos donde reina un falso consenso pesado y mortífero.

Esa preocupación también explica que V. Cheynet y B. Clémentin se muestren críticos en cuanto a la idea de una simple reducción del tiempo de tra-

44. P. ARIÈS, *Putain de ta marque. La pub contre l'esprit de révolte*, Golias, Villeurbanne, 2003.

* Conferencia que reunió, a iniciativa de Sarkozy, gobierno, autoridades locales, sindicatos, empresarios y diversas organizaciones para diseñar un plan de acción con medidas concretas en relación con el medio ambiente. The name "Grenelle" proviene de la reunión con esos mismos interlocutores celebrada en mayo de 1968 la Rue de Grenelle.

45. *Casseurs de Pub* fue el punto de partida de un «Contre-Grenelle» celebrado en Lyon poco antes del Grenelle oficial.

bajo. Para ellos, lo que está en juego es también reducir el tiempo de consumo, pues ese tiempo no es un tiempo libre, sino más bien un tiempo alienado. Esas dos reducciones constituyen una condición necesaria para un mundo más democrático, pues el aumento del tiempo necesario para el debate se traducirá inevitablemente en una disminución del tiempo correspondiente a la producción y al consumo.

Ideas como esas no pueden dejar indiferentes a los medios libertarios, para los cuales no hay duda alguna de que la sociedad de crecimiento es necesariamente una sociedad fuertemente estatalizada y burocratizada. Serge Latouche cita con frecuencia al autor griego Takis Fotopoulos⁴⁶, quien propone nada menos que reubicar la política en conjuntos de dimensión humana, los únicos que le parecen gobernables. Takis Fotopoulos habla de «democracia generalizada» y ve en ella la solución al desafío ecológico y a las contradicciones económicas. Él preconiza una «confederación de *dèmoi*», es decir, de pequeñas unidades homogéneas de aproximadamente 30.000 habitantes. En su opinión, esa cifra permite «satisfacer localmente la mayor parte de las necesidades esenciales⁴⁷». S. Latouche se refiere además a la idea de «repúblicas de barrio», propuesta por Alberto Magnaghi⁴⁸.

Los movimientos del decrecimiento son también partidarios activos de la «democracia participativa», un término que se origina en la crítica a la democracia representativa a fines de los años '60. El término resurge en los años '90, en especial con el tema de la «democracia técnica». En ese campo se han hecho varias propuestas, como los «jurados de ciudadanos» (o «conferencias de ciudadanos»), los presupuestos participativos (según el modelo de Porto Alegre en Brasil), los consejos de barrio, etc. Los movimientos del decrecimiento se insertan en su mayor parte en ese proceso. Son las asambleas coti-

46. T. FOTOPOULOS, *Vers une démocratie générale*, Seuil, París, 2002.

47. S. LATOUCHE, *Le Pari de la décroissance*, Fayard, París, 2006, p. 207.

48. S. LATOUCHE, «Vers la décroissance – Écofascisme ou écodémocratie», *Le Monde diplomatique*, noviembre 2005.

dianas, las discusiones de ciudad y de barrio en la época de las «marchas del decrecimiento» anteriormente mencionadas. Los grupos locales que se desarrollan en Francia o España ponen un énfasis particular en el carácter participativo de las deliberaciones. Un encuentro celebrado en Gaillac en 2006 se consagró enteramente a los modos de decisión altamente participativos.

El panorama no estaría completo si no mencionamos las vivas divergencias que pueden enfrentar a las diversas corrientes sobre el concepto de democracia. Por ejemplo, V. Cheynet no se alinea con las corrientes libertarias; él se declara a favor de un republicanismo legalista y se presenta a las elecciones, lo cual no le impide llevar a cabo acciones de desobediencia civil para cambiar la legislación. Algunas corrientes también achacan a la «palabra-obús» reducir el afán democrático a provocar y mantener el disenso. No obstante, evitaremos fijar en el análisis las posiciones políticas de las diversas corrientes, ya que éstas evolucionan según el estado de la reflexión y de la correlación de fuerzas.

La virtud contundente del decrecimiento ha captado la mirada culturalista y «anti-utilitarista», que también se pregunta y se preocupa desde hace largo tiempo por las consecuencias de la «economización» progresiva de las sociedades, ya sea bajo la égida del mercado o del Plan. Nacida de la antropología, esta fuente está principalmente representada por Serge Latouche, profesor emérito de economía cuyo objetivo principal es la crítica al desarrollo y a la mercantilización del mundo. Serge Latouche forma parte de una corriente intelectual transnacional principalmente representada en Francia por la asociación *La Ligne d'horizon, les Amis de François Partant*⁴⁹, que cuenta entre sus filas al agrónomo François de Ravignan⁵⁰ y a la socioeconomista Sylvia Perez-Vitoria⁵¹, que han escrito mucho sobre las sociedades campesinas. Su

49. <lalignedhorizon.org>

50. F. de RAVIGNAN, *La Faim pourquoi ?*, La Découverte, París, 1983, réédition 2009.

51. S. PEREZ-VITORIA, *Les Paysans sont de retour*, Actes Sud, Arles, 2005. Especialista en agroecología, coordinó el número de la revista *L'Écologiste* sobre el tema (nº 14).

propósito es difundir y dar a conocer los escritos de François Partant (1927-1987), un economista que ha trabajado en la banca de desarrollo. Tras haber asesorado al shah de Irán y a diversos gobiernos de países «sub-desarrollados», François Partant llevó a cabo una crítica radical del desarrollo⁵². François de Ravignan siguió una trayectoria similar, y después de haber viajado a países «subdesarrollados» con una sólida fe en el desarrollo, regresó firmemente convencido de que el problema más urgente no estaba en el Sur, sino en el Norte.

Representantes de esa corriente antidesarrollista abundan en todo el mundo. En Suiza, Gilbert Rist escribió una «historia del desarrollo» que él ve como una «creencia occidental⁵³» destinada a extinguirse próximamente, pues ya no se pueden ocultar más los enormes problemas que engendra. Desde Noruega, Helena Norberg-Hodge⁵⁴ quiso tomar seriamente en consideración el modo de vida de los habitantes de Ladakh, el «pequeño Tibet», siendo una de los primeros visitantes occidentales en conocerlo. Ella muestra que los ladakhis no se contentan con sobrevivir: de cierta manera ellos «prosperan», en el sentido de que conocen una riqueza cultural que tiende a desaparecer con la modernización.

En la India, la figura que encabeza esta corriente es la célebre ecofeminista Vandana Shiva, que dirige la Fundación para la Investigación Científica, Tecnológica y Ecológica. V. Shiva se ha especializado en denunciar las fechorías de las multinacionales occidentales en la esfera de la agricultura y más específicamente con las semillas⁵⁵. En América Latina, el mexicano Gustavo Esteva formó parte del gobierno Echevarría de 1970 a 1976, antes de dimitir

52. F. PARTANT, *La Fin du développement. La naissance d'une alternative ?* [1982], Babel, París, 1997; *La Ligne d'horizon. Essai sur l'après-développement*, La Découverte, París, 1988.

53. G. RIST, *Le Développement. Histoire d'une croyance occidentale*, Presses de Sciences Po, París, 1996.

54. H. NORBERG-HODGE, *Ancient Futures. Learning from the Ladakh*, Sierra Club Books, 1992. Su libro ha sido traducido a más de treinta idiomas y ha sido adaptado al cine.

55. V. SHIVA, *Le Terrorisme alimentaire. Comment les multinationales affament le tiers monde*, Fayard, París, 2001; *La Biopiraterie ou le pillage de la nature et de la connaissance*, Alias, 2002.

del cargo y convertirse, mucho más tarde, en uno de los asesores del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas. Junto al gran teórico del post-desarrollismo alemán, Wolfgang Sachs, G. Esteva suscribió un libro muy crítico con respecto a las teorías del desarrollo, *Des ruines du développement*⁵⁶. Wolfgang Sachs, por su parte, miembro del Wuppertal Institute y de la Fondation Heinrich Böll en Alemania, los dos principales *think tanks* ecologistas alemanes, dirigió el *Development Dictionary*, que reúne los aportes de la mayoría de los autores antes citados⁵⁷. Finalmente, Majid Rahnema, representante de Irán ante la ONU en los años 1960, fue ministro de Enseñanza Superior y es autor de una notable obra sobre la distinción entre miseria y pobreza⁵⁸.

La corriente culturalista impugna la superioridad de la «modernidad» entendida en sentido normativo como la superioridad del modo de vida de la ciudad sobre el campo, de los «desarrollados» sobre los «primitivos», de los «tecnológicamente avanzados» sobre los «atrasados». Y, si niega esa superioridad, no es para invertir el signo de las distinciones hechas por los Modernos y declararse a favor de la tradición, sino más bien para mostrar que esas oposiciones son incapaces de captar lo que verdaderamente puede constituir un progreso. En el terreno ecológico, por ejemplo, innumerables estudios muestran que sociedades llamadas «primitivas» han sido (y siguen siendo) capaces de administrar de forma duradera su medio ambiente, y ello careciendo por completo de «ciencia moderna»⁵⁹. Incluso el premio Nobel de Economía 2009 fue otorgado a una investigadora, Elinor Ostrom, que demuestra implícitamente que la ausencia de modernidad no es un obstáculo redhibitorio

56. W. SACHS et G. ESTEVA, *Des ruines du développement*, Écosociété, Montréal, 1996.

57. W. SACHS (dir.), *The Development Dictionary: A Guide to Knowledge as Power*, Zed Books, Londres, 1992. El libro ha sido traducido a numerosos idiomas.

58. M. RAHNEMA, *Quand la misère chasse la pauvreté*, Fayard, Paris, 2003.

59. Véase, por ejemplo, R. WADE, *Village Republics*, The World Bank, 1988 o P. S. RAMAKRISHNAN, *Ecology and Sustainable Development*, National Book Trust of India, Delhi, 2001.

en el camino hacia una sociedad ecológica. Por supuesto, cuidaremos de no hacer de ello una regla general.

Ahí tenemos el ejemplo de la isla de Pascua, que nos demuestra que una sociedad tecnológicamente poco avanzada puede llevar a cabo la destrucción de su medio ambiente y, con ello, su propia desaparición; en pocas palabras, que la ausencia de modernidad no garantiza la sustentabilidad ecológica⁶⁰. No es menos cierto que «ciencia moderna» no puede ser ya sinónimo de «dominación de la naturaleza». Por el contrario, la crisis ecológica *global* que hoy vivimos es concomitante de la «modernización», que va *universalmente* acompañada de la destrucción del medio ambiente y de riesgos más importantes, tales como la energía nuclear, el agotamiento de los recursos o el cambio climático. *Ningún* país «moderno» posee una huella ecológica débil.

La ecología demuestra que la pretensión de la modernidad de convertirse en una norma universal está siendo altamente problemática –por no decir imposible. Y ello cuando, concretamente, nada indica que la «tecnología» vaya a ser capaz de encontrar una solución: por el contrario, un examen cuidadoso de los debates en curso muestra que los ingenieros, sintiéndose desgarrados para enfrentar la crisis ecológica, llaman ahora a un «cambio de comportamiento» en ese sentido. Esos señalamientos podrían aplicarse también en otros campos tales como la democracia, la convivencialidad o la solución de conflictos, a lo cual nos referiremos más adelante.

Para domesticar el productivismo salvaje, la corriente culturalista insiste más en la transformación de los valores sociales y culturales que en los cambios legislativos o de «estilo de vida», en el sentido económico de otra opción de modo de consumo. Ese enfoque se diferencia de todos los análisis económicos, incluida la «teoría de la dependencia», especialmente defendidos por autores anti-imperialistas del Sur como el economista egipcio Samir Amin.

60. J. DIAMOND, *Effondrement. Comment les sociétés décident de leur disparition ou de leur survie*, Gallimard, París, 2009.

En una obra dedicada al «eurocentrismo», éste reconoce el alcance universal del capitalismo, deplorando sus modalidades de aplicación, insensibles a los contextos locales⁶¹.

El enfoque culturalista, por el contrario, aspira a poder «re-encajar» la economía en la sociedad, para retomar los términos de Karl Polanyi, quien, en 1944, propuso una historia del capitalismo que marcó un hito⁶². Polanyi explicaba que la sociedad de mercado se constituyó al transformar en mercancía la moneda, la tierra y el trabajo que, hasta ese momento, habían sido cuidadosamente preservados de la regulación mercantil. Para él, el surgimiento del nazismo y del fascismo fue consecuencia directa del enorme costo social que provocó esa mercantilización. El Estado-providencia y la profundización de la democracia pudieron restablecer el equilibrio, pero la corriente culturalista considera que después el proceso de «mercantilización del mundo» ha seguido su curso y ha devenido salvaje. Esto afecta incluso al funcionamiento interno del Estado debido al *New Public Management* (la administración según los métodos de la empresa privada).

Si la sociedad no quiere abismarse nuevamente en la violencia, debe instituir las mediaciones que permitan domesticar el mercado. En ese marco, hay que asignar un espacio a las posiciones defendidas por el Movimiento anti-utilitarista de las Ciencias Sociales (M.A.U.S.S.), animado por el sociólogo Alain Caillé⁶³ –del cual también forma parte Serge Latouche. La tesis principal del M.A.U.S.S. es que la concepción del ser humano como «agente económico» (el *Homo oeconomicus* en la literatura especializada) está vinculada a una determinada forma social entre otras. Construcción humana, puede deshacerse. En el centro del hecho humano se encuentra el «don» entendido como triple

61. S. AMIN, *L'Eurocentrisme*, Economica, París, 1998.

62. K. POLANYI, *La Grande Transformation. Aux origines politiques et économiques de notre temps* [1944], Gallimard, París, 1983.

63. A. CAILLÉ, *Critique de la raison utilitaire. Manifeste du M.A.U.S.S.* [1984], La Découverte, París, 2003.

obligación de dar, recibir y devolver, como acto creador de símbolos, de común, que es una invariante antropológica.

Según el M.A.U.S.S. el universalismo que propone la «ciencia económica» debe ser sustituido por el universalismo del don, que lleva a defender la idea de sociedades basadas en la asociación y no en la empresa con fines lucrativos⁶⁴. Contrariamente al *Homo donator*, el «hombre económico» teorizado por la corriente dominante en economía, llamada «neoclásica», actúa según el criterio de un intercambio local mutuamente beneficioso, sin reconocer ninguna deuda social, sin necesidad de situarse en un universo de sentido. Para los neoclásicos, la virtud del vínculo económico reside precisamente en la «mano invisible» que llega a transformar los vicios privados en virtudes públicas sin que sea necesario construir un orden simbólico y normativo común. Para el M.A.U.S.S., ese intercambio económico destruye todo vínculo social; crea conflictos si no está enmarcado por el don.

Los miembros del M.A.U.S.S. no comparten el mismo interés por el decrecimiento ni por la ecología, pero para quienes sí lo hacen, ese compromiso es una nueva forma de movilizar el imaginario antiutilitarista al que la corriente apela desde hace largo tiempo. Si queremos abrir nuevas posibilidades de evolución para nuestra sociedad, debemos reencontrar en nosotros y fuera de nosotros nuestra naturaleza y todas las posibilidades que ella brinda, operar un cambio de identidad. En ese sentido, Serge Latouche afirma que «otro mundo posible» sólo puede alcanzarse «descolonizando nuestro imaginario» de representaciones económicas y desarrollistas que se encuentran ahí depositadas; de ese modo podremos comprender finalmente que ese «otro mundo» no reside en un ideal mundo mítico o en una utopía inaccesible, sino en este propio mundo. El término «decrecimiento» retumba como un trueno

64. Ver en particular P. CHANIAL, «La délicate essence du socialisme», *Revue duMauss permanente*, 2010, disponible sur <<http://www.journaldumauss.net>>; *Justice, don et association. La délicate essence de la démocratie*, La Découverte, París, 2001.

en el espacio simbólico y provoca detenerse, asombrarse, poniendo fin al baño de crecimiento en el cual nos movemos día a día sin percatarnos de ello.

¿Por qué no haber simplemente recurrido a Marx, que también quiso deconstruir al hombre económico? Para ir directamente al grano, la tesis marxista mostró sus fallos desde el momento en que la clase obrera que debía esgrimir la espada de la emancipación fue funcionalmente integrada en los valores dominantes de enriquecimiento por intermedio de la sociedad de consumo, volviéndose incapaz de criticar el crecimiento de eso que Marx llamaba las «subsistencias» (el consumo de los trabajadores). De hecho, los movimientos obreros han sido poco críticos con respecto al crecimiento del consumo. Y lo que Moishe Postone llama el «marxismo tradicional» quedó reestructurado en torno a la lucha entre el capital y el trabajo que, para este autor, se inscribe *en* el capitalismo, que ella contribuye a hacer crecer, y no entre el capitalismo y «algo fuera del capitalismo».⁶⁵

En ese enfoque, el capitalismo es una mediación social específica, basada en el «trabajo», una actividad generadora de «valor» económico. Querer abolir el mercado para reemplazarlo por una forma consciente de regulación (tal como la planificación estatal) no afecta a la esencia del capitalismo, sino simplemente lleva a corregirlo para que sus frutos estén mejor repartidos. Mientras el trabajo en el sentido de producción de valor económico se considere como la fuente principal de riqueza, el capitalismo se mantendrá intacto. Esa centralidad del valor-trabajo hace del marxismo un productivismo. Y es eso lo que Postone critica, al mostrar que el propio Marx, hacia el final de su vida, había identificado el problema y considerado que el combate debía referirse en lo sucesivo a la abolición del valor –y no simplemente a su regulación, como finalmente hicieron los «socialismos reales».

La tradición marxista se ha mostrado muy hostil a la idea del «fin del tra-

65. M. POSTONE, *Temps, travail et domination sociale* [1993], Mille et une nuits, París, 2009.

bajo» diagnosticada o anunciada por autores como Dominique Méda⁶⁶. No ha integrado la voluntad de André Gorz (1923-2007) de diferenciar el «trabajo» (fuente de productividad en el sentido económico) de la «actividad⁶⁷», y de favorecer el crecimiento de esta última. Gorz, que solo se unió tardíamente a la idea del decrecimiento, afirma en uno de sus últimos textos que «el decrecimiento es, pues, un imperativo de supervivencia. Pero esta idea supone otra economía, otro estilo de vida, otra civilización, otras relaciones sociales. A falta de ello, el hundimiento solo podría evitarse a fuerza de restricciones, racionamientos, asignaciones autoritarias de recursos características de una economía de guerra. La salida del capitalismo ocurrirá entonces de una forma u otra, civilizada o bárbara⁶⁸».

Para Postone, el movimiento obrero, que defiende el trabajo contra el capital, no puede considerarse ya como el único portador de la emancipación. Su lucha tradicional es importante, pero ella se sitúa en el capitalismo, no fuera de éste. Una posición semejante no deslegitima en absoluto las luchas salariales llevadas a cabo aquí y ahora contra la dominación de los propietarios del capital, sino que recuerda que esas luchas, para tener algunas oportunidades de victoria, deberían esforzarse por ofrecer perspectivas más allá de la dominación salarial, y no contentarse con el «aumento del poder adquisitivo» y el mantenimiento o la creación de empleos.

Fue eso lo que se propuso el movimiento obrero revolucionario (no marxista) en Francia, punto de partida de las sociedades mutualistas, cooperativas, de una crítica al trabajo industrial y al taylorismo... No sorprende que los únicos sindicatos de asalariados que se interesan en el decrecimiento (en Francia y en otras partes) se inserten más o menos abiertamente en esas corrientes (véase el capítulo 6).

66. D. MÉDA, *Le Travail, une valeur en voie de disparition*, Flammarion, París, 1995.

67. A. GORZ, *Capitalisme, socialisme, écologie*, Galilée, París, 1991.

68. Este texto de A. GORZ, que tiene dos títulos, «Le travail dans la sortie du capitalisme» o «La sortie du capitalisme a déjà commencé», fue especialmente retomado en el n° 28 de la revista *Écorev*. <<http://ecorev.org>>

En cuanto a las organizaciones sindicales tradicionales, éstas continúan movilizándose a los asalariados en torno a la «reactivación de una política industrial moderna para el empleo».

¿Una crisis de sentido?

Una última fuente del decrecimiento es la crisis de sentido que atraviesan nuestras sociedades postindustriales.

¿Qué es el «sentido»? Si damos crédito al sociólogo Max Weber, el sentido es un afán de coherencia y unidad⁶⁹. El individuo trata de reunir las diferentes lógicas que se aplican en el mundo y de situarse en ellas. Esa acción marca el rechazo a repartir su vida en diferentes papeles sociales en los que uno puede ir en contra del otro; por ejemplo, llevar una vida de guardián de cárcel cuando se aspira a ser educador, o vender petróleo cuando se pretende proteger el clima.

Es ese propósito lo que llevó a Pierre Rabhi hacia el decrecimiento⁷⁰. ¿Acaso no es absurdo?, pregunta él, ¿consumir la vida para ganársela, como se decía en 1968 y, por añadidura, devastando el planeta? «¿Vivimos para trabajar o trabajamos para vivir⁷¹?» ¿Qué puede significar una vida consumida en «tener siempre más» (títulos, diplomas, dinero, cosas), cuando la armonía con la naturaleza, con los seres humanos y los demás seres vivos se basa más bien en la práctica de la meditación y de la escucha? Pierre Rabhi escogió una vía difícil y muy original. Estableciéndose en tierras pobres en lo profundo de la Ardèche, desarrolló un «oasis» que funciona regido por la cooperación, la escucha y la autenticidad. Pierre Rabhi se opuso firmemente al ideal consumista

69. M. WEBER, *Sociologie de la religion*, Flammarion, París, 2006 [1913].

70. P. RABHI, *Du Sahara aux Cévennes*, Albin Michel, París, 2002.

71. P. RABHI, *Conscience et environnement*, Le Relié, Gordes, 2006, p. 7.

que trata de «hacer carrera», conseguir una mansión con perro y piscina, un garaje y dos automóviles en su interior –ideal ecológicamente insostenible pero que no deja de seguirse propagando en el mundo entero. Viendo la uniformización de las afueras del conjunto de las ciudades de todo el planeta, ¿cómo se puede hablar aún de «elecciones individuales» cuando se trata más bien de la propagación de una *cultura*?

Para esa corriente, la revolución interior es una condición necesaria para poner fin a los desórdenes que de manera creciente agitan al mundo. La acción no violenta y determinada, siguiendo a Gandhi, es la única vía para restablecer un progreso que no sea sólo el de las fuerzas ciegas de la tecnología. La «simplicidad voluntaria», como en Francisco de Asís (una figura reivindicada por esa corriente del decrecimiento), no es una forma de limitarse o de privarse, sino un modo de «aligerarse» con la finalidad de interiorizar un sentido más profundo, menos superficial que el que anima el incesante ballet de las cosas ordinarias.

P. Rabhi –al igual que M. Rahnema– distingue así la miseria espiritual y social de la pobreza material que puede ser, ella misma, fuente de la mayor alegría. El que es pobre posee poco en el plano material, pero esto puede ser una estrategia voluntaria que le permite ser más rico en el plano de las relaciones con el prójimo y con el mundo; a la inversa, el miserable puede ser rico en el plano material, pero se caracteriza por una extrema desposesión en el plano de las relaciones con el prójimo y con el mundo⁷².

Lo que causa debate (y escándalo) acerca de esta corriente, es que Max Weber había caracterizado ese afán de sentido como «religiosa». No obstante, la modernidad confinó ese afán a la vida privada. Al situar en el debate público valores tales como la pobreza voluntaria, P. Rabhi y otros se han expuesto a la acusación de J.-M. Harribey, de L. Ferry y de los defensores de

72. M. RAHNEMA, *Quand la misère chasse la pauvreté*, Actes Sud, París, 2004.

una cierta modernidad que han tratado de descalificarlos remitiéndolos a las guerras de religión y, por tanto, a la violencia —lo que vendría a ser reforzado por las acciones de movimientos ecologistas radicales o que evocan la «ecología profunda» (*deep ecology* en inglés). Con esa ecología «retornaríamos» a la época metafísica, a la superstición y la separación entre la Iglesia y el Estado correría peligro...

Los detractores de la simplicidad voluntaria olvidan que la «ecología profunda» apenas ha tenido éxito en Francia.⁷³ Hacer pensar entonces que el ecologismo francés se reduciría a una especie de secta en expansión de anti-humanistas iluminados es algo sociológicamente erróneo. Quiérase o no, el ecologismo francés ha sido históricamente un movimiento racionalista⁷⁴. Una vez eliminado este primer escollo, queda el segundo: la simplicidad voluntaria ¿es de índole «religiosa» y por tanto no soluble en la laicidad, como hacen pensar Luc Ferry en la derecha y Jean-Marie Harribey en la izquierda? No, la laicidad siempre ha dejado un espacio a la espiritualidad y a la filosofía en los límites de la simple razón, según el modelo kantiano. Lo que sería anti-moderno es apelar a una fe ciega o a fuerzas sobrenaturales. No obstante, la simplicidad voluntaria se mantiene alejada de ese tipo de metafísica, y lo que P. Rabhi denuncia, al igual que otros objetores del crecimiento, no es sólo la injusticia creada por el modo de vida moderno, sino la *fe* de los Modernos en la tecnología. «Lejos de modificarse, de orientarse racionalmente, la tecnociencia persigue sus prestidigitaciones, fascinando con sus prodigios, sustituyendo lo tangible por lo virtual, confiscándole un poco más cada día al ciudadano sus poderes naturales y legítimos de ser el intendente de su presencia en el mundo y hasta su capacidad de supervivencia⁷⁵.»

Lo que Pierre Rabhi quiere decir con ello es que la ciencia contemporánea

73. Cf. C. et R. LARRÈRE, *Du bon usage de la nature. Pour une philosophie de l'environnement*, Flammarion, Paris, 2009.

74. Véase G. SAINTENY, *Les Verts*, PUF, Paris, 1992 o D. SIMONNET, *L'Écologisme*, op. cit.

75. P. RABHI, *Conscience et environnement*, op. cit., p. 27

no busca demostrar sus resultados al gran público, no intenta separar con cuidado el hecho de la norma; por el contrario, fusiona los dos e impone sus proyectos por medios basados en la intimidación: si usted no adopta los últimos productos, usted es un «tecnófobo», un «mediocre», un «oscurantista» —ese es el mensaje central de la ideología publicitaria, tal como lo detallaremos más adelante. Por su parte, desde un punto de vista perfectamente laico, Latouche no deja de señalar que los abogados de la modernización *creen* que la tecnología va a resolver los problemas que ellos han creado y eso cuando no tienen el menor indicio empírico que aportar.

Además de no dejarse limitar a un objetivo «religioso» en el sentido clásico del término, la simplicidad voluntaria (o «sobriedad feliz») no puede ser un simple asunto privado, ya que son las decisiones públicas las que hacen insostenible la vida privada. El problema reside en la articulación entre la democracia representativa y el mercado, quien predetermina las opciones posibles en la medida en que no se trata de procedimientos que serían neutros en sí mismos, que no prejuzgarían para nada el resultado. Por un lado, el Estado estimula lo que, por otro lado, prohíbe; el mercado está dominado por los oligopolios que tienen un interés objetivo en mantener infraestructuras que se despliegan a costa de otras opciones posibles —así, los fabricantes de automóviles están interesados en excluir la bici o la marcha a pie en nombre del «progreso». Pero las opciones emanadas de la sencillez voluntaria impugnan una vez más las elecciones infraestructurales con mucha más fuerza de lo que lo hacen las elecciones en un determinado mercado, como veremos en páginas sucesivas.

La simplicidad voluntaria puede vincularse con un recorrido espiritual —o no hacerlo. Este recorrido espiritual puede ser totalmente laico. A la inversa, todo recorrido espiritual no conduce necesariamente al decrecimiento ni a la democracia, ni siquiera a la ecología, como lo prueba el éxito de la literatura y de las prácticas *new age* en las sociedades occidentales llamadas «avanzadas»...

Como se ve, la palabra «decrecimiento» es reivindicada por corrientes de pensamiento que son mucho más antiguas que ella. La pluralidad de sus fuentes explica que existan tensiones e incomprensiones entre esos enfoques e incluso, sobre todo, en su propio seno –para no hablar de la amplia gama de andaduras y de estrategias. Esto no asombra en absoluto cuando se comprende que, bajo una apariencia banal y de niño bueno –«consumir menos para vivir mejor»–, es el propio corazón del modo de vida mercantil-industrial lo que está tocado y llama a una revolución en un sentido muy diferente al que tuvo el proyecto socialista durante el siglo XX.

Pero entonces –podrá objetar alguien– dado que los argumentos en que se basa el decrecimiento existen desde hace mucho, ¿qué es lo que aporta de nuevo? Es eso lo que examinaremos ahora.

*El decrecimiento, ¿una idea nueva
o una vieja idea reaccionaria?*

❖ DONDE SE MUESTRA QUE EN UN MUNDO NUEVO
Y A MENUDO PREOCUPANTE, ALGUNOS
NO SE CONTENTAN CON VIEJAS FÓRMULAS
RECALENTADAS

Son los movimientos por el decrecimiento quienes han comprendido que dos elementos nuevos abrían una ventana política. Había llegado el momento de cambiar de discurso y de estrategia, y el término «decrecimiento» podía oportunamente responder a ese nuevo contexto.

Para comprender la situación

El primer elemento nuevo es el consenso que ya existe con respecto a la crisis ecológica. Dicho consenso lo prueba el origen de los diversos informes que se han multiplicado en estos últimos años: el *Informe del milenio sobre los ecosistemas*, que agrupaba a 1.350 científicos bajo la égida de la ONU, concluyó que el 60 % de los ecosistemas son degradados o utilizados de manera no renovable¹; la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) señaló que al ritmo actual de extracciones, los océanos se verán completamente vaciados de sus peces y moluscos antes de mediados

1. MILLENIUM ASSESSMENTE REPORT, *Living Beyond Our Means: Natural Assets and Human Well-Being*, 2004, disponible sur <millenniumassessmente.org>

del siglo XXI²; las grandes compañías petroleras y la Agencia Internacional de la Energía han confesado que las cifras sobre las reservas habían sido ampliamente sobrestimadas³. Incluso los medios que durante más tiempo han sido hostiles a esta idea, como el mundo patronal, se pliegan ante la evidencia –el estudio de Corinne Gendron muestra la evolución de las posiciones de los jefes de empresa sobre la cuestión⁴.

En pocas palabras: la crisis ecológica ya no existe solamente en la cabeza de los ecologistas. Pero si bien este asunto ya no crea división, es de conocimiento público que las respuestas que pueden darse difieren entre sí. Los ecologistas que han entrado en política han dedicado una energía considerable a poner en conocimiento del público la realidad de la crisis ecológica. Y no han tenido tiempo para elaborar una alternativa coherente y legible. La ecología política se escinde en una infinidad de corrientes y de subcorrientes, y dedica una gran parte de su tiempo a debatir divergencias que nadie comprende, hasta el punto de que se ha llegado a hablar del «inencontrable ecologismo francés⁵». Además, esa ecología ha perdido aliento en el plano teórico. De las grandes ideas, pasó a un largo catálogo de medidas de gestión. Dejó de intentar la movilización masas. Tras el impulso de los años ‘70, el movimiento ecologista se institucionalizó, envejeció, se «aburguesó» y puede parecer carente de inspiración. Ser ecologista remitía al imaginario de los años hippies, de los fumadores de hachís en los caminos de Katmandú, lo que sólo hace soñar con llegar a ser un cuadro en una «multinacional» *ecolo*, como Greenpeace o el World Wildlife Fund, o ser elegido sin poder alguno en una «izquierda plural» cuyas relaciones con el mundo de los negocios son dema-

2. B. WORM, «Impacts of biodiversity loss on ocean ecosystem services», *Science*, vol. 314, 2006, p. 787-790.

3. AIE, *World Energy Outlook*, 2008.

4. C. GENDRON, *Le Développement durable comme compromis – La modernisation écologique de l'économie à l'ère de la mondialisation*, Presses de l'université du Québec, Montréal, 2006, p. 166.

5. G. SAINTENY, *L'Introuvable Écologisme français?*, PUF, París, 2000.

siado evidentes. En ese panorama, los movimientos del decrecimiento han creado una división más amplia, más visible. Y la «palabra-obús» ofrecía la radicalidad que deseaban algunos, en especial los militantes más jóvenes.

La renovación del pensamiento ecologista se muestra más urgente aún cuando, al pasar de golpe de una situación de negación a un catastrofismo alarmante –que les ofrece posibilidades reales para reforzar su poder–, los dirigentes del sistema industrial y sus aliados desean *gestionar* la crisis, es decir, ante todo evitar *politizarla* –ya que el debate democrático amenaza con cuestionar las posiciones adquiridas. Porque tomar en serio la crisis ecológica significa cuestionar sectores enteros de las políticas públicas, orientadas hacia la construcción de carreteras, de vías rápidas, trenes de alta velocidad, aeropuertos, etc. A falta de un debate más amplio, las discusiones se centran en las políticas de gestión que, para el gran público, perderán fuerza convertidas en muchos «gestos pequeños» que se reducen al menor denominador común de lo que pueden aceptar las diferentes instituciones involucradas⁶. El ciudadano, depositario de la soberanía, se vuelve un problema en el momento de llevar a cabo lo que las autoridades consideran ser las «buenas soluciones», a saber, esas que coinciden en general con lo que los grandes lobbies estiman razonable hacer.

El culpable del inmovilismo deviene *in fine* el «transeúnte corriente» considerado irreflexivo, irresponsable e inmaduro; incapaz de optar por los «productos verdes» cuando se le proponen, culpable de querer tener, hoy y siempre, automóviles y una residencia como domicilio. Ni por un instante los expertos parecen preguntarse sobre el margen de maniobra real del ciudadano, por una parte atiborrado de una publicidad que le ordena trabajar más y consumir más y, por otro, obligado a consumir «mejor» para «proteger la naturaleza». Entre ambos discursos, hay un vacío de pensamiento. Llenarlo,

6. Lo cual se ha podido mostrar en detalle en el caso de las tecnologías numéricas de la información y de la comunicación: F. FLIPO *et al.*, «Technologies numériques et crise environnementale: peut-on croire aux TIC vertes?» Rapport de recherche, noviembre 2009. Disponible en línea en <<http://etos.it-sudparis.eu>>.

tal como desea el decrecimiento, es darle al pueblo los medios para elegir. Y ello implica abrir el debate sobre las verdaderas «opciones de sociedad» y tomar en serio la opción de la «sobriedad».

El segundo elemento nuevo es el debilitamiento considerable y sin duda duradero de la ola política llamada «neoliberal», que habrá durado cerca de treinta años. Margaret Thatcher llega al poder en el Reino Unido el 4 de mayo de 1979; Ronald Reagan, en los Estados Unidos, el 20 de enero de 1981, teniendo como agenda la aplicación de la doctrina de los «Chicago boys»: desreglamentar el derecho de las sociedades, privatizar, dismantelar las protecciones aduaneras, resquebrajar los sindicatos y amputar derechos sociales. A partir de los años '90, esas políticas, cuyo objetivo último es el crecimiento máximo, sufren una serie de fracasos que van en aumento: la crisis «asiática» (1997) y la crisis de la «nueva economía» a la vuelta del milenio. Ese cuestionamiento tiene su *apex* con el inicio de la crisis financiera en 2008.

Concomitante con el derrumbe del campo socialista, esa política reivindicaba el «fin de la historia» y se presentaba como el sistema universal que debía instituirse para el conjunto del planeta hasta el final de los tiempos. De hecho, el «final de la historia» demostró ser muy breve: vivimos en un desorden sin precedentes de la economía mercantil mundializada, y las afirmaciones de un economista ultraliberal como Pascal Salin ya hacen sonreír a los comentaristas que, todavía ayer, las consideraban en efecto algo exageradas, pero no carentes de fundamento⁷. A esto se añade el hecho de que la crisis ya tampoco es susceptible de una lectura simplemente «keynesiana» (crisis del consumo y de las inversiones).

Hay otras lecturas posibles de la crisis del sistema y algunos objetores del crecimiento movilizan a autores poco conocidos y hasta entonces considerados marginales, tales como Jean-Marie Vincent, Anselm Jappe o Moishe Pos-

7. F. LEMAÎTRE, «La crise remet en cause le savoir et le statut des économistes», *Le Monde*, 4 septembre 2009.

tone⁸. Según el análisis realizado por ellos, la crisis de la economía mercantil y de sus instituciones comenzó en realidad ya en los años '70 y muy pronto se puso de manifiesto en los grandes desórdenes ocurridos en los mercados monetarios internacionales. El núcleo de esa crisis se caracteriza por la imposibilidad cada vez más marcada de transformar las mercancías producidas en dinero a niveles suficientes para garantizar la acumulación de valor monetario, condición indispensable para el buen funcionamiento del sistema de mercados.

Ese decrecimiento del valor mercantil de los bienes y los servicios estuvo durante un tiempo (bastante largo) oculto por burbujas especulativas cada vez más gigantescas, que garantizaban un crecimiento del valor monetario a nivel global. La explosión regular de las burbujas especulativas de las finanzas mundiales y del sector inmobiliario sacó a plena luz la evidencia: la amplitud de la crisis del corazón de las instituciones de la economía mercantil. Según ese enfoque, la especulación financiera era, pues, una muleta indispensable para el funcionamiento de una economía de crecimiento ya sin fuerzas –y las únicas posibilidades de acumulación que quedan suponen la creación de nuevas «burbujas especulativas» cuyo estallido será cada vez más catastrófico.

Debe señalarse que este análisis se centra en defender lo contrario de los escritos de la mayoría de los economistas «altermundialistas» (tales como Frédéric Lordon o Dominique Plihon) para quienes el hecho de que la especulación «excesiva» garantizara ganancias más elevadas provocó que el crecimiento de las inversiones productivas se comprimiera como piel de zapa estos últimos años en los países occidentales. Para los paladines de la crítica del valor mercantil, esta lectura de izquierda subestima dramáticamente la magnitud de la crisis de la sociedad mercantil.

Hay un tercer elemento que merece citarse, sin que sea necesario extenderse

8. J.-M. VINCENT, *Critique du travail*, PUF, París, 1987; A. JAPPE, *Les Aventures de la marchandise. Pour une nouvelle critique de la valeur*, Denoël, París, 2003; Moishe POSTONE, *Temps, travail et domination sociale*, *op. cit.*

sobre ello: se trata de la mundialización, entendida en sentido cultural e ideológico. La emergencia de potencias como China, India, Brasil, África del Sur o Indonesia; el desarrollo del turismo a causa del precio extremadamente bajo del transporte; el despliegue de las tecnologías numéricas de la información y de la comunicación (TNIC), son todos ellos acontecimientos que contribuyen a lo que Ulrich Beck pudo llamar una «transnacionalización» de las sociedades⁹. Y el hecho es más visible aún en los países del Sur –donde las técnicas y estilos de vida «modernos» y «no modernos» coexisten en la calle, a la vista de todos– que en los países del Norte, que son relativamente homogéneos desde ese punto de vista y solo descubren la «no-modernidad» cuando se trasladan a sitios lejanos. Son muchos los observadores que coinciden en esta constatación: el planeta se ha vuelto más pequeño para un número importante de sus habitantes, reducción ésta que ha tenido lugar ya sea de manera física (desplazamiento) o a través de los medios de telecomunicación¹⁰.

Una crítica de la ecología política

Esta situación da una visión diferente sobre los posicionamientos de la ecología política en Francia, pero la situación es similar en muchos otros países. Los Verdes, según dicen los objetores del crecimiento, se han vuelto un partido de cargos electos, se ven obligados a diluirse en un reformismo que no está a la altura de los desafíos. Para los objetores del crecimiento, más que diluir el discurso ecologista en un afán de «calidad de vida» burguesa-bohemia y convertirlo así en algo insípido, debe retomar las consignas claras y explícitas, ca-

9. U. BECK, *Pouvoir et contre-pouvoir à l'ère de la mondialisation*, Aubier, París, 2002; *Qu'est-ce que le cosmopolitisme?*, Aubier, París, 2006.

10. Especialmente A. MATTELART, *La Mondialisation de la communication*, PUF, París, 1996; *Histoire de la société de l'information*, La Découverte, París, 2001.

paces de suscitar debates y de movilizar. El decrecimiento tiene ese mérito. En el seno del partido Los Verdes, la crítica reanudó un debate interno que ya casi estaba en punto muerto. La «moción puntual», propuesta en el otoño de 2004, refleja bien su tono: «Para un decrecimiento selectivo y equitativo: ¡concepto que hay que domeñar (con urgencia), no desechar¹¹!» La moción fue adoptada por una gran mayoría contra el criterio de la mayor parte de las vedettes del sector, que la situaron en su «debido lugar»: «Este concepto debe emplearse con moderación porque es portador de ambigüedad¹².» Y el presidente de la comisión «económica» de los Verdes, al retomar entonces el programa tradicional del partido, que se traduce esencialmente en el recurso a la ecofiscalidad, redujo el debate a un problema de una regulación pública apropiada, o sea, todo lo contrario de lo que desea un gran número de objetores del crecimiento. Una gran cantidad de miembros de los Verdes, entre ellos Dominique Voynet, mantendrán la misma línea y sugerirán que se hable de «decrecimiento de la huella ecológica», lo cual reduce en grado sumo el alcance de la expresión (presentamos la «huella ecológica» en el capítulo 6). Pero el debate se abrió y la discusión ha evolucionado. En agosto de 2008, poco antes de celebrarse la Universidad de Verano del partido, Yves Cochet, Noël Marmère, Mireille Ferri, Alain Lipietz y Denis Baupin firmaban en *Les Échos* una tribuna periodística a favor del «decrecimiento solidario» –seis años después que el término había sido lanzado al espacio público.

Si bien los objetores del crecimiento coinciden en la necesidad de un nuevo radicalismo, están divididos en cuanto a la estrategia que se debe adoptar. ¿Debe hacerse del decrecimiento un programa de partido? ¿No es eso contradictorio con la voluntad de movilizar más allá de los partidos? ¿Debe limitarse a ser una «palabra-obús»? El Partido por el decrecimiento optó por listas electorales que se refieren explícitamente a un programa de decreci-

11. J. GLEIZES, *Verts-Contact*, n° 721, p. 64.

12. J. GLEIZES, «Les Verts et la décroissance», *Écorev*, n° 26, primavera 2006.

miento con el objetivo de obtener electos y no de ser simples figurantes. Esas diferencias de apreciación están presentes en el seno del movimiento de los objetores del crecimiento.

La idea de crear un partido no contó con el aval de todo el mundo, pues la mayoría de las personas favorables al decrecimiento está convencida de que éste debe ser ante todo un movimiento de la sociedad civil. Con una parte de los Verdes y de los ecologistas hay más que un desacuerdo estratégico. Lo que está en juego es saber también si se quiere hablar de emancipación y retomar la antorcha de una interrogación universalista realista y materialista o si debemos contentarnos con la calidad de vida individual y con la esperanza de un crecimiento verde. La posición de las revistas *Multitudes*, *Écorev* y *Cosmopolitiques* sobre el decrecimiento es sintomática. Esta última, financieramente apoyada por los Verdes europeos, sólo publicó sobre el tema una tribuna periódica de Guillaume Duval, muy opuesto al decrecimiento, como tiene costumbre¹³.

¿Puede encontrarse una posición más consecuente desplazándose hacia el lado de la radicalidad? En la revista *Multitudes*, una de las poquísimas veces que aparece el término fue en 2007 bajo la pluma de Yann Moulier-Boutang, quien, tomando nota de la situación ecológica existente, solo ve en el decrecimiento algo funesto: «¿Acaso entonces hay que guardar luto por todo progreso y preconizar necesariamente el decrecimiento¹⁴?» El economista responde de forma negativa, y ve en las tecnologías numéricas de la información y de la comunicación (TNIC) una mutación técnica esencial en la historia de la humanidad: «Por primera vez, [el bípedo] se erige en la sociedad con un cerebro equipado con un utillaje y prolongado por ordenadores en red¹⁵». Para Mou-

13. G. DUVAL, «L'impasse de la décroissance», *Cosmopolitiques*, 2006, p. 35-42. <<http://cosmopolitiques.phpnet.org>>, puesto en línea el 2 enero de 2009.

14. Y. MOULIER-BOUTANG, «L'irruption de l'écologie ou le grand chiasme de l'économie politique», *Multitudes*, <<http://multitudes.samizdat.net/>>, puesto en línea el 12 de marzo de 2007.

15. *Ibid.*

lier-Boutang, los TNIC hacen posible lo que Marx había previsto en los *Grundrisse*, un manuscrito que sirvió de base para la redacción de *El Capital*: el surgimiento de un «*general intellect*» (una «inteligencia colectiva») que haría posible el control colectivo de los medios de producción y pondría fin a los excesos del capitalismo. Esas perspectivas son evidentemente incompatibles con la objeción al crecimiento; Yann Moulier-Boutang y *Multitudes* retoman en realidad el optimismo tecnológico del «marxismo tradicional».

¿Y del lado de *Écorev*? La revista sólo comienza a interesarse en el decrecimiento a principios del año 2006, con una entrevista a Serge Latouche y una foto de Pierre Rabhi¹⁶. Habrá que esperar cinco números para ver uno de ellos dedicado a dicho tema. Además del artículo ya citado de Jérôme Gleizes, otro artículo de uno de los miembros del comité de redacción, Patrick Dieuaide, sitúa el dilema en el cual la revista considera encontrarse: «Esas diversas observaciones críticas son prueba de la importancia que nosotros otorgamos a la teoría del decrecimiento, no tanto por las propuestas que formula, sino más bien por la división que refleja en el seno del movimiento ecologista. Esa división nos parece central y profunda, tal vez irremediable, entre una ecología política atrapada por sus viejos demonios cientificistas y tentada por una lectura fiscalista de los fenómenos sociales y medioambientales, y una ecología política que calificaríamos de “institucionalista” a falta de una definición mejor y que experimenta las mayores dificultades en encontrar sus señas de identidad en el tablero político de las grandes democracias postindustriales¹⁷». ¡Entre el institucionalismo reformista y el «fiscalismo», no habría una vía posible! Miseria de la ecología política, diría un objetor del crecimiento. Para los objetores del crecimiento, la alternativa propuesta por Patrick Dieuaide es precisamente esa en la cual está presa la ecología política institucional¹⁸.

15. *Ibid.*

16. *Écorev*, nº 21 (otoño-invierno 2005/2006)/figures de l'écologie politique.

17. P. DIEUAIDE, « La décroissance, la politique et “ nous ” », *Écorev*, nº 26, 2007.

18. J. ZIN, « Entropie et décroissance », *Écorev*, nº 18-21, 2005.

Uno de los padres de la ecología política, André Gorz, defendió hasta el final una posibilidad libertaria de tipo socialista para domesticar las fuerzas productivas, describiendo una utopía basada en un artesanado numérico¹⁹.

Para los objetores del crecimiento, el contar con la tecnología, como lo hacen Gorz o la revista *Multitudes*, permite evitar abrir la discusión sobre los valores. Es precisamente esa tendencia la que parece cargada de derivas tecnocráticas y autoritarias. Promete soluciones milagrosas mediante un poco de ecofiscalidad. Ese ecologismo hace pensar que una «modernización ecológica» sería algo posible. Al invocar a menudo la «sobriedad» y un «cambio de modo de vida», apenas precisa lo que entiende por eso. No dice nada acerca de lo que sería una sociedad «sobria» ni si ésta sería compatible con el capitalismo. En la práctica, ello significa remitirse a opciones individuales. La invocación de la «calidad de vida» parece ser suficiente y permitir conciliar lo inconciliable. El decrecimiento contrasta con esa imprecisión electoralista y obliga a los ecologistas a abandonar las políticas de gestión que a menudo preconizan desde su institucionalización en partido político en 1984 y después en partido político de gobierno en los años '90.

La objeción al crecimiento también cuestiona las asociaciones «ecologistas», que los partidos ecologistas consideran por lo general como su vivero natural. Existe un sólido acuerdo en cuanto a considerar que la acción de esas asociaciones se mantiene peligrosamente confinada al «medioambientalismo», es decir, a preocuparse por la protección de los medios naturales sin tomar verdaderamente en cuenta sus implicaciones sociales y políticas. En Francia, los movimientos asociativos de protección de la naturaleza no han emanado de la *deep ecology* como Luc Ferry pudo hacer creer, sino de sociedades científicas. La federación principal, France Nature Environnement, salió de la Société Nationale de Protection de la Nature, a su vez salida de la Société Impériale

19. A. GORZ, *Ecologica*, Galilée, Paris, 2008; *Misères du présent, richesse du possible*, Galilée, Paris, 1997; *L'Immatériel*, Galilée, Paris, 2003. Sobre toda esta discusión, véase F. GOLLAIN, «L'apport d'André Gorz au débat sur le capitalisme cognitif», *Modern and Contemporary France*.

Zoologique d'Acclimatation, fundada en 1854 por Isidore Geoffroy Saint-Hilaire. La estrategia de esas asociaciones de «protección de la naturaleza» es cuestionar las planificaciones territoriales, aquí en nombre de una zona «destacable», allá de la presencia de una especie animal o vegetal en vías de extinción.

Desde el punto de vista de los objetores del crecimiento, esas luchas son necesarias, al igual que lo son las luchas del movimiento obrero. El problema reside en que están lejos de ser suficientes; no cuestionan las regulaciones sociales que llevan a la destrucción del medio ambiente –en particular el capitalismo. A modo de ejemplo, Robert Lion, actual presidente de Greenpeace, prologó la edición francesa del libro de Paul Hawken que hace la apología de un capitalismo verde²⁰. El texto se concentra esencialmente en medidas técnicas y económicas; la cuestión de saber quién implantaría esas medidas y lo que ellas implicarían concretamente para el conjunto de la sociedad no se plantea nunca, a no ser en forma de una política de buenos deseos que no compromete a nada.

Debemos añadir que esas asociaciones tienen poca influencia, son incapaces de pesar en la evolución de los acontecimientos económicos y sociales –lo cual se debe a que su objetivo sigue siendo demasiado limitado. No pueden trasladar a la sociedad cuestiones tales como el papel de la publicidad, que son, sin embargo, cuestiones claves. Su dependencia de las administraciones para su supervivencia política y financiera las amordaza. France Nature Environnement, por ejemplo, administra en común instalaciones industriales en peligro y parques naturales; la federación, por tanto, debe ajustarse a un discurso «realista». Por su parte, las asociaciones independientes que se basan en fondos privados carecen cruelmente de base militante, ya sea Greenpeace o WWF. La única asociación que podría recoger la antorcha en materia de

20. P. HAWKEN, A. LOVINS et H. LOVINS, *Natural Capitalism. Comment réconcilier économie et environnement*, Scali, París, 2008.

ecología social es esa a partir de la cual los Verdes se formaron históricamente: los Amigos de la Tierra. Pero la asociación parece enfrentar grandes dificultades en renovarse, se ha convertido en una asociación de especialistas incapaz de retomar los términos del debate a la altura del análisis que propugnaba en los años 1970. De hecho, su papel ocupa un lugar intermedio entre el de un «*watchdog*» a la anglosajona, a semejanza de Greenpeace, y el de una federación naturalista sobre el terreno como France Nature Environnement. La crítica de la sociedad industrial, que todavía persiste un poco en sus comunicados de prensa, sigue careciendo de continuidad...

Denigrado durante mucho tiempo, el ecologismo ha tratado de ganar credibilidad, de ser respetable, moderado, experto, más que de profundizar y ampliar su mensaje. Se ha dejado imbuir la ilusión de un cambio sin dolor y desde lo alto. Las mentalidades iban a cambiar por sí solas, todo el mundo se convertiría en un «creativo cultural», votaría por los ecologistas y todo resuelto. Ese discurso sólo captó a las clases medias acomodadas y tuvo pocas consecuencias en la evolución de las sociedades. El decrecimiento intenta proponer una alternativa a la vez más radical y más consecuente.

El decrecimiento, una voluntad de ruptura

Aunque el «decrecimiento» sea un término ambiguo, expresa de manera clara diversas cosas esenciales, radicalmente nuevas. La primera es que ya no tenemos nada que esperar de un crecimiento suplementario de las economías occidentales sino una agravación de las desigualdades globales, en particular en el plano ecológico. La tesis del «crecimiento verde» es falaz; un examen cuidadoso de las opciones técnicas disponibles (energía, agricultura, etc.) tal como haremos en páginas sucesivas, muestra que no existe una combinación que permita aumentar la cantidad de producción (el PIB) mejorando la calidad de modo a hacerla compatible con los equilibrios naturales. Para citar

solo un ejemplo, es ampliamente reconocido que la generalización de la agricultura biológica requeriría dedicar mucho más tiempo al trabajo de la tierra, a contrapelo de la «economía de tiempo» que ha guiado el impulso de la actividad económica desde hace más de un siglo y medio. Los economistas pueden, por supuesto, coger sus minicalculadoras, pero el hecho está ahí: en los países occidentales, para producir mejor (en calidad), habrá que producir menos. Producir menos y con menos velocidad porque los ecosistemas dan menos y con menos velocidad que lo que buscamos tomar de ellos. Y «producir menos» tiene pocas oportunidades de hacer crecer el PIB...

Una opinión así tendría, evidentemente, importantes consecuencias sociales, que son hábilmente ocultadas por las tesis pro-crecimiento, para las cuales esta cuestión puede evitarse únicamente con la técnica o con la idea de completar el PIB mediante otros indicadores de bienestar –como si indicadores nuevos pudieran, por sí mismos, cambiar las instituciones. El decrecimiento designa de manera adecuada el contexto social que sería el de las políticas verdaderamente ecológicas, es decir, verdaderamente cosmopolíticas, a favor de una solidaridad mundial, punto donde la mayoría de la clase política y los diversos comentaristas se ponen ya de acuerdo para querer «salvar el planeta» –pero sin medir sus consecuencias. El decrecimiento no cree en las palabras huecas ni las utiliza, no habla para buscar un consenso amorfo o un compromiso que permita una victoria electoral, haciendo creer, por ejemplo, que la ecología es la «*bobo attitude*», el bienestar, el yoga y la dietética en centros bioclimáticos. El decrecimiento plantea un problema serio a la colectividad, como detallaremos en las páginas siguientes, y entiende que se debata sobre ello sin delegar totalmente el asunto a los partidos y a los expertos.

Lo segundo es que todas las medidas tomadas para reactivar el crecimiento sólo tienen pocas posibilidades de producir otra cosa que no sea desigualdad y especulación. De hecho, la economía mercantil apenas tiene ya márgenes de maniobra, en primer lugar a causa de la escasez del petróleo y de las materias primas –pero también por sus contradicciones internas (*cf.* capítulo7).

A menudo los economistas tienen dificultades en comprender el aspecto físico de la economía. Los bienes y los servicios son materia y energía. Para decirlo de manera sencilla, cuando la energía se enrarece, escasea, su precio aumenta y la economía se ralentiza. También en este punto, para comprenderlo, hay que tener un conocimiento profundo de las opciones técnicas a nuestra disposición y no contentarse con creer que la técnica «milagro» (como la fusión fría) nos es ocultada por los capitalistas (versión marxista) o que el alza súbita de los precios hará surgir la técnica adecuada que permitirá continuar creciendo (versión capitalista).

Lo tercero que plantea el decrecimiento es que no existe, actualmente, una... «teoría del decrecimiento», y ello porque ninguna de las teorías del desarrollo existentes previó esa situación: todas, sin excepción, como demostraremos en el siguiente capítulo, tratan de provocar crecimiento económico, de una manera o de otra. Si algunas pudieron anticipar un «estado estacionario», éste fue pensado como una utopía o como una perspectiva ineluctable. Algo muy diferente es pensar una sociedad en la cual no haya crecimiento, y ello de forma duradera, sin que, empero, se abandone la cuestión de la emancipación. Ese inmenso desafío, a la vez práctico y teórico, es totalmente ocultado por los discursos dominantes.

¿Una idea reaccionaria?

El hecho de impugnar frontalmente una determinada concepción de la modernidad y lo que esta considera como su valor más querido, lleva a ciertos grupos salidos de la «derecha identitaria» a creer que la temática puede ser ventajosamente reciclada en beneficio de ellos. Así, Alain de Benoist, fundador de la «Nouvelle Droite»* y miembro del GRECE (Groupement de re-

* Nueva Derecha. (N. del T.).

cherche et d'études pour la civilisation européenne), publicó un libro que trata sobre dicho tema²¹ y la revista *Éléments*, que él dirige, un *dossier* completo²². La Nueva Derecha se autodefine diciendo que hace «metapolítica», es decir, que pretende renovar las representaciones «socio-históricas» a fin de «devolverles el sentido». Analiza la modernidad como un proceso de disolución de las antiguas comunidades de pertenencia, la masificación de los modos de vida, la desacralización de los grandes escritos religiosos, la dominación de la razón instrumental a través del intercambio mercantil y la eficacia técnica y la universalización de un modelo que se vive como racional y, por tanto, único.

El Manifiesto de la Nueva Derecha hace referencia a una crisis de la modernidad que asumió la forma de la traición comunista imponiendo regímenes asesinos en lugar de la felicidad prometida. Afirma que el capitalismo legitima las desigualdades más detestables y que la ideología del progreso pierde fuerza²³. Contra el liberalismo concebido como el «enemigo principal», la Nueva Derecha «apoya a los pueblos en lucha contra el imperialismo occidental» y reivindica una «distribución del trabajo»²⁴. Sobre estos últimos puntos, su discurso apenas difiere del de los partidarios del decrecimiento ni del altermundialismo o del anticapitalismo de Jean-Marie Harribey.

Es obvio que en la respuesta que se dé a esta crisis se sitúa toda la diferencia de los movimientos del decrecimiento con la Nueva Derecha. Porque ésta exhorta principalmente al «retorno a las comunidades», a una restricción fuerte de las migraciones, a una política de «identidades fuertes», incluso en el terreno del género (el texto denuncia el relativismo de los valores preconizado por Mayo 68 y el feminismo), lo cual conduce a un mundo concebido

21. A. de BENOIST, *Demain la décroissance*, Édite, 2007.

22. *Éléments*, nº 119.

23. *Ibid.*

24. C. CHAMPETIER y A. de BENOIST, «Manifeste: la Nouvelle Droite en l'an 2000», *Éléments*, nº 94, febrero 1999.

como una pluralidad de identidades fuertemente exclusivas –y a la ausencia flagrante de reivindicaciones referidas a la igualdad y a la democracia. ¡Pero ninguna de esas respuestas recibiría el aval de los movimientos del decrecimiento tal como existen actualmente! Si los objetores del crecimiento apoyan a veces la idea de una organización basada en pequeñas comunidades es sobre la base de identidades abiertas, de *alteridades* y no simplemente de *diferencias* estancadas e incommensurables, y si defienden la libertad, es equilibrándola con la igualdad, en especial la igualdad ecológica. Por otra parte, Jean-Louis Prat recuerda útilmente que el interés de Alain de Benoist por la ecología es reciente, y no puede descartarse la hipótesis de que semejante interés sea ante todo instrumental, con la ecología cuestionando oportunamente la concepción dominante de la modernidad²⁵. Por último, la temática del decrecimiento (y más ampliamente de numerosas corrientes ecologistas) no es en efecto la única en exponerse a semejantes intentos de recuperación: existe un anti-capitalismo reaccionario que nadie confunde, sin embargo, con el partido de Olivier Besancenot.

La riqueza del conjunto del pensamiento y de las prácticas sociales occidentales no resiste una clasificación alternativa binaria «modernidad tecno-mercancía» *versus* «re-arraigamiento identitario», a la cual algunos tratan de limitar el debate. Ante este atolladero, el decrecimiento busca abrir nuevos caminos, desenterrar filiaciones olvidadas (tales como las luchas de los luditas, *cf. infra*) y mostrar que es posible apoyarse en considerables recursos militantes e intelectuales para llevar a cabo una crítica argumentada de la miseria mercantil actual sin caer en las redes de los amigos de la Nueva Derecha. Lejos de llevar a un relativismo cultural generalizado, afirma que es necesario evaluar la cualidad emancipadora (o la fuerza opresiva) de tal o tal otro modo de vida para los seres que la componen.

25. J.-L. PRAT, «La décroissance est-elle réactionnaire?», *Revue du M.A.U.S.S.*, 10 abril 2008. <<http://www.journaldumauss.net>>.

Contrariamente a una tesis muy repetida según la cual Occidente sería la cuna histórica de la sociedad autónoma, los pueblos no occidentales cuentan en su propia historia social, intelectual o espiritual con importantes recursos que les permiten pensar una sociedad que ofrezca vías de emancipación fuera de la acumulación mercantil y del pseudo-control técnico²⁶. No es caer en el relativismo reconocer que la promesa de autonomía no se cumple en estos momentos por las vías seguidas por las sociedades que se consideran «desarrolladas», y que persistir no arreglará nada, muy por el contrario, empeorará la situación. No es ceder a la apología de las «sociedades primitivas», que la modernidad considera la forma más antimoderna de vida colectiva, olvidando que entre «primitivo» y «moderno» hay un conjunto inmenso de posibilidades que están lejos de ser exploradas en su totalidad. Tampoco es ceder a la política de identidades fuertes sino, en una aspiración universal, reconocer su estatus de seres humanos a los otros pueblos cuando se aclara, por tanto, que no todo es igual.

Se sabe que uno de los principales objetivos intelectuales en curso es el intento, por parte de las clases intelectuales dominantes, de seleccionar en las culturas no occidentales tradiciones favorables al utilitarismo mercantil del crecimiento, como lo prueba el debate en torno al pensamiento árabe y al pensamiento chino²⁷. De ese modo, el confucianismo habría sido favorable al espíritu capitalista, concebido como universal, a diferencia del Islam, que habría permanecido atascado en su particularismo y opuesto a las «ideas modernas». Los objetores occidentales del crecimiento, que rechazarán el culturalismo burdo de las tesis identitarias, evidentemente escogerán otras alianzas, por ejemplo, el budismo o el taoísmo, cuyas ideas «no utilitaristas» pueden ser consideradas por algunos como compatibles con esta otra forma de uni-

26. Véase el muy fortificante *Éloge de l'anarchie par deux excentriques chinois*, Encyclopédie des Nuisances, París, 2004; véase también J. R. GOODY, «Civil society in an extra-European perspective», in S. KAVIRAJ et S. KHILNANI (dir.), *Civil Society. History and Possibilities*, Cambridge University Press, Delhi, 2002.

27. D. COLSON, *Trois Essais de philosophie anarchiste*, Léo Scheer, París, 2004.

versalismo que ellos preconizan. En este sentido, asumirán operaciones de selección que los alejen de todo relativismo, así como de todo naturalismo ilegítimo. Si algunos, como Serge Latouche, toman con pinzas el término «universalismo», es porque su uso, al igual que ocurre con el desarrollo sostenible, está dominado por significados que no son los que quieren promover los objetores del crecimiento.

El crecimiento es un elemento que estructura sociedades «desarrolladas». Sus efectos positivos se consideran espontáneamente garantizados y la exigencia de pensar un futuro en el cual el crecimiento estuviese ausente tiene repercusiones considerables. Ante todo, pone de manifiesto el reverso menos glorioso de lo que se presentaba como la marcha triunfante de la «humanidad» hacia el dominio de la naturaleza. El escándalo provocado por ese cuestionamiento y por el temor encontrado con tanta frecuencia de «volver a la edad de piedra» prueban de inmediato la presencia de lo sagrado en nuestras sociedades (*cf.* capítulo 4). La violencia de las oposiciones que se manifiestan con respecto al discurso del decrecimiento muestra que éste afecta creencias que ya están fuertemente desestabilizadas por la crisis ecológica en curso. Otro esfuerzo más para ser verdaderamente laico: aceptar debatir, sin el tabú de un cierto número de elecciones que regulan el desarrollo de nuestras vidas y que merecen ser reconsideradas.

El vigor y la profundidad de los debates —que contrastan con las alternativas ya pasadas: ¿«recuperación por medio de las inversiones o del consumo?», «¿impuesto sobre el carbono o permiso de emisión?», según un enfoque de gestión favorable al mantenimiento del dominio del discurso económico— deben poner a prueba la palabra «decrecimiento». Ella permite especialmente retomar el debate sobre la autonomía de la sociedad con respecto al Estado, sobre la influencia de la razón contable e instrumental movilizadora por las grandes burocracias públicas (investigadores científicos, gestores, etc.) o privados (grupos económicos y financieros). La diversidad de las respuestas muestra sin duda que, contrariamente a los deseos de algunos, la palabra «de-

crecimiento» no puede, por sí sola, generar un movimiento social e intelectual coherente. En el fondo, su novedad radical reside sobre todo en alertar sobre la gran fragilización de las culturas y prácticas populares basadas en la auto-limitación de las necesidades, garantes durante siglos de una cierta autonomía con respecto al Estado y a los macrosistemas técnicos²⁸.

28. M. RAHNEMA, *Quand la misère chasse la pauvreté*, op. cit.; A. ACCARDO, *Le Petit Bourgeois Gentilhomme. Sur les prétentions hégémoniques des classes moyennes*, Agone, Marsella, 2009.



*¿Por qué el decrecimiento,
y no el «desarrollo sostenible»?*

❖ DONDE ES ÚTIL RECORDAR EL SENTIDO
DE UNA EXPRESIÓN QUE SE USA A MENUDO
Y DE FORMA DESCONSIDERADA

El «desarrollo sostenible» fue durante largo tiempo *persona non grata* en el debate político y económico. Inventado por las ONG, aparece por primera vez en su forma actual en la *Stratégie mondiale pour la conservation de la Nature*, publicada en 1980 conjuntamente por el World Wildlife Fund (WWF), la Unión Internacional para la conservación de la naturaleza (UICN) y el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente¹.

Constatando que las vías tomadas por el desarrollo se dan el lujo de llevar a cabo una destrucción masiva de la naturaleza y que, en ese sentido, no es «sostenible», se exhorta a un «desarrollo sostenible» (del cual no se da definición alguna) que se preocuparía por hacer «durar» los recursos naturales, lo cual se traduce especialmente en la necesidad de implicar a las comunidades locales en la utilización de los recursos: «Si el objetivo del desarrollo es garantizar el bienestar económico y social, el propósito de la conservación es garantizar que las capacidades de la Tierra puedan sostener [*sustain*] el desarrollo y todas las formas de vida²».

1. UICN, UNEP et WWF, *World Conservation Strategy. Living Resource Conservation for Sustainable Development*, 1980.

2. Traducción nuestra [al francés]. La frase original es la siguiente: «*For if the object of development is to provide for social and economic welfare, the object of conservation is to ensure Earth's capacity to sustain development and to support all life*», Préface, in *ibid*.

El «decrecimiento», al menos en parte, se ha construido *contra* la noción de «desarrollo sostenible». ¿Por qué y en qué medida pueden oponerse estos dos términos?

El «desarrollo sostenible»: un choque Norte-Sur

Por lo general se considera que el «desarrollo sostenible» estuvo precedido por el «ecodesarrollo³», término y modelo propuesto por Ignacy Sachs en la Conferencia de Estocolmo sobre el Medio Ambiente Humano en 1972. Definiéndose como «eco-socio-economista», Sachs ha desarrollado un enfoque que combina política social, protección del medio ambiente y desarrollo económico. Fundó el Centro Internacional de Investigación sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo, que sigue siendo un punto de referencia en este terreno.

El «desarrollo sostenible» es, pues, un concepto emanado de los países del Norte con el propósito de enfrentar lo que parecían ser problemas del «medio ambiente» y que parecían referirse a cuestiones de «bienes públicos» o al «patrimonio común de la humanidad». ¿Quién en verdad podía querer exterminar a los osos polares, desestabilizar el clima o contaminar las aguas? Nadie, seguramente. El desarrollo sostenible parecía entonces encarnar un nuevo concepto universal. Lo ocurrido en la Conferencia de Estocolmo de 1972 muestra que las «comunidades locales» y, más generalmente, el Sur, tenían una lectura muy diferente de la situación, y la evolución de las negociaciones desde esa época les da la razón. El encuentro dio lugar a varios choques importantes, como explica Claude-Marie Vadrot⁴.

Un primer choque se produjo entre un enfoque muy localista de los obje-

3. I. SACHS, *L'Écodéveloppement*, Syros, París, 1998.

4. C.-M. VADROT, *Déclaration des droits de la nature*, Seuil, París, 1972.

tivos medioambientales que estaban en juego, reducidos a un conjunto de «poluciones» tales como las lluvias ácidas, que serían fácilmente controlables mediante algunas innovaciones técnicas como el catalizador, y un cuestionamiento mucho más radical de los «modos de vida» de los países ricos, especialmente a través del informe presentado ese mismo año por el equipo del Club de Roma.

Un segundo choque ocurrió entre los Estados «subdesarrollados» y los Estados «desarrollados». Los primeros, instantáneamente, interpretaron la preocupación de «proteger el medio ambiente» como el deseo de obstaculizar su desarrollo, como un intento de racionamiento, como un nuevo malthusianismo (*cf.* capítulo 5). Esos dos choques van a estructurar los debates internacionales. Por su parte, las élites del Sur «subdesarrollado» también aspiran a desarrollar sus economías y, si llegan a un acuerdo formal sobre la necesidad de «proteger el medio ambiente», es con la condición de haber obtenido la parte de beneficios económicos que les corresponde, de conformidad con el principio de las «responsabilidades comunes pero diferenciadas» que figura en todos los textos importantes relativos a la ecopolítica internacional.

Después de esas dos confrontaciones, una serie de encuentros culminó con la constitución, en 1983, de la Comisión Mundial sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CMED), dirigida por el ex Primer ministro noruego Gro Harlem Brundtland, cuyo objetivo declarado era conciliar las aspiraciones contradictorias. En 1987, dicha comisión presentó un informe titulado «Nuestro futuro común», más conocido con el nombre de «Informe Brundtland», que retoma la idea de un «desarrollo sostenible». Pero, como la CMED está constituida mayoritariamente por personalidades del Sur, lo extiende mucho más allá de la cuestión del medio ambiente. Al respecto, la CMED exhorta entonces a la celebración de una cumbre internacional que no sólo se preocuparía por el tema del medio ambiente, sino también del desarrollo. Esa cumbre sobre el medio ambiente y el desarrollo se celebraría cinco años más tarde, en Río.

Con motivo de la Cumbre de la Tierra (1992) se firmaron diversos textos. La Convención Marco de las Naciones Unidas sobre cambio climático, que debemos recordar fue firmada por los Estados Unidos, incluye un artículo 2 muy explícito: «El objetivo último de la presente Convención y de todo instrumento jurídico conexo que adopte la Conferencia de las Partes es lograr, de conformidad con las disposiciones pertinentes de la Convención, la estabilización de las concentraciones de gases de efecto invernadero en la atmósfera a un nivel que impida interferencias antropógenas peligrosas en el sistema climático. Ese nivel debería lograrse en un plazo suficiente para permitir que los ecosistemas se adapten naturalmente al cambio climático, asegurar que la producción de alimentos no se vea amenazada y permitir que el desarrollo económico prosiga de manera duradera⁵».

La Cumbre de Río culminó también con el Convenio sobre la diversidad biológica, así como con un texto, la Agenda 21, que se propone inventariar de manera programática el conjunto de los objetivos para el siglo XXI. Dichos textos siguen siendo de una candente actualidad.

La definición de desarrollo que se ha impuesto por la frecuencia de uso y su aparición en los textos es la siguiente: el desarrollo sostenible es «un desarrollo que responde a las necesidades de las generaciones presentes sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades. Hay dos conceptos que son inherentes a esta noción [de desarrollo sostenible]: el concepto de “necesidades” y, más particularmente, de las necesidades esenciales de los más desposeídos, a la cual hay que otorgar la mayor prioridad, y la idea de las limitaciones que el estado de nuestras técnicas y de nuestra organización social impone sobre la capacidad del medio ambiente para satisfacer las necesidades actuales y futuras».

Aunque hacen referencia al medio ambiente y al desarrollo, los textos de Río, en lo esencial, fueron negociados por los ministros del Medio Ambiente,

5. Cf. <<http://unfccc.int>>

y el poco peso que tuvieron en el seno de los gobiernos nacionales se evidenció diez años más tarde, en 2002, en la Cumbre Mundial sobre el Desarrollo Sostenible de Johannesburgo, inicialmente concebida para analizar los progresos alcanzados desde la conferencia de Rio. Cuando se demostró que no se había producido avance alguno, que los ecosistemas habían continuado degradándose y que las desigualdades se habían acentuado, esa última cumbre recibió un nuevo nombre durante las comisiones preparatorias: («Prepcom»), llamándose ahora la «cumbre de la aplicación»⁶. Y, en cuanto a la aplicación, la mayoría de los observadores coinciden en decir que la cumbre fue un fracaso: no salió de ella ningún compromiso claro por ninguna de las partes. La responsabilidad de ello recae no en los ministros del Medio Ambiente, que habían desaparecido prácticamente del escenario diplomático, sino en los ministros de Relaciones Exteriores y de Economía, que en esta ocasión eran quienes dirigían las negociaciones. Desde ese punto de vista, Johannesburgo fue algo revelador: los contenidos precisos de las amplias síntesis teóricas y diplomáticas tales como el «desarrollo sostenible» quedaron –y siguen quedando– pendientes de definición.

Un concepto vaciado de su esencia

Pero en lugar de llevar a cabo esa labor de esclarecimiento, el «desarrollo sostenible» fue progresivamente vaciado de su esencia. Se comenzó por olvidar la segunda parte de la definición antes citada, la que se refiere a las necesidades de los más desposeídos. La cuestión de las desigualdades sociales caía en el olvido en provecho de una definición cuya cualidad principal era su carácter totalmente vago y consensual.

6. P. LE PRESTRE, E. DUFAULT y B. MARTIMORT-ASSO, «Se souviendras-t-on du Sommet de Johannesburg?», *Le Devoir*, 22 y 23 junio 2002, disponible en <www.er.uqam.ca>

Se olvidó también que el informe Brundtland contenía en realidad más de veinte definiciones diferentes de desarrollo sostenible, que iban desde el ecologismo más radical hasta la pura y simple búsqueda del crecimiento económico capitalista, sin olvidar mencionar una mayor redistribución de las riquezas. La definición mantenida en ocasión de la Cumbre de la Tierra, con su carácter conciso, era a la vez práctica y lo suficientemente amplia para acoger las aspiraciones de todos los países del mundo, cualesquiera que fuesen sus niveles de desarrollo, sus realidades ecológicas y sociales. Fue sobre todo utilizada para traicionar el espíritu de los textos firmados en Río.

El ejemplo de Francia es elocuente. Cuando la Cumbre de Johannesburgo, el presidente Jacques Chirac pronunció un discurso lo bastante famoso para que citemos integralmente su primer párrafo: «Nuestra casa se quema y miramos hacia otro lado. La naturaleza, mutilada, sobreexplotada, no logra reconstituirse y nos negamos a aceptarlo. La humanidad sufre. Padece el mal desarrollo tanto en el Norte como en el Sur, y nos quedamos indiferentes. La Tierra y la Humanidad están en peligro y todos somos responsables». Ese discurso evidencia en realidad la deriva que desde entonces sufrió el debate sobre la crisis ecológica y su respuesta en términos de desarrollo sostenible.

Para empezar, Jacques Chirac no señala ninguna responsabilidad particular en la crisis, como si cada miembro de la «humanidad» (el millonario occidental y el campesino burkinabés) contribuyeran a la contaminación en las mismas proporciones; posteriormente, después de la cumbre, no tomó ninguna iniciativa a la altura de la situación, ni siquiera cuando en abril de 2002 estaba al comienzo de su segundo mandato presidencial, es decir, en un período políticamente ideal para llevar a cabo reformas de envergadura. Junto a esa escisión creciente entre las intenciones y los hechos, el desarrollo sostenible pasó casi sin transición del estatus de concepto subversivo al de concepto «blando», vaciado de su esencia.

A partir del momento en que se decidió «salvar el planeta» (o sea, en Francia, a partir de la “Grenelle de l’environnement”^{*} organizada por el gobierno Fillon bajo la presidencia de Sarkozy), todo el mundo se dio a la tarea de «hacer» desarrollo sostenible. Para ello, a menudo bastaba con mostrar que la actividad en cuestión tenía un determinado interés con respecto a la economía, la ecología o lo social, preferentemente en el orden que acabamos de mencionar. Pero la mayoría de las actividades existentes pueden hacer esa prueba, de una manera o de otra. Basta con encontrar algo más «sucio» que uno para poder calificarse de «limpio»: el avión es «más limpio» que el automóvil si se plantea el consumo de gasolina por kilómetro recorrido por pasajero (no se dice que a partir de dos pasajeros el automóvil es más económico); la energía nuclear es «más limpia» que el petróleo porque emite poco gas de efecto invernadero; el petróleo es «más limpio» que la energía nuclear porque no produce desechos imposibles de reciclar, etc.

Por supuesto, se tomaron medidas como, por ejemplo, en el campo de las energías renovables o del tratamiento de desechos, pero por lo general no tuvieron gran efecto hasta una fecha reciente —hasta lograr el consenso sobre el objetivo ecológico⁷. A partir de entonces los compromisos públicos se vuelven más consecuentes, como el apoyo al desarrollo de las energías renovables. No obstante, esas medidas limitadas fueron ahogadas en un diluvio de «*greenwashing*», un conjunto de operaciones de comunicación que intentan valorizar compromisos sociales o medioambientales «a pesar de la ausencia de acciones a la altura de esa comunicación⁸».

El orden económico, aunque no ha cambiado en algunos detalles, se volvió así en algunos años milagrosamente compatible con el «desarrollo sostenible»,

* Ver nota pág. 44. (N. del T.).

7. Véase F. FLIPO, *Le Développement durable*, Bréal, París, 2007.

8. Véase F. BENOIT-MOREAU, B. PARGUEL et F. LARCENEUX, «Comment prévenir le *greenwashing*? L’influence des éléments d’exécution publicitaire», *Cahiers de Recherche DMSP*, n° 379, Paris-Dauphine/HEC, junio 2008.

lo que provocó un exceso de declaraciones tan generales como incoherentes: «El Medef considera que el desarrollo sostenible es un vector de crecimiento económico importante; y aún más, desea hacer del desarrollo sostenible la marca de fábrica de la economía francesa en el mundo. [...] La situación económica actual no cuestiona los trabajos del Grenelle del medio ambiente, en el cual el Medef sigue siendo un actor particularmente comprometido⁹».

Un representante de la industria petrolera podía así afirmar sin ambages que «el desarrollo sostenible es ante todo producir más energía, más petróleo, más gas, tal vez más carbón y energía nuclear y, ciertamente, más energías renovables. Al mismo tiempo, hay que garantizar que ello no ocurra en detrimento del medio ambiente¹⁰».

Algunos, como Michel-Édouard Leclerc, reivindicaron abiertamente esa imprecisión. «El término [desarrollo sostenible] es tan amplio, tan usado para todo, que a semejanza de Monsieur Jourdain, todo el mundo puede reivindicarlo. Además, es cierto, es un concepto que está de moda. Tanto en el mundo de las empresas como en el debate en la sociedad. ¿Y entonces? En todos los tiempos, los comerciantes han sabido recuperar los buenos eslóganes¹¹». Y, de hecho, los publicitarios se entregaron plenamente a ello, como lo prueba el eslogan para el Passat TDI Volkswagen: «Usted se preocupa por la Naturaleza. ¿Y si su primer gesto ciudadano fuera comprar un automóvil?». La ecología se convertía en un argumento más para reforzar las tendencias desigualitarias y autoritarias dominantes.

La imprecisión que permeaba la noción de desarrollo sostenible se observa en una publicación de la Oficina Parlamentaria de Evaluación de las Opciones Científicas y Tecnológicas (OPECST), una institución que se cree no

9. Comunicado del Medef, 25 septiembre 2008.

10. M. de FABIANI, presidente de BP France, *4e rencontres parlementaires sur l'énergie*, jueves 11 de octubre de 2001. Un muy ameno «bétisier du développement durable» está disponible en <www.decroissance.org>.

11. M.-E. LECLERC, *Le Nouvel Économiste*, 26 marzo de 2004.

simpatiza mucho con los objetores del crecimiento: «A primera vista, ese concepto puede reunir más o menos la aprobación de todos, a menudo con la condición de no poseer un contenido demasiado explícito. [...] El equívoco de la expresión “desarrollo sostenible” garantiza su éxito, incluso y hasta, sobre todo, en las negociaciones internacionales, más aún cuando —dado que el desarrollo se proclama sostenible, y por tanto, implícitamente, sin efectos negativos—, se consagra como el modelo absoluto a generalizarse en la totalidad del planeta¹²».

Esa recuperación terminó por provocar la reacción de actores que pueden difícilmente ser calificados de «ecologistas extremistas» como Nicolas Hulot: «Se regodean tanto con el término desarrollo sostenible que acaba por darme náuseas. Cuando veo a esos que quieren hacer un Gran Premio de Fórmula 1 a las puertas de París bajo el signo del desarrollo sostenible, yo digo: “¡Alto el fuego!”¹³»

En esas condiciones, ¿cómo puede hablarse aún de «desarrollo sostenible» para hacer algo que no sea la apología del desarrollo existente? El término, que a partir de un problema bien real permitía exhortarnos con suma urgencia a movilizarnos para resolverlo, se ha convertido hoy en un elemento que no puede pasarse por alto con relación a dicho problema. En efecto, cuando nos remitimos a los hechos, los logros emblemáticos del desarrollo sostenible se muestran a veces ecológicamente catastróficos; eso ocurre con el vehículo eléctrico «limpio» —al cual nunca se le pregunta de dónde viene su electricidad...

12. M. DENEUX, «L'ampleur des changements climatiques, de leurs causes et de leur impact possible sur la géographie de la France à l'horizon 2005, 2050 et 2100», Informe de la OPECST n° 224 (2001-2002) hecho en nombre de la Oficina Parlamentaria de Evaluación de las Opciones Científicas y Tecnológicas (OPECST) del Senado, registrado el 13 de febrero de 2002.

13. N. HULOT, *Libération*, 19 septiembre de 2008.

Desarrollo y decrecimiento

¿Debemos concluir que el concepto de «desarrollo» se ha irremediabilmente extraviado? Acerca de esta cuestión no hay un acuerdo evidente en el seno de los objetores del crecimiento, aunque las posiciones se inclinan más bien hacia el lado afirmativo. Si Latouche afirma que el desarrollo es «genéticamente occidente-centrado¹⁴», P. Ariès, V. Cheynet o T. Fotopoulos dejan de lado la expresión y no zanján la cuestión.

Más allá de la guerra de palabras, existen apuestas de fondo. El término «desarrollo» apareció hace muy poco tiempo en las políticas internacionales. De hecho, es sólo después de la Segunda Guerra mundial que se convierte en una consigna dominante. En el discurso de investidura de su segundo mandato en la Casa Blanca, el 20 de enero de 1949, el presidente de los Estados Unidos, Harry Truman, elevó dicho término por primera vez, explícitamente, al rango de objetivo supremo de la intervención del Estado¹⁵, aunque la distinción de los pueblos por su «grado de desarrollo» estaba ya presente en el artículo 22 de la carta de la Sociedad de Naciones¹⁶. El famoso «punto cuatro» del discurso de Truman afirma: «Tenemos que iniciar un programa nuevo y audaz para lograr que los beneficios de nuestros avances científicos y el progreso industrial estén disponibles para la mejora y el crecimiento de las regiones subdesarrolladas¹⁷». Ese discurso desemboca con la firma, en junio de 1950, del *Act for International Development*.

¿Qué es el «desarrollo»? ¿Cuáles son las teorías del desarrollo? Es necesario dar algunas referencias en este terreno para mostrar dónde se ejerce la crítica de los objetores del crecimiento. En una obra reciente dedicada a este tema,

14. S. LATOUCHE, *Le Pari de la décroissance*, Fayard, París, 2006, p. 133.

15. G. RIST, *Le Développement. Histoire d'une croyance occidentale, op. cit.*, p. 117.

16. *Ibid.*, p. 101.

17. La versión original en inglés puede encontrarse en <<http://www.usapatriotism.com>>.

Éric Berr y Jean-Marie Harribey muestran que esas teorías han evolucionado y conocido diversas fases¹⁸. Durante un primer período, las teorías del desarrollo se fijan como objetivo la modernización de los países del Tercer Mundo. En ese sentido pueden mencionarse varios trabajos: Walter Rostow señala el problema de la acumulación originaria¹⁹; William H. Lewis la cuestión de la dualidad de las economías «subdesarrolladas» (caracterizada por un importante sector informal) que hace difícil cualquier control por parte del Estado²⁰; Ragnar Nurkse trata la cuestión de la ausencia de ahorro y del «círculo vicioso de la pobreza»²¹. El economista François Perroux²² se interesó en la dinámica social e institucional y definió el desarrollo como «el conjunto de las transformaciones de las estructuras económicas, sociales, institucionales y demográficas que acompañan el crecimiento, lo hacen sostenible y, en general, mejoran las condiciones de vida de la población». Gunnar Myrdal y Raul Prebisch, por su parte, se interesarán en el problema de la modificación de las estructuras productivas en una lógica de sustitución de las importaciones²³.

En los años '60, esos modelos fueron objeto de una crítica «de izquierda»: el subdesarrollo era la consecuencia de un «intercambio desigual»²⁴, el desarrollo debe ser el fruto de una modificación de la correlación de fuerzas entre el «centro» (las economías desarrolladas) y la «periferia» (el Tercer Mundo). La teoría del desarrollo parece experimentar un apogeo con el reconocimiento

18. É. BERR et J.-M. HARRIBEY, *Le Développement en question(s)*, Presses Universitaires de Bordeaux, Cussac, 2006, p. 17-18.

19. W. W. ROSTOW, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

20. W. A. LEWIS, *Développement économique et planification*, Payot, París, 1979.

21. R. NURKSE, *Problems of Capital-Formation in Underdeveloped Countries*,

22. F. PERROUX, *Pour une philosophie du nouveau développement*, Aubier/Presses de l'Unesco, París, 1981.

23. Y. BERTHELOT, *Unity and Diversity of Development, Unity and Diversity in Development Ideas - Perspectives From the Regional UN Commissions*, Indiana University Press, 2004, p. 31.

24. S. AMIN, *L'Eurocentrisme*, Economica, París, 1998.

del «derecho al desarrollo en 1984 por las Naciones Unidas. Pero desde hace ya mucho tiempo, las «teorías del desarrollo» se fragmentan y disgregan. El «consenso de Washington» y sus preceptos neoliberales (privatización, desregulación, etc.) que se implantan al inicio de los años '80 en los países desarrollados, se imponen cada vez más en los países del Sur. Desde los años '70, las grandes teorías ceden su espacio a estudios monográficos que insisten en las diferencias de «racionalidad» de los individuos y de contexto entre los mundos «desarrollado» y «subdesarrollado». En los años '80 y '90, el saber y el conocimiento fueron situados en el centro mismo del desarrollo, en especial con los trabajos de John Roemer y los de Robert Solow²⁵; el primero, en una lectura renovada de Marx que hará escuela con el nombre de «marxismo analítico», y el segundo en una forma neoclásica que expondremos detalladamente en páginas sucesivas.

Con respecto a la actividad de las comisiones económicas regionales de las Naciones Unidas, vemos que si bien la teoría económica neoclásica dominó los debates, dio nacimiento a varias corrientes distintas²⁶. Gunnar Myrdal, a la cabeza de la United Nations Economic Commission for Europe (UNECE) ha buscado una vía intermedia entre neoclasicismo y marxismo; P.S. Lokanathan, de la Economic Commission for Asia and the Far East (UNECAFE) ha insistido en la supremacía de las opciones tomadas y la asistencia técnica, en países a menudo recién descolonizados; Raul Prebisch, como presidente de la comisión sudamericana (UNECLA), ha subrayado la importancia de la asimetría que existe en los beneficios que se extraen del comercio, mientras que la comisión regional del Asia Occidental (UNEWA) hacía hincapié en el papel nefasto de los conflictos...

Las ciencias políticas también han elaborado teorías del desarrollo. En una

25. G. M. MEIER, «The old generation of development economists and the new», in G. M. MEIER et J. E. STIGLITZ (dir.), *Frontiers of Development Economics – The Future in Perspective*, The World Bank, 2000, p. 17.

26. Y. BERTHELOT, *Unity and Diversity of Development*, op. cit.

obra donde se hace su inventario, Bertrand Badie distingue varios conjuntos de modelos²⁷. Las teorías clásicas hacen del desarrollo político el fruto de un desarrollo económico y social²⁸ que culmina en la formación de una «poliarquía». Esta poliarquía es el objetivo del desarrollo, siendo éste, al mismo tiempo, su condición de posibilidad en el sentido en que le proporciona los medios y elimina los obstáculos: «Cada sociedad está condicionada en el ejercicio del juego político por las posibilidades que le ofrece el nivel de desarrollo en el cual ella se sitúa²⁹.» De ahí la elaboración de numerosos trabajos para verificar las correlaciones. Para K. Deutsch, el cambio político es un efecto esperado del proceso de movilización requerido para llevar a cabo las transformaciones sociales y económicas³⁰.

Los trabajos de Edward Shils³¹ inauguran una perspectiva totalmente distinta y una profunda renovación teórica³² con la idea de que todos los Estados aspiran a la modernidad, pero considerando que hay una diversidad de obstáculos que deben superarse para lograrla. La modernidad es definida por la existencia de Estados dinámicos, democráticos e igualitarios, duchos en las leyes de la ciencia, económicamente avanzados, soberanos e influyentes en el escenario internacional. G. Almond y B. Powell³³ abordan el problema desde un ángulo funcionalista, mostrando que un cierto número de funciones presentes en los sistemas modernos están ausentes en los sistemas «tradicionales» y, más aún, en los sistemas «primitivos»³⁴. G. Almond y S. Verba insisten también en la cultura política, y distinguen una cultura del repliegue que

27. B. BADIE, *Le Développement politique*, Economica, París, 1994.

28. R. DAHL, *Polyarchy*, Yale University Press, New Haven, 1971.

29. B. BADIE, *Le Développement politique*, *op. cit.*, p. 17.

30. *Ibid.*, p. 25.

31. E. SHILS, *Political Development in the New States*, Mouton and Co., La Haya, 1960.

32. B. BADIE, *Le Développement politique*, *op. cit.*, p. 35.

33. G. A. ALMOND et B. POWELL, *Comparative Politics: Systems, Process and Policy*, TBS The Book Service Ltd, Londres, 1978.

34. B. BADIE, *Le Développement politique*, *op. cit.*, p. 51.

sería característica de los sistemas primitivos, una cultura de sujeción en los sistemas tradicionales y una cultura de participación en los sistemas modernos³⁵. Según B. Badie³⁶, esos primeros trabajos poseen cuatro características: el cambio es un proceso inmanente al sistema social (la sociedad primitiva es el germen de la sociedad moderna), ese cambio es uniforme, el proceso finaliza y el crecimiento desempeña un papel más importante; en fin, el proceso es continuo.

Los modelos ulteriores introducen la noción de «crisis», pero en Abramo Fimo y Kenneth Organski, por ejemplo³⁷, la crisis es lo que lleva de una etapa a la otra: fase de unificación primitiva, de industrialización, bienestar y abundancia³⁸. D. Apter³⁹ introduce un nuevo funcionalismo basado en dos variables, el tipo de autoridad y los valores de los individuos (de tipo consumidor o instrumental, consumo diferido hacia objetivos más lejanos). Existe, asimismo, el modelo centro-periferia: presencia de un centro, influencia sobre la periferia, adaptación activa y reorganización progresiva –debilitamiento de los vínculos comunitarios, aparición de reglas impersonales y de organizaciones burocráticas centrales⁴⁰.

B. Badie afirma que los modelos siguientes ya no tienen una pretensión totalizadora y exhaustiva, su pretensión es solo heurística⁴¹. «Desde el inicio de los años '60, la mayor parte de los autores abandonaron la pretensión de brindar una teoría general del desarrollo político. Menos normativos, más descriptivos, se concentraron sobre todo en construir modelos formales de un juego de variables capaces de condicionar, en situaciones tipo,

35. *Ibid.*, p. 48. G. A. ALMOND et S. VERBA, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Sage, Londres, 1989.

36. *Ibid.*, p. 73-76.

37. A. FIMO et K. ORGANSKI, *The Stages of Political Development*, Alfred A. Knopf, New York, 1965.

38. B. BADIE, *Le Développement politique, op. cit.*, p. 65-76.

39. D. E. APTER, *The Politics of Modernization*, University of Chicago Press, Chicago, 1965.

40. B. BADIE, *Le Développement politique, op. cit.*, p. 113-115.

41. *Ibid.*, p. 81.

las posibilidades de adaptación política a la modernización⁴²».

¿Qué retener de esa breve constatación del estado de la cuestión en torno a las teorías del «desarrollo»? Una enseñanza muy importante con respecto a nuestro tema: *todas* las teorías del desarrollo integran el crecimiento económico –y *ninguna* integra la cuestión de las desigualdades ecológicas. En todas esas teorías, si el crecimiento no es el objetivo, es al menos una de las condiciones *necesarias* para un «desarrollo» que invariablemente pasa por alto la cuestión ecológica. Mientras que la modernidad se autocomplace en su universalidad, ninguna de las teorías mencionadas se preocupa por demostrar que el modo de vida creado de esa manera es universalizable en el plano ecológico. Y ello, ¿acaso no es al menos sorprendente? ¿Perturbador? Ahí están los hechos: no existe actualmente una teoría del «desarrollo» que admita un decrecimiento, en particular un decrecimiento de la economía. Por consiguiente, lo menos que puede decirse es que el decrecimiento abre, en el fondo, perspectivas *radicalmente nuevas*.

Lo que hay detrás del desarrollo

Antes de ser una teoría económica, el desarrollo aparece ante todo, para los objetores del crecimiento, como una tesis sobre la naturaleza humana, mientras que la modernidad se enorgullece de no tener ninguna al respecto⁴³. Por otra parte, el célebre diccionario de filosofía Lalande, cuya primera edición data de 1921, remite «desarrollo» a «génesis», es decir, nada menos que al origen de las cosas. «Génesis» remite a «evolución», que se define como sigue: «A. Desarrollo de un principio interno que, primero latente, se va actualizando poco a poco y acaba por hacerse manifiesto. B. Transformación gradual

42. *Ibid.*, «Préface» de Georges Lavau.

43. A. RENAUT et L. FERRY, *Philosophie politique*, Paris, PUF, 2007.

y concebida en general como bastante lenta, o como formada por cambios elementales tan mínimos que apenas se notan. Se opone tanto a la permanencia como a la revolución. C. Serie de transformaciones en un mismo sentido».

La idea de fondo es que lo que se desarrolla en el hombre es lo que anteriormente estaba escondido; por consiguiente, hay una continuidad en esencia y no una libertad de elección. Esa falta de opciones se traduce en el surgimiento de las «leyes del mercado», a las cuales los Modernos se someten y acatan disciplinadamente, así como en un «progreso técnico» cuya evolución es espontánea y cuya definición escapa a toda decisión democrática. El desarrollo es el surgimiento del hombre como tal —el hombre en verdad. Y la verdad excluye la opinión.

Hay trabajos más recientes que se orientan en el mismo sentido. Daniel Becquemont afirma que el «desarrollo» es un término que proviene de la biología y más exactamente, de la embriología⁴⁴, y después es pronto utilizado en la teoría de la evolución de las especies. Schelling (1775-1854) consideraba que la naturaleza, por medio de los individuos, progresaba gradualmente por etapas hacia formas más adecuadas a su esencia. El desarrollo de formas más elaboradas como el ser humano resumía en el transcurso de su maduración las diferentes formas animales y vegetales. K. E. von Baer formuló «leyes del desarrollo» que hacían hincapié en el paso de una masa homogénea a una heterogeneidad creciente por diferenciación.

Esas teorías sirvieron para fundar numerosas teorías acerca de la evolución del cosmos y de la humanidad. Herbert Spencer afirmó igualmente que el paso de lo homogéneo a lo heterogéneo es también la ley de todo cambio social y de todo progreso —desde la artesanía hasta las manufacturas y después a la «gran industria». Esa diferenciación es asimilada a una «toma de con-

44. D. BECQUEMONT, «Développement», in D. LECOURT (dir.), *Dictionnaire d'histoire et de philosophie des sciences*, PUF, París, 1999, p. 303-307.

ciencia de sí mismo» de la sociedad, que actualiza poco a poco sus potencialidades —a la manera de un ser vivo que nace y crece.

Es importante señalar que la evolución de las sociedades se concibe aquí como concerniente a la ciencia, no a la política y a la moral. Si hay historia, es la historia de la actualización de una forma que estaba ya presente al inicio, por lo cual no es necesario discutir sobre ello democráticamente; los especialistas pueden remplazar la *vox populi* en lo esencial y solo dejarle decidir ajustes marginales.

Finalmente, en el propio corazón de la crítica «humanista» de la ecología, se descubre pronto una forma de cientificismo hostil a toda decisión democrática. El odio a la tecnología es el odio al humanismo, afirma Luc Ferry, «el odio a los artificios ligados a nuestra civilización del desarraigo es también el odio de lo humano como tal⁴⁵».

Para Luc Ferry, al igual que para el ex ministro Claude Allègre, la única solución posible frente a la crisis ecológica es la tecnología⁴⁶, y eso es algo que ni siquiera es necesario discutir. De ese modo, por un lado está la ecología «moderna», que pretende resolver la crisis medioambiental con los mismos medios que han servido para «dominar la naturaleza» y, por otro, una ecología que considera que lo que está en juego en el conflicto es la modernidad misma, al menos la modernidad de los ecologistas «modernos».

No podemos dejar de sentirnos afectados por la ceguera de esos autores ante las críticas a la técnica. La modernidad parece sumida en un espíritu de religiosidad que los más grandes sociólogos parecen haber ignorado, quizás debido a la «Gran Partición» entre ciencias de la naturaleza y ciencias de la sociedad. Son muy pocos los sociólogos que no toman la técnica moderna como algo hecho, como algo sabido, algo para la eternidad. Es un hecho y

45. L. FERRY, *Le Nouvel Ordre écologique*, Grasset, París, 1992, p. 33.

46. Véase el texto de la conversación sostenida entre L. FERRY y N. KOSCIUSKO-MORIZET «Quelle écologie pour aujourd'hui?», *Le Figaro*, 8 julio de 2008 <<http://www.lefigaro.fr/>>.

no una opción. El «desarrollo», al ser «científico» y «técnico», y estar de ese modo sustraído de la esfera del debate público, ya no tiene, pues, mucho que ver con el progreso moral y político deseado por filósofos del Siglo de las Luces tan diferentes como Rousseau, Locke, Kant o Condorcet.

La Providencia ha dado a los Modernos la receta para alcanzar el Grial de la abundancia –eso que permite también legitimar los sacrificios que se deben soportar y la disciplina que debe imponerse. En ese sentido, el criterio del economista John M. Keynes es inapelable. Remite el conjunto de la historia de la humanidad a condiciones de existencia difíciles, «epidemias, hambrunas, guerras»: «Ese ritmo lento del progreso, o esa ausencia de progreso, provenía de dos razones: la ausencia singular de toda invención técnica importante, y la incapacidad de acumular capitales. [...] Los tiempos modernos comenzaron, creo yo, con la formación de capital que se hizo en el siglo XVI⁴⁷».

Al enfocar los problemas planteados por la técnica, no se ve más que un «estado temporal de readaptación. Ello significa, a fin de cuentas, que la humanidad está resolviendo el problema económico. Yo vaticinaría con gusto que el nivel de vida en los países que evolucionan será, dentro de cien años, de cuatro a ocho veces más elevado que hoy. [...] Pero se puede considerar un progreso mucho más importante aún⁴⁸». ¿Los sacrificios que deberán hacerse? Hélos aquí, resumidos en una frase célebre: «La Avaricia, la Usura y la Precaución deben ser nuestros dioses durante un tiempo para sacarnos del túnel de la necesidad económica⁴⁹». No se podría ser más claro: el vocabulario religioso, la necesidad de mantener los rituales a pesar de la incertidumbre sobre el tema. Así se explica que, para disfrutar del progreso, no haya necesidad de virtud moral, sino todo lo contrario. Nada de ello ocurriría si no fuera por la Providencia de la «mano invisible», la única capaz de armonizar los in-

47. J. M. KEYNES, «Perspectives économiques pour nos petits-enfants», *Essais de persuasion*, Gallimard, París, 1931, p. 3.

48. *Ibid.*

49. *Ibid.*

tereses –determinados intereses, con exclusión de otros, que deben ser dejados de lado.

¿Puede resolverse el problema aboliendo el capitalismo mediante un «control consciente de las fuerzas productivas»? Del lado socialista, se olvida con bastante rapidez, a fuerza de denunciar «la mano invisible del mercado», que se ha propuesto la misma vía no democrática, esta vez con un gobierno por la ciencia del Estado. Condorcet, Auguste Comte y Saint-Simon buscan construir un pensamiento unívoco del organismo social, que no requiere participación popular.

De hecho, en el socialismo naciente, la imagen de una sociedad concebida como un «gran organismo» tal vez tiene aún más pregnancia que en el liberalismo. Aquí no es el interés económico el que organiza la sociedad, sino «ingenieros sociales» que prescinden de la *vox populi* para determinar lo que es bueno para los seres humanos. Marx, que critica a esos «socialistas utópicos» y coloca la crítica de la forma mercantil en el centro de su obra, no se extravía en esos desvíos naturalistas, pero sigue subordinado a una filosofía de la historia, el «materialismo histórico», que hace desempeñar al capitalismo y a la mercancía el papel de «ardid de la historia» hacia una sociedad comunista, concebida como una sociedad de abundancia. De ahí su evaluación del papel histórico (y revolucionario) de la burguesía y la debilidad de su crítica de las «fuerzas productivas» liberadas por el capitalismo que él considera implícitamente también como progreso.

Con respecto a lo anterior, el concepto de «desarrollo» está, pues, extremadamente cargado de suposiciones. Discutir sobre ello implica no sólo salir de las cuestiones tratadas por la única disciplina, la «economía», sino también pedir satisfacción a la economía por su existencia, por su competencia, por su pretensión de ser ciencia –que tiene más bien el estatus de una ciencia equivalente a las ciencias *de la naturaleza*.

Historiadores y antropólogos quizás esgriman aquí el hecho de que todas esas tesis evolucionistas pertenecen al pasado. Pero la objeción existe, está de-

lante de nuestros ojos: *nadie* defiende claramente una alternativa a *esa* evolución.

Y cuando surge una crítica del crecimiento, el debate se vuelca irremediablemente en la polémica en torno al *primitivismo*, como si cuestionar el crecimiento fuese obligatoriamente querer «volver a la edad de piedra», como si no hubiese ninguna otra alternativa. Al ser lo primitivo concebido como la encarnación del infierno, su autodeclarado extremo opuesto, la modernidad, puede concederse la cualidad de paraíso y descalificar la posición de aquellos que salen del marco moderno y se atreven a admitir que las sociedades «pre-modernas», en su extrema diversidad, tienen algo que decir sobre el futuro de la humanidad y no solamente sobre su pasado. ¡Para ser un debate anticuado, parece estar bien vivo!

Salir de la oposición estéril entre el infierno y el paraíso, entre la sociedad primitiva y la sociedad moderna es un objetivo vital. Esa oposición burda vuelve completamente estéril la reflexión sobre las alternativas posibles. Si hay que salir de ello, no es para llegar a la conclusión de que «volver a la edad de piedra» es la mejor solución posible para la humanidad, sino para escapar de la dicotomía simplista entre países «desarrollados» y países «en desarrollo», de su asimetría normativa (los primeros dictan la norma a los segundos) y discursiva (los segundos no tienen nada interesante que proponer). Lo que está en juego es más bien salir del «mal-desarrollo» conjunto del Norte y del Sur, para inaugurar un nuevo universalismo.

Por carecer de esos debates necesarios, el desarrollo sostenible se encasilla en un conjunto de recetas administrativas y de gestión —en las bibliotecas del mundo entero las obras dedicadas al desarrollo sostenible se colocan en el estante catalogado como «economía» y no en el de «ciencias políticas» o «filosofía». Sus recetas tienen menos oportunidades de resultar exitosas en la medida en que los criterios políticos y filosóficos que organizan su selección no son del todo favorables a los objetivos fijados —muy al contrario.

*¿Es el decrecimiento el final
del progreso científico y técnico?*

❖ DONDE APARECE QUE EL REGRESO
A LAS CAVERNAS HÚMEDAS Y A LAS VELAS
NO ES PRECISAMENTE EL MODELO EN BOGA,
NI SIQUIERA PARA LOS RADICALES
IRRESPONSABLES

Los objetores del crecimiento la emprenden a menudo con la «ciencia» y con el «progreso». Los opositores del decrecimiento replican entonces que criticar a la ciencia es caer en el irracionalismo y en el oscurantismo. En realidad, lo que cuestiona la objeción al crecimiento es la idea de que la ciencia moderna como elemento esencial del desarrollo se traduciría por un mejoramiento continuo del conocimiento de la naturaleza, lo que conduciría a un mejoramiento universal de las condiciones de vida, *via* el progreso técnico.

¿Un mejor conocimiento de la naturaleza?

El aporte de la ecología política consistió en dar a conocer a todos la dependencia de la modernidad con respecto a una cosmología dominante que se fundamenta en una concepción cartesiana de la naturaleza. Pero la ecología difiere profundamente de esa concepción en varios aspectos:

–Postula ante todo la ausencia de separación clara entre el observador y lo observado. Las características del objeto «ecosistema» prohíben todo recurso

al método experimental clásico por diversas razones. En primer lugar, experimentar con un ecosistema significa correr el riesgo de cambiar sus leyes, y no de actualizarlas: el experimento *transforma* el objeto observado. El experimento Biosfera II, que pretendía recrear un ecosistema completamente artificial en 1,27 hectáreas en el desierto de Arizona¹, consumió 200 millones de dólares y terminó en un fracaso. Ello muestra que estamos muy lejos de poder controlar esas transformaciones, y de comprender sus «leyes», si es que existen. Sería sin duda más adecuado afirmar que la ecología es competencia de la *historia* y no de la física en el sentido en que la concebimos hoy.

–Considera que es posible que ocurran evoluciones irreversibles: los experimentos pueden conducir al ecosistema hacia un cambio brutal del equilibrio, o incluso a su destrucción irreversible, lo cual plantea cuestiones éticas que no tenían lugar en el caso de la física. Realizar un experimento con el ecosistema es también realizar un experimento con sus habitantes. Los «escépticos del clima», por ejemplo, al negar toda certeza en el terreno del recalentamiento y al deducir de ello que no hay razón para reducir las emisiones de gas con efecto invernadero, se pronuncian de hecho a favor de un experimento de dimensiones reales con el planeta y sus habitantes, ya que no pueden probar que esos gases carecen de efecto en un proceso de recalentamiento que prácticamente ya nadie cuestiona. La crítica ecologista, por tanto, movilizó con suma rapidez el «principio de precaución», cuyo padre filosófico es Hans Jonas, para impugnar los experimentos considerados ética y políticamente inaceptables –como los transgénicos o los reactores nucleares. Ese riesgo está, además, reglamentado a nivel internacional por la Convención ENMOD² (1976), que prohíbe la modificación del medio ambiente con propósitos hostiles; hay, por tanto, límites establecidos que no deben sobrepasarse

1. El objetivo era crear y controlar un ecosistema artificial.

2. «Convención sobre la prohibición de utilizar técnicas de modificación ambiental con fines militares o otros fines hostiles».

en las acciones bélicas, para evitar así poner en peligro la perennidad del habitat humano.

–Postula la ausencia de una relación directa entre dosis y respuesta. De ese modo, las dosis bajas y la exposición crónica a sustancias tóxicas (elementos radiactivos, pesticidas, perturbadores endocrinos, etc.) afectan los modelos epidemiológicos clásicos, basados en la evaluación de los efectos de fuertes dosis recibidas durante una exposición aguda. Se sospecha que las dosis bajas, por ejemplo, provocan la reducción de las poblaciones de abejas, que afectan a la fertilidad masculina, producen el aumento tendencial de varios tipos de cáncer, etc.

La interdependencia y la existencia del efecto de umbral hacen al ecologista más prudente que el industrial prometeico. Una pequeña causa puede ya producir grandes efectos. Domesticar la naturaleza ya no consiste en agrupar fuerzas que se excluyen mutuamente a partir del intercambio entre individuos, sino en insertarse en una trama compleja tejida con microfuerzas evolutivas e interconectadas. Ya no hay exterioridad del individuo con respecto a esa naturaleza. Y no se trata de una tesis metafísica, sino de una observación empírica: el consumo de petróleo en Francia (o Argentina, o España) de hecho cambia el clima en Australia. Tampoco existe ya una posible distinción clara entre lo «tuyo» y lo «mío», ya que las repercusiones de una acción exceden siempre las fronteras de la propiedad y las ignoran –lo cual reactualiza la tesis clásica de la propiedad común de la Tierra.

Más inquietante aún es que un cierto número de prácticas premodernas encuentren una justificación: los «bosques sagrados» pueden interpretarse como reservas naturales, y las prohibiciones que afectan una parte u otra de la naturaleza que rodea la ciudad poseen una función reguladora sobre las extracciones de agua, en las actividades de caza, etc. Debería hacerse una relectura de los trabajos de Durkheim sobre el totemismo australiano según el rasero de un análisis ecológico, ya que su descripción nos muestra un conjunto de sociedades que, *via* la utilización de totems, ha encontrado diferentes

técnicas para repartirse la carga de protección de diferentes especies que son también especies claves para la perennidad de cada una de ellas³. Resulta curioso constatar que, para Maurice Daumas, si las sociedades primitivas son supersticiosas, es porque se equivocaban al pensar que la naturaleza no era una sustancia extendida y que ella no existía *partes extra partes*, sino que estaba viva y hecha de interdependencias⁴. ¡Curiosa coincidencia!

¿Qué «avances» pueden representar entonces los maravillosos descubrimientos de la mecánica cuántica si la sociedad que los produce ni siquiera es capaz de conocer suficientemente su medio para garantizar su propia perennidad? Jared Diamond, por ejemplo, muestra cómo la sabiduría de los neoguineanos se adapta perfectamente a su medio ambiente –razón por la cual las firmas farmacéuticas se interesan en los conocimientos autóctonos para utilizarlos en la fabricación de medicamentos, a veces con métodos que caen en la «biopiratería». Por su parte, Tobie Nathan e Isabelle Stengers alertan contra una «tolerancia» que no sería más que el reflejo de nuestro propio sentimiento de superioridad, que relega el saber «otro, diferente» al estado de folclore cuyo interés sería solamente estético⁵. Un gran número de elementos que estructuran eso que entendemos como «desarrollo» revelan su etnocentrismo.

¿Podemos encontrar en otras culturas elementos interesantes para inventar un nuevo mundo común? El decrecimiento que analizamos aquí puede ser comprendido como un decrecimiento de las pretensiones de Occidente de conservar la universalidad solo para sí; de ahí una creciente apertura al prójimo –y no un repliegue identitario, esa es la gran diferencia que existe con un decrecimiento que asumiría la forma de un cierre al otro.

3. E. DURKHEIM, *Les Formes élémentaires de la vie religieuse* [1912], PUF, París, 1968.

4. M. DAUMAS, *Histoire des techniques*, PUF, París, 1996.

5. T. NATHAN et Isabelle STENGERS, *Médecins et sorciers*, Synthelabo, París, 1995. Isabelle Stengers no es contraria al decrecimiento. <<http://sociologiascom.blogspot.com>>

El cuestionamiento de la naturalidad del «progreso técnico»

Según la versión oficial, la ciencia moderna se basa en la capacidad de obtener leyes, con frecuencia de tipo matemático, a partir de fenómenos reproducibles. Ello permite progresar en la domesticación de la materia, para empezar en la mecánica de los cuerpos a escala humana, y después de la infinitamente grande y la infinitamente pequeña⁶. La historia de la humanidad es, pues, la de la domesticación progresiva de la naturaleza. Los pueblos religiosos o animistas no podían tener acceso a la verdadera ciencia porque no eran capaces de distinguir adecuadamente entre materia y espíritu, a la inversa de Descartes y, posteriormente, de Newton. Vivían en un mundo panteísta y lleno de supersticiones.

Pierre Guyader, en su obra *Les Étapes de la physique*⁷ (1950), adopta este enfoque en «etapas» sucesivas y acumulativas: ese es el «progreso» –y no puede ser de otro modo, ya que los resultados sucesivos están determinados por la división creciente del trabajo. Se considera, por tanto, que los conocimientos «aumentan» sin que sea necesario un debate democrático para apreciarlo, ya que es un hecho calculable, mensurable –por ejemplo, por el número de patentes, de artículos publicados, por el número de especialistas, etc. Como afirmó Max Weber, «cabe construir la historia de la técnica desde el punto de vista de una objetivación progresiva de la actividad racional con respecto un fin⁸».

Ya no se habla de las técnicas como si se trataran de simples medios cuya eficacia solo es apreciable en relación con objetivos dados por aquellas y aquellos que las utilizan, sino de progreso en sí mismo, de progreso de «la» técnica –Jacques Ellul haría la fenomenología de esta evolución tal como es vivida

6. M.DAUMAS, *Histoire des techniques*, op. cit.

7. P.GUYADER, *Les Étapes de la physique*, PUF, París, 1950.

8. Citado in J. PRADES (dir.), *La Technoscience*, L'Harmattan, París, 1992, p. 12-14.

por aquellas y aquellos que no creen en ella y se encuentran gradualmente encerrados en un mundo que les impone modos de vida que no deseaban seguir.

La propia sociología ha suscrito ampliamente la idea de que el desarrollo es resultado de una diferenciación social, o sea, una separación cada vez más marcada de los lugares y las funciones sociales. De ese modo, los pueblos antiguos habrían confundido ciencia, religión, política, economía y, en la economía, confundían el comercio y la producción, etc., todas esas cosas que la modernidad habría separado adecuadamente. Durkheim distingue así la solidaridad «mecánica» y la solidaridad «orgánica», viendo en la diferenciación interna un indicador de progreso⁹. Por su parte, Weber percibe un proceso de «racionalización» y de «desencanto del mundo» que no se sabrá jamás si él apoya o lamenta¹⁰.

Esa diferenciación da lugar a una proliferación de nuevas funciones, a una división creciente del trabajo: la modernidad adquiere el hábito de crear nuevos cuerpos de especialistas, de leyes, etc., que vienen a añadirse a los otros. Asimismo, las «ramificaciones de la producción» se alargan, crece el número de especialistas que cooperan entre sí, culminando en proyectos tales como la conquista espacial o la industria electrónica. Ese es el «progreso técnico», una evolución que se lleva a cabo de manera automática y anónima y nos conduce hacia el progreso. Se podrá objetar que esas tendencias evolucionistas ya no se aplican, que se trata más bien de una característica del siglo XIX. No obstante, los manuales escolares aún se hacen eco de ello. Y el espacio público rebosa de sus grandes predicadores.

Una versión extrema de esa tesis es, por ejemplo, la defendida por Raymond Kurzweil y el transhumanismo: los avances en el terreno de los conocimientos

9. É. DURKHEIM, *De la division du travail social* [1893], PUF, París, 1993 ; *Les Formes élémentaires de la vie religieuse* [1912], PUF, París, 1968.

10. M. WEBER, *L'Éthique protestante ou l'esprit du capitalisme* [1905], Plon, París, 1964.

son tales que, según se nos dice, la humanidad está a punto de poder descubrir el secreto de la evolución, alcanzando así una «singularidad», es decir, el punto más allá del cual la humanidad cederá su lugar a algo más evolucionado, más desarrollado. El «Manifiesto transhumanista¹¹» –que parece haber sido rebautizado con el nombre de «Humanity +¹²»– proclama las convicciones compartidas por muchos occidentales: la tecnología aportará «mejoras a la humanidad», como ya comenzó a hacerlo, a saber: el rejuvenecimiento, la abolición del sufrimiento, la exploración del universo y la transgresión de nuestros límites biológicos naturales. En ese sentido, Paul Krugman, Premio Nobel de Economía 2008, afirma en una obra reciente, en tono de evidencia, que «mañana» no habrá ninguna actividad humana que no pueda estar asegurada por una máquina¹³. Para los partidarios de la «tecnología», todo parón en la «progresión» de las máquinas se considera una paralización mortal o un paso atrás.

Ese Gran Relato se confecciona para el progreso de toda la Humanidad. Es la humanidad como especie la que adquiere esos nuevos poderes: «El hombre ha caminado en la Luna», se dirá con respecto a la hazaña de un solo ser humano entre millones de otros que nunca han puesto un pie (y no lo pondrán nunca) fuera del planeta Tierra. No es seguro que los pueblos del mundo entero se sintieran extasiados ante esa hazaña si se les hubiese mostrado la factura monetaria y energética.

En tanto que «caminar por la luna» tenía la apariencia de un prodigio gratuito, se podía jugar con la ignorancia y la credulidad de las masas para deslumbrarlas. La misma aventura repetida hoy correría el enorme riesgo de ser interpretada como un pecado de orgullo, el canto del cisne de la hiperpotencia estadounidense, cada vez más criticada en todas partes del mundo debido a su modo de vida extravagante –y mortífero.

11. Disponible en <<http://www.transhumanism.org>>.

12. El sitio <transhumanism.org> remite ya automáticamente a <<http://humanityplus.org>>.

13. P. KRUGMAN, *La Mondialisation n'est pas coupable. Vertus et limites du libre-échange*, La Découverte, París, 2000, p. 194.

Ese discurso, por tanto, no solo está sumamente presente, sino que sobre todo *nadie imagina que el futuro pueda ser diferente al pasado*. Nadie imagina un «progreso» que pase por la «renuncia» a los cohetes interplanetarios, a la civilización automovilística, etc. –y ello sin siquiera haber debatido públicamente los pros y los contras de tal tesis: es *científica*. El decrecimiento replica entonces, ante afirmaciones como esas, desprovistas de todo análisis serio, confiscadas por la *expertise* oficial, ¿dónde está la razón? ¿dónde está la democracia? ¿quién es supersticioso?

¿Cómo explicar que la evolución técnica pueda ser vivida de manera natural, con «la» tecnología «aportándonos» la facultad de ser todopoderosos? ¿Cuál es entonces ese Sujeto no-humano y, sin embargo, dotado de discernimiento que actúa en nuestro mundo? ¿Cómo explicar que el cuestionamiento de las opciones técnicas se polarice tan rápidamente en torno a los «tecnófilos» y a los «tecnófobos» –como, por cierto, sugiere explícitamente la asociación que asegura la promoción de la Declaración transhumanista, que se presenta como «tecnoprogresista¹⁴»? ¿Es que la evolución de la técnica no plantea sino un problema de confianza: debemos simplemente tener fe en ella? En ese sentido, ¿debe rechazarse toda idea de evaluación colectiva?

El caso de las nanotecnologías y de los diversos «debates públicos» sobre ese tema llevados a cabo durante el año 2009 resulta emblemático. Fueron organizados por un Estado que, *via* el Comisariado de la energía atómica, financia uno de los grandes polos mundiales del desarrollo de las nanotecnologías. Lo que se debatió fue sumamente limitado. No se trató nunca de examinar con seriedad los problemas a la vista desde que se desarrollan las nanotecnologías (salud, medio ambiente, etc.), ni si existían alternativas para resolverlos. El debate se retringió cuidadosamente a definir el *buen uso* de técnicas que era impensable cuestionar. ¿Cómo, en esas condiciones, se podría discutir de otra cosa que no fuesen ajustes de detalle para técnicas masiva-

14. <<http://www.transhumanistes.com>>.

mente financiadas y ya presentes en objetos en la vida cotidiana? Y son los partidarios del decrecimiento, que tienen la desgracia de querer contar con otras opciones técnicas, los que son acusados de «dogmatismo»... ¿Cómo un espíritu racional podría dejarse convencer por un juego de manos como ese a menos que él mismo sea sectetamente «tecnófilo»?

También podría objetarse que las nanotecnologías no obstruyen otras opciones posibles —¡que los objetores del crecimiento desarrollen ellos mismos esas alternativas! Pero ese es un argumento falaz. Ante todo porque las opciones tecnológicas de hecho absorben todos los recursos financieros disponibles, tal como la energía nuclear lo ha hecho a expensas de las energías renovables. El partidario de las energías renovables puede ir de ventanilla en ventanilla, al Ministro de Hacienda, y no encontrará nada, o casi nada. Además, esas opciones absorben también las competencias y las redes disponibles. Su presencia obstruye otras opciones posibles, por diferentes fenómenos de saturación. Su peso es tal que lo concentran todo: los trámites de formación, las fábricas, los medios técnicos y financieros, sus redes de competencias en la instalación, la distribución, etc.

La oposición tecnofilia/tecnofobia expresa, pues, algo más que la oposición o la adhesión a «la» técnica; expresa la oposición o la adhesión a *determinadas* técnicas en detrimento de otras. Esas técnicas marchan todas en la misma dirección: la de la concentración, de la capitalización, de la división creciente del trabajo —y del crecimiento. Si los transhumanistas aspiran a abolir el sufrimiento, por ejemplo, no lo hacen en verdad por la vía budista, sino por medios altamente capitalísticos, y resulta interesante que algunos de sus heraldos, como Ray Kurzweil, sean también directores de empresa.

Cuando se cae la venda de los ojos, ¿dónde están esos progresos tan cacareados? ¿Acaso las biotecnologías van a alimentar el mundo, por ejemplo, como proclama la empresa Monsanto? ¿No es más que un problema de patentes, como sugiere Attac? Es muy posible que se declare querer utilizar las biotecnologías para los países pobres, según el ejemplo del Centro de Coope-

ración Internacional en la Investigación Agrícola para el Desarrollo (CIRAD) –los objetores del crecimiento piensan que eso nunca arrojará resultados, ya que esas biotecnologías sirven y seguirán sirviendo en el futuro a otros objetivos. Para comenzar, nadie, ni siquiera el CIRAD podría haber invertido tanto dinero sin exigir enseguida un retorno de la inversión, que los países pobres nunca estarán en condiciones de pagar. Las biotecnologías (al igual que las nanotecnologías) han requerido capitales enormes: ¿puede entonces creerse que sus promotores aceptarían perderlos, incluso aunque se tratara del Estado?

Por añadidura, acomodarse a los transgénicos requeriría que los países pobres pudiesen hacerse dueños de la selección, como lo eran de las semillas campesinas que utilizaban anteriormente. Para ello, tendrían que importar toda la infraestructura y la división del trabajo correspondiente, o sea, finalmente importar por entero la sociedad occidental en algunos años... Por último, toda esa discusión deja de lado la cuestión de las alternativas disponibles (por ejemplo, ya existen las plantas resistentes a la sal), cuyo único fallo es no entrar en el terreno de la competencia de los organismos centralizados promotores de transgénicos.

El debate sobre las «necesidades» está en efecto profundamente falseado –en especial debido al hecho de los enormes objetivos económicos que están en juego. Lo que se presenta como «necesidades de las poblaciones» es definido y establecido por macrosistemas técnicos privados o públicos (alta función pública, grandes organismos de investigación, grandes empresas, etc.) que en realidad solo hablan de lo que ellos necesitan para seguir existiendo y «desarrollarse», incluso si ello va en contra de las «necesidades» experimentadas subjetivamente por los seres humanos implicados. Ese sesgo en la definición de las necesidades afecta incluso a la orientación de las investigaciones científicas. El ciudadano piensa que el investigador es totalmente libre en sus investigaciones, y en realidad la «*big science*», basada en la utilización de instrumentos en extremo costosos, depende totalmente de sus fuentes de finan-

ciamiento. Suele olvidarse que la actividad científica moderna posee una existencia material y económica, tal como nos lo recuerda Alan Chalmers¹⁵: no puede conseguirse la evidencia del «bosón de Higgs» sin un acelerador gigante de partículas, cuyo presupuesto está obligatoriamente en competencia con otras investigaciones. ¿Cómo zanjar esa cuestión? ¿El bosón de Higgs o la agricultura biológica? Hasta ahora, los científicos han reivindicado una cierta forma de autogestión, a menudo contra la «mercantilización»; sin embargo, este argumento no basta en la medida en que ningún criterio «científico» permite determinar el interés colectivo de tal o cual investigación: es una cuestión de política pública, por tanto, de democracia. Basado en su pericia, el investigador puede aportar hechos para esclarecer la decisión, pero no tiene más legitimidad que otro ciudadano para juzgar el interés de la investigación para la colectividad.

En la actualidad, la financiación favorece esencialmente a la «*big science*», mientras que algunos renglones presupuestarios tales como las enfermedades huérfanas, la agricultura biológica o la ecotoxicología son absolutamente desatendidos. El debate científico se ve entonces profundamente falseado: las investigaciones se concentran en los progresos, nunca en los riesgos; se concentran en los medios para obtener crecimiento, nunca en el equilibrio ecológico. Ello provoca un desajuste creciente entre las cuestiones que se plantean los ciudadanos y las investigaciones realizadas por los científicos. De ahí las diversas demandas en favor de una «ciencia ciudadana» que son apoyadas por los objetores del crecimiento.

Lo que se presenta como «progreso» plantea cada vez más interrogantes. Además de los riesgos ecológicos, podemos preguntarnos sobre la compatibilidad de determinadas ciencias o de determinadas técnicas con el ejercicio de la democracia; el caso de la energía nuclear es un ejemplo típico. Debido a su peligrosidad intrínseca, la energía nuclear debe, según dicen todos, ad-

15. A. CHALMERS, *Qu'est-ce que la science?*, Le Livre de Poche, París, 1995.

ministrarse según el principio del «riesgo cero». Pero la infalibilidad, además de su carácter ajeno a lo humano, significa la muerte de la opinión, la muerte de la política en el sentido de la experimentación continua a que se refería John Dewey¹⁶. Lo que también es objeto de críticas por parte de diferentes movimientos del decrecimiento, es la injerencia de los razonamientos de las ciencias exactas y su hegemonía sobre lo que les parece que atañe a lo político, a la democracia, a la historia, a la vida. Es para preconizar esa hegemonía que algunos, como Jacques Ellul, han propuesto el término «tecnociencia», que ha sido retomado por otros¹⁷.

Los «progresos» y «avances» plantean también cuestiones profundas en el plano ético, que están lejos de ser fáciles de zanjar y, por consiguiente, requieren tiempo, aunque sea para comprender lo que esas técnicas hacen en realidad. Por ejemplo, el «mejoramiento» genético de la humanidad que algunos de sus heraldos decretan unilateralmente como un «progreso»... ¿qué es un ser humano «mejorado» por medio de una selección de informaciones genéticas contenidas en el embrión? Esos niños «mejorados» ¿pensarán también que han sido de verdad «mejorados» o pensarán que han sido víctimas de manipulaciones arriesgadas que sólo habrán servido para alimentar el orgullo médico? ¿Mejoramiento o despotismo de los padres y de la sociedad con respecto a los niños? ¿Qué pensar de la clonación humana? Cualesquiera que sean nuestras convicciones, cualquiera que sea el resultado de un debate sobre ese tema, debemos reconocer que esas posibilidades están lejos de constituir progresos evidentes, a diferencia de otras prácticas que tienen consenso, como la cirugía reconstructiva. Además, se trata de objetivos que están en juego y que comprometen a toda la colectividad, que plantean cuestiones de derecho y no solamente de costo-beneficio individual. Hay razones, pues, para que

16. J. DEWEY, *Le Public et ses problèmes* [1927], Farago, París, 2003.

17. J.-P. BERLAN, *La Guerre au vivant. OGM et mystifications scientifiques*, Agone, Marsella 2001; J. TESTART, *Le Vélo, le mur et le citoyen. Que reste-t-il de la science?*, Belin, París, 2006.

todo esto se discuta antes de ser colocado en el mercado con un gran despliegue de publicidad.

Trabajo y productividad

Si el progreso moderno está orientado, ello se debe a que está determinado por la necesidad de «aumentos de la productividad». ¿Qué debe entenderse por ello? Para Jacques Bidet «la herramienta es un “desvío de producción” que genera una economía de tiempo¹⁸». Citemos un ejemplo que permitirá ilustrarlo y comprenderlo mejor. Yo puedo ir de París a Lyon a pie y ello me tomará unos diez días. O también puedo ir a trabajar un día para comprar un boleto de tren que me lleve a Lyon en dos horas, gracias a la herramienta del tren de alta velocidad (TGV). El tiempo del trayecto ha sido reducido, pero esa reducción supone que previamente se haya invertido tiempo a primera vista inútil (desde el punto de vista del desplazamiento) en la construcción de una línea de TGV.

La actividad de la construcción (el «desvío de producción») no me hace en sí misma ganar tiempo, solo cuando ella se lleva a cabo puedo yo ganarlo. Para el objetor del crecimiento, la ganancia de tiempo obtenida mediante la herramienta industrial es a menudo contraproducente desde varios puntos de vista. Ante todo, crea desigualdad. El TGV va más rápido que el tren regular pero cuesta más caro –su acceso, por tanto, se volverá más difícil para los menos ricos, que deberán trabajar más para trasladarse de París a Lyon (y, por tanto, ir menos rápido, como sugiere el análisis de Illich tratado en el capítulo 1). La ganancia aparente se pierde poco a poco.

Redistribuir las riquezas no sería suficiente, ya que habría que construir más líneas de TGV, de centrales nucleares, etc., y, por ende, disponer de más

18. J. BIDEET, *Théorie générale*, PUF, París, 1999, § 211.

recursos económicos, de crecimiento, lo cual tiene efectos «externos» negativos en la democracia y en los medios naturales, generando así, de nuevo, la desigualdad. Un medio más igualitario sería invertir en los TER*, el tren de cercanías y limitar las necesidades del trayecto entre Lyon y París.

La economía ha tomado conciencia de esos efectos negativos. Ha denominado «externalidad negativa» al conjunto de los efectos ocasionados por los intercambios económicos privados, cuyo costo recae sobre la colectividad. Esa definición puramente analítica no conduce a ninguna solución clara en cuanto a la manera de reducir esas externalidades. Tampoco conduce a un acuerdo político sobre su alcance y su gravedad. Su efecto más seguro es retirar el problema del debate público para confiarlo a los expertos, sin que se cuestione nuevamente el concepto habitual de productividad y, por ende, de progreso técnico. La economía, pues, estimula por un lado lo que castiga por el otro.

Para los objetores del crecimiento, el problema no es «internalizar las externalidades» de manera tecnocrática, sino cuestionar la racionalidad económica en provecho de otra racionalidad que se apoya en otra concepción de la naturaleza, de la libertad y de los derechos. Ya no son las mismas fuerzas, ni las mismas pasiones las que se movilizan. Ese cambio de lógica implica, por ejemplo, que se combata la tesis según la cual puede imaginarse un «uso socialista» de las *mismas* fuerzas productivas –por ejemplo, la energía nuclear– que fuese igualitario, ecológico, contra un «uso capitalista» de las mismas fuerzas, que no lo sería. El problema no reside en el uso, sino en la racionalidad en la cual se apoya: mientras la «ganancia de tiempo» siga siendo el fundamento, como en Jacques Bidet, de la definición del trabajo, la sociedad socialista seguirá siendo, como la sociedad capitalista, una sociedad productivista.

La divergencia entre la racionalidad ecológica y la racionalidad industrial

* TER (Transport Express Regional). (N. del T.).

se muestra abiertamente cuando se examinan las utopías respectivas que ambas conllevan. La racionalidad industrial afecta a la abundancia mediante una reconfiguración total del medio, concebido como siendo al inicio absolutamente pobre, mientras que la ecología aspira a la armonía, con un medio concebido como relativamente rico al inicio. La racionalidad industrial debe explicar la existencia de un corte radical entre el animal y el ser humano, y entre el ser humano desarrollado y el subdesarrollado, mientras que la ecología considera que existe un *continuum* del animal al ser humano, ya que el animal sabe no agotar ciegamente su medio –y ello con un índice de logro que no tiene nada que envidiar al de los seres humanos. La distinción entre «desarrollados» y «subdesarrollados» cede el paso al diagnóstico de un «mal-desarrollo» que asume formas muy diferentes según los contextos, por ejemplo, según se encuentre uno en el Norte o en el Sur. Se comprende mejor que la reevaluación del animal y de las sociedades «subdesarrolladas» se lea, por los partidarios de la racionalidad industrial, como un «retroceso».

Para los objetores del crecimiento, la salida del sistema de las necesidades (o «valor de uso») preconcebidas por el sistema industrial, lejos de ser vista como el precio a pagar por un «mejoramiento del medio ambiente», constituiría un verdadero movimiento de emancipación. En ese sentido enlazan con tradiciones más antiguas de resistencia a entrar en el maravilloso mundo del dominio técnico racional del planeta y del consumo climatizado de masas. Fue así que entre 1811 y 1812 los «luditas», en los Midlands, en Inglaterra, se movilizaron contra la intrusión de las máquinas en la esfera textil. Sus motivos eran disímiles e iban desde el desempleo provocado por las máquinas hasta la baja de calidad en los productos, pasando por la cuestión de la propiedad¹⁹. Los luditas actuaban de noche y solían ir a romper las máquinas

19. S. KIRKPATRICK, *Rebels Against the Future. The Luddites and the War on the Industrial Revolution*, Perseus Publishing, Cambridge (MA), 1996; V. BOURDEAU, F. JARRIGE y J. VINCENT, *Les Luddites*, Ére, París, 2006.

con ayuda de pesados martillos. El gobierno central reprimió duramente la revuelta enviando hasta un soldado por cada tres habitantes para reprimir a los revoltosos. Los que fueron detenidos no pudieron ser identificados con pruebas irrefutables, pues gozaban de un apoyo popular masivo. Los movimientos luditas han sido condenados por los movimientos obreros (así como por los movimientos liberales), pero su modo de acción reapareció en los años 2000 en las acciones de destrucción de los cultivos transgénicos²⁰.

A menudo se olvida que esos movimientos contestatarios no están en absoluto desprovistos de técnicas. No condenan la técnica en sí misma, pero sólo la aceptan cuando ésta les garantiza su autonomía, de acuerdo con la idea que ellos se hacen de la vida de su comunidad.

20. B. CHEVASSUS-AU-LOUIS, *Les Briseurs de machines: De Ned Ludd à José Bové*, Seuil, París, 2006. Este movimiento esencialmente francés, se dedicó a la destrucción de los cultivos transgénicos en pleno campo. También se produjeron acciones de esta naturaleza en España. (N. del T.).

El decrecimiento, ¿es malthusiano?

❖ DONDE SE MUESTRA QUE,
CONTRARIAMENTE A LAS APARIENCIAS, EL
SINIESTRO PASTOR MALTHUS NO
ES DECIDIDAMENTE DEL AGRADO DE
LOS OBJETORES DEL CRECIMIENTO

Esta cuestión da continuidad a la anterior porque el progreso técnico es por lo general presentado, en la izquierda y en la derecha, como algo que nos permitirá proseguir indefinidamente el crecimiento. Negar o incluso simplemente dudar de la llegada providencial de esa técnica salvadora es exponerse de inmediato a la acusación de «malthusianismo».

En lo esencial, ese término designa las doctrinas que preconizan, ya sea la restricción voluntaria de los nacimientos (malthusianismo demográfico), ya sea, por extensión, la restricción de la producción (malthusianismo económico), e incluso todas las políticas de carácter restrictivo. El «malthusianismo» debe su origen al pastor Thomas Malthus (1766-1834) para quien la guerra, la enfermedad y la hambruna constituían soluciones a la penuria creciente de recursos. ¡Caramba! ¿Acaso los objetores del crecimiento quieren hacer pasar hambre a los demás?

La cuestión demográfica

Esta cuestión es por lo general abordada únicamente desde el punto de vista de la denuncia: hablar de población sería ya querer exterminar a los pobres.

Los valientes denunciantes del malthusianismo no se beneficiarán en nada con eso: los objetores del crecimiento apenas hablan de población y concentran sus críticas en el consumo de recursos. Para retomar unas palabras del diario *La Décroissance*, no son los seres humanos quienes son demasiado numerosos, sino los automóviles...

El tema, sin embargo, sigue teniendo actualidad y los debates al respecto son candentes. Así, a la propuesta de la «huelga del tercer vientre», formulada por Yves Cochet, que con ello pretendía disuadir financieramente a las familias de tener más de dos hijos, el diario *La Décroissance* respondió, con razón, que lo que en verdad estaba en juego era el consumo total de cada niño. No obstante, la argumentación de Yves Cochet merece que la analicemos: «En un país occidental, un ser humano adicional genera el mismo impacto ecológico que 12 burkinabeses o 620 viajes de ida y vuelta París-New York¹...»

Su idea es invertir el discurso malthusiano clásico, que atribuye a los pobres del mundo entero la responsabilidad de la degradación del medio ambiente, comenzando por la destrucción de los bosques tropicales. Él no defiende la «política del hijo único» como en China, sino un cese de la política natalista francesa –porque Francia es un país que promueve la natalidad², y ello desde hace largo tiempo, tal como confirma el demógrafo Hervé Le Bras, un científico no muy propenso a ser indulgente con la ecología política³.

A la crítica según la cual la suspensión de las asignaciones familiares para el tercer niño afectaría en primer lugar a los hogares modestos, Cochet respondió que esa asignación era actualmente atribuida sin condicionamientos y que, por el contrario, era preciso ajustarla lo más rápidamente posible al ingreso real. La medida, pues, parece más bien referirse en primer lugar a las

1. P. PIRO, «Limiter les naissances? Yves Cochet s'explique», *Politis*, 11 de junio de 2009.

2. Porque el monto de las subvenciones crece con el número de hijos por pareja y las mujeres «meritorias» reciben medallas. En España existía el «cheque bebé».

3. *Politis*, nº 1056, 11 de junio de 2009.

parejas ricas que piden viviendas sociales de 600 m² en pleno París a causa del número de hijos que poseen. Inspirado, el Consejo Nacional de los Verdes pidió «que fuesen derogadas todas las medidas discriminatorias a favor de las familias numerosas, y que todas las ayudas a las familias fuesen proporcionales al número de hijos que poseen (fiscalidad, asignaciones, primas, etc.). Esas abrogaciones no podrían tener efectos retroactivos, ni reducir el volumen global de las ayudas a las familias. Asimismo, ellas tampoco exonerarán en absoluto del deber de orientar mejor esas ayudas hacia las familias que están más necesitadas⁴».

Esas controversias en torno a la cuestión de la demografía no deben hacernos olvidar la historia y las tendencias que han subsistido. La mayor despreocupación que han demostrado los europeos en materia de demografía está sobre todo alimentada por la opresión. La conquista de América y la colonización permitieron hallar nuevos territorios para implantar la creciente población europea, lo cual ha desempeñado un papel nada desdeñable en la invalidación de los pronósticos de Malthus. Esa expansión permitió preservar el medio ambiente europeo a la par que elevaba el nivel de vida.

La situación es totalmente diferente para países como China y la India, que no han tenido una América para conquistar. Para esos dos grandes países, el crecimiento demográfico es un problema que ha tenido que ser manejado dentro de los estrictos límites de sus territorios. De hecho, ha absorbido una buena parte de los progresos del PIB per capita (el PIB progresa, pero como la población también lo hace, el PIB per capita progresa poco). De un modo más general, ninguna sociedad humana se deja llevar a un aumento anárquico de su población. El objetivo es que esa regulación sea igualitaria y democrática en lugar de violenta e inhumana mediante la enfermedad y la hambruna, como quería Malthus. La cuestión de la población, por consiguiente, im-

4. Moción «Sortir de la politique nataliste», Los Verdes.

porta, pero hacer de la población la causa única de los problemas es profundamente reaccionario, es evitar plantear la cuestión de la distribución, es actuar como si las «partes» estuviesen inscritas en un orden natural.

P. Ariès y V. Cheynet denuncian con fuerza los propósitos misántropos, en especial los de William Stanton, autor de *The Rapid Growth of Human Population 1750-2000*⁵ y miembro de la Asociación para el estudio del pico del petróleo (ASPO), principalmente integrada por jubilados de la industria petrolera, que llama a cerrar las fronteras y a limitar los nacimientos a sólo un hijo por mujer. Ninguno de los paladines del decrecimiento apoya una posición semejante ni se entusiasma por la política china del hijo único.

No hay una solución sencilla en materia de demografía, pero se conocen algunos factores de transición demográfica: emancipación de las mujeres, alfabetización, democracia, etc. El ejemplo de Kerala en la India muestra que una transición muy rápida es posible incluso en un contexto de PIB muy bajo; por tanto, no hay razón alguna para «esperar» una progresión del PIB per capita que vaya más allá de 10 o 20.000 dólares por habitante para estabilizar la población. También se señala que en todas las sociedades «estabilizadas», es decir, capaces de una determinada auto-regulación política, no solo la población es estable, sino que las parejas deciden tener un promedio de dos hijos, dejándose así un margen para realizar sus propias actividades. Asimismo, hay que señalar las extraordinarias inconsecuencias a que están sometidas las posiciones que remiten enteramente la cuestión demográfica a la esfera de la vida privada.

Por lo general, esas posiciones son las mismas que tienen fe en el crecimiento ilimitado. El demógrafo Hervé Le Bras, por ejemplo, estima que los cambios climáticos no constituyen un problema, ya que la población se adaptará emigrando tal como siempre ha hecho⁶. ¿Se refiere a la capacidad de la po-

5. W. STANTON, *The Rapid Growth of Human Population 1750-2000*, Multi-Science Publishing Co. Ltd, 2004.

6. H. LE BRAS, *Les Limites de la planète. Mythe de la nature et de la population*, Flammarion, París,

blación europea de invadir nuevamente el territorio de los demás? ¿Apoya la política de abolir los controles en las fronteras en lo que respecta al acceso a Europa? El demógrafo no corre el riesgo de entrar en ese tipo de «detalles». Es difícil imaginar que India o China acojan con serenidad a varias decenas de millones de refugiados provenientes de Bangladesh. Es difícil imaginar que Europa derogará el Convenio de Schengen para recibirlos, sobre todo cuando se sabe que son los países pobres los que ya acogen a más refugiados⁷. Ignorar los objetivos geopolíticos que están en juego permite resolver de una forma demasiado simple el problema...

Otro argumento es de índole económica: más brazos significa más riquezas producidas. El problema es que esos análisis suelen desdeñar toda consideración seria de las consecuencias de esta política en la vida de las poblaciones pobres. Históricamente, el crecimiento demográfico en raras ocasiones ha beneficiado a estas últimas. El decrecimiento, de ese modo, plantea claramente la cuestión de la distribución de las riquezas aquí y ahora, y no solamente de las riquezas suplementarias futuras. Y esa distribución depende también del número de personas presentes.

Es interesante recordar que la preocupación de limitar la población no fue sólo una idea del pensamiento reaccionario. En los propios inicios del siglo XX surgió un movimiento de emancipación social que se definía de manera explícita como «neomalthusiano». Al contrario de Malthus, que pensaba que mejorar las condiciones del pueblo sólo causaría el crecimiento de su población, degradando los recursos, ese movimiento consideraba que el crecimiento de la población era la consecuencia directa de la falta de poder de las mujeres sobre sus cuerpos y sus vidas. La disminución de los nacimientos se consideraba un hecho favorable tanto para la emancipación de las mujeres, que de

7. «Casi un 75 por ciento de los 9,2 millones de refugiados del mundo se encuentran en países en desarrollo», COMISIÓN MUNDIAL SOBRE LAS MIGRACIONES INTERNACIONALES, *Las Migraciones en un mundo interconectado: nuevas perspectivas de acción*, p. 45.

ese modo escaparían a su destino de ser simples procreadoras, como para reducir sus dificultades materiales y las presiones sobre el medio ambiente.

Ese «neomalthusianismo de la base»⁸, que se desarrolló en Europa y en las Américas a principios del siglo XX, aunque fue a menudo perseguido, a veces luchando contra movimientos pronatalistas conservadores, logró crear un amplio movimiento de opinión. En España, anarquistas como Luis Bulffi, Ferrer i Guardia, Anselmo Lorenzo o Mateo Morral, eran portavoces de este neomalthusianismo de la base. En Francia, fue Paul Robin, miembro de la Primera Internacional, quien inició la reflexión sobre el tema en su libro *La Question sexuelle ou le secret du bonheur*⁹. Como indica el título, lejos de las restricciones morales preconizadas por Malthus, Robin apoyaba la reducción consciente y voluntaria de los índices de fertilidad mediante la educación sexual, la contracepción y la liberación de las mujeres, añadiendo a ello una reapropiación del trabajo, un rechazo al militarismo y a las migraciones forzadas.

«La huelga de vientres», a la cual se refiere Yves Cochet, es un movimiento de inspiración anarquista que suscitó la oposición escandalizada, no solo de la Iglesia católica, sino también de los capitalistas –que querían más trabajadores– y del Estado –que quería más soldados para luchar contra los alemanes y para sus guerras coloniales. En 1900, se celebró en París una reunión del movimiento internacional que fundó la Federación neomalthusiana internacional*, en la cual participaron la militante norteamericana Emma Goldman y numerosos activistas influyentes. En 1920, el Estado francés llegó a prohibir la propaganda neomalthusiana. Después le tocó el turno a Pétain, a Franco o a Mussolini de imponer sus enfoques ultra-natalistas.

El último argumento del neomalthusianismo contra Malthus es de tipo

8. J. MARTINEZ-ALIER, *The Environmentalism of the Poor. A Study of Ecological Conflicts and Valuation*, Edward Elgar, Cheltenham (UK), 2002.

9. P. ROBIN, *La Question sexuelle ou le secret du bonheur*, 1878.

* Federación Universal de la Liga de la Regeneración Humana. (N. del T.).

político. En efecto, para Malthus, los pobres morían en masa de hambre y de enfermedades porque eran incapaces de ocuparse de sí mismos. Una posición semejante por parte de un pastor no carecía de desfachatez cuando se conocen las prescripciones natalistas de la Iglesia... El neomalthusianismo de la base, así como el Movimiento para la Planificación Familiar fueron movimientos que reivindicaban la auto-organización y la emancipación de los seres humanos con respecto a la tutela moral de la religión. Por consiguiente, el control demográfico no es concebido como una «limitación», sino como una liberación.

Malthusianismo económico

Sobre el tema del «malthusianismo económico», es decir, la necesidad de restringir los volúmenes producidos, la posición de la vulgata de la economía neoclásica está, en esencia, contenida en el artículo fundacional que Robert Solow, Premio Nobel de Economía, escribió en 1974¹⁰ tras la publicación del informe del Club de Roma. Para R. Solow, la cuestión de los límites a la explotación de los recursos naturales simplemente no se plantea. Cuando un recurso escasea, su precio aumenta, lo cual tiende a frenar el consumo de dicho recurso y favorece la rentabilidad de los gastos de inversión a fin de descubrir los medios técnicos que permitan sustituir el recurso que escasea con un nuevo recurso abundante.

Gracias a la técnica y a la división mercantil del trabajo, los recursos naturales son, pues, sustituibles entre sí: cuando el petróleo se agota, el carbón toma el relevo, se desarrollan técnicas eficaces y así sucesivamente en todos los terrenos. R. Solow y otros fundamentan sus tesis en medidas economé-

10. R. M. SOLOW, «The economics of resources or the resources of economics», *The American Economic Review*, vol. LXIV, nº 2, Nashville, 1974, p. 10.

tricas realizadas en los Estados Unidos entre 1890 y 1960¹¹.

El crecimiento de la producción y de los ingresos es, por consiguiente, ilimitado. Como las generaciones futuras serán más ricas, tendrán a su disposición más medios técnicos para luchar contra los diversos tipos de polución y la escasez de los recursos. El deterioro de algunos elementos del medio ambiente es un precio a pagar para industrializarse y conocer después una mejora de las condiciones de vida. Solow considera que acabaremos por conservar sólo los sitios naturales destacados en el plano estético, como el Yosemite Park. La técnica continuará existiendo siempre, y siempre encontrará soluciones.

Poniendo un poco los pies sobre la tierra, la «economía ecológica» ya mencionada sostiene, por el contrario, que existe un «capital natural» «crítico» o dotado de un valor intrínseco que no debe consumirse enteramente sino, por el contrario, mantenerse, porque no podrá ser sustituido. Esa posición de la «durabilidad fuerte», que duda de nuestras capacidades técnicas para afrontar permanentemente el desafío de la escasez y de la contaminación es, en el imaginario de los economistas cercanos a R. Solow (que están muy lejos de representar a la mayoría de la profesión), calificada de «malthusiana». Lo que se critica en Malthus no es su advertencia contra un exceso de población, sino el hecho de que él haya subestimado en gran medida las capacidades de la innovación técnica para aumentar los rendimientos.

Malthus, de hecho, consideraba que la innovación técnica ocasionaría un aumento de los rendimientos a un ritmo aritmético (1, 2, 3, etc.) mientras que la población crecería a un ritmo geométrico (1, 2, 4, 8, etc.), destruyendo así las ganancias per capita¹². Malthus se equivocó profundamente con respecto a las capacidades humanas de autorregulación de la población. También se equivocó en lo tocante a los rendimientos crecientes, pero no en el sentido que creen los economistas como R. Solow.

11. Véase F.-D. VIVIEN, *Le Développement soutenable*, La Découverte, París, 2005, p. 37.

12. T. MALTHUS, *Essai sur le principe de population* [1798], Flammarion, 1999.

Lo que R. Solow muestra a través de sus series es que la innovación técnica siempre ha frustrado las predicciones más sombrías. El problema, hoy en día, es que esas series *pasadas* no nos dicen nada del futuro, excepto *creer* que el futuro será idéntico al pasado. En la actualidad, centenares de millones de personas mueren de hambre en el mundo a pesar de la existencia de técnicas sofisticadas. La catástrofe, por tanto, no va a ocurrir, ya está ocurriendo.

Una anticipación basada en materia de rendimientos venideros exige volver al estado real de los debates en materia de ciencia y de técnica, y mostrar que no todo el mundo se enriquece, que los «juegos» no son de «de suma positiva» como dicen los economistas, y que, sin embargo, no se deduce que los pobres tengan que morir de hambre como sugería el pastor Malthus. Articular esos diferentes momentos del razonamiento es uno de los combates cotidianos de los objetores del crecimiento, y en eso no difieren en nada de los partidarios de la economía ecológica. Lo que ellos añaden es que ese crecimiento de riqueza, si fuese posible, no sería en absoluto emancipador. De hecho, un gran número de objetores del crecimiento no se apoya en primer lugar en el argumento (negativo) de que el crecimiento económico *no puede* ser ilimitado, sino en el argumento (positivo) según el cual el crecimiento económico aquí y ahora ya no crea progreso, lo cual es diferente. El argumento de la imposibilidad sólo desempeña un papel pedagógico: el de obligar a mirar a otra parte.

El imposible crecimiento verde

Para superar el problema de los recursos naturales limitados, los opositores del decrecimiento han planteado a menudo la posibilidad de una división entre el crecimiento «físico» (extracciones y desechos de materias necesarias para la actividad económica) y el crecimiento «económico» (crecimiento del valor monetario de los bienes y servicios producidos y consumidos). Para decirlo en pocas palabras, en determinadas condiciones sería posible tener «más»

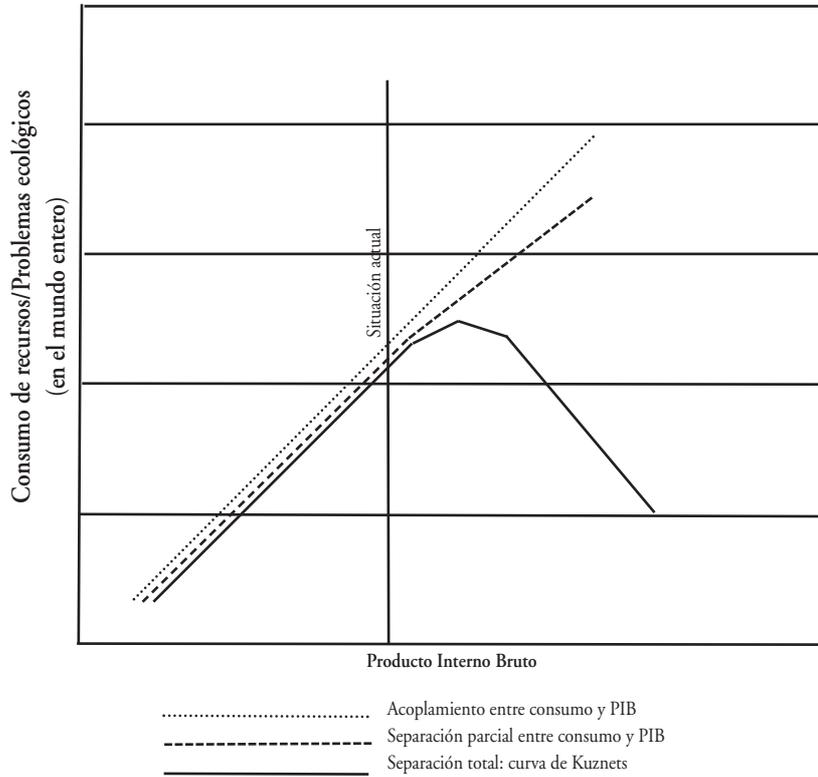
extrayendo y contaminando «menos», por ejemplo, movilizándolo el «saber», tal como sugieren J.-P. Fitoussi y E. Laurent¹³. El decrecimiento, por tanto, no tendría pertinencia alguna.

Una desconexión (descoplamiento o “decoupling”) como esa, que tendría su origen en el progreso técnico, no parece carecer de base sólida. A modo de ejemplo, la industria automovilística proclama regularmente la reducción muy importante, y comprobada, del consumo de petróleo de sus modelos recientes con respecto a los modelos fabricados veinte o treinta años antes. Los vehículos nuevos son indiscutiblemente más eficaces, consumen y contaminan menos por cada kilómetro recorrido. Generalizar un razonamiento así conduce a la siguiente posición: si un poco de crecimiento «contamina» (debido al paso obligado a la fase industrial), mucho crecimiento reduce la contaminación gracias al cambio basculante de las economías en la era «post-industrial» y de la eficacia energética.

Una idea semejante puede ser ilustrada por la célebre «curva en campana» atribuida al economista Simon Kuznets, según la cual una vez franqueado un cierto umbral de desarrollo económico, los impactos ecológicos estarían desvinculados del crecimiento del PIB (*cf.* figura 1). Si vamos hasta el final del razonamiento, cuando todos los pueblos del mundo hayan franqueado las diferentes etapas del desarrollo, el conjunto del PIB mundial ya solo estará compuesto por actividades de servicios o por actividades industriales (entre ellas, la agro-industria) «limpias», gracias al crecimiento continuo de la eficacia económica. Una posición así ha sido defendida en efecto, de forma matizada, por el Banco Mundial en un informe de 1992, retomando trabajos científicos que muestran la presencia de una «curva en campana» para algunos contaminantes locales (azufre, óxido de carbono). Ello ha autorizado una ofensiva en toda regla contra la crítica ecológica con el eslogan siguiente: «El crecimiento no es el problema, es la solución.»

13. J.-P. FITOUSSI et E. LAURENT, *La Nouvelle Écologie politique*, op. cit.

Figura 1. Relación PIB-consumo de recursos naturales



Pueden hacerse diversas objeciones serias a esta tesis. Ante todo, la anunciada «desmaterialización» de los países industrializados no ha ocurrido, al menos si uno se interesa en el impacto ecológico de esos países en todo el mundo, y no solo en los estrechos límites de sus fronteras. Una gran cantidad de trabajos han desmentido la veracidad de las «curvas en campana¹⁴». En el mundo entero, el consumo final de energía aumentó en más del 65 % entre

14. B. ZUINDEAU, *La «Loi de Kuznets»: de l'économie de la répartition à l'économie de l'environnement*, Colloque international Association Charles-Gide pour l'étude de la pensée économique, 2005; F. SCHNEIDER, «L'effet rebote», *L'Écologiste*, vol. 4, n° 3, 2003.

1973 y 2000. El estudio MOSUS¹⁵ que contabiliza las extracciones materiales de recursos naturales año tras año en Europa y en el mundo prevé, salvo una depresión económica importante, un aumento del 30 % en la extracción de materias de aquí al año 2020: 80 mil millones de toneladas de materias serían entonces extraídas y utilizadas, de manera muy poco equitativa. Para Europa, el escenario más favorable –desarrollo importante de las tecnologías más eficaces y de la sociedad de servicios– solo conduce, *in fine*, a un decrecimiento del 5 % en la extracción de materias en el horizonte 2020, y del 12 % de las emisiones de CO₂ –y ello, sin tomar en cuenta los flujos en las fronteras (importaciones y exportaciones).

Como se habrá comprendido, no se vislumbra ninguna «economía desmaterializada» a pesar de los abundantes progresos técnicos realizados... Por el contrario, determinadas curvas como la del CO₂ y el consumo de recursos siguen estrechamente la evolución del PIB.

Un informe del Sustainable Europe Research Institute (SERI) confirma que a pesar del hecho de que en treinta años la cantidad de recursos naturales necesaria para el aumento en un punto del PIB mundial haya disminuido en un 30%, la punción total no se ha visto frenada en lo más mínimo, sino, por el contrario, ha sido estimulada por el consumo mundial¹⁶. En esas condiciones, ¿puede uno contentarse aún con *esperar* en adelante la llegada casi milagrosa de una «tecnología de ruptura», como decía el economista norteamericano William Nordhaus en los años '70¹⁷? ¿Es acaso muy *razonable* remitirse así a una especie de *deus ex machina* que vendría a invertir la tendencia empíricamente observable, sin cuestionar una vez más los modos de vida?

15. MOSUS, «Policy Recommendations», diciembre de 2005, www.mosus.net

16. SUSTAINABLE EUROPE RESEARCH INSTITUTE/FRIENDS OF THE EARTH EUROPE, *Overconsumption? Our Use of the World's Natural Resources*, 2009.

17. W. NORDHAUS y J. TOBIN, «Is growth obsolete?», in *Economic Growth, Fiftieth Anniversary Colloquium*, National Bureau of Economic Research, Columbia University Press, New York, 1972.

La noción de «efecto rebote» permite presentar de modo simple las razones de la imposible «desconexión», tan esperada. El «efecto rebote» describe el aumento del consumo de energía (o de recursos) generado por la reducción de los obstáculos para la utilización de una técnica determinada. Si bien esa noción suscita hoy un número cada vez mayor de debates y de trabajos en el seno de las ciencias medioambientales y de la ecología industrial, la idea no es nueva. En el siglo XIX, el economista William Jevons ya había señalado que las mejoras técnicas introducidas en la extracción y la utilización del carbón no acarrearán de modo sistemático una disminución de las cantidades extraídas. Mientras que las máquinas de vapor vieron aumentar su eficacia aproximadamente en un factor 50 entre los comienzos del siglo XVIII y 1900, la extracción del carbón, muy lejos de disminuir, se multiplicó por 2.000 (!) en el transcurso del mismo período –y con ello las emisiones contaminantes de su combustión¹⁸.

De hecho, el mejoramiento de la eficacia de una técnica reduce los costos unitarios de producción, lo cual favorecerá el consumo del bien o del servicio. Desde un punto de vista económico, el crecimiento de la eficacia energética se traduce en una reducción de las necesidades en trabajo y en capital necesarias para la extracción y la transformación de la materia en energía. Hay localmente, pues, decrecimiento físico (menos energía consumida para el mismo uso) y decrecimiento de valor económico (es menos caro). Esto último autorizará el crecimiento del consumo de la misma mercancía (usos más numerosos) o de otra («desplazamiento» del uso).

La literatura científica identifica, de hecho, varias categorías de «rebotes»:

–Un efecto rebote «directo» donde la ganancia de eficacia se utiliza para consumir el mismo tipo de producto: un automóvil que consume menos gasolina permite rodar más tiempo y más lejos por el mismo costo.

18. P. A. VICTOR, *Managing Without Growth*, Edward Elgar Publishing, Northampton, 2008.

–Un efecto rebote «secundario» donde la ganancia de eficacia autoriza el consumo de productos diferentes: el ahorro de gasolina realizado en los trayectos cotidianos permite comprar un boleto de avión para un destino lejano.

–El efecto rebote puede tener un efecto sobre la economía global, incluso efectos estructurales de transformación: el desarrollo del automóvil favorece a los supermercados con relación a los pequeños comercios, modifica el urbanismo, el sistema de las necesidades¹⁹...

En un medio ambiente poco propicio al crecimiento económico, donde las necesidades materiales son limitadas, el «efecto rebote» después de una mejoría técnica no tendrá lugar porque la población, en consecuencia, reducirá sus actividades de trabajo. Es así como han reaccionado históricamente los pueblos en numerosas situaciones, como ha ocurrido en el caso de las clases obreras occidentales, sin mencionar a los pueblos colonizados, como lamentaba severamente un patrono del siglo XVIII: «Es un hecho bien conocido que el obrero que puede satisfacer sus necesidades trabajando tres días de siete, estará ocioso y ebrio el resto de la semana²⁰». Pero cuando el crecimiento económico constituye la ideología dominante de una sociedad, el efecto rebote lo arrastra²¹ –con sus consecuencias irremediamente desiguales, ya que eso de lo que se apropian unos es sustraído del alcance de los otros. A fin de cuentas, las mejoras técnicas habrán conducido a la vez a una mayor eficacia energética y a un crecimiento del consumo de energía (y de los desechos contaminantes que lo acompañan).

19. L. A. GREENING *et al.*, «Energy efficiency and consumption. The rebound effect. A survey», *Energy Policy*, vol. 28, n° 6/7, 2000, p. 389-401.

20. Citado in S. A. MARGLIN, «What do bosses do? The origins and functions of hierarchy in capitalist production», *Review of Radical Political Economics*, vol. 6, n° 2, 1974, p. 60-112.

21. F. SCHNEIDER, «Macroscopic rebound effects as argument for economic degrowth», in F. FLIPO et F. SCHNEIDER (dir.), *Proceedings of the First Degrowth Conference for Ecological Sustainability and Social Equity*, *op. cit.*

En una economía donde el crecimiento y la acumulación de valor monetario son objetivos intangibles –lo cual se traduce de forma más general como la capacidad de producir y consumir más²²– es, pues, imposible contar con el progreso técnico para garantizar a la vez la democracia, la preservación de la naturaleza y una elevación continua del ingreso medio per capita. Detallar la explicación requeriría una exposición pormenorizada sobre el estado de las opciones técnicas en los diferentes sectores de la sociedad, imposible de hacer en el marco de este libro.

Cada campo de acción determina sus pericias y sus estrategias de sustitución ignorando lo que hacen los demás, lo cual deja entrever, cuando se les cruza, tensiones previsibles en lo que respecta a determinados recursos claves, que existen en cantidad limitada. Podemos analizar algunos de ellos.

Ante todo, en el campo de la energía, ya lo hemos visto, las posibilidades de sustitución de la energía fósil se ven obstaculizadas por las dificultades de almacenamiento, de desplazamiento y de conversión que afrontan todas las otras formas de energía conocidas actualmente, haciendo que sea hipotético alcanzar nuevos progresos en la productividad –y ello, incluso aceptando un crecimiento considerable en la escala de los riesgos tecnológicos y de los desechos últimos, por ejemplo, con el recurso a la energía nuclear²³.

En el terreno de los materiales, además de los límites para el reciclaje, las pérdidas y los límites para la sustitución son muy reales –véase, por ejemplo, la enorme dificultad en encontrar un sustituto al platino que sirva de catalizador en las pilas de combustible, lo cual hipoteca las alterna-

22. *Ibid.*

23. T. SALOMON, C. COUTURIER, M. JEDLICZKA, T. LETZ et B. LEBOT, «A megawatt scenario for 2005-2050», ECEEE Summer Study, 2005; C. DE BOISSIEU (dir.), «Division par quatre des émissions de gaz à effet de serre de la France d'ici à l'horizon 2050», ministerio de Ecología y de Desarrollo sostenible, ministerio de Economía, Finanzas e Industria, 2006 ; J.-M. JANCOVICI et A. GRANDJEAN, *Le Plein s'il vous plaît, op. cit.*

tivas a los hidrocarburos en el campo del transporte individual²⁴.

En la esfera de la agricultura y de los recursos renovables, la multifuncionalidad de los ecosistemas implica la interdependencia de las regulaciones o, dicho de otro modo, el crecimiento del recurso a un servicio ecológico implica un empobrecimiento o debilitamiento cada vez mayor de otro. Ya se admite que una agricultura más ecológica será muy diferente de la agricultura actual²⁵, que no hay un posible término medio. Las semillas, las grandes superficies, el recurso masivo a los insumos químicos y a los pesticidas forman un todo coherente y mortífero, y sus efectos negativos no pueden reducirse de manera significativa sin provocar cambios en los modos de cultivo. La demostración podría hacerse también con respecto al comercio: en líneas generales, el sistema local, basado en la pequeña distribución, consume muchos menos recursos que el imperio de las grandes superficies²⁶. Finalmente, se llega a la conclusión de E. F. Schumacher, para quien nuestra economía es la menos eficaz que la historia haya conocido nunca²⁷.

Un conocimiento preciso de los debates en el terreno de las opciones tecnológicas —que convendría divulgar seriamente a fin de evitar que el telediarario se cargue únicamente de «información»— muestra que el mundo físico no se pliega a los deseos más locos de algunos seres humanos. El examen profundo de esos debates, supuestamente neutrales en lo político, acerca de «la» técnica, muestra sobre todo que los más ricos tratan de seguir siéndolo y hacen creer a los pobres que también ellos pueden llegar a ser ricos sin cambiar el orden

24. Véase especialmente C. HOCQUARD, «Les enjeux des nouveaux matériaux métalliques», *Géosciences*, nº 1, enero de 2005, p. 6-11; J. VARET, «Les ressources minérales», *CAS France 2025*, presentación del 19 de junio de 2008.

25. J. N. AUBERTOT *et al.* (dir.), *Pesticides, agriculture et environnement: réduire l'utilisation des pesticides et limiter leurs impacts environnementaux*, 2005.

26. Véanse las cifras citadas *in* F. FLIPO, «Économisme et rationalité écologique», *Revue du M.A.U.S.S. permanente*, 23 de abril de 2008 [en línea]. <<http://www.journaldumauss.net>>.

27. E. F. SCHUMACHER, *Small is beautiful. Une société à la mesure de l'homme* [1973], Seuil, París, 1978, p. 153.

existente, únicamente gracias a sus esfuerzos, lo cual forma parte de la panoplia de argumentos que mantienen la ilusión de una meritocracia. ¡Si los pobres son pobres, es porque no serían lo bastante innovadores, lo suficientemente emprendedores! La ideología del crecimiento permite sobre todo imbuir en los pueblos el sentido de la paciencia haciéndoles creer que un día ellos también serán ricos, mañana o dentro de mil años, cuando la división técnica y mercantil del trabajo haya abierto de par en par las puertas de la abundancia universal.



6

El decrecimiento, ¿privación o alegría de vivir?

❖ DONDE UNO SE PREGUNTA SERIAMENTE
SI LOS HABITANTES DE LOS ESTADOS UNIDOS
SON EN VERDAD MÁS FELICES QUE LOS
HABITANTES DE BUTÁN

Para sus detractores, el decrecimiento no es más que una ideología mórbida del racionamiento y de la privación opuesta a la liberalidad de la vida. En momentos en los que aumentan las reivindicaciones en términos de «poder adquisitivo», una propuesta como el decrecimiento parece incluso inútilmente provocadora. Una sobriedad semejante ¿provocaría inevitablemente amargura, resentimientos, y hasta una mayor exclusión social? ¿O acaso crearía las condiciones de una vida más hermosa y más floreciente, en una palabra, más alegre –la «alegría de vivir» reivindicada por algunas personas?

Antes de entrar en el debate, debe recordarse ante todo que la felicidad no es siempre la primera motivación de los objetores del crecimiento. Para una gran parte de ellos, lo que está en primer lugar es la reivindicación de justicia, de igualdad y no esa utilitarista, incluso egoísta, del placer o de la felicidad. Para ellos, lo que está en juego se plantea en términos de derechos y de autonomía. Parece que un discurso como este se ha hecho difícil de entender; el consumismo y el utilitarismo se han apoderado de las esferas del pensamiento político y ahora todo debería reducirse a cuestiones de «oferta política» que vienen a «satisfacer los deseos» de la «demanda». No obstante, la objeción al crecimiento se niega a una degradación semejante de lo político.

La crítica de la «felicidad conforme»

Inscrito en la estela de los años '70, el decrecimiento se distingue por su denuncia de la «felicidad conforme». El decrecimiento retoma una de las características más sobresalientes de las críticas de la técnica y de la mercancía de este período, a saber, su carácter a menudo alegremente revoltoso que revelaba la índole absurda del mundo del *Homo modernicus*. Era así cuando Jean-Pierre Dupuy y el colectivo ADRET demostraban que el automóvil apenas iba más rápido que la bicicleta (*cf.* capítulo 1)¹. Fue asimismo la época en que apareció el diario *La Gueule ouverte*, los dibujos de Reiser, l'*An 01* de Gébé que, con la consigna: «paradlo todo, hay que pensar*», cuenta cómo, en un momento dado y bajo el impulso osado de algunos jóvenes, la sociedad industrial en conjunto optó por lanzarlo todo por la ventana, limitar sus necesidades a lo estrictamente necesario y, con ello, reducir drásticamente el tiempo de trabajo.

La década de 1980, el consumismo, el reciclaje de la «crítica artista**» en el «nuevo espíritu» del capitalismo, pondrían fin a esta protesta festiva y otras propuestas alternativas. Los mismos autores, treinta años más tarde, nos invitan de hecho, ya sea a pensar a «la sombra de la catástrofe presente²», o a admitir que no hay mejor sistema que el capitalismo³.

1. J.-P. DUPUY, *Les Trahisons de l'opulence*, Seuil, París, 1974; ADRET (coll.), *Travailler deux heures par jour*, Seuil, París, 1977. An 01, film francés

* An 01, film francés, 1973, que resultó muy polémico por su crítica, entre otros temas, a la sociedad mercantil. (N. del T.).

**El testigo de la *crítica artista*, que los artistas pasaron a los estudiantes de Mayo del '68, habría sido retomado seguidamente por las personas «distinguidas» que trabajan en los media, las finanzas, el espectáculo, la moda, internet, etcétera, es decir, por los «creativos» situados en las «alturas de la jerarquía socio-cultural». Portada por los obreros del '68, la crítica social habría sido retomada más bien por las personas modestas, los subordinados, los excluidos del liberalismo. Crítica artista y crítica social son, así pues, «ampliamente incompatibles». (N. de T.)

2. J.-P. DUPUY, *Pour un catastrophisme éclairé*, Seuil, París, 2002.

3. J. Séguéla frente a X. Renou, *France Info*, 18 de diciembre de 2008.

Contrariamente a la felicidad mediante el «cada vez más/siempre más», el decrecimiento no invita al «cada vez menos/siempre menos» (ella es una palabra de transición que excluye de su vocabulario el adverbio «siempre»), sino a lo auténticamente mejor –y lo «mejor» no se reduce al placer o a la felicidad, sino que incluye la reivindicación de autonomía y de igualdad. Aquí reencontramos la crítica al progreso. El argumento clave de los objetores del crecimiento es que estamos en gran medida despojados de nuestros deseos, de nuestras necesidades, así como de la manera de satisfacerlos. Lo que se impone como respuesta a nuestras preguntas acerca del bienestar, la felicidad y la emancipación no es ya la respuesta de nuestros conciudadanos, sino la propaganda publicitaria que tergiversa y reduce todas las demandas al consumo de mercancías fabricadas en serie, deteriorando la calidad del espacio público, reduciéndolo a una especie de parque de atracciones permanente. Las filia-ciones son claras: V. Cheynet y B. Clémentin son también los fundadores de *Casseurs de Pub*; P. Ariès se distingue por sus trabajos acerca del impacto de las marcas⁴; los movimientos que se reconocen espontáneamente en el decrecimiento son también los mismos que más críticas hacen al consumismo y a sus efectos nocivos en la civilidad.

La crítica tradicional subestima la publicidad como factor de heteronomía y de desigualdad. La considera como un soporte de información neutral. Después de todo, somos libres de aceptar o no lo que la publicidad nos brinda. Pero ese discurso es triplemente falaz. Es falaz porque los medios de manipulación de la publicidad son muy reales, tal como lo prueba el profundo apego de numerosas personas (y no solo de los jóvenes de los barrios periféricos) a su «marca», que nos revela en imagen especular lo que ellos consideran ser el motor dominante de la inclusión social en nuestros días; es falaz porque los «macrosistemas técnicos», como la publicidad, las redes, ya citadas, se instalan sin realizar una evaluación colectiva de sus efectos, y lo hacen matando

4. P. ARIÈS, *Putain de ta marque!*, op. cit.

las alternativas; y es falaz porque, como sugería A. de Tocqueville, la degradación de las pasiones civiles le hace el juego a un despotismo «suave» que, aunque no siempre es violento, no por ello resulta menos nocivo para la libertad y la dignidad humanas. En *De la démocratie en Amérique*, A. de Tocqueville dedica un capítulo entero a una crítica en toda regla de ese tipo de individualismo que lleva a los pueblos democráticos a desinteresarse de los asuntos públicos en aras de pasiones materiales⁵, exigiendo sólo al gobierno que se ocupe de la paz pública⁶.

La influencia que ejerce la publicidad ha sido ampliamente analizada por P. Ariès y F. Brune⁷, quienes muestran que el propósito de la ideología publicitaria es hacernos infelices para, de ese modo, provocar el acto de comprar —¡un ser humano feliz no es un buen comprador! Centenares de miles de millones se extraen del precio de los productos que compramos con el objetivo de alimentar esa enorme industria de la infelicidad que es la publicidad. Ella se inserta en las relaciones humanas, haciendo pensar al individuo aislado y en busca de la felicidad que «los demás», esos otros que lo rodean, están compitiendo con él, han encontrado un medio para ser felices y que ello incluye la compra de un par cualquiera de zapatos o de la realización de tal o cual viaje. La publicidad halaga al individuo, le hace creer que él es el único que ha comprendido, que los productos —estandarizados— han sido pensados y realizados para él y únicamente para él.

Si la ilusión puede funcionar, tal vez sea porque nosotros sólo nos comparamos con nuestros conocimientos. Hay estudios que muestran que nuestra red social no va más allá de 150 personas⁸ —así, cuando se sabe que

5. A. de TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique* [1840], París, Flammarion, 1981.

6. *Ibid.*, p. 175.

7. F. BRUNE, *Le Bonheur conforme – essai sur la normalisation publicitaire*, Gallimard, París, 1985; *Les Médias pensent comme moi !*, L'Harmattan, París, 1997.

8. R. I. M. DUNBAR, «The social brain hypothesis», *Evolutionary Anthropology*, vol. 6, nº 5, p. 178-190, 1998.

existen cerca de unas 200 versiones de un mismo producto, hay pocas oportunidades de que una persona de nuestro entorno posea el mismo modelo que nosotros tenemos, pues cada cual trata de distinguirse de los demás. De cierto modo, la famosa tesis del sociólogo norteamericano Mark Granovetter sobre la «fuerza de los vínculos débiles⁹», universalmente citada en los medios del marketing, no hace más que apoyarse en esta constatación: es ciertamente posible hacer creer en una personalización total del producto siempre que la diferenciación de estos, a través de las gamas, etc., sea superior a lo que el individuo puede estadísticamente encontrar en su universo cercano.

La lucha en torno a las marcas está produciéndose desde las aulas del colegio, como describió P. Ariès en una obra que enfocó de un modo totalmente nuevo los mecanismos de exclusión, hasta entonces considerados en términos de empleo o de voto¹⁰. Tener zapatos Nike, un polo deportivo Lacoste es, para un sinnúmero de chicos, con razón o sin ella, una condición necesaria para llamar la atención de las chicas. Vestir una ropa comprada en los Tati* es garantía de ser el hazmerreír, un motivo de burla. Y si bien los jóvenes no ignoran que se dejan manipular, ello no les impide unirse, de buena o mala gana, al juego social, a falta de otra alternativa.

La sociedad de consumo es una sociedad de consolación. El consumidor, para la empresa, es un «*con-sotmateur*»**: para venderle algo, hay que halagar su gusto por la distinción, por la competencia. Así es nuestro «individualismo»: una competencia de todos contra todos dirigida desde la cima por las grandes compañías que poseen, sea como sea, todas las marcas y todos los

9. M. GRANOVETTER, «The strenght of weak ties», *American Journal of Sociology*, nº 78, vol. 6, 1973, p. 1360-1380.

10. P. ARIÈS, *Putain de ta marque – La pub contre l'esprit de révolte*, Golias, Villeurbanne, 2003.

* Almacenes económicos franceses de venta por correspondencia. (N. de T.)

** Juego de palabras. En francés, *con* significa tonto, gilipollas. *Sot* también significa sonso, tonto. (N. del T.).

modelos. La sociedad de las marcas es una sociedad de corderos¹¹.

Lo importante para el imperio publicitario es que los individuos no se hablen directamente y no puedan elaborar ideas y discursos fuera de sus organizaciones tentaculares y de sus segmentos del mercado. A causa de ese dominio de las megafirmas, las opciones del tipo «simplicidad voluntaria» o «sobriedad feliz» exigen, por tanto, estar bien insertadas socialmente, lo que explica que las poblaciones más excluidas estén poco presentes en los movimientos contestatarios que impugnan la publicidad y el consumismo. No obstante, algunos movimientos, como por ejemplo la red No Vox, la red de los «sin-voz», han comprendido bien el interés de esa forma de actuar: «En una época que se enfrenta a la escasez de agua, a una desaparición del 50 % de las especies, al derretimiento de los hielos, [...] la única resistencia real, la única subversión, es el desear otra cosa. Si las personas siguen levantándose por las mañanas –o no se levantan, por cierto– por las mismas razones que existen hoy, estamos corriendo hacia la catástrofe. ¿Cómo lograr desear otra cosa? Los “sin” tienen respuestas a esa pregunta. [...] En América del Sur, en Italia, en ciertos lugares de Francia, de forma minoritaria pero muy interesante, se observa el esbozo de vías convergentes de defensa: un determinado número de “sin” ha comenzado a desear otra cosa. En lugar de aferrarse al sueño del consumo, ellos están construyendo núcleos de solidaridad. En todas partes del mundo, de modo en verdad impresionante, hay personas que dicen: “Hemos buscado los medios para sobrevivir, y hemos encontrado una forma superior de vida”¹²».

El dominio de la publicidad sobre los imaginarios es reciente. Después de la II Guerra mundial, se pasó de la propaganda, que se contentaba con ensalzar los méritos de un producto, a la publicidad, que argumenta sobre la

11. F. BRUNE, «Consommer le monde ou le transformer? De la soumission dans les têtes», *Le Monde diplomatique*, abril de 2000.

12. COLLECTIF, «Ce que nous apprennent les “sans”», <www.peripheries.net>.

base de un modo de vida: «*Twingo, à vous d'inventer la vie qui va avec*»*. Es la otra cara de la «crítica artista», poco advertida por Luc Boltanski y Ève Chiapello que, en lo esencial, se consagraron al estudio interno de las empresas y no a las estrategias de conquista de los mercados. Ahora bien, las empresas se han dado cuenta de la importancia de la «fidelidad» y de la imagen que deben presentar para seducir. Se han introducido en las escuelas, ofreciendo material gratuito, en las guarderías, entre los jóvenes –más crédulos, en plena crisis de identidad–, para que ellos tiranicen a sus padres¹³.

François Brune, escritor, graduado de HEC**, ex profesor de francés, colaborador de *Le Monde diplomatique* y miembro fundador de la asociación Resistencia a la Agresión Publicitaria en 1992, caracterizó la ideología de la publicidad con siete rasgos fundamentales:

–La publicidad promueve la ideología del «progreso-que-no-se-detiene», hay que cambiar por cambiar, sin preguntarse nunca si las consecuencias de ello serán beneficiosas; ese cambio es siempre del tipo «más» (más rápido, más lejos, etc.) ; la publicidad afirma que «más» es «mejor».

–La publicidad suscita la envidia, el deseo, la insatisfacción; por consiguiente, debe frustrar, demostrar que, aunque aparentemente está satisfecho, el individuo tiene carencias –lo cual ella logra con facilidad pues, como lo ha mostrado el psicoanálisis, el deseo es inagotable y siempre está en busca de un objeto.

–Despierta el «deseo mimético», cuyo gran poder nos mostró René Girard: usted es arcaico y asocial si no se ajusta al gusto de la mayoría.

–El «culto al héroe-producto»: yo no puedo hacer nada sólo, no puedo acceder a nada sin el producto que me brindará lo soñado, el bienestar, el amor, la democracia, etc., en pocas palabras, el verdadero progreso –pensemos

* Juego de palabras: *Twingo*, modelo de Renault; *la vie qui va avec*: nombre de una conocida canción de tono contestatario. (N. del T.).

13. F. BRUNE, «De l'enfant-roi à l'enfant-proie», *Le Monde diplomatique*, septiembre de 2004.

** Escuela de Altos Estudios Comerciales, en francés, École des Hautes Études Commerciales. (N. del T.).

en la pasión por los Tamagotchi, esas cajitas llegadas de Japón que imitan a un ser vivo y exigen alimento, afecto, o pensemos también en el eslogan «la vida, la verdadera» de una firma de gran distribución.

–Promete la felicidad que ella misma debe programar; los comerciales que practican el marketing, buscan el menor defecto del cliente, buscan todos los medios para seducirlo y desalentar las pistas alternativas – los gastos que comporta están sobrefacturados se sobras en el producto.

–Excita el impulso a consumir, el consumo por el consumo, la violencia posesiva («yo lo quiero, yo me lo doy»), crea la incapacidad de insertarse en el tiempo, de construir de forma duradera.

–De tres formas, devalúa todos los demás valores: la recuperación (un producto es asociado a un valor, de manera gradual e insidiosa); la falsificación («revolucione usted sus inversiones»); la eliminación: todas las virtudes que no sean el hedonismo y el egoísmo posesivo –según la racionalidad del *Homo economicus*– son consideradas arcaicas y sin valor.

Como recuerda François Brune: «La sociedad de consumo no es solamente, como dice Jacques Séguéla, una sociedad en la que se consume. Así lo prueba la definición tan reveladora del *Petit Larousse*: “Sociedad de consumo: Sociedad de un país industrial avanzado donde la economía, para funcionar, se esfuerza por crear de manera incesante nuevas necesidades, y donde el disfrute del consumo es erigido como un imperativo en detrimento de cualquier exigencia humana de otro tipo”¹⁴».

La publicidad oculta totalmente los efectos negativos de los productos, ya sean locales o globales. El monto de los gastos dedicados a demostrar la pertinencia de poseer las últimas maravillas técnicas no tiene comparación alguna con las sumas asignadas para advertir sobre los efectos nocivos. Estas últimas son con frecuencia obra de las asociaciones de consumidores o de las asocia-

14. F. BRUNE, «Enfants et publicité: le conditionnement idéologique», *Colloque Télévision, pas de publicité pour les enfants*, Sénat, 23 de septiembre de 2009.

ciones ecologistas que sudan sangre para poder atravesar ese muro mediático –por lo demás, es sorprendente que esas asociaciones sean tan poco críticas en lo concerniente a la publicidad...

Los objetores del crecimiento no prometen la felicidad, su combate es más bien el de mostrarnos que vivimos nuestro tiempo «libre» en una especie de Disneylandia gigante cuya ambición es aniquilar toda ambición auténticamente emancipadora: el interés de las firmas es que, *de ningún modo*, el consumidor tenga deseos que ellas no puedan satisfacer. Esos deseos, por tanto, son reprimidos y a causa de ello nos sentimos tristes. Por el contrario, la objeción al crecimiento crea alegría. La tesis filosófica subyacente es clásica: para Spinoza, lo que es bueno aumenta el «poder de ser» y se expresará mediante el sentimiento de alegría¹⁵; por el contrario, cualquier disminución del poder de ser va acompañada de un sentimiento de tristeza. Dicho sentimiento de alegría no está ligado a la satisfacción de una necesidad, sino al ejercicio de una libertad.

Tras el eclipse de la protesta de mayo del 68 y su recuperación por el sistema, *via* la individualización de los productos y la elevación del nivel de vida, vemos que la crítica al consumo sale nuevamente a la superficie y afirma que ese bañarse en la abundancia con que soñaba Keynes no corresponde a la «solución del problema económico», ni al bienestar, ni a la alegría, ni a la emancipación –sino al mundo descrito por Orwell en *1984*¹⁶.

Se nos ordena que seamos felices. No tenemos el derecho a no serlo. ¿Cómo no íbamos a serlo cuando tanta gente trabaja para ello? Y, sin embargo, no lo somos. Quizás porque esas instituciones *no* responden a lo que nosotros *verdaderamente* queremos –y eso, dichas instituciones *no* nos brindan los medios de decirlo. De hecho, ¿cuáles son las consecuencias de una vida entera em-

15. B. SPINOZA, *L'Éthique* [1677], Gallimard, Paris, 1994.

16. François Brune se refiere explícitamente a ello *in* «Rebelle à Big Brother», *Le Monde diplomatique*, 2000.

butidos en macrosistemas técnicos para llevarnos en el barco de la «sociedad del espectáculo» por la noche y durante el week-end? ¿Qué sentido tiene esa gigantesca representación escénica? La dimensión del sufrimiento social es hoy evidente, pero resulta difícil desembocar en otra cosa que no sean «pasiones tristes» y un profundo resentimiento. Y todo ello sin perspectivas auténticamente democráticas, sin un espacio donde la palabra sea escuchada. La presión publicitaria impide la discusión colectiva necesaria para la formación autónoma de las necesidades; esa presión echa gota a gota normas que van todas en la misma dirección: trabajo, consumo, felicidad de plástico. Que los seres humanos puedan preferir la dignidad a la «felicidad conforme» supera a los fabricantes de baratijas destinadas a hacernos felices.

La actividad de los objetores del crecimiento se dirige, pues, contra esa ideología publicitaria y consumista con el objetivo de destruir la trampa del resentimiento restando credibilidad a los símbolos de la sociedad mercantil: pintarrajos publicitarios, «desinflado» del 4x4, «jornada sin compras», huelga de consumo¹⁷, etc. Lo que se critica en la «jornada sin tele», no es la televisión en sí, sino el hecho de que dicha jornada esté enteramente absorbida por los imperativos de la publicidad y esté sometida al deber de proteger a toda costa los segmentos del mercado. Ya no se trata, por tanto, de reivindicar una parte más importante del envenenado pastel del desarrollo industrial, sino de impugnar profundamente su receta y de proponer nuevos ingredientes: agricultura biológica, espacio público libre de publicidad, energías renovables, ciudades sin automóviles...

Se comprende que una impugnación semejante no puede *de ningún modo* pasar por los canales clásicos de las reivindicaciones de redistribución –ya que esos canales reivindican la distribución de la riqueza que ha sido ya propuesta y no la distribución de otra riqueza diferente.

17. P. ARIÈS, *No Conso*, Golias, Villeurbanne, 2006.

Analizada por autoridades dedicadas a la gestión, entre ellas, desgraciadamente, los sindicatos, esas reivindicaciones pueden parecer difíciles de comprender. Para aquellas solo existe una única forma de riqueza. La cuestión de la emancipación ha sido olvidada, la democracia se resume a la gestión de los asuntos corrientes –principalmente engordar el pastel y pelearse por cómo se reparte. En esas condiciones, ¿quiénes son esos «ricos» que se atreven a «querer menos»? Porque, en el estrecho referencial de los «profesionales del marketing», quien no quiere más quiere obligatoriamente menos. Si se razona en términos de «más» o de «menos» en el referencial de la felicidad material, entonces la opción decreciente es en efecto incomprendible.

El objetivo de la lucha sólo se esclarece cuando se comprende el análisis político subyacente. Este también permite reexaminar la lucha de clases desde perspectivas muy diferentes de las propugnadas por el sindicalismo integrado en la cogestión de la sociedad mercantil. ¿Quién tiene interés en que se produzca un vuelco completo en las normas y valores de la sociedad industrial si no son esos que la sufren día tras día, o sea, los obreros, los empleados y los últimos campesinos del país? Ellos son los primeros afectados por la asignación hecha por el sistema mercantil a la adquisición de los bienes y servicios valorados por las clases dirigentes y por el sistema publicitario a su servicio. Ellos son los primeros expuestos a la contaminación industrial, al acoso de las jerarquías, al desempleo, al empleo degradado, etc.

La crítica tradicional que los movimientos de extrema izquierda han hecho a los objetores del crecimiento es que estos se desinteresan de la «madre de todas las batallas»: el empleo y los salarios. Pero eso significa olvidar que la derrota actual del mundo del trabajo es mucho más profunda que los errores tácticos en la lucha (huelga general, solidaridad sector público-sector privado). Reposas ante todo en una victoria cultural obtenida en una reñida lucha por los propagandistas de la sociedad del crecimiento: la renuncia a vivir otra cosa que no sea la que nos asigna el sistema de mercado.

Es esa renuncia la que autoriza el despliegue ilimitado de la violencia mercantil propagada por los gabinetes de asesores. Uno de ellos les espetaba a los asalariados de Pôle Emploi: «Aprended a despediros del empleo que teníais. Si os resistís, corréis el riesgo de caer en la depresión. Los días en que verdaderamente no podáis evitarlo, tomad vuestro automóvil, dar toda la vuelta en la carretera de circunvalación y largaos a dar gritos a un campo¹⁸». ¿Qué nivel de salario es capaz de hacer soportable una agresión así? Lejos de ser anecdótica, la ideología publicitaria está en el mismo centro de esa violencia mercantil.

Lo que dicen los «nuevos indicadores»

Los economistas, estadísticos y contadores nacionales que elaboran las modalidades de cuentas complejas que culminan en el PIB nunca han confundido ese ejercicio con la búsqueda de una dosis de felicidad o de la satisfacción vital experimentadas por los seres de carne y hueso ocultos detrás de los agentes económicos. Pero los propagandistas de la sociedad del crecimiento, por su parte, no se han privado de hacerlo. ¿Cuál parecería ser, si no, el objetivo de esta carrera sin fin en busca de un valor económico cada vez mayor? De ahí que resulte interesante advertir que numerosos trabajos competentes vuelven a cuestionar la relación entre el crecimiento del PIB y el bienestar de las poblaciones. Esas investigaciones son, además, contemporáneas de los hechos contestatarios ocurridos en 1968.

Es en 1972 que William Nordhaus y James Tobin¹⁹ proponen uno de los primeros índices de bienestar. En 1974 se descubre la «paradoja de Easterlin»,

18. Citado por F. AUBENAS, *Le Quai de Ouistreham*, L'Olivier, París, 2010.

19. W. NORDHAUS et J. TOBIN, «Is growth obsolete?», in *Economic Growth, Fiftieth Anniversary Colloquium*, National Bureau of Economic Research, Columbia University Press, New York, 1972.

que toma su nombre del economista que la sacó a la luz²⁰: un aumento del PIB no se traduce necesariamente en un aumento del bienestar experimentado por los individuos. La idea es efectuar una comprobación de la relación existente entre el valor económico creado por una sociedad y un cierto número de indicadores sociales o medioambientales «objetivos» (tales como la esperanza de vida, el nivel de desigualdades sociales...) o subjetivos (la «satisfacción vital») –y ello independientemente del carácter ecológicamente sostenible o no de los modos de vida.

Los «nuevos indicadores», eclipsados durante los años 1980, resurgen con fuerza al cabo de algunos años. Incluso conocen una verdadera inflación en estas últimas décadas²¹, lo cual tiende a demostrar la profunda insatisfacción de numerosos autores e instituciones frente a la medida económica del mundo que nos rodea. En el campo de estudio de la satisfacción vital, y sobre la base de estadísticas nacionales, gran número de estudios empíricos provenientes de la literatura económica y psicológica muestran que el crecimiento de los ingresos no está ligado a un crecimiento de la felicidad más allá de los umbrales discutidos en el seno de esos trabajos²².

Si se considera que la degradación de la naturaleza es una causa de infelicidad de los seres humanos, comenzando por los más pobres, interesémonos en primer lugar en la «huella ecológica» popularizada por el WWF. Ésta de-

20. R. A. EASTERLIN, «Does economic growth improve the human lot?» in P. A. DAVID et M. W. REDER (dir.), *Nations and Households in Economic Growth: Essays in Honor of Moses Abramovitz*, Academic Press, New York, 1974.

21. J. GADREY, «De la croissance au développement. À la recherche d'indicateurs alternatifs», *Working Paper*, 17 de junio de 2002.

22. D. G. MYERS et E. DIENER, «The pursuit of happiness», *Scientific American*, vol. 274, nº 5, 1996, p. 70-72; R. A. EASTERLIN, «Will raising the incomes of all increase the happiness of all?», *Journal of Economic Behavior and Organization*, vol. 27, nº 1, 1995, p. 35-48 ; B. S. FREY, *Happiness: A Revolution in Economics*, MIT Press, Cambridge (MA), 2008; E. DIENER et R. BISWAS-DIENER, *Rethinking Happiness: The Science of Psychological Wealth*, Blackwell Publishing, Malden, 2008 ; D. G. BLANCHFLOWER et A. J. OSWALD, «Well-being over time in Britain and the USA», *NBER Working Papers*, nº 7487, National Bureau of Economic Research, Inc, 2000.

signa la superficie productiva que necesita una población humana para responder a sus necesidades en recursos y en absorción de desechos. Los cálculos realizados para Francia y los grandes países industrializados son inapelables: el crecimiento económico aumenta de manera insostenible la huella ecológica de esos territorios, que es muy superior a sus capacidades biológicas²³. Consecuencia: esos Estados acuden a otros sitios a extraer los recursos esenciales necesarios para su crecimiento y, de ese modo, empobrecen a una parte de los pueblos de otros continentes. A nivel mundial, el estudio dirigido por M. Wackernagel y W. Rees, publicado en 2002 en las actas de la Academia Nacional de Ciencias de Estados Unidos, muestra que la huella ecológica de la humanidad excede en gran medida la capacidad de la naturaleza para regenerarse²⁴, en especial debido a la intensa progresión del consumo de energía, una gran parte del cual es imputable a los sistemas de transporte, actividad indispensable para el sistema de mercado mundializado. La humanidad ha superado la capacidad que soporta su ecosistema natural. Un decrecimiento económico permitiría reducir el impacto ecológico de las actividades económicas (especialmente industriales), una revalorización de la agricultura biológica, un mejoramiento del bienestar de las primeras víctimas de la degradación de la naturaleza. Dicho trabajo recuerda, si es necesario hacerlo, que es difícil imaginar vidas humanas dignas y felices cuando la naturaleza se destruye y, con ella, la belleza y la diversidad cultural de los mundos humanos.

Otros indicadores asumen una forma monetaria y han sido calculados para los países «ricos» (Estados Unidos y países de Europa occidental). Esos «índices de bienestar» se obtienen restando o añadiendo al valor del PIB variables monetarizadas que integran las dimensiones sociales y medioambientales. A modo de ejemplo, esos indicadores valorizan positivamente la contribución

23. WORLDWILDLIFE FUND, *Rapport planète vivante*, 2002.

24. M. WACKERNAGEL et W. REES, *Notre empreinte écologique*, Ecosociété, Montréal, 1999.

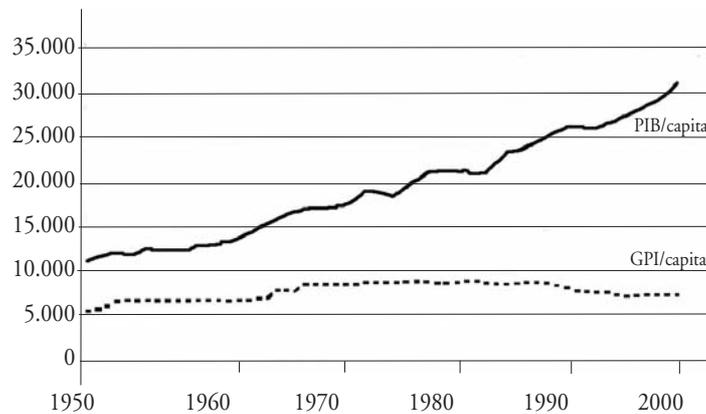
del voluntariado y del trabajo doméstico al bienestar; *a contrario*, un fuerte nivel de desigualdad o de inseguridad social reduce el valor del PIB. El interés de un cálculo semejante reside en su tratamiento de los gastos económicos «de compensación». En una lógica de acumulación del valor propio del PIB, las actividades de descontaminación de un sitio industrial se contabilizan positivamente (a la altura del crecimiento del valor agregado de la empresa a cargo del trabajo: «¡Contaminar, descontaminar, siempre es trabajar!»). El cálculo de un índice de «bienestar» considerará que una actividad como esa solo trata de «corregir» los estragos provocados por una actividad económica anterior. El trabajo humano permite, teóricamente, reencontrar la función natural del lugar antes de su contaminación, es decir, un servicio que antes era efectuado gratuitamente por la naturaleza. Por consiguiente, no será contabilizado. Lo mismo ocurre en el conjunto de las actividades de trabajo de «reparación» de toda la violencia sufrida por el cuerpo humano a causa del proceso económico (stress, accidentes de trabajo...). Al crecimiento del PIB se le reduciría entonces el conjunto de actividades de compensación y de reparación de los estragos que ocasiona. Además, determinados índices evalúan un cierto número de costos irre recuperables para las comunidades humanas, para las cuales ningún gasto de «compensación» puede preverse *a priori* (costos de daños medioambientales, costos de destrucciones duraderas, etc.). En esa familia de índices puede citarse el «índice para un bienestar sostenible», iniciado por H. Daly y J. Cobb, el «índice para un bienestar duradero» presentado por la ONG Amigos de la Tierra en colaboración con el centro de investigación independiente New Economic Foundation y también el «índice de progreso genuino» (*Genuine Progress Index*) muy reputado en los Estados Unidos.

De nuevo, los resultados son inapelables: cuando se resta del PIB la valorización monetaria de las actividades de «reparación» de los estragos del progreso, se constata una desconexión cada vez más clara entre crecimiento económico y crecimiento del bienestar a partir de los años '70 en el conjunto de los países examinados (*cf.* figura 2).

El aspecto más destacable reside en la evolución cada vez más divergente entre el indicador de crecimiento económico y el indicador de «bienestar». Una parte creciente de las actividades económicas valoradas monetariamente (economía pública o privada) se pone en marcha para (tratar de) reparar los estragos sociales y medioambientales ocasionados por el desarrollo económico (descontaminación, gastos de seguridad, de salud...). No podría resumirse mejor la situación de como lo hizo el presidente de una gran ONG norteamericana: «Somos más ricos, pero no mucho más felices, [...] en la actualidad ese apetito [de consumo] sin precedentes ataca los sistemas naturales de los cuales dependemos», (*Libération*, 13 de enero de 2004). La destrucción y después la «reparación» de la sociedad y de la naturaleza constituyen en nuestros días una contribución importante para el crecimiento económico. Miseria de la abundancia...

Figura 2.

Evolución del PIB per capita y del índice de progreso genuino (GPI) en los Estados Unidos.



Fuente: Jean Gadrey, «De la croissance au développement. À la recherche d'indicateurs alternatifs», *Working Paper*, 17 de junio de 2002.

Un resultado así parece confirmarse a nivel mundial cuando se analizan los vínculos existentes entre el crecimiento económico y un cierto número de indicadores tradicionalmente aceptados para medir el «bienestar» colectivo. Uno de los indicadores que se acepta con más frecuencia es el de la esperanza de vida, aunque este puede discutirse: no toma en cuenta las desigualdades sociales, ni la «calidad» de la existencia vivida, especialmente en la vejez. Vistos ya los trabajos de Jean Gadrey y Florence Jany-Catrice²⁵, un examen cuidadoso de los datos permite adelantar los resultados siguientes:

–La correlación esperanza de vida/PIB desaparece enteramente para los países más ricos (PIB per capita superior a 18.000 dólares anuales): de ese modo, encontramos una vez más que existen umbrales más allá de los cuales el crecimiento del valor económico es en gran parte obtenido por actividades que ya no contribuyen al mejoramiento del bienestar.

–La relación esperanza de vida-PIB no es lineal. Así, si concentramos el análisis en 44 países (sobre una población estadística de 177 países) fijando una esperanza de vida «elevada» y comparable (entre 73 y 79 años), las variaciones de PIB per capita son considerables. ¿Cómo entender que los Estados Unidos, con cerca de 40.000 dólares de PIB sólo alcancen 77,5 años de esperanza de vida, e incluso sólo 64 años en el caso de los afro-norteamericanos, mientras que Sri Lanka y Ecuador superan los 74 años con un PIB diez veces menor? ¿Que un habitante de Portugal tenga la misma esperanza de vida que un habitante de los Estados Unidos con un PIB per capita dos veces inferior? ¿Que un venezolano llegue a la misma edad avanzada que un húngaro con un PIB per capita casi tres veces menor?, etc. La esperanza de vida puede pues alargarse por múltiples medios en los cuales no cuenta el valor económico: las «reconstrucciones médicas» en extremo costosas y sofisticadas contribuyen

25. J. GADREY y F. JANY-CATRICE, *Les Nouveaux Indicateurs de richesse*, La Découverte, París, 2005. Agradecemos a Jean Gadrey habernos permitido utilizar sus investigaciones estadísticas, las cuales extra-
polamos infra. Obviamente somos los únicos responsables de los comentarios.

fuertemente al PIB, pero la medicina preventiva, poco costosa y de proximidad –dispensarios, «médicos descalzos»...– contribuye poco y, sin embargo, es muy eficaz.

–Con respecto a los países más desfavorecidos (44 países con una esperanza de vida de menos de 60 años), un número muy elevado, en especial los situados en África, son objeto de saqueos de sus materias primas, necesarias para el crecimiento de los países ricos. Diezmados por las guerras depredadoras (Angola, Congo, etc.) o sometidos por un tirano (Camerún, Chad, etc.), esos pueblos han visto cómo la dominación económica de Occidente²⁶ ha destruido su modo de vida. No es exagerado, pues, decir que pagan un precio muy alto por el crecimiento occidental.

El film *Le Cauchemar de Darwin* ha ilustrado esta situación en la cual el PIB aumenta al precio de un desmembramiento de la sociedad. Los habitantes de los alrededores del lago Victoria, en Tanzania, ven su zona de pesca invadida por un depredador temible: la perca del Nilo. Carnívora, la perca devora poco a poco todo lo que vive ahí, pero como tiene un buen tamaño se presta para la pesca mecanizada, lo que provoca un elevado índice de desempleo. Al final del documental, una extrema minoría de la población hace fortuna exportando la perca a Europa, mientras que la mayoría vive de los restos de la fábrica de filetes de perca, rebuscando los pedazos de carne que quedan sobre el esqueleto del pescado después que se le descuartiza; algunos de ellos llegan incluso a lamentar la ausencia de guerra, siendo el ejército el último empleador estable de la región...

Algunos ejemplos pueden ilustrar otras correlaciones: así, por encima de 12.000 dólares, ya no existe correlación entre PIB e índices de escolarización; Armenia alcanza el 89% de escolarización con 4.000 dólares de PIB, diez veces menos que Estados Unidos; la correlación entre crecimiento del PIB y

26. Para una historia no autorizada de las condiciones de la descolonización francesa en África, véase F.-X. VERSCHAVE, *Françafrique, le plus long scandale de la République*, Stock, París, 1998.

las desigualdades, medida por el coeficiente de Gini (desigualdades de ingreso), existe, pero es débil; los Estados Unidos tienen un coeficiente comparable al de Madagascar, 20 veces más pobre, y menos bueno que un vasto conjunto de países que incluyen a Mauritania, Ruanda, etc; no hay ninguna correlación entre el nivel de PIB y el número de personas en prisión por 100.000 habitantes, ni entre PIB y homicidas, teniendo los Estados Unidos en este campo un resultado particularmente alto (tres veces más muertes que en Portugal, por ejemplo); la correlación entre PIB y el porcentaje de mujeres en el Parlamento es muy bajo... ¡Ruanda tiene un mejor resultado que Suecia! Los Estados Unidos, con el 15%, están más bien en la parte baja de la clasificación.

Del lado de los indicadores subjetivos tales como el Happy Planet Index, la correlación es positiva por encima de 15.000 dólares, pero inexistente por debajo de 10.000 dólares, y residentes en países como Bután, Venezuela o Costa Rica se declaran tan «felices» como los suizos y los daneses, mientras que los países menos felices son a veces también muy ricos, como ocurre con Corea del Sur.

El Happy Planet Index se construye sobre la base de tres variables, la satisfacción subjetiva de la vida, la esperanza de vida y la huella ecológica²⁷. La primera variable está tomada del célebre World Values Survey iniciado por Ronald Inglehart²⁸. En el año 2006 fueron evaluados 178 Estados, contra 143 en el 2009. El mejor resultado en 2009 fue el de Costa Rica, seguido de la República Dominicana y de Jamaica, con Tanzania, Botswana y Zimbabue en la parte inferior de la tabla.

27. <www.happyplanetindex.org>.

28. R. INGLEHART y W. BAKER, «Modernization, cultural change and the persistence of traditional values», *American Sociological Review*, nº 85, 2000, p. 19-51.

La economía moral de la sociedad del crecimiento

Estos resultados dan una credibilidad macroscópica y de volumen a las observaciones y a los análisis en que se apoyan los movimientos del decrecimiento. Pero la crítica emanada del decrecimiento no se detiene ahí. No cree que bastaría con reemplazar el PIB por otros indicadores para solucionar el problema. Dicha crítica incluso opina que un proyecto semejante está condenado al fracaso, pues ignora lo que el PIB refleja de la organización social actual, en particular su *economía moral*.

Si el PIB sigue siendo uno de los indicadores más estructurantes de la regulación colectiva ello se debe a una sencilla razón: es un instrumento pertinente de medición de la acumulación monetaria, esencialmente de origen mercantil. El hecho de que los bienes y servicios «no mercantiles» estén igualmente contabilizados en el PIB no cambia en nada el asunto.²⁹ La intervención pública directa, de hecho, viene a apoyar en gran medida la economía de mercado al financiar actividades que a esta le resulta difícil realizar y que, sin embargo, necesita enormemente para su desarrollo. La intervención pública, por tanto, es determinante para garantizar el crecimiento mercantil: es, por ejemplo, el caso de las grandes redes de transporte público (hoy privatizadas de manera rampante), que favorecen la libre circulación de los individuos y de las mercancías, o del sector público de la energía (tales como el parque electronuclear francés), dimensionados para una economía industrial competitiva. Es una vieja enseñanza de la teoría económica liberal que siem-

29. Además, es significativo notar que la integración de lo «no mercantil» en el indicador del PIB ha sido problemática para los economistas desde un punto de vista teórico. Es sólo a partir de 1968 que el Sistema de contabilidad nacional francés distingue claramente entre ramas de actividades «mercantiles», «no mercantiles», «bienes y servicios mercantiles» y «bienes y servicios no mercantiles». Únicamente el Sistema ampliado de contabilidad nacional de 1976 calcula explícitamente un PIB «no mercantil». A partir de 1999, esta distinción desaparece. Véase la excelente obra A. VANOLI, *Une histoire de la comptabilité nationale*, La Découverte, París, 2002, en especial las pp. 306-344.

pre ha defendido la intervención pública directa cuando falla la economía competitiva.

Hay muchos servicios no mercantiles que son necesarios para el buen funcionamiento de la economía mercantil (sistema jurídico, financiamiento de ingresos mínimos, etc.). El progreso del indicador PIB mide así ampliamente el progreso de la lógica estatal-mercantil en la satisfacción de nuestras necesidades, mide la progresión de los macrosistemas técnicos y su creciente capacidad de querer responder a problemas que ellos mismos provocaron.

De hecho, en su funcionamiento concreto, muchas relaciones sociales escapan aún del egoísmo calculador y de la «razón de Estado». Los servicios públicos sirven también... al público y no únicamente a la acumulación mercantil (a pesar de que esto sea cada vez menos cierto); ninguna empresa privada puede funcionar sin que en su seno se anuden relaciones de ayuda mutua y de cooperación; los sistemas técnicos no han eliminado todas las formas de relación personal directamente vivida; la escuela no se limita a formar asalariados competitivos, etc. Pero la economía mercantil y la regulación estatal tienden a poner esas relaciones humanas de cooperación monetariamente desinteresadas al servicio de su lógica de expansión. ¡Los seres humanos necesitan luchar y resistir para escapar a su destino de fuerza de trabajo o de celosos servidores de la lógica del Estado!

Una reducción del PIB representa inevitablemente un problema para las instituciones de la economía de mercado, como lo muestra el episodio de fuerte recesión económica de 2008-2009. Incluso podría decirse que la posibilidad de construir un indicador como el PIB marca únicamente la dominación estatal-mercantil, sin ningún vínculo con cualquier tipo de «progreso social», sobre todo cuando las exportaciones de materias primas o agrícolas a bajo precio contribuyen fuertemente al crecimiento del PIB. De hecho, no tiene sentido alguno construir un indicador de ese tipo en contextos sociales que no conocen un sistema integrado de mercados. Cuando un cálculo como ese se vuelve pertinente, es que la circulación mercantil de las riquezas, hoy

casi inevitablemente integrada a nivel mundial, se vuelve determinante en el seno de la sociedad humana y de la vida natural consideradas. Ahora bien, las exigencias en términos de competitividad en los mercados mundiales son tales que las sociedades humanas deben plegarse cada vez más a las exigencias de un sistema de mercado mundializado. Eso es lo que ocurre cuando los pequeños cultivadores de algodón de Mali ven cómo se degradan aún más sus condiciones de vida al tratar de permanecer competitivos en el mercado mundial. En efecto, Mali aún exporta algodón, acumula todavía algunas divisas (fuerte contribución al PIB), pero es posible diagnosticar una situación social mucho peor que cuando su campesinado vivía de intercambios locales comunitarios que escapaban en gran parte a las lógicas únicas del cálculo mercantil. El PIB, por tanto, está perfectamente adaptado a nuestro sistema económico y (*por eso mismo*, estaría uno tentado a decir) totalmente inadecuado para aprehender la complejidad de la vida de la sociedad, y ello sin hablar de la vida natural. No bastarán algunos indicadores elaborados aquí o allá para provocar los cambios necesarios.

Incluso si se tomasen en serio otros indicadores apartes del PIB, hay un riesgo grande de permanecer sumidos en una perspectiva utilitarista del mundo, de aglutinar «las penas y los placeres» de los seres humanos. De ese modo, los partidarios de las corrientes culturalistas y democráticas del decrecimiento tendrán el derecho de preguntarse cuál es la pertinencia de un «indicador de satisfacción de vida» para todo un país. Una vida feliz, lograda, ¿tiene otro sentido que no sea ser vivida subjetivamente por un ser singular, siempre vinculado, evidentemente, con los demás? ¿Acaso Étienne de La Boétie no nos recordó hace mucho tiempo que los seres humanos podían complacerse en la más total servidumbre?

La cuestión de la felicidad debería, ante todo, perturbar el bello ordenamiento pautado de la vida social. La insatisfacción no necesita tanto ser detectada por nuevos indicadores como sí necesita poder expresarse libremente en el espacio público. Hoy en día, el acceso al espacio público está sometido

a la selección establecida por organismos publicitarios, y es por ese motivo que asociaciones como Resistencia a la Agresión Publicitaria exigen que la publicidad comercial esté sometida a las mismas reglas que el cartelaje libre, permitiendo la expresión artística, asociativa, social, política y sindical en el espacio público.

Para algunos «objetores del crecimiento» hay algunas señales alentadoras por parte de algunas autoridades, tal como lo demuestra la gran conferencia «Más allá del PIB» («Beyond GDP») celebrada en noviembre de 2007 en el Parlamento europeo³⁰. ¿Cómo juzgar la sinceridad de semejante atención?, ¿Otros indicadores aventajarán al PIB? Una política llevada a cabo con la mirada fija sobre esos nuevos indicadores, como el estado de los ecosistemas o las desigualdades, ¿sería acaso aplicada *incluso si* ella provoca una disminución del PIB? Si ese fuera el caso, la experiencia demostraría que la sociedad y sus autoridades se ocupan más del buen estado de los ecosistemas o de las desigualdades que del estado del PIB, es decir, de la economía del crecimiento. Pero, hasta la fecha, esa hipotética situación no se expone en ninguna teoría económica ni en ninguna teoría del desarrollo. Cualquiera que sea el tipo de indicador alternativo considerado, una política que lo tomase en serio sería inevitablemente una política de decrecimiento, en la medida en que ninguno de esos indicadores está en correlación con el PIB, sino muy por el contrario: el mejoramiento de la igualdad, del estado de los ecosistemas, de la felicidad, etc., requeriría sacrificar el objetivo del crecimiento económico.

30. <<http://www.beyond-gdp.eu>>.



*El decrecimiento, ¿significa recesión, desempleo,
el fin de la economía de mercado?*

❖ DONDE SE DEMUESTRA QUE ES
DESVERGONZADO ACUSAR A LOS DISIDENTES
DE QUERER PROPAGAR LOS MALES DESTILADOS
POR EL SISTEMA QUE ELLOS CRITICAN

¿Pueden confundirse las reivindicaciones favorables al «decrecimiento» y las manifestaciones concretas de una recesión o de una depresión económica? Para los partidarios del crecimiento, no hay duda de que «decrecimiento es igual a recesión igual a desempleo igual a miseria» y todo parece haber sido dicho.

Los términos «recesión» y «depresión» son definidos con precisión en economía. La noción de recesión remite a una fase particular del ciclo de corto plazo del crecimiento económico: un episodio, relativamente breve, por lo general contabilizado a partir de dos semestres consecutivos de contracción de la actividad (caída del PIB). Esto último es a menudo desencadenado por un crack bursátil o, más generalmente, por el estallido de una burbuja especulativa; ello implica un enorme número de quiebras y destrucción de empleos.

La recesión se transforma en «depresión económica» cuando la duración de la contracción de la actividad es más importante. Asimismo, designa un período muy largo en el transcurso del cual se suceden momentos de bajo crecimiento económico y de contracción aguda de la actividad económica (la «gran depresión» de los años 1873-1896 o «de los años '30»). A título de ejemplo, en 2009, el PIB de las economías de la zona euro se contrajo en un

4%; el de España en un 3,7% (y la recesión continuó durante 2010); el de Francia en un 2,2% (fuente: Eurostat), una amplitud desconocida desde la gran crisis de los años '30. Europa entró «en recesión», al igual que Estados Unidos y, oficialmente, nadie sabe si esto marca la entrada en un período prolongado que vería cómo se suceden un crecimiento muy débil y recesiones de gran magnitud, o sea, una «depresión económica».

¿Viva la recesión?

Los partidarios del decrecimiento ¿pueden alegrarse del deterioro de la economía del crecimiento y la acumulación en nombre de la preservación del medio ambiente? De hecho, la contracción de la actividad provocada por los grandes disfuncionamientos de la economía mercantil permite aliviar, al menos a corto plazo, los ecosistemas naturales: menos transporte de mercancías y de viajeros, cese de programas inmobiliarios que destruyen las tierras cultivables, etc. Asimismo, permite demostrar de manera apabullante hasta qué punto el nivel de actividad económica y el impacto ecológico están fuertemente correlacionados, oponiendo así un desmentido empírico de peso al ejército de abogados del crecimiento que tratan de negar la evidencia. De ese modo, la crisis financiera de 2008 se vio acompañada por la primera disminución global de las emisiones de CO₂, escenario que no habían previsto en absoluto los especialistas del Grupo de Expertos Intergubernamentales sobre la Evolución del Clima (GIEC).

Limitarse a eso es obviamente insuficiente.

En una sociedad de crecimiento, la contracción del PIB tiene efectos perniciosos que los objetores del crecimiento se toman muy en serio. En primer lugar, esa situación está cargada de peligros para la financiación de actividades de mantenimiento industrial con consecuencias ecológicas potencialmente catastróficas (centrales nucleares, petroquímica, etc.). Incita además a los

Estados, mediante intervenciones cada vez más importantes, a financiar las actividades económicas más discutibles en el plano ecológico, ya que se inscriben inevitablemente, al establecerse prioridades a corto plazo en materia de crecimiento y de empleo, en las trayectorias técnicas tradicionales (autopistas «limpias», automóviles «limpios», energía nuclear «limpia», etc.). Por añadidura, la pérdida de centenares de miles de empleos amenaza con ir acompañada de la pérdida de otras tantas cualificaciones profesionales que podrían revelarse verdaderamente útiles para la puesta en marcha de una sociedad ecológica, que siempre necesitará técnicos, obreros cualificados, etc. Por último, la fragilización de sectores enteros de la sociedad debido al desempleo, a la miseria y a la falta de perspectivas de futuro no crea, y es lo menos que puede decirse, condiciones favorables para debates serenos y experimentos concretos en materia de decrecimiento. Aunque los huertos familiares (esperemos que biológicos) florezcan de nuevo para aliviar los presupuestos alimentarios... La pauperización alcanza niveles desconocidos en el mismo corazón de las grandes potencias económicas: en Estados Unidos el 40% de los niños nacen en el seno de familias pobres de ciudades desindustrializadas, sectores enteros de la sociedad española bordean la pobreza tras la explosión del desempleo: en la zona euro uno de cada dos nuevos desempleados era español a finales del 2007 según la OCDE (2010). Lo que choca pues inmediatamente es que, en el corazón mismo del mundo económicamente desarrollado, para no hablar del «resto del mundo», la economía del crecimiento ha fracasado completamente en mantener sus promesas de prosperidad y estabilidad. El desastre económico en curso conduciría entonces más bien a una reconsideración positiva de las teorías críticas del crecimiento. Sin embargo, en el propio centro del desastre de la economía mercantil, los defensores de la crítica del crecimiento deben hacer frente a la objeción siguiente: sólo un crecimiento fuerte y duradero permitirá regresar al empleo y el retroceso de la pobreza.

Abordar este debate exige examinar atentamente las relaciones que existen

entre crecimiento económico y creación de empleo en el transcurso de la historia y durante estos últimos años. Esta cuestión es uno de los temas tradicionales que deben afrontar generaciones de alumnos en ciencias económicas y sociales. Que se tranquilicen aquellos que guardan recuerdos muy malos de ello; nosotros nos limitaremos a responder aquí a la implacable acusación *a priori* a que están expuestos todos los objetores del crecimiento: la sobriedad ecológica destruiría trabajo y crearía más desempleo y miseria en nuestras sociedades. El desafío se nos antoja importante y se hace necesario un (corto) análisis económico. Sin embargo, quien sea reticente a introducirse en la economía política –lo cual es comprensible– puede pasar directamente al capítulo siguiente.

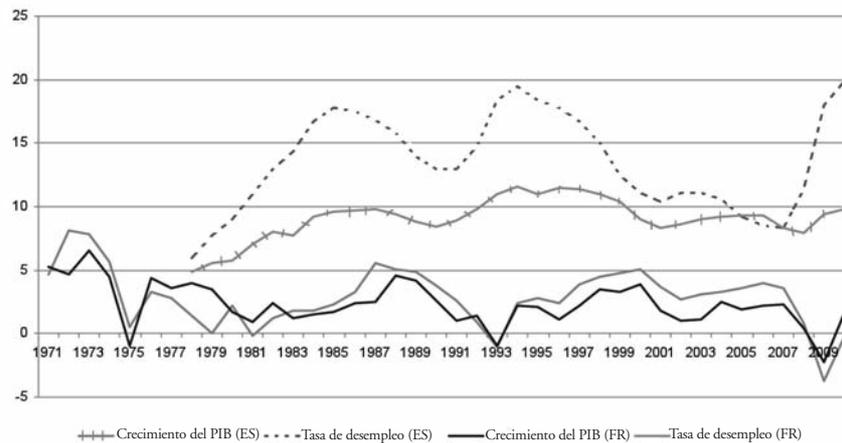
Crecimiento y empleo: pequeños recordatorios

Ante todo están los hechos, muy ampliamente conocidos. Después de las tres décadas «excepcionales» de la modernización de posguerra (1945-1974), el crecimiento en volumen del PIB en el mundo desarrollado (Estados Unidos y Europa occidental) sufre una fuerte desaceleración con episodios de recesión cada vez más severos.

Durante el período 1970-2009, la tasa oficial de desempleo estalla, y la realidad del subempleo no es tomada en cuenta en las estadísticas y es aún más importante. El gráfico 1 sintetiza estas oscilaciones para las economías francesa y española, las cuales tomaremos como referencia (con algunas incursiones al otro lado del Atlántico).

La simple comparación de las dos gráficas parece dar la razón a los partidarios del crecimiento económico en nombre del empleo. El índice de crecimiento del PIB y la evolución del empleo están estrechamente correlacionados y la caída tendencial del PIB comparado con la década de 1960 está en el origen de la fuerte progresión del desempleo. En España los años

Gráfico 1.
Desempleo y crecimiento del PIB (Francia, España)



Fuentes: Institut National de la Statistique et des Etudes Economiques (INSEE-France) e Instituto Nacional de Estadística (INE-España)

del ininterrumpido y fuerte crecimiento entre 1994 y 2006 (más del 3,5% de media anual) estuvieron acompañados de un retroceso en la tasa de desempleo de más de diez puntos. Tanto para los partidarios del capitalismo como para sus críticos de izquierda, lo importante sería ponerse manos a la obra para recuperar los índices de crecimiento de los años 1950-1974 a fin de crear millones de puestos de trabajo. Sin embargo, un análisis más avezado permite, al contrario, mostrar la profunda crisis que sufre la economía del crecimiento. Y los discursos que la sostienen.

Para empezar tales discursos, repetidos en todos los tonos, no cuestionan prácticamente nunca la calidad del crecimiento que experimenta una economía. Como mucho, las necesidades preexistentes e indiscutibles son evocadas como cosa sabida. Evidentemente, la brutalidad del retroceso español es de todo punto explicable por la realidad del crecimiento económico de los años 1994-2006, es decir, su carácter esencialmente especulativo, que no

respondía a ninguna necesidad social (volveremos a ello más adelante).

Advirtamos además que, durante los años 1950-2009, el PIB se multiplicó por más de 7 mientras que el empleo («el número de activos ocupados») sólo conoció un crecimiento de un tercio y ello a pesar de una muy fuerte reducción de la duración del tiempo de trabajo individual, gracias a la reducción de la duración legal del trabajo a tiempo completo y, a partir de 1990, del crecimiento del trabajo a tiempo parcial... Porque el crecimiento del empleo, que parece mantenerse relativamente estable en el período (1950-2009), oculta en realidad el hecho de que ya no son los mismos empleos los que se crean: el empleo «atípico» —es decir, distinto del contrato de trabajo a tiempo completo: temporales, precarios, a tiempo parcial— explota. El enmascaramiento de esa miseria tiene un bonito nombre en la jerga económica: el «enriquecimiento del crecimiento en empleo». Y esa degradación de las condiciones de empleo y de trabajo no logran siquiera limitar la progresión del índice de desempleo oficial. En Francia éste último se ha multiplicado por 10 mientras que en el mismo tiempo, la población activa “sólo” aumentaba en un 43% (1949-2008). En España, entre 1971 y 2009, el PIB se multiplicó por un poco menos de tres, mientras que la tasa oficial de paro se multiplicó por 3,5 y la población activa conocía una progresión del 1,32. Este crecimiento se desarrolló en las mismas condiciones sociales que en Francia: 31% de los asalariados españoles tenían contratos temporales en 2007; la tasa de trabajadores que rebasan la línea de la pobreza es una de las más altas de Europa: 11% de los asalariados en 2007; el riesgo de pobreza afectaba al 19% de la población adulta *antes* del inicio de la recesión económica, *después* de catorce años de un ininterrumpido y fuerte crecimiento¹...

Crecimiento del PIB en magnitud, crecimiento del desempleo y del empleo «indecente» marcharon, pues, a la par durante el período, a pesar de una importante reducción de la duración legal de la jornada de trabajo en Francia

1. Fuente: European Working Conditions Laboratory e Instituto Nacional de Estadística.

para los empleos a tiempo completo. ¡Linda demostración de que «el crecimiento crea empleo»! ¿Acaso no habremos presenciado más bien una *destrucción masiva* de trabajo humano durante ese período?

Un resultado como ese debería dejar patidifusos al gran número de economistas que siguen insistiendo en el efecto de «transferencia» para explicar que el crecimiento no crea desempleo. En efecto, nos dicen, «si el progreso técnico puede destruir empleos localmente o a corto plazo, la creación de riquezas suplementarias que genera garantiza un efecto neto positivo sobre el empleo a largo plazo. Ese mecanismo se conoce con el nombre de efecto de *compensación* (Ricardo), o efecto de *transferencia* (Sauvy)²».

Las ilusiones de la «transferencia»

Expliquémonos. Según los partidarios de este enfoque, la modernización económica y el crecimiento de la productividad de los diferentes sectores de actividad son de hecho, en un primer tiempo, el punto de partida de una reducción masiva del tiempo de trabajo y, por tanto, del empleo. Y ese es precisamente el efecto buscado por los dirigentes de empresa: los costos unitarios de cada mercancía producida bajan, la empresa «gana en competitividad». Pero –continúan diciendo los economistas–, esa caída de los precios de las mercancías crea nuevas oportunidades de crecimiento en otros sectores, de ahí que haya nuevas inversiones productivas, punto de partida de nuevas creaciones de empleos que vienen a compensar los empleos perdidos. Los empleos se han «transferido» de un sector al otro.

Históricamente, el efecto de transferencia de empleos es innegable y explica la transformación sin precedentes de la estructura productiva de las economías

2. Curso de J.-P. FITOUSSI, «Fondement de la politique économique et mondialisation», 16 de octubre de 2007 disponible en <<http://www.supportscoursenligne.sciences-po.fr>>.

modernas: En Francia, entre 1896 y 1974 el número de trabajadores agrícolas caía en cerca de 6 millones, mientras que se creaban 2,2 millones de empleos en la industria y cerca de 6 millones en el sector terciario (el sector que es un poco el cajón de sastre de los «servicios»). En España, entre 1981 y 2005, se destruyeron más de 1,1 millones de empleos en la agricultura, la pesca y los terrenos forestales, mientras el sector fabril ganaba 300.000 puestos de trabajo y la construcción ¡casi 1,4 millones! Los puestos de trabajo perdidos en la economía campesina y en el artesanado –a causa de la industrialización de esas actividades– fueron compensados por el desarrollo de los sectores industrial y de servicios que tomaron el relevo. En Francia, un índice muy alto de crecimiento del PIB permitía crear masivamente empleos con un número de horas trabajadas individualmente elevado pero en caída constante, en un contexto de crecimiento bastante débil de la población activa³. Francia, en el curso de su historia económica reciente, ha estado a menudo «carente de mano de obra», y ha acogido contingentes de inmigrados, incluidos españoles. La modernización económica de España iba a transformarla en territorio de inmigración.

Pero a partir de los años 1970, ese efecto de «transferencia» se desinfla progresivamente y, con una población activa siempre creciente (+33% en Francia, +75% en España entre 1970 y 2008), el paro y el subempleo galopan. Para entenderlo bien, este punto merece que nos detengamos un instante en su análisis y hagamos un breve recordatorio sobre el modo de funcionamiento de nuestro sistema económico.

La dinámica del capitalismo: la tasa de beneficio

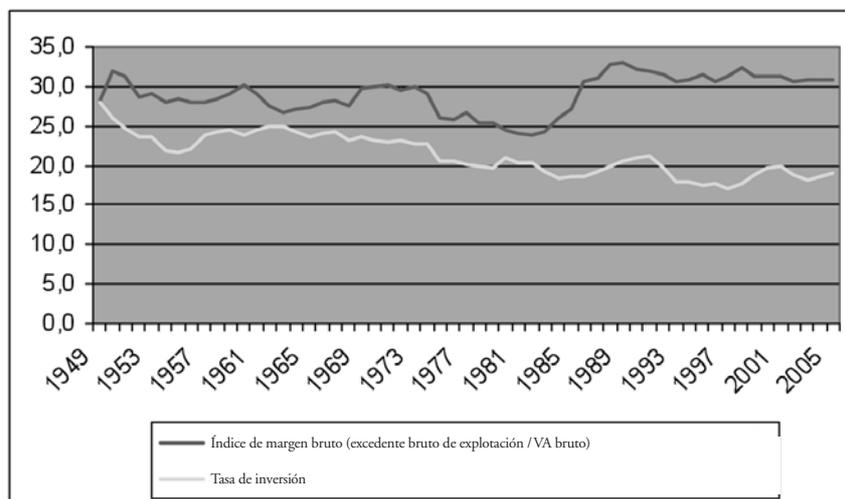
La dinámica de una economía mercantil, su tasa de crecimiento, depende de

3. El crecimiento de la población activa es de 6,7 % entre 1949 y 1968 contra 18,7 % entre 1968 y 1987.

la tasa de ganancia global de las empresas: mientras más elevada sea ésta, más importantes serán los retornos de dinero generados por la inversión productiva. Y más fuerte será la incitación a invertir para ganar dinero.

En Francia, entre 1970 y mediados de los años 1980, la rentabilidad (evaluada aquí por el margen bruto: Excedente bruto de explotación/Valor Añadido bruto o Excedente bruto de explotación/Producto Interior Bruto) y la tasa de inversión de las empresas disminuyen nítidamente (cf. Gráfico 2).

Gráfico 2.
Evolución de la tasa de beneficio y de la tasa de inversión (Francia 1949-2008)



Fuente: INSEE

Esta crisis de los beneficios es la misma para el conjunto de las economías de mercado durante ese periodo. La razón está perfectamente establecida por toda una tradición marxista a la cual hacen referencia los textos económicos más interesantes de los objetores del crecimiento⁴: un fuerte crecimiento eco-

4. El texto más reciente de André Gorz hace explícitamente referencia a los trabajos de Jean-Marie Vincent, Anselme Jappe, Moïse Postone y Robert Kurz («Crise mondiale, décroissance et sortie du capitalisme», *Entropia* nº 2, primavera de 2007).

nómico se basa en la acumulación del capital productivo (las «máquinas») necesario para el crecimiento de la productividad del trabajo que permite producir y vender numerosas mercancías que ven caer sus precios (automóviles, refrigeradores, teléfonos, ordenadores, etc.). Pero a medida que crece el valor del capital acumulado, la relación de las ganancias con la totalidad del capital acumulado se hace cada vez menos interesante: para decirlo con otras palabras, cada euro del capital invertido rinde cada vez menos. Una ganancia de 10 euros procedente de un capital acumulado de 100 euros rinde un 10%, pero si el capital acumulado crece, 10 euros de ganancia ya no son suficientes: es preciso, por ejemplo, aumentar en un 10% su beneficio para mantener la rentabilidad del capital durante el período siguiente (11/110). De no ocurrir así, se reduce el estímulo para invertir. Esto es lo que acontece desde finales de los años '60, a partir de los cuales la tasa de inversión inicia su lento descenso, lo cual hace caer la tasa de beneficio (hasta mediados de los años '80) y el índice de crecimiento del PIB (estando el PIB lejos de la recesión).

Esta situación está lejos de ser nueva en la historia del capitalismo. Es incluso una contradicción permanente del sistema de mercado: cada empresario está interesado en aumentar su capital productivo para que su empresa sea más competitiva que sus competidores, lo que conduce, en un nivel colectivo, a una «sobrecumulación de capital». Las ganancias se vuelven insuficientes con respecto al valor de la suma de los capitales a rentabilizar. ¿Qué hacer? Durante el siglo XIX y a comienzos del XX, la economía mercantil se regulaba mediante crisis periódicas violentas y de corta duración (recesión) que devaluaban el capital acumulado (los famosos «ciclos económicos»).

Esas fuertes sacudidas permitían destruir capital (*via* la quiebra en cadena de numerosas empresas y, por tanto, dando lugar a un alto número de pérdidas de puestos de trabajo), lo cual hacía surgir nuevas oportunidades de tasas de beneficio elevadas para las empresas sobrevivientes (las más sólidas) y garantizaba «retomar» un crecimiento fuerte.

Ello, de paso, permite recordar un par de evidencias:

–La crisis económica no es un accidente, sino un momento del ciclo de crecimiento.

–Y las crisis de la economía mercantil son siempre crisis de sobreacumulación de capital y sobreproducción, durante las cuales hay poblaciones que mueren de hambre mientras toneladas de mercancías se pudren sin salida. La terrible situación que vivimos con, por una parte, inauditos excedentes de alimentos y millones de vientres vacíos es algo banal bajo el sol del reino de la mercancía.

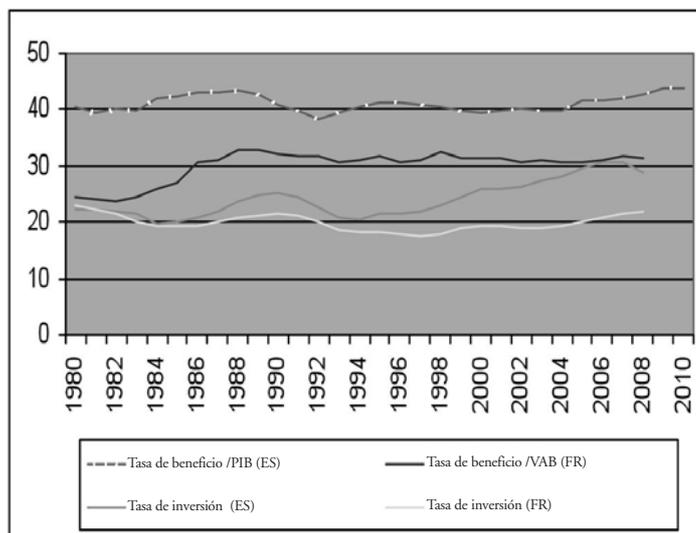
A partir de los años '70, las economías modernas, de hecho, conocerán un retorno de esos ciclos de actividad, pero estos se verán en adelante atenuados por las políticas públicas aplicadas con el propósito de impedir la violencia de las crisis económicas. Pues lo que era afrontable (con costos sociales que eran ya terribles) cuando el capitalismo estaba débilmente desarrollado, ya no lo es. El nivel alcanzado por la acumulación de capital es prodigioso y los costos de una recesión al nivel requerido para purgar la sobreacumulación de capital son juzgados política y socialmente insoportables. A título de ejemplo, las crisis económicas que conocen las economías española y francesa en el periodo 1970-2007 son moderadas (crecimiento nulo o recesión suave).

La violencia de la del 2009 para el conjunto de las economías modernas, a pesar de las políticas monetarias y presupuestarias extremadamente importantes puestas en marcha para limitar su dimensión, revela la magnitud de la crisis de sobreacumulación en que se halla encerrada la economía de mercado.

El lector sagaz quizás haya notado que las tasas de beneficio fueron restauradas durante el decenio de 1980, sin sufrir una purga económica severa. Esta realidad es idéntica para las economías francesa y española en el nivel de análisis en que nos situamos⁵.

5. La medida de la tasa de beneficio es tradicionalmente el cociente entre el Excedente Bruto de Explotación (EBE) y el Valor Añadido Bruto. El EBE sólo mide imperfectamente los beneficios, pues ha integrado igualmente los ingresos de los trabajadores no asalariados, que son sensiblemente más numerosos en España que en Francia. La parte del empleo no asalariado era todavía superior al 25% a principios de la década de

Gráfico 3.
Evolución de la tasa de beneficio y de la tasa de inversión (Francia, España 1980-2009)



Fuente: INSEE e INS

La evolución de la tasa de inversión es sensiblemente diferente: en Francia, su caída ha sido simplemente frenada, seguida por un débil crecimiento; en España, «emprende el vuelo» hasta el brutal retroceso del 2008. ¿Debido a qué milagro? La respuesta hoy ya es conocida por todos aquellos que ven las cosas de frente. Para satisfacer su necesidad de crecimiento, el capital tiene que recurrir cada vez más a burbujas especulativas. La restauración de las ganancias no era más que «falsa moneda»: miles de millones creados sin contrapartida en bienes y servicios. Un verdadero «capital ficticio» para hablar como Marx. Únicamente las diversas burbujas especulativas que conocimos durante los decenios 1990 y 2000 (sector inmobiliario particularmente en España, «nueva economía», títulos financieros, etc.) pudieron hacer creer que la economía mercantil estaba de nuevo en «plena forma», dopada por la

de 1990 (hoy está en alrededor del 18%). Aquí sólo debe considerarse la tendencia general de las curvas.

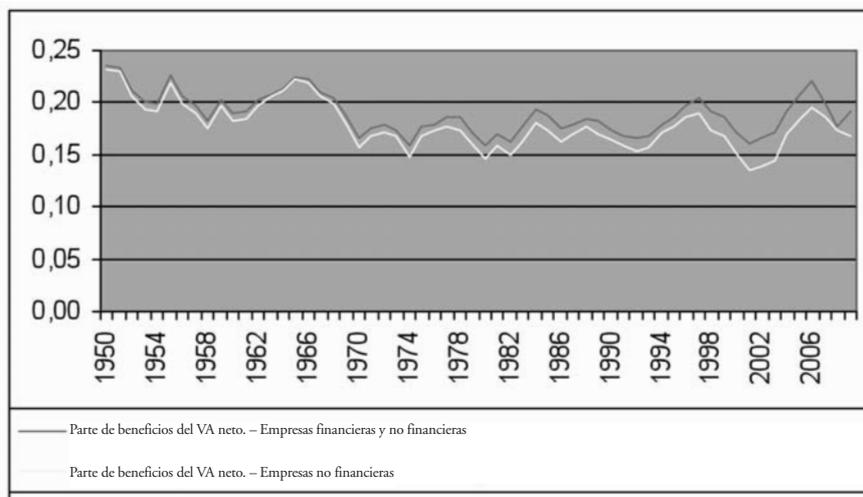
onda de «neoliberalismo». Se sabe lo que ocurrió a partir del verano de 2007. Contrariamente a las tesis altermundialistas de moda que oponían las buenas inversiones productivas a la «economía de casino» de la especulación, las burbujas especulativas de hecho pudieron favorecer, por carambola, la inversión productiva, pero de forma particularmente no duradera. Para las economías que obtuvieron el mayor provecho de estas burbujas, España, pero también Irlanda, Islandia y por supuesto los Estados Unidos (cf. *infra*), la brutalidad del retroceso ha sido proporcional a la magnitud de los movimientos especulativos que impulsaron el crecimiento. Comparada con estas economías, la especulación se ha mantenido relativamente moderada en Francia, la tasa de inversión ha progresado poco y, en consecuencia, la violencia de la crisis actual ha sido menor (y la seguridad social continúa funcionando a pesar de los incesantes ataques⁶).

La economía de mercado dominante, los Estados Unidos, no han escapado en absoluto a esta configuración. Tras una caída importante de las tasas de beneficio a fines de la década de 1960 (gráfico 4) –y consecuentemente de la inversión (gráfico 5)– se han beneficiado de su posición (emite la moneda mundial) para sacar gran provecho de la financiarización de la economía. El nivel de las tasas de beneficio de los años '50 y '60 no ha regresado hasta en fechas recientes gracias a las formidables burbujas especulativas (tanto inmobiliarias como mobiliarias) activadas por las políticas monetarias y presupuestarias del otro lado del Atlántico puestas en marcha desde principios de la década de los '80. Era notorio públicamente que, en 2007, cerca de la mitad de los beneficios anunciados por las grandes empresas no financieras estadounidenses eran de naturaleza especulativa. La economía del crecimiento no era capaz de sobrevivir más que sobre bases esencialmente ficticias. Los nuevos episodios totalmente delirantes de creación monetaria para desespe-

6. Ver el primer informe sobre el papel de la seguridad en el mundo publicado por la Organización Internacional del Trabajo: *World Social Security Report 2010/11: Providing coverage in times of crisis and beyond*.

radamente intentar relanzar el aparato productivo hacen hoy palidecer de terror a los más ardientes partidarios del capitalismo. El retroceso de 2007 es de ese modo proporcional al carácter ficticio del crecimiento estadounidense, violando totalmente las regulaciones de base de la economía de mercado.

Gráfico 4.
Evolución de la tasa de beneficio, USA (1950-2010)



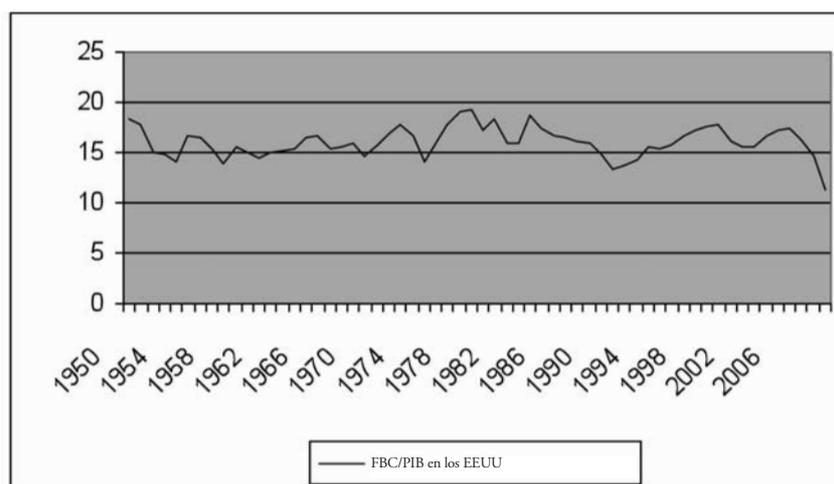
Fuente: National Income and Products Accounts (NIPA)

En la totalidad de los países económicamente desarrollados, la misma causa provoca los mismos efectos: la economía del crecimiento sufre un bloqueo completo de su motor interno y se encierra en una crisis sin salida.

Inaccesible pleno empleo

En la lógica de la economía mercantil, y en un contexto de sobreacumulación de capital, sin una purga adecuada (que tendría consecuencias sociales devastadoras), la tasa de inversión de las empresas no puede ser restaurada duraderamente. Y, en cuanto a las inversiones productivas que aún se realizan, la

Gráfico 5.
Evolución de la tasa de inversión empresarial, USA 1950-2010



Fuente: NIPA

presión en la productividad del trabajo alcanza niveles cada vez más insostenibles para los asalariados⁷. Además, el desarrollo de las técnicas numéricas de la información y de la comunicación (TNIC) favorece todavía más un movimiento como ese, sobre todo en el sector de los servicios mercantiles. Bajo crecimiento económico y carrera por los aumentos de productividad: las consecuencias para el empleo son desastrosas. El empleo en el sector productivo, *exit*.

Los Estados, mal que bien, han desempeñado el papel de amortiguador de la crisis de la economía del crecimiento, pero al precio de alcanzar niveles de endeudamiento cada vez más preocupantes. Ya apenas pueden, por tanto, favorecer el empleo público, punto de partida de tanta creación de empleo en la posguerra. El carácter explosivo de la deuda pública tras el apoyo a la economía

7. La productividad per capita aumentó 45 % en el sector manufacturero en Francia entre 1999 y 2009. Fuente: Insee citado in CENTRE CONFÉDÉRAL D'ÉTUDE ÉCONOMIQUE ET SOCIAL/CGT, «Cinq priorités pour une politique industrielle», *Note économique*, n° 123, febrero de 2009, p. 6.

para hacer frente al crack de 2008 empuja, por el contrario, a no reemplazar a los funcionarios que se jubilan, si es que no se les cesa pura y simplemente.

Las presiones sobre la productividad aumentan inevitablemente en todas las profesiones, incluso en las que podían creerse a salvo de ello. De ese modo, tras la generalización de las tabletas electrónicas y la «puesta en la red del saber», no sería muy raro que el rectorado académico innovador decida próximamente que solo un puñado de profesores cualificados seguirá siendo necesario en su sector: los cursos serán puestos en línea en la red, los alumnos los descargarán en sus casas en su ordenador personal que les servirán también para hacer sus tareas (conectados a la webcam de vigilancia y al chivato electrónico destinados a garantizar que no haya trampas). Ellos enviarán las respuestas por correo electrónico a un Cuestionario de Elección Múltiple, y serán de inmediato procesadas por un programa *ad hoc*. ¿Para qué entonces continuar pagando colegios, institutos de enseñanza secundaria, personal administrativo, profesores, cuando la deuda pública se hace insoportable?

Cuando entramos en la nueva era de las tecnologías del conocimiento, ¿por qué esforzarse en encontrar físicamente profesores y otros seres humanos cuando todo está al alcance del clic informático? ¡Qué feliz casualidad!: las reglas del despido de la función pública están, precisamente, flexibilizándose... *Exit*, el empleo público.

Pero entonces, ¿cuáles son las únicas opciones que quedan para crear empleo en una economía mercantil ?

Ante todo, hay que destruir la normativa sobre el empleo que se fue instaurando de modo gradual en la posguerra. La mayoría de los empleos creados son hoy empleos precarios, temporales, de tiempo parcial, de obra⁸...

8. En 2003, 30% de las mujeres asalariadas trabajaban a tiempo parcial en Francia, lo cual está en el promedio de la Europa de los 25 y es muy inferior a muchos países desarrollados (Países Bajos: 75%, Reino Unido: 43%... Con semejantes estadísticas se comprende mejor cómo esos países pudieron conocer el «pleno-empleo»...). En España, solo el 17,5% trabajaban a tiempo parcial en 2002, pero su índice de actividad es bajo (de alrededor del 40%), aunque en crecimiento constante (Fuente: Eurostat 2004).

Estos empleos, precarios y con frecuencia no cualificados, están mal pagados, lo que explica que, en Francia, el 7% de los asalariados (a menudo mujeres) tengan ingresos inferiores al umbral de pobreza⁹. Esos empleos permiten oportunamente «limpiar» las estadísticas del desempleo y hacer creer que la creación de empleo continúa «como antes».

El desarrollo del sector llamado «de atención a las personas» se mostrará perfectamente adaptado para acoger tales «empleos». ¿De qué se trata? Simplemente de una nueva forma de empleos domésticos con respecto a los cuales el «padre de la economía política», el liberal Adam Smith, mostraba, hace más de doscientos años –en el capítulo 3 del Libro II de *La Richesse des nations*– que era «improductiva», que no permitía la acumulación de capital... En esas condiciones, ¿es verdaderamente exagerado considerar que estamos ante una crisis importante de las categorías de la economía del crecimiento?

¿Pero acaso existe actualmente *un único* escenario, aunque fuera apenas creíble (y dejando a un lado toda problemática ecológica), que sirva de modelo a la posibilidad de encontrar índices de crecimiento económico cercanos a los de los años 1950-1970? Ni uno solo. Los mejores economistas «burgueses» alertan, por el contrario, sobre la sobreacumulación de capital, el cual, literalmente, no sabe ya dónde emplearse para ser rentable –y va a alimentar nuevas burbujas especulativas y a devastar nuevos territorios, tales como las tierras agrícolas de los países del Sur.

¿Por qué la mayoría de los economistas siguen creyendo en la realidad de la «transferencia de empleos» tan manifiestamente caduca? Sólo hay una explicación: un discurso semejante permite conservar la creencia en la eficacia de los mecanismos de la economía del crecimiento, ocultar su derrota y, por tanto, reforzar todavía la conminación a someterse cada vez más a las instituciones del mercado. Para decirlo de otro modo, acudiendo a las mejores

9. Fuente: Insee, *France, portrait social 2009* disponible en <<http://www.insee.fr/fr>>.

fuentes de la neolengua*: «Ese mecanismo [la “transferencia creadora de empleo”] se instala con más eficacia y rapidez que lo que demoran en reunirse entre las actividades¹⁰ las condiciones de una transferencia fluida de la mano de obra, del capital y de la demanda». Cada vez más «fluidez», más «flexibilidad», en lenguaje vulgar «precariedad»: he ahí el único horizonte prometido por los devotos del crecimiento...

Si este análisis es correcto, estaremos asistiendo, desde 2007, a la operación de purgado tan retardada por los pilotos de la economía mercantil (altos funcionarios, miembros de los bancos centrales...). Esto era completamente inevitable, pues los niveles de capital ficticio (las burbujas especulativas) habían manifiestamente devenido demasiado elevados. Cuando los poseedores de títulos inmobiliarios o financieros han querido transformarlos en dinero, ha resultado evidente que no valían gran cosa, pues estaban mil veces sobrevaluados. Ha sucedido así que cuando un feliz propietario de un inmueble de esos cuya construcción ha devastado la costa española ha intentado alquilarlo, no ha encontrado quien lo hiciera; lo mismo cuando el poseedor de un título financiero cualquiera ha intentado venderlo en el mercado. Cuando las cantidades de trabajo productivo se encogen como piel de zapa, las inmensas deudas creadas en estas últimas décadas –y que podían haber hecho creer a los apresurados analistas que el capitalismo estaba en plena forma– estallan sumergiendo en la pobreza a millones de personas en Europa y en Estados Unidos.

Tal análisis es raramente llevado a cabo por las izquierdas políticas en Europa. Pueden esgrimirse muchas razones –como el escaso interés que sus intelectuales han manifestado por la teoría social del valor. Aquí insistiremos en la siguiente idea: tal análisis señala la grave responsabilidad de la «artificialización del mundo», es decir, del desarrollo desenfrenado de las técnicas y de las máquinas cada vez más sofisticadas en detrimento del trabajo vivo de los

*De la palabra newspeak, creada por George Orwell en su distopía *1984*. (N. del T.).

10. Cours de Jean-Paul FITOUSSI (2007), <<http://www.supportscoursenligne.sciences-po.fr>>.

seres humanos. Porque todo lo que está en juego es muy grave: ¿se puede tener «pleno empleo», cuestionar el «liberalismo» y el pleno desarrollo de las Tecnologías Numéricas de la Información (TNIC)?

Sí, responde la «izquierda de la izquierda», para la cual la solución al problema del desempleo se basa en una mezcla «crecimiento económico/reducción del tiempo de trabajo». Examinemos este punto.

El quid de una Reducción del Tiempo de Trabajo

Según este enfoque, sería adecuado aplicar una política favorable al desarrollo económico e industrial (esencialmente sostenida por las TNIC: Internet, nanotecnologías, pero también los tradicionales automóviles, centrales nucleares y aeropuertos) unido a una disminución consecuente del trabajo semanal o anual efectivo. La izquierda francesa cuando estuvo en el poder practicó una política de reducción del tiempo de trabajo legal: se redujo a 35 horas semanales en 1998.

Problema: las consecuencias de tal política en cuanto a la creación de empleo fueron insignificantes (se crearon algunos centenares de miles de empleos), en especial porque era importante integrar los apremios de la competitividad mercantil (aumento de la productividad, mantenimiento de los márgenes de beneficio, etc.), lo cual reducía la creación de puestos de trabajo. ¿A cuánto habría que reducir el tiempo de trabajo legal y efectivo en los empleos a tiempo completo para garantizar una creación de empleos que hiciera disminuir significativamente el índice de desempleo (o sea, la creación neta de varios millones de empleos en algunos años)? Sin duda alguna, al menos diez horas semanales, es decir, la semana de las «25 horas» o de las «20 horas». En la debacle en curso de la economía del crecimiento, que sepamos tal programa no ha sido propuesto por ninguno de los partidos de izquierda en el gobierno en Europa. ¿Por qué? Simplemente, porque existen dudas le-

gítimas de que la instituciones de la economía mercantil lo resistieran.

En semejante contexto, las interrogantes sobre el sentido a dar a su trabajo, acalladas en estos momentos por el miedo al desempleo y a la precariedad, podrían salir de nuevo a la superficie. Y podrían impugnar de nuevo la despiadada división técnica en que se basa la economía del crecimiento y sin la cual ésta no podría sobrevivir. A guisa de ejemplo, las redes de los TNIC o de los transportes reposan en una división mercantil del trabajo exacerbada, mundializada, donde cada grupo de trabajo humano no es más que un eslabón funcional en la cadena de producción que moviliza recursos a escala planetaria. Una fuerte reducción de la influencia del trabajo en nuestras existencias individuales tendría grandes oportunidades de hacer estallar una organización así y hacer desaparecer sus mercancías más sofisticadas.

La reducción del tiempo de trabajo es incompatible con la lógica de acumulación del capital por una segunda razón, fundamental. Hemos subrayado ya que la sobreacumulación del capital a escala mundial es ya insoportable. Pero una reducción del tiempo de trabajo «decente» implicaría un fuerte crecimiento de la parte de los salarios en el valor añadido, lo que tendría como consecuencia recortar aún más las fuentes del beneficio. Una catástrofe para las masas de capitales que ya no saben qué hacer para ser rentables y cuya destrucción sigue amenazando la economía mundializada. Pues bien, si una sólida reducción del tiempo de trabajo constituye la vía para una salida del capitalismo, ¿esa es una buena noticia, dirán algunos! Ciertamente. Pero para los objetores del crecimiento, tal política puede muy bien resultar ecológicamente insostenible (en su versión «relanzamiento del consumo»). Y, sobre todo, la mayor parte de los partidarios de la reducción del tiempo de trabajo de las distintas versiones de la izquierda, se esfuerzan permanentemente en demostrar que ella es perfectamente compatible con la economía de mercado («los empresarios pueden pagar», «relanzamiento de la demanda»...) y por tanto con las formas de consumo que fomenta. Lo cual cada día resulta ser más falso, salvo quizás en lo que hace a insignificantes reducciones del tiempo de trabajo legal, de algunas horas sema-

nales, sin efectos prácticos sobre el empleo, que ya nadie promete.

Quizás se comprende entonces por qué resulta bastante gracioso oír a los diversos partidarios de la economía del crecimiento acusar a los objetores del crecimiento de querer propagar el paro y la destrucción de empleos. Porque la destrucción masiva del trabajo vivo en nuestras sociedades occidentales es el resultado directo, lógico, esperable, del desarrollo económico que se basa en la búsqueda de competitividad, en el crecimiento de la productividad, en la sustitución del trabajo vivo por las «máquinas»... y la terrible crisis de sobre-acumulación que lo acompaña. He ahí por qué, en Francia, entre finales del siglo XIX e inicios del XXI, el número total de horas trabajadas al año cayó en aproximadamente un 40% (más del 50 % por trabajador)¹¹. En España, el tiempo de trabajo anual medio por trabajador se redujo más de un 20% entre 1970 y 2008 –con una aceleración de la caída después de 2002, periodo de fuerte crecimiento económico– mientras el PIB real se veía multiplicado por más de tres.¹²

Rehabilitar el trabajo humano

En esas condiciones, los partidarios de «cada vez más crecimiento» no disponen de ninguna estrategia creíble de «retorno al pleno empleo» cuando los globos de la «transferencia» y de la reducción del tiempo de trabajo se han desinflado. Los partidarios del decrecimiento se contentan con decir dos cosas:

–Es inaguantable que los seres humanos estén obligados a vivir en la extrema miseria en una sociedad que cuenta con increíbles riquezas concretas. Favorecer una reapropiación directa de riquezas (tales como las viviendas va-

11. P. VILLA, *Un siècle de données macroéconomiques*, OCDE, Perspectives économiques, 2005.

12. Fuente: EWCO, INS y Oficina Internacional del Trabajo.

cías o los excedentes de alimentos) es, simplemente, una exigencia moral mínima. Lo mismo ocurre con la garantía de ingresos decentes fuera del empleo (vía seguridad social o una «renta básica»). Se trata entonces de defender la creación de otras lógicas monetarias que no sean la de la moneda mercantil.

–Una «economía ecológica» recurriría más al trabajo humano e implicaría relocalizar un gran número de actividades, o sea, un nuevo cuestionamiento de la economía del crecimiento mundializada y, por consiguiente, de algunas de sus mercancías más relumbrantes que no resistirían semejante evolución.

Esta posición se puede juzgar inquietante, incluso insoportable, pues va a contracorriente del progreso económico de estos últimos años, pero aún estamos esperando su refutación.

Decrecimiento no equivale a recesión

La reivindicación de decrecimiento económico aspira a una transición hacia una sociedad ecológicamente sostenible. Si verdaderamente se quiere conservar el vocabulario del «progreso», este sería medido con el rasero de otros criterios (ecológicos, sociales) que no son el de la acumulación de valores monetarios. Por ello, la transformación social buscada supone precisamente el fin de la dominación de las instituciones del crecimiento y de su principal indicador, el PIB. Confundir «recesión económica» y «decrecimiento» emana, pues, de la confusión intelectual o de la mala fe. Las increíbles ganancias en términos de productividad del trabajo conducen a una destrucción masiva del trabajo humano, a una degradación de su calidad (taylorismo) y a la degradación de su eficacia ecológica (cf. *infra*). ¿Cómo pueden dejar de ser dramáticas las consecuencias sociales de ello?

En una economía del crecimiento, la eficacia se mide por las ganancias de productividad del trabajo. Es por ello que los bienes y servicios industriales eliminan de manera progresiva las actividades artesanales –como lo observó

Marx, que veía un progreso en ello: el retroceso de las «corporaciones» en beneficio de la «cooperación» industrial. Pero la explotación de los recursos naturales, renovables o no, que está en la base de la industrialización, conduce a un derrumbe de la biodiversidad y de la productividad ecológicas.

Una sociedad del decrecimiento que descartase recurrir a determinadas técnicas de producción particularmente nocivas, recurriría cada vez más, por el contrario, al trabajo humano¹³, lo cual parecería estar contrabalanceado por una reducción significativa de las necesidades de consumo con consecuencias particularmente nocivas en el plano medioambiental.

Que se tranquilicen los sindicalistas que temen la pérdida de empleos: un decrecimiento económico implicaría muy probablemente un recurso masivo al trabajo en las esferas del transporte (colectivo), de la energía (renovable), del habitat (aislamiento), de la agricultura (pequeñas explotaciones de agricultura biológica), etc. Es este punto lo que intentan cuantificar algunas investigaciones: según el estudio del WWF, la reducción de gases con efecto invernadero en un 30% de aquí al año 2020, crearía más de 680.000 puestos de trabajo suplementarios en Francia, lo cual está lejos de resultar insignificante¹⁴.

A diferencia de una pretendida «recuperación verde» del crecimiento, un decrecimiento se llevaría a cabo:

–Vía una muy importante relocalización de las actividades –que evidentemente no sería «total», ningún objetor del crecimiento busca un tipo cualquiera de «autarquía» (que, por cierto, jamás ha existido). Se habla de “relocalización abierta”.

–Sustituyendo el capital por el trabajo, o sea, una reducción de la productividad del trabajo con el propósito de reducir la explotación económica de los seres humanos y de los recursos naturales.

13. No presentaremos aquí la controversia «trabajo»/«actividad» y, al respecto, nos limitaremos voluntariamente a una acepción muy amplia del trabajo que incluye lo que algunos autores denominan «actividad».

14. <www.wwf.fr>.

–En un contexto de fuerte reducción del consumo final de los núcleos familiares y de las administraciones –lo que llevará, en sentido inverso, a una reducción de las necesidades en trabajo, para tranquilizar a los lectores del *Derecho a la pereza* de Paul Lafargue (1881).

–En condiciones de trabajo más democráticas (distribución del tiempo de trabajo y de las condiciones penosas de las tareas, cuestionamiento de la propiedad del capital, «eutanasia de los rentistas» para retomar la célebre fórmula de Keynes) y, por ende, con una real reflexión sobre la calidad y los propósitos del trabajo, que está particularmente ausente en el período actual.

Esas proposiciones son completamente inaudibles para la casi totalidad de los economistas. Y ello obedece a una sencilla razón: como economistas, estos últimos movilizan instrumentos teóricos inadaptados a una situación de crisis ecológica generalizada –de ahí la tentación permanente de relativizar su importancia cuando ya no es posible negarla. De ese modo, los economistas por lo general considerarán que las «ganancias de productividad» constituyen una medida correcta de la eficacia de un determinado modo de producción. Sin embargo, en este punto, al igual que en muchos otros, los instrumentos de medida de la «ciencia económica» demuestran una evidente imperfección. Una breve presentación del concepto de productividad permite demostrarlo.

En economía, la productividad mide una relación entre una cantidad producida (por ejemplo, un número de automóviles) y un «factor de producción» (por ejemplo, el número de horas trabajadas para producirlos). La productividad puede expresarse en forma física (1 hora de trabajo producido x automóviles) o en valor monetario (1.000 euros de costo del trabajo son el punto de partida de x millares de euros de volumen de negocio). Es fundamentalmente esta última la que resulta pertinente para una economía mercantil, orientada a la maximización de los valores monetarios.

Aunque el vocabulario sea a veces parecido, la ciencia ecológica utiliza

otros indicadores diferentes. La «productividad ecológica» mide una velocidad de producción expresada en cantidad de materia orgánica producida por unidad de superficie y unidad de tiempo (se hablará, por ejemplo, de la productividad anual de una pradera, midiendo la importancia de la vida orgánica del suelo, el crecimiento y el peso de los vegetales). La noción de «eficacia ecológica» considera la transmisión de la energía de un nivel de una cadena alimentaria al nivel siguiente. Se mide por la relación entre la energía consumida por un organismo y el trabajo mecánico que este es capaz de suministrar.

El ejemplo del sector agrícola muestra claramente la contradicción que existe entre los indicadores económicos del crecimiento y los indicadores de eficacia y de productividad ecológicas. Según se sigan unos u otros, los resultados deseados serán fundamentalmente distintos. La agricultura moderna, extremadamente intensiva, se caracteriza por niveles de productividad física muy elevados —esta se multiplicó por 10 entre 1960 y 2000 en Francia¹⁵—, razón por la cual la agricultura campesina casi ha desaparecido. Una situación como esa lleva inevitablemente a un economista a pronunciarse por el carácter altamente deseable de una agricultura semejante, la única capaz de «alimentar al mundo» por el hecho de ser muy productiva. Y, para los agricultores que no hayan sido eliminados por la competencia, y hasta estos últimos años, muy rentable.

No obstante, esa misma agro-industria revela una total ineficacia ecológica: su punto de partida es un despilfarro increíble de energía (sobre todo de materias fósiles: carburantes e insumos agrícolas) para alimentar (cada vez peor en el plano de la calidad) a los habitantes de los países occidentales y los «occidentalizados» del resto del mundo. Las correlaciones entre unidades nutricionales y unidades de insumos de origen químico (abono, productos

15. F. de RAVIGNAN, *La Faim pourquoi?*, op. cit. *Un défi toujours d'actualité*, La Découverte, París, 2009.

fitosanitarios) son 60 veces más elevados en los policultivos tradicionales que en los monocultivos industriales¹⁶. Vandana Shiva recuerda que para producir 100 unidades de alimentos se requerirán 5 unidades de insumos en un sistema de policultivo, contra 300 en monocultivo industrial¹⁷. Se ha calculado que alimentar a una población de 5 mil millones de seres humanos generalizando las técnicas occidentales, supondría dedicar a la alimentación la totalidad de las reservas petroleras conocidas, las cuales se verían agotadas en el transcurso de algunos años¹⁸.

La agricultura industrial destruye la vida a gran escala, como lo había ya anunciado desde 1962 la gran ecologista estadounidense Rachel Carson. Un 90 por ciento de la vida microbiana de los suelos se vería destruida por la agro-industria y únicamente el empleo excesivo de abonos y de pesticidas para proteger las plantas permitiría continuar garantizando las cosechas, síntoma del desmoronamiento de la productividad ecológica¹⁹. Es precisamente «la destrucción de la biodiversidad lo que constituye la primera causa de las carencias en vitaminas y de la desnutrición» en los países pobres²⁰, pues la alimentación se vuelve más pobre y menos variada. En ese sentido, un informe reciente de la FAO señala: «Los tradicionales sistemas alimentarios de los pueblos indígenas utilizan el conjunto del espectro de la vida, lo cual no logran hacer los sistemas modernos. Los avances tecnológicos de la agricultura, durante los seis decenios de existencia de la FAO, han provocado grandes rupturas entre los pueblos y su alimentación. La mundialización y la

16. F. BRAY, « Agriculture for the developing nations », *Scientific American*, julio de 1994, p. 33-35.

17. V. SHIVA, *Globalisation of Agriculture and the Growth of Food Insecurity*, RSFTE, RFSTNRP, Delhi, 1996.

18. D. PIMENTEL y W. DAZHONG, «Technological change in energy use in US agricultural production», in Ronald C. CARROLL, J. H. VANDERMEER, P. M. ROSSET (dir.), *Agroecology*, McGraw-Hill, 1990, p. 147-164. J.-P. BERLAN, «Les OGM, la faim et l'Académie des sciences», *L'Écologiste*, n° 7; junio de 2002.19. C. et L. BOURGUIGNON, *Le Sol, la terre et les champs. Pour retrouver une agriculture saine, Sang de la terre*, París, 2008.

20. V. SHIVA, *Le Terrorisme alimentaire*, op. cit.

homogeneización han reemplazado los cultivos alimentarios locales. Las cosechas de alto rendimiento y el monocultivo han ocupado el lugar de la biodiversidad. Los métodos agrícolas industriales con grandes insumos han degradado los ecosistemas y las zonas de agro-ecología. En fin, la industria alimentaria moderna ha provocado enfermedades crónicas vinculadas al modo de alimentación y otras formas de desnutrición» en los países pobres²¹. La aplicación de la lógica del crecimiento económico a la agricultura conduce a un atolladero social y ecológico mundial. Y cada vez hay menos personas que nieguen esa evidencia. Para los objetores del crecimiento, ese diagnóstico puede extenderse más allá del sector agrícola tomado aisladamente y cuestiona el núcleo del modelo de acumulación monetaria. Las consecuencias económicas y sociales que se desprenden son evidentemente terribles.

¿Y qué ocurre con el mercado en todo eso?

Las diferentes corrientes del movimiento del decrecimiento se oponen al papel que podrían seguir desempeñando las instituciones de la economía de mercado –entre ellas, el Estado– en el proceso de decrecimiento económico al que aspiran.

Los ecologistas (favorables o no al decrecimiento) han defendido siempre la pertinencia de la iniciativa individual en el origen de la creación de intercambios mercantiles favorables para una economía ecológica: agricultura biológica, bancos alternativos, cooperativas, etc. Al mismo tiempo, si se considera que la economía mercantil –definida como sistema de mercados en los cuales

21. FAO y CENTRE FOR INDIGENOUS PEOPLES' NUTRITION AND ENVIRONMENT, *Indigenous Peoples' Food Systems: the Many Dimensions of Culture, Diversity and Environment for Nutrition and Health*, Rome 2009. La citat traducida está tomada del trabajo de F. Nicolino, disponible en <http://fabrice-nicolino.com>.

reina una competencia con miras a la acumulación máxima de valor monetario y cuyo funcionamiento está garantizado por la intervención fuerte de los Estados— sólo puede funcionar al precio de un crecimiento ya insostenible de la presión humana sobre los ecosistemas naturales, entonces los movimientos del decrecimiento se alinean resueltamente en el campo del anticapitalismo. Sin embargo, como hemos visto, lo hacen sobre bases muy diferentes a las de las izquierdas «radicales». Así pues, la cuestión fundamental es: ¿pueden seguir existiendo mercados, comercio, por tanto, intercambios de moneda en condiciones de garantizar un decrecimiento de los intercambios económicos?

Algunos trabajos tienden a responder negativamente a esta pregunta. La crisis ecológica está enteramente provocada por la contradicción entre la base material de los seres vivos y las formas institucionales del capitalismo, ellas mismas al final de la carrera. Según este enfoque, es la creación de valor monetario como fin en sí mismo del sistema mercantil lo que lleva a la multiplicación delirante de «bienes de uso» (por lo que importa suscitar permanentemente necesidades vía el sistema publicitario) con el propósito de frenar la caída de los beneficios. En este comienzo del siglo XXI, en un contexto de crisis generalizada del capitalismo, sería totalmente ilusorio pensar en conservar instituciones tan fundamentales como el intercambio mercantil y las instituciones monetarias actuales, encuadrándolas con vistas a «dirigirlas» de acuerdo con una perspectiva de decrecimiento.

Esta crítica de tipo marxista, que coincide con los trabajos ya clásicos de antropología social²², recuerda que formas sociales muy variadas permitan (y permiten aún) garantizar la circulación de los bienes y servicios necesarios a las comunidades humanas sin, no obstante, desembocar en las instituciones de la economía mercantil. Una perspectiva así, que no confunde a Marx con sus exégetas «progresistas», se entrelaza a veces con tra-

22. M. SAHLINS, *Âge de pierre, âge d'abondance. L'économie des sociétés primitives* [1972].

bajos que consideran que tendríamos mucho que aprender de los pueblos que, hasta el presente, han escapado a la industrialización²³. La corriente «culturalista» del decrecimiento llama así a una «deseconomización» de las sociedades humanas, o sea, a la emancipación frente a las instituciones mercantiles como único medio de abrir el camino hacia una sociedad ecológicamente sostenible.

Moishe Postone, en un análisis original y demasiado poco tenido en cuenta, mostró de forma convincente que la abolición del beneficio no implicaba en absoluto la abolición del valor²⁴. En una lectura original del Marx de la madurez, Postone afirma que el punto clave de la argumentación de Marx es el trabajo como mediación históricamente específica creada por el capitalismo. Se aproxima a los movimientos del decrecimiento al afirmar que, al defender el trabajo, los marxistas y la mayoría de los movimientos obreros han defendido el «pequeño-aburguesamiento», en la medida en que esa forma específica de trabajo marcha a la par de una forma de riqueza que está indisolublemente ligada a ella.

Este análisis de Postone renueva la distinción que el «marxismo tradicional» (según su propia expresión) establece entre el «valor de uso» (aquello para lo cual la mercancía puede servir) y el «valor de cambio» (aquello contra lo cual la mercancía puede ser intercambiada). El marxismo tradicional aspira a abolir el valor de cambio para restaurar el valor de uso. El problema es que no precisa qué entiende por «valor de uso» y, en la práctica, apoya explícitamente ya sea el uso del Internet móvil, del automóvil, etc., que considera también como progresos de la racionalización del mundo o, en corrientes muy minoritarias tales como el ecosocialismo, retoma determinados valores de uso reivindicados por los movimientos ecologistas (productos biológicos, ciudades

23. J. MALAURIE, *Les Derniers Rois de Thulé* [1955], Plon, Paris, 1996; *TerreMère*, CNRS Éditions, Paris, 2008 ou S. LATOUCHE, *Décoloniser l'imaginaire. La pensée créative contre l'économie de l'absurde*, Parangon, Lyon, 2005.

24 M. POSTONE, *Temps, travail et domination sociale*, op. cit.

sin automóviles, etc.) incluyendo asimismo valores de uso «modernos» (medicina de punta, Internet, etc.), sin preguntarse realmente si lo uno es compatible con lo otro, ni qué valores constituyen el fundamento de la sociedad capaz de producirlos.

El marxismo tradicional es claramente productivista. El problema de una segunda corriente es que le falta coherencia, lo cual reconoce a menudo, pues no proporciona un análisis clarificador del capitalismo y el productivismo. Aglutina diversas reivindicaciones sin ser capaz de articularlas. Sin embargo, no son siempre compatibles entre ellas, ni en el plano de los valores, ni en el de las posibilidades económicas y materiales. De una vez, muestran un conocimiento muy pobre de la economía en tanto que sistema físico de intercambio para creer que se puede disponer de la mayor parte de las herramientas «modernas» sin padecer los inconvenientes –inconvenientes que serían achacables a la mala gestión capitalista.

John Bellamy Foster es un ejemplo típico de esta segunda tendencia. Foster afirma, por ejemplo, que la ciencia y la técnica modernas han revolucionado la actitud «infantil» del hombre hacia la naturaleza²⁵ –pero entonces, ¿debe entenderse que todas las técnicas perfeccionadas por esta ciencia «moderna» representan «progresos», incluidos los que, precisamente, destruyen la naturaleza? Asimismo, Foster considera que Marx tuvo razón al definir al ser humano como un «animal que fabrica herramientas»²⁶, tesis que atribuye a Marx, según la cual el grado de civilización de un pueblo puede determinarse atendiendo a cómo trabajaba los metales²⁷. Una posición como esa solo puede conducir a la siguiente conclusión: la sociedad que ha alcanzado el grado más avanzado de civilización es la sociedad capitalista contemporánea...

25. J. B. FOSTER, *Marx's Ecology. Materialism and Nature*, Monthly Review Press, New ork, 2000, p. 125. Edición española en El Viejo Topo.

26. *Ibid.*, p. 202.

27. *Ibid.*, p. 217.

Cuando Foster crítica al capitalista «verde», es para lamentar que el mercado no acepte los «hipercoches», esos vehículos *high tech* construidos con materiales muy ligeros y con motores abarrotados de dispositivos electrónicos para lograr consumir lo mínimo²⁸. No obstante, el «hipercoche» es un producto que sólo puede ser fruto de una sociedad que dispone de un grado alto de capital y de concentración de la producción, dos características fuertemente antiecológicas, antidemocráticas y basadas en la desigualdad. El decrecimiento, por el contrario, brinda todas las razones que permiten pensar que el «hipercoche» es un callejón sin salida, y se escandaliza de que se pueda medir el grado de civilización de un pueblo únicamente por el rasero de su capacidad de trabajar los metales, tal como afirma John B. Foster. Lo que caracteriza al sujeto ecologista o demócrata no es precisamente el ser un «animal que fabrica herramientas», propiedad que el ser humano, por lo demás, comparte con otros animales. El sujeto ecologista se percibe como miembro de una comunidad biótica y el sujeto democrático como miembro de una comunidad simbólica (el demos).

Una perspectiva como esa supone en el fondo que las sociedades humanas están en condiciones de regular sus intercambios de otro modo que no sea un sistema de mercados o una estatalización generalizada que, en ambos casos, han demostrado ser un fracaso, en particular en el plano de las libertades humanas. Es muy evidente que por el momento nadie vislumbra qué formas podría tomar una economía de ayuda mutua y de reciprocidad a gran escala. En sentido más amplio, el objetivo para numerosos partidarios del decrecimiento, más allá de la cuestión de las regulaciones que discutiremos más adelante (capítulos 9 y 10), es el decrecimiento de los intercambios mercantiles para poder contar con un tiempo libre que permitiría la experimentación social (monedas locales, círculos de cooperación del tipo Sistema de inter-

28. J. B. FOSTER, *Ecology Against Capitalism*, Monthly Review Press, New York, 2002, p. 38.

cambio local, autoproducción, etc.²⁹). En esa óptica, contra la lógica de mercado, es esencial despegarse del constreñimiento de la rentabilidad y de las productividades haciendo que se incrementen las relaciones de ayuda mutua lo más numerosas y variadas posible.

29. Cf. A. GORZ, *Misères du présent, richesse du possible*, Galilée, París, 1997.

*El decrecimiento, ¿se refiere a
los países del Sur?*

❖ DONDE SE VE QUE LA MUNDIALIZACIÓN
MOSTRARÍA UNA IMAGEN MUY MEJORADA
SI «OCCIDENTE» TOMASE EN SERIO
LAS OPCIONES DE VIDA DE LOS
«SUBDESARROLLADOS»

En materia de relaciones internacionales, los diferentes movimientos favorables al decrecimiento suelen afrontar la objeción siguiente: los países occidentales podrían eventualmente permitirse una «cura de adelgazamiento» que la situación ecológica hace necesaria, pero ese discurso no resulta posible para las sociedades «no» o «mal desarrolladas», cuyas poblaciones reclamarían hoy, y con razón, la «parte del pastel» que les corresponde. ¿En nombre de qué negaríamos nosotros a los chinos, a los burkinabeses, a los yanomamis y a los otros la posibilidad de poseer dos automóviles por hogar y aire acondicionado en sus viviendas? Esta cuestión ya forma parte de las interrogantes recurrentes a las cuales debe responder toda persona simplemente dubitativa ante los beneficios que aporta la sociedad de crecimiento.

Malentendidos

Una objeción más completa, planteada por los economistas liberales (pero que podría ser planteada también por los marxistas), incluso invierte por completo la perspectiva y considera que, en nombre de los intereses del «tercer

mundo», las sociedades occidentales no tendrían moralmente derecho a emprender la vía del decrecimiento. Considerando en efecto que el desarrollo continuo de los «ricos» favorece el desarrollo de los «pobres», llevados tarde o temprano a recorrer la misma secuencia histórica, un frenazo de Occidente «congelaría» la distribución actual de la riqueza y mantendría en la pobreza a los países del Sur. La «carga del hombre blanco» sería entonces la de continuar creciendo para sacar de la miseria a los pobres del «Sur». El mismo argumento, además, se repite en el seno de las sociedades «ricas»: el crecimiento económico es el único medio de reducir las desigualdades sociales (argumento del «ascensor social»); los partidarios del decrecimiento critican el crecimiento; rechazan, por tanto, la reducción de las desigualdades sociales —como si, entre el crecimiento mortífero y las desigualdades malthusianas, no tuviésemos otras opciones...

En lo que respecta a los partidarios del crecimiento y del desarrollo, esos argumentos no sorprenden. Toda crítica, por muy tímida que sea, del orden del mundo al cual tarde o temprano serán conducidos los pueblos del mundo entero, se ve como una posición reaccionaria, opuesta a la marcha del «progreso», de los derechos humanos y de la democracia. Por consiguiente, el decrecimiento es reaccionario y opuesto a la emancipación de los pueblos. El razonamiento parece impecable. En realidad, es falaz y se basa en una lectura parcial de las posiciones existentes.

Para comenzar, observemos el perfil de los simpatizantes del decrecimiento. Un gran número de autores «del Norte» cercanos o abiertamente favorables al decrecimiento se han dado a conocer por la atención que han prestado a la situación de las poblaciones llamadas «subdesarrolladas» (F. de Ravignan, S. Latouche, F. Partant, la revista *The Ecologist*, etc.) y han colaborado con intelectuales y militantes «del Sur» (Vandana Shiva, Arundhati Roy, Chico Mendès, etc.). Defensores de la autonomía de los pueblos del Sur desde siempre, al menos habría que explicar por qué ellos se habrían alineado brusca-mente al lado del orden establecido. Además, si el decrecimiento era tan

escandaloso desde el punto de vista de la solidaridad internacional, las asociaciones especializadas en ese campo deberían haber sido las primeras en denunciarlo. Pero los movimientos en cuestión, tales como el Comité Católico contra el Hambre y por el Desarrollo (CCFD) o el Centro de Investigación y de Información para el Desarrollo (IDRC/CRID) no han sentido la necesidad de multiplicar su recelo contra la idea del decrecimiento, sino que, por el contrario, S. Latouche y los autores de este libro han sido a menudo invitados a exponer ideas que han sido consideradas verdaderamente dignas de interés. Por añadidura, la idea del decrecimiento interesa a determinadas personalidades del Sur, como Rohan D'Souza, un politólogo miembro del Partido comunista indio que se dedica a hacer una relectura progresista de Gandhi y es autor de trabajos marxistas sobre la gestión de las inundaciones en la época colonial¹. Aunque autores como Rohan D'Souza tampoco son mayoritarios en sus países, como no lo son los objetores del crecimiento en Francia, ese interés en realidad existe y no proviene de oscuros grupúsculos o sectas que viven en los bosques.

Asimismo, en el terreno de las ideas, ningún partidario del decrecimiento se ha pronunciado jamás a favor de un decrecimiento homotético de los consumos de recursos (consumo final, consumos intermedios o inversiones) en el conjunto de los territorios del planeta, tal como les achacan algunas personas. No se encontrará ningún propósito tan absurdo en los textos ni en las declaraciones de los objetores del crecimiento, que son favorables (al igual que otros) al *aumento* de las raciones alimentarias y de muchas otras cosas, para los millones de personas que padecen hambre en todo el mundo y para los 4 mil millones de seres humanos que viven en condiciones materiales difíciles, incluso indignas. Ellos, además, hacen hincapié en la necesidad de una reducción masiva de las desigualdades mundiales, en especial en el terreno

1. R. D'SOUZA, *Drowned and Dammed: Colonial Capitalism and Flood Control in Eastern India*, Oxford University Press, 2009.

ecológico, a diferencia de todas las teorías del desarrollo existentes. Por último, defienden la cuestión de la autonomía política y cultural de las poblaciones más que un nuevo programa económico.

S. Latouche creó una pequeña polémica al escribir en *Le Monde diplomatique* un artículo titulado «Et la décroissance sauvera le Sud» (noviembre de 2004)². El título, en efecto, podía hacer pensar que él exhortaba a los pobres a decrecer en el sentido económico de la palabra. No obstante, se requería mucha sordera, por no decir mala fe, para entender eso al leer dicho artículo. Para S. Latouche, el crecimiento está omnipresente en la cabeza de una gran parte de los pueblos del Sur, en particular de quienes toman las decisiones, de sus élites, y ello con consecuencias a menudo más dramáticas que en el Norte sobre la autonomía política y cultural de las poblaciones. Para S. Latouche, no solo «el decrecimiento en el Norte es una condición para el florecimiento de toda forma de alternativa en el Sur³» sino «una de estas dos cosas: o bien se pregunta a los países interesados lo que quieren, por medio de sus gobiernos o mediante encuestas de una opinión manipulada por los medios de comunicación y la respuesta no deja lugar a dudas [...] son los aires acondicionados, los ordenadores portátiles, los refrigeradores y sobre todo los “coches”. [...] O bien se escucha el grito del corazón de ese campesino guatemalteco: “¡Deje a los pobres tranquilos y no les hable más de desarrollo!”⁴». «Eso que se sigue denominando ayuda no es más que un gasto destinado a reforzar las estructuras generadoras de la miseria. Por el contrario, las víctimas expoliadas de sus verdaderos bienes no encuentran jamás ayuda cuando tratan de diferenciarse del sistema productivo mundializado para encontrar alternativas conformes a sus propias aspiraciones⁵.»

Y añadir: «No se trata en ningún caso de elogiar de forma intransigente la

2. S. LATOUCHE, «Et la décroissance sauvera le Sud...», *Le Monde diplomatique*, noviembre de 2004.

3. *Ibid.*

4. *Ibid.*

5. M. RAHNEMA, *Quand la misère chasse la pauvreté*, op. cit., p. 268.

economía informal⁶», se trata de «romper con la dependencia económica y cultural con respecto al Norte. Retomar el hilo de una historia interrumpida por la colonización, el desarrollo y la mundialización. Reencontrar y reapropiarse de una identidad cultural propia⁷». «El objetivo de una vida buena declina de múltiples formas según los contextos. En otras palabras, se trata de reconstruir/reencontrar nuevas culturas. Si es absolutamente necesario darle un nombre, este objetivo puede denominarse *umran* (florecimiento) como lo hace Ibn Jaldún, *swadeshi-sarvodaya* (mejoramiento de las condiciones sociales de todos) como decía Gandhi, *bamtaare* (estar bien juntos) como afirman los Toucouleurs^{8*}». Esta multiplicidad no prohíbe en absoluto el reconocimiento de derechos humanos, sino que simplemente subraya que los derechos no existen independientemente de un orden jurídico que debe permitir el ejercicio colectivo de la autonomía, lo cual no puede ocurrir si se comienza *a priori* por decretar que únicamente los «desarrollados» saben lo que es bueno para los demás.

Crear que esos propósitos no tienen *ninguna* resonancia en el Sur es un profundo error. S. Latouche se une, de hecho, a un campo de reflexión reciente denominado «estudios postcoloniales». Dicho campo nació como resultado de la desilusión que siguió al período de los nacionalismos después de la «modernización», que también se inspiraba tanto en la Unión Soviética como en Europa o en los Estados Unidos. La alegría consecutiva a la liberación nacional y la energía dedicada a «modernizarse» para «alcanzar» a Occidente y demostrar al colono que su inferioridad no es congénita, dio paso a un cuestionamiento sobre la identidad nacional –de ahí, en especial, el aumento de los partidos «indígenas», algunos de los cuales, como el del boliviano Evo Morales, han llegado al poder. Los intelectuales del Sur buscan una vía para

6. Serge LATOUCHE, «Et la décroissance sauvera...», *loc. cit.*

7. *Ibid.*

8. *Ibid.*

* Pueblos africanos de la etnia Fula. (N. del T.).

pensarse entre occidentalización pura y simple y tradicionalismo entendido como un auténtico retroceso⁹. La modernidad está en el centro de esos debates, las oposiciones moderno/tradición, ciencia/mito, secular/religioso, etc. son criticadas por su simplismo y por su dependencia con respecto a una visión occidental del mundo.

La India es un buen ejemplo: mientras que una parte de la población se ha integrado en la clase media mundial, cerca del 70% apenas ha visto cambiar nada en sus condiciones de vida, exceptuando el crecimiento del embotellamiento en las carreteras, los desplazamientos de población vinculados con los grandes trabajos (represas, etc.), lo cual alimenta una guerrilla maoísta de orientación política fuertemente anti-industrialista, los Naxalitas, que cuentan con el apoyo masivo de las poblaciones locales, en particular de las «tribus» o Adivasis («habitantes originales» en sánscrito). Esos pueblos que no profesan una fe hinduista, representan más del 8% de la población, o sea, 70 millones de personas (y hasta el 90% en determinados Estados del nordeste). Las causas de semejante violencia no son principalmente de índole económica: ante todo, las poblaciones adivasis no se reconocen en la India tal como ésta es representada por el gobierno central¹⁰. Además, las diferentes tentativas de «desarrollo económico» llevadas a cabo por el gobierno han sido activamente combatidas por los Naxalitas. Los Adivasis, así como otros componentes de la India, los musulmanes, las castas bajas, etc., luchan por «reencontrarse a sí mismos», como sugiere el aclamado psicosociólogo Ashis Nandy¹¹, figura prominente del poscolonialismo y del postmodernismo indios. A. Nandy es el autor de un «Manifiesto antiseccularista» donde explica que los conflictos entre «comunidades religiosas» en la India son en gran parte provocados por el de-

9. Véase en especial la revista *Postcolonial Studies*.

10. S. CHAKRAVARTI, *Red Sun: Travels In Naxalite Country*, Penguin Books India, Delhi, 2008.

11. A. NANDY, *The Intimate Enemy: Loss and Recovery of Self Under Colonialism*, Oxford University Press, Delhi, 1983 ; *Exiled at Home*, Oxford University Press, Delhi, 2008 ; *Science, Hegemony and Violence: A Requiem for Modernity*, Oxford University Press, Delhi, 1990.

senfrenado deseo del gobierno de imitar el secularismo a lo occidental, lo cual depende de particularismos locales que son profundamente ajenos a la realidad india.

En muchos aspectos, este recuestionamiento de la modernidad retoma lo dicho por Gandhi, que la menciona a menudo y para el cual el objetivo de la independencia de la India no era solamente el «governarse a sí misma», en el sentido de que los indios se convertirían en los propios autores de la modernización de su nación. Para Gandhi, si la «*Home Rule*» debía contentarse con alcanzar los mismos resultados –en especial coloniales– que los de los ingleses, exceptuando los detalles exóticos, eso era entonces lo mismo que dejar a los ingleses en sus cargos en la India¹². Es en esa línea que Gandhi criticaba a los «Extremistas», esa facción del Partido del Congreso, el partido nacionalista indio que quería, imitando a los ingleses, tomar el poder por las armas y modernizar el país. Gandhi, por el contrario, afirmaba que el problema no era de nacionalidad, sino un problema de cultura. Él deseaba ante todo un «gobierno para sí» de acuerdo con los valores que la India conservaba como motivos de orgullo, en particular la no violencia (*ahimsa*). Gandhi quería que la nación (*praja*) india explorase otra vía cultural distinta a la de los ingleses, una vía que él consideraba superior en el plano moral. Y si algunos ingleses estimaban también que esa vía era superior, serían bienvenidos. En cambio, si los ingleses persistían en utilizar la violencia, serían rechazados al igual que los indios que emplearan esos mismos medios. Para Gandhi, la no-violencia implicaba también combatir la velocidad excesiva engendrada por los ferrocarriles, generadora de violencia. Una economía no violenta debía partir de los poblados y no de un planificador central. Sabemos lo que hizo Nehru, para quien «las represas y los laboratorios [eran] los templos de la India moderna¹³».

12. M. K. GANDHI, *Hind Swaraj and Other Writings*, Cambridge University Press, New Delhi, 1997.

13. S. VISVANATHAN, «Environmental values, policy, and conflict in India», Center for the Study of Developing Societies, Delhi, <http://www.cceia.org>.

La modernización a marchas forzadas de los países del Sur representa una versión extrema de lo que ha ocurrido en los países industrializados: las redes que se crean están al servicio de una pequeña parte de la población, que se enriquece y «se moderniza» despojando a otra parte importante de la población que se encuentra relegada en las favelas, transformando poco a poco el mundo en una «favela global»¹⁴. El gran historiador indio Ramachandra Guha propuso, por cierto, un análisis muy parecido conjuntamente con el ecólogo Madhav Gadgil, explicando cómo los pueblos que viven en un equilibrio relativo con su medio son transformados poco a poco en «refugiados ecológicos», presionados, generalmente de modo indirecto, por el modo de vida de los «omnívoros», que engullen grandes cantidades de productos llegados del mundo entero¹⁵. No podría ilustrarse mejor la victoria pírrica que, en términos de progreso, representa este surgimiento de una clase media moderna.

El decrecimiento como tal no tiene mucha repercusión en el Sur. Pero las cuestiones que plantea, como vemos, son también planteadas por el Sur. Al visitar los países «subdesarrollados» y «premodernos» ya no vemos, como en otros tiempos, una población que se repartiría entre «tradicionalistas» y «modernistas». La situación ha cambiado. El decrecimiento está más a tono con este nuevo estado del mundo que las ideas que quedan haciendo la apología de la modernidad.

Un decrecimiento, ¿empobrecería a los pobres?

Esas condiciones previas permiten discutir el argumento del «*trickle down effect*» («efecto goteo») a escala global: si los ricos no se enriquecen, ¿no serán los

14. M. DAVIS, *Le Pire des mondes possibles. De l'explosion urbaine au bidonville global*, La Découverte, París, 2006.

15. Ramachandra GUHA et Madhav GADGIL, *Ecology and Equity*, Oxford University Press, UNRISD, 1995.

pobres los primeros en pagar los gastos de esa falta de ganancia? Hay dos versiones de este argumento. La primera proviene del marketing: en un primer momento, los nuevos productos inician su carrera como productos de lujo que sólo son accesibles a los ricos, después el precio cae y «todo el mundo» puede comprarlos, o sea, es el movimiento de democratización del consumo, descrito por G. Simmel¹⁶. El segundo es de tipo económico: el «*trickledown effect*» fue preconizado en el marco de la «*reaganomics*», la política económica de la administración Reagan y consistía en afirmar que las reducciones de impuestos iban a reactivar la actividad económica y, finalmente, a beneficiar a toda la sociedad en una proporción superior a lo que hubiese ocurrido con una fiscalidad sin cambio alguno.

El primer argumento se basa en un anacronismo: los objetores del crecimiento consideran que quienes lo apoyan no han tomado en cuenta las condiciones de la situación actual. La observación de G. Simmel era válida en una época en que el petróleo y las materias primas eran abundantes, las externalidades medioambientales de poca amplitud y la clase superior poco numerosa y menos rica que en nuestros días. Pero ninguna de esas condiciones es ya válida en la actualidad. Las tecnologías de la información son tal vez las últimas en conocer la «ley de Simmel». En el mundo de hoy, y cada vez más, lo que pueden obtener los ricos, los pobres no lo obtendrán nunca –porque los recursos son irremplazables. No existe la menor duda de que el modelo de la zona residencial, por ejemplo, jamás se democratizará. Por consiguiente, para que los pobres sean más ricos, los ricos deberán ser más pobres; esa es la vieja y gran redistribución que estará nuevamente en el orden del día –al menos eso es lo que desean los objetores del crecimiento. También en este sentido, el hecho de haber dedicado tiempo a pensar en lo nuevo de la situación en vez de repetir las lecciones del pasado, es lo que ha llevado a los

16. G. SIMMEL, «Fashion», *International Quarterly*, vol. 10, 1904, p. 130-150.

objetores del crecimiento a tomar la posición que mantienen en la actualidad.

El segundo argumento (el efecto de reactivación vinculado a la defiscalización de los ricos) ha sido combatido activamente por los movimientos opuestos al liberalismo con muy buenos argumentos que no tocaremos de nuevo¹⁷. Lo que añade la objeción al crecimiento es que no basta con gravar con impuestos a los ricos, ya que esta opción se basa en la hipótesis (falsa) de que habría aún posibilidades técnicas que permitirían a «todo el mundo» llegar a ser también materialmente tan ricos como las clases superiores occidentales. Algunos autores van más lejos y muestran que el crecimiento de unos es ya, y en adelante, causado *integralmente* por el empobrecimiento de otros; de ese modo, para Alf Hornborg, el crecimiento se caracteriza sobre todo por el desplazamiento y la concentración de los «bienes» ecológicos en los grandes centros económicos (países desarrollados), mientras que los «malos» son, por el contrario, enviados a la periferia —coincidiendo así, a un costo nuevo, con la «teoría de la dependencia» fundada por Raul Prebisch¹⁸. El caso de los agrocarburantes, presentados un tiempo como la solución para la penuria de energía fósil es, en ese sentido, ilustrativo de lo que se produce cuando uno se limita a tomar en cuenta el «contenido de la producción» sin cuestionar los modos de producción y de consumo de las sociedades «modernas» y «desarrolladas», ni, más generalmente, la economía moral que subyace tras ellos. La promoción de los «bio»-carburantes, en efecto, se tradujo con gran rapidez en los hechos por un crecimiento de la hambruna¹⁹.

Stephan Tangerman, director de Agricultura en la OCDE, estimaba que el 60% del alza en la demanda cuantitativa mundial en cereales y aceites vegetales entre 2005 y 2007, período durante el cual explotaron los precios, se

17. ATTAC, *Pauvreté et inégalités*, Mille et une nuits, París, 2006.

18. A. HORNBERG, «Footprints in the cotton fields: The industrial revolution as time. Space appropriation and environmental load displacement», *Ecological Economics*, n° 59, 2006, p. 74-81.

19. F. NICOLINO, *La Faim, la bagnole, le blé et nous. Une dénonciation des biocarburants*, Fayard, París, 2007.

debió a los biocarburantes²⁰. En Alemania, donde el 16% de las superficies de cultivo están hoy destinadas a la producción de agrocarburos, el precio de la malta se duplicó en 2006, provocando un alza en el precio de la cerveza²¹. Otro ejemplo de las tendencias en curso: a causa de la escasez de las tierras reservadas al Norte para parques naturales de uso recreativo, para las zonas residenciales o las reses de uso alimenticio, desde 2004 se han multiplicado las compras de las tierras de cultivo de los países pobres por firmas multinacionales del Norte. Según la FAO, 2,5 millones de hectáreas han sido compradas en Etiopía, Madagascar, Mozambique, Kenya y Sudán por empresas multinacionales, siendo así sustraídas de los recursos locales²². Este hecho representa la culminación inhumana y lógica del funcionamiento del mercado mundial, basado en la acumulación.

Es sumamente probable que los ricos se nieguen a compartir y que prefieran su bienestar material (¿puede hablarse aún de «felicidad»? egoísta. Pero llegar, por esa razón, a defender el crecimiento, incluso «no capitalista» —oxímoron por definición—, parece poner bien abajo el listón de las reivindicaciones. Y lo menos que se puede pedir a los que siguen reivindicando el aumento del «poder adquisitivo», es que asuman todas las consecuencias. Los objetores del crecimiento defienden opciones totalmente distintas. Y eso ya no es sólo una cuestión de comodidad material: es también, y quizás sobre todo, la democracia lo que está en juego. Debido al crecimiento rápido de los riesgos y de los efectos negativos que le están asociados, la búsqueda indiferenciada del crecimiento a escala mundial no tiene posibilidad alguna de reducir las desigualdades. Solo un cuestionamiento global de la prioridad otorgada a la acumulación como tal podría invertir las tendencias.

20. L. ORTIZ, «Crisis alimentaire: la Banque mondiale accable les biocarburants», *Libération*, 5 de julio de 2008.

21. «Le prix de la bière augmente à cause des biocarburants», *Les Échos*, 19 de abril de 2007.

22. Fuente: <<http://farmlandgrab.org>>.

¿Un modelo de decrecimiento universal?

¿Proponen los objetores del crecimiento un «nuevo modelo económico», como hizo Amartya Sen²³? La respuesta, claramente, es no. El decrecimiento no es una teoría completa de la emancipación que daría respuesta a todas las preguntas. Sobre todo, no es una «teoría económica». Como decía S. Latouche, «repetamos que el decrecimiento no es un concepto, en el sentido tradicional de la palabra, y que no debe hablarse propiamente de “teoría del decrecimiento” del mismo modo que los economistas han podido elaborar una teoría del crecimiento. El decrecimiento es un eslogan lanzado por quienes hacen una crítica radical del desarrollo con la finalidad de anular la jerga economicista y diseñar un proyecto de recambio para una política del pos-desarrollo. Como tal, el decrecimiento no constituye en verdad una alternativa concreta, sino que es más bien la matriz que autoriza una abundancia de actividades. Se trata, pues, de una propuesta necesaria para reabrir los espacios de la capacidad de inventiva, creativa, bloqueados por el totalitarismo economicista, desarrollista y progresista²⁴».

Lo que está en juego es reequilibrar las pretensiones en el plano simbólico, dejar libre un lugar para que las poblaciones marginadas puedan hacerse escuchar. En un enfoque no violento como el que desarrollaba Gandhi, el análisis concluye no sólo en una dominación del Norte sobre el Sur, sino también en una dominación de todos por una ideología del poder y de la fuerza, que debe reemplazarse, en una perspectiva de emancipación, por esa preocupación por el vivir juntos que Gandhi llamaba el «*dharma*», entendido como la religión universal, el orden ético subyacente en todas las religiones²⁵ –un orden ético sumamente distinto al que rige el comportamiento del *Homo economicus* y su cosmología.

23. A. K. SEN, *Un nouveau modèle économique*, París, Odile Jacob, 2000.

24. S. LATOUCHE, «Et la décroissance sauvera...», loc. cit.

25. M. K. GANDHI, *Hind Swanaj and Other Writings*, op. cit..

Pero entonces, ¿cuál puede ser el ideal «de recambio»? ¿Debe ser totalmente «común», «universal»? Es ahí donde las cosas se complican y donde las corrientes del decrecimiento pueden discrepar entre sí. La diversidad de los contextos que existen en el mundo no permite definir un programa político general, válido en todos los casos. Aquí la prioridad es la paz; allá, el acceso a la tierra; acullá, la reducción de los niveles de vida. Las reivindicaciones y las posiciones pueden variar en función de las condiciones locales. Un segundo factor es la ausencia relativa de democracia mundial: también resulta difícil saber lo que en realidad quieren, en contextos muy diversos, los pueblos del mundo entero y distinguirlo de lo que quieren sus representantes y sus élites. Saber lo que no se quiere es más fácil que escoger lo que se quiere entre alternativas a veces incompatibles.

Asimismo, para un sinnúmero de autores de las corrientes culturalistas y democráticas, la esfera de influencia del decrecimiento se presenta como una crítica global a la economía mercantil y a la industrialización a marchas forzadas que afecta tanto a las poblaciones del «Norte» como a las del «Sur». Todo pueblo que ha entrado en el «imaginario del crecimiento» tiene interés en salir de él. Este tipo de reflexión puede coincidir con una renovación (tímida) del internacionalismo, como las acciones de la Internacional campesina Vía Campesina, a la que pertenece en Francia la Confederación campesina, y que agrupa a campesinos de todos los países del mundo en lucha contra la agro-industria, contra la concentración de la propiedad de bienes raíces...

La uniformización mercantil procede «de una depuración ética de todo el hecho humano para la totalidad de los pueblos», como expresa en palabras el colectivo de artistas, de profesores y escritores de las Antillas ya citado, que pertenecen al Sur geopolítico: «Hay que abrise en poética, en decrecimiento, en sobriedad²⁶». Como crítica de la uniformización mercantil, el decrecimiento exhorta, pues, a una conciencia universal o a lo «diversal», a «la ar-

26. E. BRELEUR, P. CHAMOISEAU, S. DOMI et al., *Manifeste pour les produits de haute nécessité*, op. cit.

monía de las diversidades preservadas», ya que «el déficit en belleza es la señal de un atentado a la vida, un llamamiento a la resistencia»²⁷ que exige respuestas locales diversas de alcance universal.

De manera general, lo que ha vuelto a inscribirse en el orden del día ha sido lo que se llamó en el pasado la teoría de la «*selfreliance*», que mencionaba el informe enviado por la Fundación Dag Hammarskjöld en el 7º período de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1975²⁸. Se cuestiona el fundamento de una profundización del intercambio y la división del trabajo, aun cuando la deuda, la explotación capitalista y la desigualdad en el intercambio se abolirían por ser ya contraproducente, en determinados casos, tratar de intercambiar todavía más.

Ese es el sentido de las estrategias de «relocalización» evocadas por las diferentes corrientes del decrecimiento. Relocalizar puede justificarse de diferentes formas: relocalizar es reencontrar un dominio colectivo sobre el propio destino, es también utilizar circuitos más cortos, que generan menos transporte y contaminación, etc. Cada una de estas razones basta para defender la relocalización sin que los contornos de su alcance cuenten con unanimidad en el seno de los objetores del crecimiento. Los movimientos favorables al decrecimiento afirman a menudo introducir la diversidad con respecto a la uniformización mercantil de origen occidental y son notables, siempre desde un determinado punto de vista: libertad permitida para el saber vernáculo (I. Illich, M. Rahnema), auto-organización (S. Latouche), armonía de la sociedad con la naturaleza (V. Shiva), etc.

¿Se dirige esta crítica contra la paz entre las naciones, esa paz que traería el «dulce comercio»? Desde Mandeville, la vulgata neoliberal se alimenta de la idea según la cual los seres humanos sentirían una necesidad irreprimible de

27. P. CHAMOISEAU et É. GLISSANT, *L'Intraitable beauté du monde*, Gallimard, París, 2009.

28. DAG HAMMARSKJÖLD FOUNDATION, *What now. Report prepared on the occasion of the Seventh Special Session of the United Nations General Assembly*, New York, 1-12 Septiembre de 1975. <www.dhf.uu.se>.

posesión y de consumo, que el comercio permitirá satisfacer sin tener que recurrir a las armas. La objeción al crecimiento afirma que esa antropología es un mito. Además, hay estudios recientes que demuestran que no existe una correlación entre intensidad del comercio mercantil entre dos países y la propensión a entrar en conflicto²⁹. La virtud pacificadora del comercio está, pues, desprovista de toda validez empírica, excepto que se entienda por comercio eso que Mauss denominó la «donación», basada en la triple obligación de dar, recibir y devolver, única creadora de una deuda que sella una alianza duradera.

La búsqueda de modelos diferentes al modelo occidental lleva a veces a algunos autores a idealizar sociedades como los «pueblos originarios», sin demostrar un gran discernimiento con respecto a la enorme diversidad de modos de vida y de organización que abarca esa amplia categoría. Esta perspectiva permite, sin duda alguna, pasar por alto las formas sociales opresivas no modernas y/o no occidentales con el argumento de que nosotros tendríamos que aprenderlo «todo» de esos pueblos. Los textos de autores como Édouard Goldsmith³⁰ o Pierre Rabhi³¹ de hecho idealizan exageradamente el modo de vida de los pueblos primigenios. Al hacerlo, construyen un ideal que a fin de cuentas no es más que lo inverso de la modernidad, lo cual amenaza no solo con deslegitimar lo que la modernidad, como toda cultura, tiene de universal.

29. P. MARTIN, Thierry MAYER et Mathias THOENIG, *La Mondialisation est-elle un facteur de paix?*, Rue D'Ulm/CEPREMAP, París, 2006.

30. É. GOLDSMITH, *Le Tao de l'écologie*, Le Rocher, Monaco, 2002.

31. P. RABHI, *Du Sahara aux Cévennes*, *op. cit.*



El decrecimiento, ¿no implica una visión dirigista o autoritaria de la política?

❖ DONDE UNO SE TRANQUILIZA; NO SE
VISLUMBRA NINGUNA TOMA DEL PALACIO
DE INVIERNO EN EL HORIZONTE DEL
DECRECIMIENTO

El decrecimiento de la economía puede, sin duda, asumir la forma de un escenario de racionamiento centralizado y autoritario ante la escasez de determinados recursos –la «economía de guerra» que desean algunos. Y ese será sin duda el caso si se continúan favoreciendo las políticas de crecimiento, ya que ello significaría que la propiedad privada y la preocupación de posesión material prevalecerán sobre la justicia y el bien común; que la Avaricia, la Usura y la Desconfianza siguen siendo los Dioses que dominan el *ethos* colectivo, en detrimento de la igualdad, de los derechos y del universalismo. El desafío reivindicado por la palabra «decrecimiento» es precisamente el pensar y poner en práctica una transformación escogida, libre y equitativa hacia una sociedad más sobria y solidaria. Ahí reside toda la esencia del debate.

¿El decrecimiento totalitario?

La sospecha de autoritarismo está presente en las disputas en torno a la noción de decrecimiento, en particular con respecto a la cuestión de la definición de las necesidades. Se sospecha que los objetores del crecimiento quieren «racionar» de manera autoritaria o que incluso quieren «imponer» tal o más cual

cosa. Guillaume Duval ve así en el decrecimiento un movimiento tentado por una radicalización del tipo de la que conoció el movimiento obrero al seguir la vía del leninismo en el siglo pasado, en detrimento de las estrategias libertarias o legalistas¹. Para el editorialista Claude Imbert, «la conciencia tras la moda ecológica habrá felizmente abierto las mentes, pero el integrismo ecológico, el decrecimiento, arrojará a nuestros pueblos a la miseria y la sublevación²». Por su parte, Alain-Gérard Slama considera que «las medidas de decrecimiento programadas por los partidos ecologistas suponen, para cambiar los modos de consumo y las costumbres, un Estado casi totalitario³». En cuanto a Jean-Paul Fitoussi y Éloi Laurent, ellos opinan que tomar la vía del decrecimiento «significaría volverle la espalda a las exigencias democráticas⁴». No nos detendremos en el hecho de que esos autores parecen no haber comprendido que el racionamiento está, *aquí y ahora*, en el corazón de la sociedad mercantil afectando a una inmensa cantidad de personas privadas de ingresos decentes, y que la situación actual, analizada en los capítulos anteriores, no permite pensar que las viejas recetas producirán los mismos efectos que en el pasado. Lo que choca ante todo es que la acusación es *indeterminada*. Condena de manera *global* a todas las corrientes del decrecimiento. No obstante, un examen siquiera rápido de los textos de los objetores del crecimiento, por ejemplo, los de V. Cheynet, P. Ariès o S. Latouche, muestra que la cuestión de la democracia en el doble sentido de soberanía popular –liberada de las burdas trampas del despotismo que puede asociarse con ella (tales como la «dictadura democrática» de Lenin)– y de igualdad de condiciones, está en el centro mismo de su reflexión. Asimismo, se encuentra también en el centro mismo de las prácticas concretas en el seno de los grupos locales, de las dife-

1. G. DUVAL, «L'impasse de la décroissance», *Cosmopolitiques*, 2006, p. 35-42.

2. *Le Point*, 15 de octubre de 2009.

3. France Culture, 23 de agosto de 2008.

4. J.-P. FITOUSSI et É. LAURENT, *La Nouvelle Écologie politique*, *op. cit.*

rentes «marchas por el decrecimiento», tal como expresamos en el capítulo 1. En el plano de los procedimientos, los numerosos encuentros celebrados en torno a esta temática han mostrado la clara manifestación de los allí presentes a favor de métodos de decisión sumamente participativos.

Los partidarios del decrecimiento son también partidarios de la igualdad de condiciones, comenzando por la igualdad en derechos, la igualdad ecológica y la igualdad de las fortunas –sin confundir nunca esta igualdad con la uniformidad soviética. V. Cheynet, P. Ariès o S. Latouche difieren en determinados puntos, pero no en este: una de las razones más importantes que hace necesario el decrecimiento es la amenaza que las instituciones del crecimiento económico lanzan sobre la democracia. ¿Puede hablarse todavía de democracia cuando el televidente medio pasa en Francia cuatro horas al día presenciando programas que no puede decirse que brillen por su capacidad de emancipar las conciencias? ¿Cuando la obligación de competitividad económica elimina gradualmente toda posibilidad de vida autónoma? ¿Cuando la desigualdad, el desempleo y la exclusión no dejan de aumentar? El hecho de que esos problemas no lleven nunca a cuestionar el progreso tecnológico, prueba el extraordinario poder de la ideología dominante. ¿Acaso el error de los objetores del crecimiento no sería más bien no formar parte del *establishment*? Takis Fotopoulos afirma de modo muy explícito que la ideología del crecimiento es precisamente lo que necesita la oligarquía establecida para reforzar su poder, habiendo sido inventada la democracia «representativa» en su forma actual solo para reducir a la nada la esperanza democrática levantada por el Siglo de las Luces.

Claro que podemos votar, eso no cambia nada y el pueblo lo sabe –el progreso no puede ser detenido. Lo que el pueblo ya no logra comprender es el vínculo de causa-efecto entre el discurso, que hace referencia a un nivel de vida que debería ir en aumento para todos según los hados del «progreso», y la realidad cotidiana, la del desempleo, de los estudios interminables que no conducen a nada, de las facturas que aumentan, del alimento envenenado, de

las vacas locas y del desajuste del clima. Cuando el ciudadano quiere hacer algo, afronta obstáculos de reglamentaciones, materiales, económicos que surgen por todos lados. Asimismo, sólo se moviliza cuando se trata de evitar lo peor (como ocurrió en las elecciones presidenciales francesas de 2002). ¿Hay que designar como un enemigo de la democracia y del progreso social a aquel que revela determinadas consecuencias antidemocráticas emanadas de la acumulación? Sí, si uno forma parte de los que se benefician de ese «despotismo blando».

¿Vivimos aún en democracia?

Para esclarecer el fundamento de las polémicas, es preciso volver a lo fundamental: ¿cómo puede «escogerse» un decrecimiento? No hay ni que decir que una opción semejante parece absurda a los ojos de las autoridades establecidas que se encuentran en la posición de la nobleza del Antiguo Régimen cuando el Tercer Estado les explicaba que eran ya superfluos. En primer lugar es importante, en aras de la claridad, mencionar algunas definiciones clásicas de la democracia. Una primera serie de definiciones opone democracia a totalitarismo.

Para Claude Lefort, la democracia, contrariamente al totalitarismo, es una configuración social que se basa en una distinción entre la sociedad y el Estado y que acepta la existencia de una pluralidad de opiniones, es decir, una determinada conflictividad interna organizada en el seno de un espacio público⁵. Hannah Arendt, por su lado, insiste en la distinción y en la separación entre la vida privada, que debe permanecer opaca con relación al poder establecido para así preservar el lugar de una crítica libre, despojada de toda presión, y el espacio público⁶, en el cual se constituye el mundo común, la acción

5. C. LEFORT, *L'Invention démocratique*, Fayard, París, 1981.

6. H. ARENDT, *La Condition de l'homme moderne* [1954], Gallimard, París, 1992.

política, que es siempre de índole «experimental», para retomar el término utilizado por John Dewey⁷, y que no podría ser sometido a las leyes inmutables de la ciencia y del progreso técnico.

Una segunda serie de definiciones trata de definir la democracia como institución. Para Claude Lefort, la democracia es un régimen en el cual el lugar del poder permanece ontológicamente vacío, ya que está ocupado por turnos, de manera cíclica, por diversas opiniones y proyectos que varios procedimientos permiten seleccionar. Los poderes (ejecutivo, legislativo, judicial), según Montesquieu, deben ser divididos de forma tal que ninguno de ellos termine por absorber a los otros. El espacio público debe estructurarse mediante un conjunto de procedimientos que permitan el ejercicio de la «razón comunicativa» (J. Habermas). Por último, en las sociedades con una dimensión importante, pueden existir procedimientos de representación —es inútil querer imponer un procedimiento parlamentario a los bosquimanos del Kalahari que se desplazan en grupos de varias decenas de individuos—, lo que hace falta es que estos permitan efectivamente representar los intereses del pueblo.

Una tercera serie de definiciones puede encontrarse en Tocqueville. Para él, la democracia existe en dos sentidos: como régimen y como estado social. Hay, pues, dos respuestas diferentes a la cuestión de saber si el decrecimiento es autoritario, despótico o democrático. Una de ellas se refiere al derecho positivo y a la forma de las instituciones que permiten regularlo: ¿existe un movimiento del decrecimiento que prevea, ya sea abolir el derecho para tratar de «regresar» a una armonía romántica, a un orden espontáneo; ya sea apropiárselo de forma autoritaria *via* un «hombre fuerte» o una «toma del Palacio de Invierno» para imponer sus criterios a la mayoría? La otra se refiere a las normas de la acción individual, eso que Tocqueville llamaba las «costumbres»: ¿acaso el decrecimiento promete prácticas destinadas a asfixiar el espacio público, el espíritu crítico, la investigación científica, empírica, etc.?

7. J. DEWEY, *Le Public et ses problèmes* [1927], Éditions Farrago/Université de Pau, 2003.

Cuidemos de no hacer de la elección y de la representación la prueba absoluta de la democracia. El propio Tocqueville las consideraba totalmente compatibles con el despotismo: «Existen hoy muchas personas que se acomodan fácilmente a esta especie de compromiso entre el despotismo administrativo y la soberanía del pueblo, y que creen haber garantizado suficientemente la libertad individual al entregarla al poder nacional. Para mí, esto no basta. La naturaleza del amo me importa bastante menos que su existencia»; «en tal sistema, los ciudadanos salen un momento de la dependencia para nombrar un jefe y vuelven a entrar en ella»; «crear una representación nacional en un país muy centralizado es disminuir el mal que la extrema centralización puede producir, pero no es destruirlo⁸».

Él insistía en la necesidad de reforzar los poderes locales y la descentralización administrativa. El «desarrollo» ha consistido en hacer exactamente lo inverso. No se ha dejado de dar más poder a la administración y a esos nuevos «cuerpos intermediarios» que son las grandes empresas en situación oligopolística, controladas por una casta. En suma, la aristocracia se ha reconstituido, y el crecimiento sirve ante todo para alimentarla a fin de que se digne a dar un poco de trabajo a los demás. Si bien las posiciones pueden diferir en un gran número de puntos, los objetores del crecimiento están de acuerdo en considerar que su quehacer está motivado por la preocupación de combatir una evolución *antidemocrática* que está en marcha en las sociedades contemporáneas. La defensa oficial de la democracia se parece cada vez más a la defensa del orden establecido —de ese despotismo que mencionaba Tocqueville.

La economía, ¿es la democracia?

Para decirlo de manera sencilla, la economía del crecimiento es un estado social

8. A. de TOCQUEVILLE, *De la démocratie en Amérique* [1835], Flammarion, París, 1981, t. I, p. 386.

(en el sentido de Tocqueville) que es incompatible con la democracia, y ello se debe a múltiples razones. La propia existencia de una «ciencia» económica constituye una primera prueba de esa ausencia de opciones. Esta se basa por completo en la idea de que existen evoluciones sociales que son «pareto-óptimas», es decir, que un agente ve mejorar sus condiciones sin que ningún otro agente vea deteriorarse la suya. El mejoramiento de la situación es un «bien» para el agente considerado sin que se haya producido ningún «mal». Y si ella causa algún mal, se trata de un mal necesario, como lo indica la teoría *científica* del progreso y debemos, por consiguiente, aceptarlo como nuestro destino. Así es la necesidad de trabajar y de ser evaluado sobre la base de nuestro «mérito». La economía se basa en estadísticas de consumo que son tomadas de las estadísticas de venta; ella supone que todo bien consumido lo es voluntariamente y que ese consumo es el resultado de un arbitraje racional, informado y libre.

Después de Marx, los objetores del crecimiento rechazan ese enfoque y exhortan a una mayor apertura de las opciones —a diferencia de los marxismos que han apoyado los socialismos colectivistas. Es eso, la «salida del economicismo», lo que, evidentemente más trabajo les cuesta admitir a los economistas, ya que ello equivale a decir que el buen pueblo podría prescindir de sus servicios o, al menos, relativizar su uso.

Una segunda prueba de la ausencia de opciones procede también de la centralización administrativa contra la cual nos alertaba Tocqueville. En el plano material, esa centralización asume la forma de lo que Alain Gras, después de Thomas P. Hugues, llama «macrosistemas técnicos», redes de flujo que permiten la organización centralizada del poder *via* los sistemas de información, también llamados «redes»⁹. La manera según la cual los economistas enfocan esta cuestión ilustrará el poco caso que hacen ellos de la democracia.

9. A. GRAS et S. L. POIROT-DELPECH, *Grandeur et dépendance. Sociologie des macrosystèmes techniques*, PUF, París, 1993. y T. P. HUGHES, *Networks of Power: Electrification in Western Society, 1880-1930*, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1993.

¿Cuáles son los rasgos distintivos de una economía de red? Según los trabajos de Nicolas Curien, son cuatro¹⁰:

–La existencia de un «efecto de club» del lado consumidor: el servicio es más útil en la medida en que más gente se conecta a la red que permite tener acceso a él.

–La presencia de sinergias de producción: el costo unitario del servicio es menos elevado en la medida en que el acceso es más amplio.

–La práctica de «subvenciones cruzadas», es decir, de una diferencia entre las tarifas aplicadas y los costos marginales reales del servicio, que son en general muy difíciles, incluso imposibles de conocer¹¹, lo que significa que la fijación de tarifas es relativamente independiente del costo real. En otras palabras, las conexiones cercanas pagan por las conexiones lejanas, las urbanas pagan por las rurales (cuyos gastos de enrutamiento son superiores), las horas plenas pagan por las horas vacías¹², etc., lo cual suscita intensos debates en materia de regulación –y *despoja totalmente de fundamento* la idea de que un precio refleja una confrontación entre oferta y demanda.

–La red implica la presencia de un «monopolio natural» que Nicolas Curien y Michel Gensollen consideran necesario a partir del momento en que «un fraccionamiento de la producción costaría más caro que una producción global», es decir, que una producción centralizada¹³. Por ejemplo, duplicar, triplicar o cuadruplicar las redes de fibra óptica para instaurar una competencia sería ineficaz para el mercado, ya que cada red estaría en gran medida subutilizada.

Un mercado visto en una lógica de red no conoce la evolución lineal ca-

10. N. CURIEN, *Économie des réseaux*, La Découverte, París, 2000, p. 16-18.

11. N. CURIEN et Michel GENSOLLEN, *Économie des télécommunications*, Economica, París, 1992, p. 39-48.

12. *Ibid.*, p. 62.

13. *Ibid.*, p. 44.

racterística de la economía neoclásica en la cual el que oferta propone un servicio, que es individual y progresivamente adoptado (o no), mientras la producción sigue un aumento regular hasta la saturación y la estabilización en un mercado «de renovación». En los mercados de red, hay un costo de inversiones muy importante al inicio, después un efecto de umbral y más allá de la masa crítica, una avalancha de demandas hasta la saturación¹⁴. Ello explica que en materia de telefonía, por ejemplo, todo haya ocurrido con mucha rapidez –pero también que el consumidor se encuentre sumido en un macrosistema técnico como en una malla que él no vio venir y cuyos efectos colectivos nunca ha tenido tiempo de evaluar¹⁵.

El hecho de que las consecuencias nunca se discutan con antelación no parece molestar a nadie, sobre todo a los oligopolios que se encuentran al mando. Porque la evolución de las redes tiene otra característica: la de ir hacia formas cada vez más centralizadas, dando cada vez menos poder al usuario. De hecho, Marx obviamente había descrito todo eso, a pesar de que no siempre sacó conclusiones en el terreno de la democracia.

Debido a la intensa capitalización que exigen, esas redes no pueden surgir de la acción dispersa de particulares –ese estado social que Tocqueville consideraba ser estructuralmente garante de la democracia. Sólo pueden ponerse en práctica por el deseo de algunos individuos que deben poseer un poder colosal. Ellos utilizan a los «*early adopters*» (primeros compradores) como un caballo de Troya para influir en las prácticas de los consumidores. Los «primeros compradores» son, por supuesto, fervientes tecnófilos que quieren relegar poco a poco a los escépticos a la categoría de «anticuados», «reaccionarios» y otros «*has been**».

Estamos muy lejos de la libertad de opción individual tan alabada por la

14. N. CURIEN, *Économie des réseaux*, op. cit., p. 29.

15. G. DUPUY, *La Dépendance automobile*, Economica, París, 1999.

* En inglés en el original: “han sido”. (N. del T.).

economía neoclásica. El hecho de focalizar el análisis en los mercados y no en las redes técnicas y administrativas, hace creer que existen aún opciones plurales que son posibles. En realidad, la evolución de la sociedad se decide en pequeños comités centralizados, mientras que el consumidor desorganizado se ve manipulado en lugar de verse servido en sus aspiraciones. De ese modo, la defensa del «individualismo» puede ser muy eficazmente puesta al servicio de la destrucción de la libertad –como también lo había visto Tocqueville. La libertad del ciudadano moderno se reduce a la diversidad de los productos que pueden encontrarse en un supermercado, lo demás es administrado por otros –para su «bien».

En la actualidad, incluso los más fervientes partidarios de la libertad moderna deben reconocer sin duda que la «mano invisible» funciona ya muy mal. Y todo hace pensar que un mundo organizado según esa impostura será cada vez menos soportable: cuando las externalidades alcanzan el orden de magnitud de varias decenas de puntos del PIB y los recursos se agotan, cuando se forman riquezas colosales que no son independientes del empobrecimiento de otros sectores de la población, hay que saber reconocer que la mano invisible, supuestamente providencial, ya no funciona, si es que acaso llegó a funcionar en algún momento.

Para el objetor del crecimiento, lo que la «democracia de mercado» llama «opción privada», es la «libre opción» del individuo a solas delante de la estantería del supermercado frente a la pseudo-competencia de las diferentes marcas que pertenecen a una misma entidad central. Lo que esa entidad central prohíbe con el pretexto de la defensa de la «esfera privada», es la libre discusión de las personas con respecto a sus estilos de vida, ya que esas discusiones escapan a la comparación entre dos marcas del mismo producto. La «megamáquina», para retomar el término utilizado por S. Latouche, tolera perfectamente las asociaciones de consumidores a partir del momento en que estas le permiten conocer mejor las debilidades de las poblaciones, mejorar la penetración de sus productos y acelerar la concentración de los capitales.

El consumismo que se limita a probar los productos y someterlos al «banco de prueba», como hacen la FNAC o la asociación 60 Millones de consumidores, no amenaza a nadie.

Con los objetores del crecimiento eso ocurre de otro modo, ya que su preocupación no es buscar la mejor relación calidad/precio para adquirir una pantalla plana. He ahí una opción que escapa al director del marketing, a las instituciones de la economía de mercado al igual que a la asociación de consumidores. La opción del objetor del crecimiento sale de los marcos impuestos y corresponde a un auténtico compromiso con *otros* valores distintos a los valores dominantes. Los objetores del crecimiento, simple y llanamente, se toman en serio la democracia. Y constatan que ésta se encuentra en un estado deplorable. En todos los temas que les preocupan, los representantes elegidos intervienen siempre a destiempo: cuando legislan sobre el respeto a la vida privada en Internet, es que ya todos los datos están ahí; cuando elaboran un código de la carretera, la sociedad es ya dependiente del automóvil; cuando inician «consultas populares» sobre las «nanotecnologías», éstas existen ya en numerosos productos de consumo corriente, etc. En esas condiciones, el debate electoral se circunscribe de manera inevitable a la cuestión de la distribución de la riqueza material, que se considera creciente hasta la eternidad; a la gestión de los daños colaterales y, cada vez más, a la constatación de los considerables estragos ocasionados por la economía del crecimiento.

Para un gran número de objetores del crecimiento, vivimos una situación que Olivier Borraz llama «*recreancy*¹⁶» (desafecto): ante un riesgo colectivo que ellas mismas han producido, las élites y las instituciones tratan ante todo de protegerse a sí mismas, de generar la «aceptabilidad social del riesgo» y no de sondear a los ciudadanos para conocer las reformas capaces de hacer que las instituciones sean las adecuadas para sus aspiraciones.

El argumento de la «democracia» vuelve a imponer la paz social y el silencio;

16. O. BORRAZ, *Les Politiques du risque*, Presses de Sciences Po, París, 2008.

respetar la democracia es renunciar a perturbar un orden público que las autoridades consideran ser el menos malo de los mundos posibles. La democracia se resume entonces en poder seleccionar entre partidos políticos cuyo programa es casi idéntico. En ese mundo, la controversia científica no existe, solo hay dogmas («la energía nuclear no contamina», «el AVE es un progreso», etc.), los científicos y testigos que desean el debate deben entonces hacerse «lanzadores de alarmas», según el término acuñado, para perforar el muro de las contraverdades difundidas por personajes oficiales como Claude Allègre o Georges Charpak, que a menudo poseen intereses muy concretos en las instituciones que fabrican los riesgos cuya inexistencia ellos garantizan.

La diferenciación, ¿es la democracia?

Es un llamamiento de alerta contra extravíos autoritarios que se aplican en particular contra el decrecimiento: es la tesis según la cual la democracia solo puede ser resultado de la diferenciación de las sociedades. «Diferenciación» debe entenderse aquí en el sentido de separación progresiva de las esferas de actividad, la cual permite al hombre moderno escapar a un control total del grupo tal como el que existiría en la sociedad «tribal».

Una política de decrecimiento, una transición hacia una sociedad ecológica, cuestionaría una vez más, en efecto, la extrema especialización económica de los territorios y de los seres humanos en el terreno de la economía, pero también de la política. Se puede razonablemente pensar que ningún objetor del crecimiento ignora esta consecuencia, que él percibe como una liberación y una profundización de la democracia. Por el contrario, otros consideran que esta des-especialización sería sinónimo de opresión. Para la tradición sociológica a partir de Weber, la modernidad es, entre otras cosas, ampliamente analizada como un proceso de diferenciación social. Por su parte, la filosofía política moderna y las ciencias políticas consideran que la democracia no

puede estar garantizada si no existe una cierta separación y, por ende, una especialización, de las esferas del derecho, del gobierno y de la sociedad civil¹⁷.

Hay diversas respuestas que pueden darse a aquellos que se preocuparían por ver resquebrajarse así los fundamentos de nuestra bella «modernidad». La primera es que ningún objetor del crecimiento defiende una sociedad «tribal» basada en una diferenciación mínima, tal como Claude Lévi-Strauss muestra en la sociedad Yanomami, como proyecto político para Francia –o incluso para la Ardèche (o el Valle de Arán en España). Si las «marchas por el decrecimiento» propugnan métodos orales de debate colectivo que favorecen la participación de todas y de todos, sus promotores no pretenden, sin embargo, abolir el gobierno, los consejos regionales, departamentales y municipales. Los métodos participativos que se han utilizado han recurrido a lo oral y a lo escrito, y se han publicado los resultados. Afirmar que los objetores del crecimiento quieren retornar a la indiferenciación originaria remite a la estrategia, ahora bien conocida, que consiste en acusar a los que cuestionan el crecimiento de querer «regresar a la edad de piedra», para así desacreditarlos o encerrar el debate en la alternativa estéril entre lo primitivo y lo moderno.

La segunda es que la tesis según la cual las sociedades «premodernas» serían todas, sin excepción, indiferenciadas, prelógicas y dependientes de cosmologías que ellas serían incapaces de criticar, ha sido cuestionada por un gran número de trabajos, incluso en el caso de las sociedades que la modernidad considera como su reverso absoluto: las «sociedades primitivas». El antropólogo Jack Goody ha mostrado que las categorías de «mito», «pensamiento prelógico», etc. son categorías etnocéntricas (apoyando la idea de que la diferenciación creciente de las sociedades es un progreso que conduce al «dominio de la naturaleza» y a los «avances del saber»). Jack Goody señalaba el hecho de que los etnólogos con demasiada frecuencia han estudiado esas so-

17. Por ejemplo, Q. SKINNER, *Les Fondements de la pensée politique moderne* [1978], Albin Michel, París, 2009.

ciedades como si ellas no tuviesen sujeto individual, en un quehacer totalizador que esas propias sociedades no reivindican. Se ha querido identificar «el» mito «de los» Yanomamis como si existiera algo tan unificado como eso; pero las estructuras orales son plurales, su enunciación tiene un sentido muy variable según los contextos, etc. Por su lado, Jean Baechler opinaba incluso que las sociedades «simples», por ser poco diferenciadas, en determinados casos podían ser calificadas de «democráticas», si con ello se entiende que una relación de poder solamente es legítima cuando es consentida por aquel que obedece.¹⁸

El hecho de que los pueblos «primitivos», supuestamente los más alejados posible de una actitud racional hacia la naturaleza, lleguen a domesticar su entorno de manera a crear un equilibrio dinámico, impugna *radicalmente*, sin embargo, la idea de una «mentalidad prelógica» opuesta al «progreso». No obstante, ello no lleva a ningún objetor del crecimiento a la conclusión de que los pueblos considerados «primitivos» son superiores a nosotros en todos los campos, ni que ellos constituyen un modelo político para Francia o España... Entre esos dos extremos del pensamiento moderno que son las sociedades «primitivas» y las sociedades «desarrolladas», existe toda una gama de posibilidades a explorar, «múltiples modernidades», para retomar la expresión de Shmuel Einsenstadt¹⁹.

Ningún objetor del crecimiento, que sepamos, considera que «retornar» a criar cabras de manera autónoma bastará para modificar las tendencias mundiales. Si retoman la tesis según la cual una diferenciación excesiva es contraria a la autonomía, no es para preconizar una utópica e imposible indiferenciación armoniosa. La promoción de oficios como el de «campesino-panadero», propugnada por el diario *La Décroissance*, por ejemplo, no define un modelo de sociedad que prescindiría de la medicina y del derecho.

18. J. BAECHLER, *Démocraties*, Calmann-Lévy, París, 1985.

19. S. N. EISENSTADT, «Multiple modernities», *Daedalus*, invierno 2000, nº 129, p. 1.

Cuando Serge Latouche se refiere a la proposición de Takis Fotopoulos de reorganizar las sociedades sobre la base de unidades de 30.000 habitantes (el tamaño de Mónaco o de Liechtenstein), la idea no es subdividir esas unidades en grupos de cazadores-recolectores organizados según un principio de división del trabajo mínimo...

Los objetores del crecimiento retoman diversas críticas con respecto a la diferenciación, que no son nuevas. Una crítica democrática, ante todo. Las virtudes democráticas de la diferenciación contemporánea, en efecto, son en gran parte ilusorias. En lo concerniente a los modos de vida, en realidad ya casi no tenemos opción, pues los macrosistemas técnicos nos aprietan bastante. En lo que respecta a los conocimientos, su proliferación efectiva no produce necesariamente una mejor comprensión colectiva de la situación –la crisis ecológica y la imposibilidad de reformarse para hacerle frente son quizás la mejor prueba de ello. En lo tocante a los oficios y las carreras, la crítica hecha por Marx o Bakunin sigue teniendo actualidad: la división del trabajo fabrica trabajadores parciales dependientes de máquinas parciales, lo que también se aplica en la división intelectual del trabajo. No es posible contentarse con creer que las tecnologías numéricas de la información van a resolver ese problema cuando ellas están enteramente dedicadas al desarrollo del mismo sistema.

¿Cuál es la relación con las instituciones?

Con respecto a instituciones consideradas poco democráticas, todos los objetores del crecimiento no comparten el mismo análisis ni la misma estrategia. Algunos, como V. Cheynet, han creado un partido político dedicado al decrecimiento; otros, como S. Latouche piensan que eso no tiene razón de ser. El propio V. Cheynet se presenta a las elecciones, lo cual se negarán a hacer las esferas de influencia más libertarias. Hasta ahí, podríamos decir, no hay

nada nuevo bajo el sol: la objeción de crecimiento se difracta en orientaciones políticas conocidas. Vincent Cheynet desea ver la escala de los ingresos limitada en una relación de 1 a 4²⁰. Esto no hace de él un tirano en potencia: la limitación de ingresos puede inscribirse en el derecho sin tener necesidad de recurrir a la violencia...

¿*Quid* de la crítica libertaria? Alain Renaut y Luc Ferry opinan que la proposición anarquista contiene «supuestos totalitarios²¹». ¿Por qué motivos? Por una parte, según esos autores, la filosofía de la anarquía apoyaría la idea de que existe un «acuerdo espontáneo» entre las voluntades. Esa idea es totalmente errónea: si existe una tesis que apoya la armonía espontánea de las voluntades es la economía que la defiende, basada en un orden espontáneo emanado únicamente de los intercambios económicos. Por otro lado, la idea de compartir, del uso común de los recursos y, por tanto, del cuestionamiento de la propiedad privada, le haría el juego a los totalitarismos. Pero esa idea no es, obviamente, propia de los libertarios: un gran número de tendencias republicanas, en su mayoría desfavorables a la objeción del crecimiento, promueven igualmente la redistribución (*via* la fiscalidad). Como se ve, los medios difieren, pero esto no convierte en totalitarios en potencia a los objetores del crecimiento libertarios, mucho menos cuando estos, por definición, se privan totalmente de recurrir al aparato del Estado para plantear sus ideas²².

Otro elemento puede a veces prestarse a confusión: el recurso frecuente de los objetores del crecimiento a la «desobediencia civil». Si bien esta puede definirse de diferentes maneras, remite a la idea de desobedecer a una obligación legal por motivos de conciencia. Esa desobediencia debe ser pública (no se-

20. V. CHEYNET, «Profession de foi», elecciones legislativas junio 2007, 2ª circunscripción del Ródano.

21. A. RENAUT et L. FERRY, *Philosophie politique*, PUF, París, 2007, p. 537.

22. Recordemos que durante su tumultuosa historia, las ideas libertarias han sido sobre todo las víctimas de los totalitarismos comunistas y fascistas, pero también de un determinado orden republicano. Léase en forma novelada a Michel RAGON, *La Mémoire des vaincus*, Albin Michel, París, 1990.

creta), política (no criminal) y pacífica (no violenta)²³. La expresión «objeción de crecimiento», además, fue inventada para crear un vínculo con la «objeción de conciencia», que fue un movimiento pacifista de no participación en las actividades militares, cualesquiera que estas fuesen –un movimiento que fue perseguido y castigado con pena de cárcel, también en Francia, antes de reconocérsele un estatus en 1963. En España, en 1984, se reguló por primera vez la objeción de conciencia gracias (entre otros) a la acción heroica de Pepe Beúnza. La objeción de crecimiento se encuentra, en ciertos aspectos, en la misma situación: es acusada de ser antidemocrática porque no respeta las reglas de la «felicidad conforme». Ella lo asume. Lo que dicen los objetores del crecimiento no es que las instituciones democráticas deban ser deshechas en aras de un orden espontáneo o de un «hombre fuerte», sino que estas carecen cruelmente de democracia. Y no se creará democracia ni por medio de una «dictadura del proletariado» ni mediante una destrucción de todas las instancias de reglamentación. La objeción de crecimiento capta las dimensiones de una situación nueva. Su gravedad puede a veces hacer que se recurra al alarmismo, el cual puede hacerle el juego a «hombres providenciales» –esto, en lo esencial, es el argumento de Guillaume Duval expuesto al inicio del capítulo, según el cual el decrecimiento le haría el juego a un nuevo totalitarismo «verde».

¿Qué responder? Recordemos que la situación ecológica y social no es un puro producto del intelecto: ¡no porque se oculte su gravedad todo va a ir mejor! Uno sólo puede sentirse impresionado, *a contrario*, por el carácter desrealizado de muchos puntos de vista: el retorno al pleno empleo es para (pasado) mañana, la explosión de muchos tipos de cáncer no guarda ninguna relación con la crisis ecológica, etc. El decrecimiento, ya se ha dicho, es ante todo una palabra-obús cuya aspiración es provocar una toma de conciencia. Pero, que sepamos, desde que la palabra circula no vemos ejércitos de profetas declamar en las calles que debemos arrepentirnos porque ha llegado el final

23. C. MELLON, «Qu'est-ce que la désobéissance civile?», *Alternatives non violentes*, n° 108, 1998.

de los tiempos. No vemos a los objetores del crecimiento desear la llegada de un hombre providencial.

En cambio, vemos de forma bastante transparente cómo la ecología de gestión defiende su coto privado y ello en nombre de la democracia y del orden establecido.

El recurso al alarmismo se discute en el seno de los movimientos del decrecimiento, ya que es susceptible de alimentar una sospecha: la de hacerle el juego a tentaciones autoritarias («ya no tenemos tiempo para decidir democráticamente salvar al planeta»).

El discurso de Yves Cochet, que en ese sentido exhorta a una política de excepción para enfrentar una situación de excepción, es considerado por muchos contraproducente. Pero no puede ignorarse que el interesado, en lo que a él respecta, considera ser mucho más escuchado que antes, cuando era menos alarmista, ni que un Jean-Marc Jancovici, cuyo discurso, empero, es sumamente parecido, sea invitado a todas las grandes empresas sin que sus objetivos sean calificados de amenazas para la democracia. Dos pesos, dos medidas que demuestran también que los análisis «radicales» parecen perfectamente legítimos cuando permanecen confinados a los círculos de poder. Si muestran ser pertinentes, permitirán aumentar la eficacia de la burocracia pública y privada en la gestión de la catástrofe.

Por último, debe recordarse que los ecologistas no son los únicos en recurrir al argumento de la urgencia; hay muchos partidos que lo enarbolan, con más éxito cuando se trata de favorecer el rescate de los bancos y del sistema financiero y, con ello, las condiciones para retomar el crecimiento. Sin embargo, no se sospecha que ellos cedan a los cantos de sirenas del autoritarismo. La postura de la urgencia no conduce entonces, necesariamente, a preconizar el establecimiento de un estado de excepción. La cuestión es saber si pensamos que el planeta y los oprimidos todavía pueden esperar un poco más. Los movimientos del decrecimiento, con sus diferencias, opinan que no, el planeta y los oprimidos esperan desde hace demasiado tiempo...

*Para concluir, ¿qué significaría concretamente
una política de decrecimiento?*

❖ DONDE LAS COSAS SE COMPLICAN
UN POCO MÁS Y DONDE LAS LECTORAS
Y LOS LECTORES DEBERÁN SEGUIR POR SÍ
MISMOS LA HISTORIA

La cuestión de la posibilidad y de las modalidades eventuales de una «política de decrecimiento» ha sido ya abordada en diversas ocasiones en este libro. El tratamiento particular aquí propuesto permite una presentación sintética de los debates y de las divergencias de las diferentes corrientes que lo preconizan. Nos parece mucho más justificado cuando esta cuestión se aborda de forma recurrente en los debates públicos organizados en torno a esta idea: «La crítica es justa, pero entonces, ¿qué hacer concretamente?»

Una crítica de la técnica con intención universalista

Para considerar una política pública de decrecimiento, hay que tomar también en cuenta que el espacio político sigue siendo una esfera pertinente de intervención para los movimientos sociales que reivindicarían el término. Pero eso hay que decirlo. Los debates que agitan los diversos componentes de las corrientes favorables al decrecimiento van, por ende, mucho más allá de la controversia tradicional: «¿Reforma o revolución?»

Un recuento muy breve de lo dicho quizás permita comprender que la cues-

ción de una «política de decrecimiento» se plantea de forma bastante original. Una gran cantidad de luchas y de reflexiones al inicio de los movimientos de ecología social y política no se preocupaban principalmente por la defensa del «medio ambiente» y por la «diversidad del biotopo». Se manifestaron ante todo como una reacción de defensa de una cotidianidad amenazada por las actividades de poderes burocráticos, tanto públicos como privados. Se trataba por lo general de luchas contra la construcción de grandes infraestructuras técnicas indispensables para el crecimiento económico (autopistas, centrales hidroeléctricas, complejos petroquímicos, etc.).

Ese combate ecologista, que pretendía diferenciarse del «medioambientalismo», movilizaba contra la razón instrumental (técnica y económica) la defensa de un «mundo vivido», de conocimientos vernáculos y de una sensibilidad comunes. Pueden citarse desde los combates más célebres (contra la ampliación del campamento militar de Larzac en enero de 1974) hasta luchas menos mediáticas; hay centenares de ejemplos y continúan produciéndose todavía hoy en Occidente y (sobre todo) en otros lugares. Ese tipo de acción criticaba los errores de la vida política tradicional en cuanto buscaba, precisamente, apartar lo más posible la vida de sociedades humanas del sistema económico-político, del crecimiento de la división del trabajo, de la creciente complejidad técnica –mientras otros movimientos trataban de integrarlos en una modalidad «liberal» o «socialista». De ahí el carácter a menudo considerado «no político» de esas luchas, severamente fustigado por las ideas de izquierda y de extrema izquierda que de modo permanente buscaban «repolitizar» tales combates.

Un cierto número de partidarios del decrecimiento permanecen fieles a esa historia y a los escritos de esta crítica social para la cual la «emancipación política» fue puesta en práctica por la propia sociedad mercantil en una operación de «reducción» del ser humano, por una parte, al «individuo egoísta mercantil», y, por otra, al ciudadano «persona moral miembro del Estado» (Marx). El ser social se ve entonces fragmentado en múltiples abstracciones:

consumidor, ciudadano, asalariado, etc. En ese marco, el espacio moderno de la deliberación política ha mostrado ser necesario para el crecimiento económico.

De hecho, el espacio económico constituido de forma autónoma no autoriza la coordinación directa entre los «agentes económicos». Los mecanismos impersonales del sistema de mercados (precios y cantidades) constituyen los únicos vectores de comunicación admisibles entre el consumidor y el productor, la empresa y el banco... Ninguna sociedad humana habría podido simplemente existir si hubiese tenido que someterse al modelo de la «economía pura» tal como lo han descrito los economistas.

Por tanto, la constitución de un espacio político donde podían coordinarse directamente los actores era indispensable y ha permitido el financiamiento de infraestructuras públicas y la creación de leyes y reglamentaciones que instituyen y enmarcan la economía mercantil (derecho de propiedad, política fiscal, duración legal del trabajo, etc.). Es, pues, la economía mercantil la que ha recurrido de forma masiva a la intervención pública y a la política, especialmente en Francia. Es ahora una realidad en todo el mundo.

Según este enfoque, toda proposición en materia de política pública «decreciente» se muestra contradictorio en sus términos, siendo precisamente el espacio político un subsistema de la sociedad del crecimiento. Este no dispone de ninguna autonomía con respecto a esta última, como tendería a mostrarlo la reducción cada vez más importante del debate «derecha-izquierda» a una simple confrontación entre gestores en todas las democracias modernas del globo.

Para algunos partidarios del decrecimiento será importante defender, cueste lo que cueste, los últimos paisajes, las últimas relaciones humanas que escapen a la influencia burocrática, privada o pública. Y recrear en todas partes donde sea posible lugares de deliberación y de acción directas sobre nuestras condiciones de vida para hacerlas recular. La vasta esfera de influencia de las asociaciones es sumamente solicitada, desde asociaciones de defensa de un lugar

de vida hasta movimientos de ayuda mutua (Asociaciones para el mantenimiento de una agricultura campesina, Sistemas de intercambios locales, cooperativas de consumo, asociaciones de barrio, etc.). La idea, en una perspectiva universalista (para evitar el simple aplazamiento de las molestias a los demás), es hacer que alcancen una mayor dimensión acciones y discusiones fuera del marco político tradicional, a fin de que la sociedad humana cuente con múltiples lugares de autodeterminación.

Esta posición es claramente asumida por las corrientes del decrecimiento que hacen referencia a la filosofía anarquista. Este fue particularmente el caso de autores como Jacques Ellul o Bernard Charbonneau (o también Pierre Fournier) que, en sus vidas militantes, se dedicaron sobre todo a resistir al poder de lo político sobre la vida natural y social (en especial oponiéndose a operaciones de «ordenación territorial»), en la línea de los «naturistas», esos anarquistas individualistas de fines del siglo XIX que también exhortaban a rechazar la industria en nombre de una vida más natural¹. André Gorz recuerda que las prácticas populares, durante mucho tiempo, estuvieron guiadas por el deseo de autolimitar las necesidades y, por consiguiente, la cantidad de trabajo suministrada por los seres humanos. Los ejemplos históricos, para limitarnos a Occidente, son innumerables: gremios y corporaciones profesionales, reivindicaciones anarco-sindicalistas («semana de cuatro días», «san Lunes»...), sociedades campesinas, fiestas religiosas (con frecuencia se olvida que uno de cada tres días era festivo hasta la Revolución francesa), etc. Históricamente, la norma de lo «suficiente» y las tradiciones populares que la acompañan han sido en grado sumo destruidas por la modernización mercantil y por un crecimiento masivo de las desigualdades, legitimadas por la perspectiva de futuros promisorios.

Una vez desvanecidas las promesas de la modernidad mercantil, las preguntas que surgen naturalmente son estas: ¿Es posible aún reinventar esas

1. «Des anarchistes précurseurs de l'écologie: les naturiens» disponible en <<http://endehors.org>>.

tradiciones? ¿Es que han desaparecido definitivamente? ¿Es posible hablar de igualdad y de democracia en un sentido que no sea simplemente formal y sin contenido concreto? En los inicios del siglo XXI, ¿se reúnen aún las condiciones culturales para ello, mientras la modernización económica ha realizado plenamente su programa y estamos todos encerrados en las apretadas mallas de macrosistemas técnicos que parecen haber destruido en gran medida hasta la posibilidad de alternativas, hasta el deseo de libertad? ¿Acaso puede concebirse ya vivir sin teléfono móvil y sin acceso al Internet de banda ancha?, se preguntan del modo más serio posible una nutrida pléyade de nuestros contemporáneos.

Como vemos, esas son las opciones que se quisiera hacernos pasar por «técnicas» e «individuales» y que muestran ser las políticamente más importantes en nuestros días, ya que el éxito de las luchas por la igualdad llevadas a cabo por la ecología social, conllevaría *ipso facto* una reducción considerable de las mercancías de muy alta tecnicidad en nuestras vidas, en provecho de técnicas «convivenciales» (en el sentido de Illich, véase capítulo 1). Ello, entonces, significaría el fin –o al menos la reducción considerable– del uso de Internet, del teléfono móvil, del GPS individual, de la movilidad automovilística permanente... ¿Y acaso moriríamos? ¿Se vería nuestra dignidad irremediablemente disminuida? ¿O, por el contrario, no se habría *recontrado* esa dignidad? ¿Qué movimientos populares parecen listos para aportar esas reivindicaciones? Por ahora, muy pocos, pero ¿es esa una razón suficiente para abdicar para siempre de toda reflexión y lucha en ese campo?

¿Un programa? ¿Programas?

¿A qué podría parecerse un programa político de decrecimiento? La corriente bioeconomista no tiene dificultad alguna en concebir políticas públicas de decrecimiento para los países desarrollados: asume simplemente lo que serían

las consecuencias de políticas «verdes» si estas se aplicaran con plenitud. Ello, por ejemplo, podría tomar la forma de una «fiscalidad verde» gravando onerosamente las actividades económicas más contaminantes con el propósito de favorecer las inversiones en los sectores ecológicos o una administración directa, por ejemplo, *via* una política de cuotas de consumo de determinados recursos críticos, sobre todo el petróleo² –eventualmente suavizada por mecanismos mercantiles de «derechos transferibles»– y por inversiones públicas directas: parques eólicos, centrales solares, etc. La diferencia con las políticas de los ecologistas de gestión es que aquí no se hará creer que ello carecerá de consecuencias beneficiosas sobre los modos de vida actuales.

De manera más amplia, la conferencia de Barcelona organizada en 2010 con el nombre «Decrecimiento hoy», somete al debate participativo entre investigadores y sociedad civil una serie de diez propuestas políticas radicales tales como: 1) Promoción de las monedas locales y sin interés. 2) Puesta en práctica de la semana de tres días. 3) Moratoria sobre las mega-infraestructuras. 4) Reducción de la publicidad. 5) Limitación de acudir a los recursos naturales almacenados en el subsuelo. 6) Reutilización de las casas vacías y cohabitación. 7) Ingreso básico incondicional. 8) Ingreso máximo. 9) Fabricar la innovación frugal³. 10) Nuevo estatus para la acción colectiva con fines no lucrativos.

La existencia misma de movimientos favorables al decrecimiento, por muy débiles y balbuceantes que sean, muestra que quizás no todo se ha puesto en juego. La «apuesta del decrecimiento», para retomar el título de la obra de S. Latouche, se basa precisamente en la posibilidad de una liberación de la ini-

2. Y. COCHET, *Pétrole apocalypse*, op. cit. Cf. también H. DALY, J. FARLEY, *Ecological Economics. Principles and application*, Island Press, Washington, 2004.

3. Innovaciones que en lugar de intentar suprimir los límites al crecimiento del consumo y de la producción los integran. F. SCHNEIDER, F. HINTERBERGER y F. LUKS, «Eco-info-society: Strategies for an ecological information society», in M. L. HILTY y P. W. GILGEN (dir.), *Sustainability in the Information Society*, Metropolis-Verlag, Marburg, 2001, p. 831-839. También F. SCHNEIDER, «L'effet rebond», *L'Écologiste*, vol. 4, n° 3, 2003; «Pour des innovations frugales», *Silence*, n° 340, 2006, p.55.

ciativa popular. Los diferentes enfoques del decrecimiento se muestran entonces complementarios: sin crítica de los valores, no hay desalienación de la subjetividad; sin desalienación, no hay programa político construido. En este sentido, P. Ariès propone una estrategia en tres niveles: la simplicidad voluntaria como aplicación de prácticas alternativas y «cura de desintoxicación», los experimentos locales que permiten reunirse y no permanecer aislados y, finalmente, el programa político, presentado con carácter prioritario en las elecciones locales.

V. Cheynet compiló la mayoría de sus propuestas cuando presentó su candidatura en las elecciones legislativas en 2007 en el Ródano: aplicación de la ordenanza de 1944 del Consejo Nacional de Resistencia a la prensa, relocalización de la economía basada en pequeñas entidades, desmantelamiento de las multinacionales, abandono gradual del automóvil, reforzamiento de los TER en detrimento de los TGV, librarse de las energías fósiles, fin de las zonas residenciales, instauración de un «ingreso máximo autorizado» (RMA) a la altura de cuatro veces el salario básico, prohibición de poseer más de dos viviendas, gobierno democrático de la investigación científica profesional y fin del deporte profesional.

Paul Ariès propone la «gratuidad para usos» y el «reencarecimiento de los malos usos»; de ese modo las piscinas particulares, los transportes privados contaminantes, etc. se verían considerablemente gravados mientras que las piscinas municipales, los transportes colectivos, etc. serían gratuitos. P. Ariès defiende asimismo el ingreso máximo, llama al retorno del usuario en lugar del consumidor y es favorable a un ingreso universal, pagado de modo incondicional.

S. Latouche, por su parte, mantiene la postura culturalista que defiende. Mantiene, por tanto, una distancia relativa con respecto a los compromisos políticos particulares. No obstante, cita mucho el programa de T. Fotopoulos, inspirado abiertamente en el «socialismo antiautoritario». Su preocupación permanente por los valores, por la pedagogía (aunque catastrófica) y por la

ejemplaridad lo inscribe aún más, sin duda, en esta esfera de influencia, distinguiéndolo de V. Cheynet y de P. Ariès que se definen como «socialdemócratas». No sorprende que S. Latouche se haya opuesto a la creación del Partido pro-Decrecimiento, ya que él no cree que el decrecimiento pueda ser un programa como tal, ni que justifique la creación de un partido *ad hoc*. Es el quehacer del «posdesarrollo» lo que acapara su atención.

Latouche resume sus orientaciones en «8R» (revaluar, reconceptualizar, etc.), que él opone a los innumerables «super» (superdesarrollo, superpesca, superpasto, superconsumo, etc.) que caracterizan la situación actual: redistribuir la tierra, el trabajo, los ingresos entre las generaciones y entre los ciudadanos, reencontrar la huella ecológica de la Francia de los años '60 (no para «volver atrás», sino para dar a la población un ejemplo concreto y con frecuencia vivido de lo que podría significar un modo de vida con una huella ecológica equitativa), dividir las ciudades gigantes en barrios de varias decenas de miles de habitantes, única escala en la cual los ciudadanos pueden en realidad tomar parte en las decisiones, etc. Latouche no condena totalmente la democracia representativa; a diferencia de T. Fotopoulos, él la relocaliza y la arregla mediante el derecho de revocación de los electos, el referéndum de iniciativa popular y la participación directa en algunos casos, como el presupuesto participativo experimentado en Porto Alegre. Él retoma en lo esencial las recomendaciones del informe elaborado por la Fundación Dag Hammarskjöld en 1975.

Aunque cediendo a las seductoras sirenas de la «revolución numérica», A. Gorz se sitúa en esa perspectiva «antiautoritaria» sin, no obstante, rechazar por entero la democracia representativa. A. Gorz ha defendido tres posiciones políticas principales: la percepción de un ingreso aceptable para vivir independientemente de la cantidad de trabajo realizado, *via* el pago de una «renta básica» (está a favor de ello desde 1997) o el funcionamiento de una seguridad social; una fuerte reducción del tiempo de trabajo individual; la creación de espacios de autonomía que favorecerían las actividades

de autoproducción, la relocalización del trabajo, la vida comunitaria.

Es en estos espacios, entre otros, donde podrían desarrollarse las «innovaciones frugales» compatibles con el decrecimiento. Un enfoque como este tiende así a «salvar» el espacio político de una crítica radical que conllevaría una mediación que se ofrece entre los intereses de los individuos y el de la sociedad en su conjunto. Asimismo, dicho enfoque busca prevenirse contra el riesgo autoritario de una acción política enteramente determinada por imperativos científicos que estaría casi inevitablemente llevada a negar toda autonomía a la sociedad desde el momento en que esta contraviniese a tales «necesidades».

Como se ve, cuando las ideas vuelven a bajar a la tierra y se aborda el contenido concreto de una transición decreciente hacia una sociedad ecológica, las propuestas de los autores abarcan un amplio espectro: desde una posición que deslegitima por completo las mediaciones políticas hasta un «republicanismo» de buena fe que asuma políticas públicas de ruptura (ecotasas no simbólicas, ingreso máximo, política para una relocalización, etc.) con posiciones intermedias que tienden a transformaciones radicales de las instituciones políticas, y a una relativización de estas últimas en la vida de las sociedades, reconociendo sus funciones esenciales de mediación.

Podemos imaginar fácilmente que esta situación permitiría intruir un proceso a esta palabra sumamente incapaz de crear un programa de partido o un nuevo modelo económico. Esto último, empero, amenaza con volverse rápidamente contra sus instigadores en la medida en que esta heterogeneidad prohíbe precisamente un ataque unívoco al decrecimiento, toda vez que los autores y los militantes que se refieren a ello presentan perfiles variados. Una crítica semejante carecería de lo más esencial: el interés y la riqueza de una controversia bien alejada de las querellas propias de los gestores de una economía del crecimiento que se halla ya al final de la carrera.



Índice

Introducción

❖ *Donde uno se pregunta sobre el origen de esa palabra nueva que tanto molesta* 9

1. ¿Qué significa «decrecimiento»?

❖ *Donde se trata de desenterrar algunas raíces conceptuales de una vasta esfera de influencia heteróclita* 23

2. El decrecimiento, ¿una idea nueva o una vieja idea reaccionaria?

❖ *Donde se muestra que en un mundo nuevo y a menudo preocupante, algunos no se contentan con viejas fórmulas recalentadas* 61

3. ¿Por qué el decrecimiento y no el «desarrollo sostenible»?

❖ *Donde es útil recordar el sentido de una expresión que se usa a menudo y de forma desconsiderada* 81

4. ¿Es el decrecimiento el final del progreso científico y técnico?

❖ *Donde aparece que el regreso a las cavernas húmedas y a las velas no es precisamente el modelo en boga, ni siquiera para los radicales irresponsables* 101

5. *El decrecimiento, ¿es malthusiano?*
❖ *Donde se muestra que, contrariamente a las apariencias, el siniestro pastor Malthus no es decididamente del agrado de los objetores del crecimiento* 117
6. *El decrecimiento, ¿privación o alegría de vivir?*
❖ *Donde uno se pregunta seriamente si los habitantes de los Estados Unidos son en verdad más felices que los habitantes de Bután* 135
7. *El decrecimiento, ¿significa recesión, desempleo, el fin de la economía de mercado?*
❖ *Donde se demuestra que es desvergonzado acusar a los disidentes de querer propagar los males destilados por el sistema que ellos critican* 159
8. *El decrecimiento, ¿se refiere a los países del Sur?*
❖ *Donde se ve que la mundialización mostraría una imagen muy mejorada si el «Occidente» tomase en serio las opciones de vida de los «subdesarrollados»* 191
9. *El decrecimiento, ¿no implica una visión dirigista o autoritaria de la política?*
❖ *Donde uno se tranquiliza; no se vislumbra ninguna toma del Palacio de Invierno en el horizonte del decrecimiento* 207
10. *Para concluir, ¿qué significaría concretamente una política de decrecimiento?*
❖ *Donde las cosas se complican un poco más y donde las lectoras y los lectores deberán seguir por sí mismos la historia* 225







